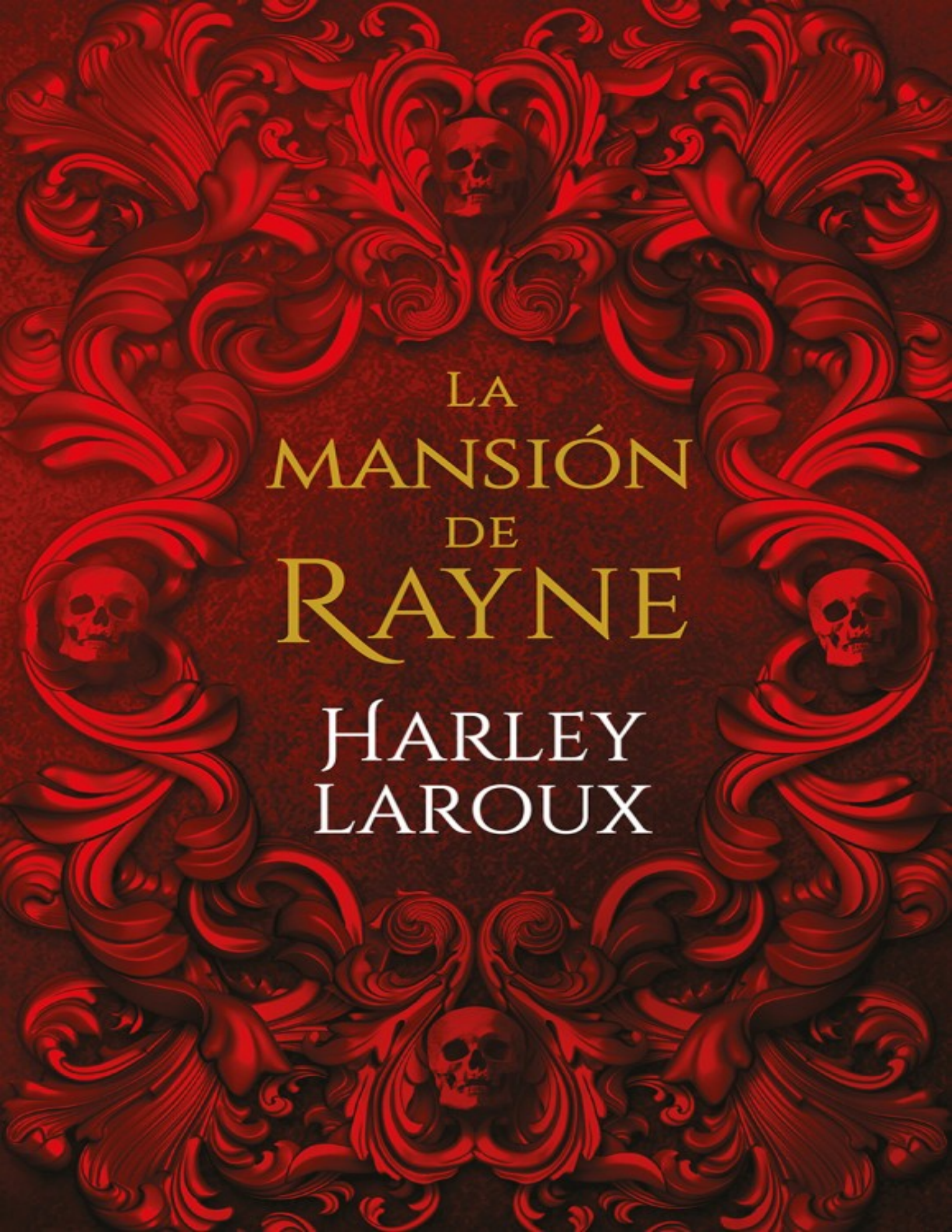

La
Mansión
de
Rayne
Harley
Laroux

LA MANSIÓN DE RAYNE

La Mansión de Rayne

Harley Laroux

Traducción de Ana María Rubio Jiménez



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *House of Rayne*
Editor original: Kensington Publishing Corp.
Traducción: Ana María Rubio Jiménez

1.ª edición: octubre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* Harley Laroux
Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© 2025 de la traducción *by* Ana María Rubio Jiménez
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87750-24-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A todas aquellas personas que siguen luchando contra las maldiciones que les han sido legadas

Advertencias de contenido



La mansión de Rayne es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Violencia
- Contenido sexual explícito
- Prácticas BDSM
- Gore
- Homofobia
- Acoso por motivos religiosos
- Consumo de marihuana
- Ataques de pánico
- Muerte de progenitores
- Maltrato psicológico de padre a hija y de marido a mujer

Prólogo

Rayne

La llegada del invierno

El ciervo no llevaba mucho tiempo muerto; aún no había aparecido el *rigor mortis*. La sangre fresca de color carmesí relucía en los órganos expuestos y empezaba a coagularse sobre los huesos destrozados.

No habían devorado a la criatura: la habían despedazado.

Volví a colgarme los alicates del cinturón y agarré el mango del cuchillo mientras inspeccionaba el campo en toda su extensión. El viento aullaba entre las briznas de hierba fresca, enfriando el ambiente a su paso. A lo lejos, los árboles se balanceaban.

La primera ola de frío del invierno se había adelantado ese año. Los cultivos sin cosechar se habían congelado durante la noche y, según las noticias, las temperaturas iban a seguir descendiendo. Unos negros nubarrones se congregaban en el horizonte. El océano había adoptado el mismo tono de gris que el cielo, igual de espeluznante que la niebla.

Noté en el oído el zumbido incesante de una mosca, y un enjambre de ellas se elevó del cadáver conforme me fui acercando. Unos ojos vidriosos y hundidos se clavaron en mí. Me pregunté qué habrían visto antes de apagarse. Quizá ni siquiera hubieran sido conscientes de que la muerte los acechaba.

En cambio, yo sí lo sabía. Siempre lo había sabido. Me perseguía desde que era niña.

Espanté las moscas y caminé a duras penas por el campo hasta llegar a mi *quad*. La valla estaba reparada; eso evitaría que las ovejas de la familia Frontage deambularan por ahí y acabaran siendo atacadas por coyotes… o algo peor.

El crujido de una rama me hizo mover la cabeza con tal brusquedad que parecía estar controlada por los hilos de un titiritero. Los colores apagados del anochecer se mezclaban entre sí; la hierba, los árboles, la niebla y las sombras creaban un paisaje monótono e inquietante.

¿Era un rostro pálido y sin ojos lo que estaba viendo debajo de los árboles? ¿O solo eran los zarcillos de niebla que acariciaban el aire?

Parpadeé rápidamente y me froté los ojos, pero el extraño semblante seguía ahí, de modo que di un paso vacilante hacia atrás.

Era un efecto de la luz. Tenía los ojos cansados.

Empecé a trotar, y luego eché a correr. Aunque el viento había amainado, podría haber jurado que oía algo que se movía en la hierba detrás de mí, con rapidez y determinación. La adrenalina me corría por las venas y las moscas seguían zumbando sin parar, una y otra y otra vez…

Me monté de un salto en el *quad*, y el motor chirrió en cuanto lo puse en marcha. La sangre me latía con fuerza en los oídos, pero no había nadie en el campo. Ni tampoco en los árboles. Había apretado los puños con tal intensidad que tenía los nudillos blancos y las palmas sudorosas.

«Cálmate, Rayne. Todavía es pronto. No puede haber despertado. Es imposible».

Sabía que no debía confiarme demasiado. No me habían prometido nada y las reglas que me permitían sobrevivir podían cambiar día a día. La muerte podía adaptarse a cualquier escenario.

—¡Ey! ¿Hola?

Me detuve en seco y apagué el motor. Esperé durante un buen rato, escuchando.

—¿Hola? ¿Quién eres?

Un escalofrío me recorrió la espalda. La voz provenía de *atrás*. Era aguda, como la de una mujer joven, pero extrañamente monótona y carente de emoción.

Giré levemente la cabeza para buscar el origen; sin embargo, la niebla me impedía ver con claridad y creaba la ilusión de unas figuras que correteaban entre los árboles.

—¿Quién eres? ¿Hola? ¿Hola?

Las mismas palabras. El mismo tono, pero más alto. Más apresurado.

Más hambriento.

Encendí el motor. La tierra salió disparada de las ruedas cuando aceleré para bajar la ladera a toda velocidad. No había sendero por allí, así que tenía que abrirme paso entre los árboles y saltar por encima de las rocas. Mientras tanto, la voz no dejaba de llamarme a mi espalda.

—¿Hola? ¡Ey!

Fui aumentando la velocidad cada vez más. La niebla se hizo más densa, hasta que apenas podía ver por dónde iba. Al adentrarme en un arroyo poco profundo, el agua me empapó las perneras del pantalón. Cada pocos segundos, volvía la vista atrás para comprobar si seguía estando sola, y ese fue mi mayor error. Cuando desvié la mirada durante un instante de más, la rueda se quedó atrapada entre dos grandes rocas, lo que provocó que el manillar se me escapara de las manos y yo me cayera del asiento al tiempo que el vehículo volcaba.

Conseguí apartarme rodando unos momentos antes de que aterrizara sobre mí, y acabó de lado, apoyado contra un enorme

árbol caído. Entre quejidos, me tumbé bocarriba e intenté recobrar el aliento mientras observaba los pinos que se mecían con el viento.

Necesitaba levantarme enseguida. *De inmediato*.

Me dolía el pecho y me faltaba el aire. Después de darme la vuelta, me incorporé y me quedé clavada en el sitio, con los brazos temblorosos, a la vez que escudriñaba el entorno. La niebla se arremolinaba, dando la impresión de estar en constante movimiento, lo que provocó que el dolor de cabeza empeorase.

—Quién eres.

Al oír esas palabras, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Tenía un timbre neutro. Vacío. No era más que una burla a la voz humana.

No me atreví a girarme. Me puse de pie con rigidez y empecé a caminar a paso calmado y firme.

—Quién eres.

Se oyó un crujido. Un rasguño tras otro. Unas manos con garras que arañaban la tierra y la corteza rugosa de un árbol a medida que se acercaban por detrás de mí.

—Ey.

Una voz diferente. Con la misma frialdad.

«Sigue andando. No mires, no mires».

—¡Ey!

Ya ni siquiera sonaba como una palabra. Se asemejaba más a un gruñido.

Salí a trompicones de entre los árboles y llegué a un camino empedrado. Saqué el cuchillo de su funda, me di la vuelta y empuñé el arma.

Pero no había nada. Los árboles desnudos se mecían con una suave brisa y la niebla se disipaba a mis pies. Aun así, todavía sentía que alguien me observaba…

La señora Frontage estaba mirándome fijamente desde su patio,

con las gallinas cacareando a su alrededor.

—¿Estás bien? ¿Eres tú, señorita Balfour?

—Hola, sí, soy yo, estoy… bien. —Apenas pude reprimir una mueca mientras envainaba de nuevo el cuchillo y usaba esa misma mano para sujetarme el hombro contrario. A continuación, me coloqué la extremidad en su sitio y los ojos se le abrieron como platos—. ¿Tienes un ibuprofeno? Me vendría de perlas.

1

Salem

Nada de nombres

Era el día de mi boda. Pero aquella noche aún estaba soltera.

Había recorrido más de cien kilómetros en bici desde el mediodía, atravesando largos tramos de bosque de la costa del Pacífico. Mientras cenaba tranquilamente una fritura de pescado con patatas, sentada a solas en el bar al otro lado de la calle donde se encontraba mi motel, empecé a notarme las piernas y la espalda resentidas.

Cuando me fuera a la cama más tarde, no me encontraría a mi amado prometido esperándome en la habitación.

No había prometido. Ni boda en el club de campo ni luna de miel en Las Vegas.

Solo estábamos mi bici, yo y todas las horas de vacaciones que me quedaban en el año. Yo y mi desesperado intento de retomar el control cuando sentía que mi vida se estaba desmoronando. Mis únicos compañeros eran el camarero, unos cuantos desconocidos entrados en canas y mi ansiedad omnipresente, que se me asentaba como un bloque de hielo frío y pesado sobre el pecho.

El bar no estaba lleno, a pesar de ser el único sitio en los alrededores que podía pasar por restaurante. Había algunos trabajadores portuarios encorvados sobre sus cervezas, enfrascados en una conversación apacible. El camarero llevaba treinta minutos limpiando vasos sin mediar palabra, con la mirada perdida en la barra.

Era un espacio liminal. Entre vidas, entre sueños.

Pero cuando ella entró, todo volvió a parecerme real de golpe.

La gorra de béisbol que llevaba le ocultaba el rostro conforme daba grandes pasos hacia el interior, con el pelo largo y castaño goteándole por la lluvia. Trajo consigo una ráfaga de aire frío nocturno, y su presencia hizo que la habitación pareciera más pequeña. Cuando se giró la gorra, las luces de neón le iluminaron el rostro y dotaron a su piel bronceada de un brillo dorado, revelando un corte largo y fino en su mejilla.

Una herida reciente, de color rojo cereza.

El camarero le dedicó un gesto con la cabeza y ella le respondió con otro antes de que este se diera la vuelta y cogiera una botella de *whisky* del polvoriento estante superior. La chica recorrió la habitación con unos ojos de un tono verde oscuro, buscando como un halcón, posándolos en todos menos en mí. La línea de su mandíbula atrajo mi atención y seguí con la mirada el contorno de su cuello, pasando por unos hombros robustos hasta llegar a las ligeras curvas de su pecho.

Mientras tomaba un sorbo de mi bebida, sus ojos se cruzaron con los míos. Inhalé con fuerza, pero, en vez de aire, respiré cerveza, por lo que la escupí de inmediato. Cubrí con la mano el ataque de tos, intentando ocultarles a los espectadores preocupados que estaba a punto de ahogarme, y me apresuré hacia el lavabo.

Después de toser en la privacidad de un cubículo hasta que se me salió toda la cerveza de los pulmones, regresé torpemente a mi sitio y me encontré con que el asiento junto al mío ya no estaba vacío. Ay, Señor. Era ella. Estaba de espaldas a mí, pero esos hombros fuertes y la manera en la que se inclinaba hacia delante contra la barra, como si fuera la dueña, resultaban inconfundibles.

Me deslicé en el taburete contiguo, agarré mi cerveza con manos

temblorosas y le di un sorbo. La desconocida ocupaba toda mi visión periférica. Estaba moviendo la cabeza ligeramente al ritmo de la música que salía de sus auriculares.

Afiné el oído y reconocí la canción que estaba sonando: *Talk to Me*, de Stevie Nicks. Tal vez se debía solo al efecto de la cerveza, pero una oleada de emoción me invadió al escuchar a una de mis artistas favoritas, y empecé a mover los labios en silencio con la letra.

Creía que lo estaba haciendo en silencio, pero, al tiempo que tarareaba, percibí un movimiento a mi lado y una voz grave me dijo de pronto:

—¿Quieres que la escuchemos juntas?

La mujer se había quitado uno de sus auriculares y lo tenía en la mano para que yo lo cogiera; sin embargo, no podía concentrarme en el aparato con esos ojos de un verde bosque que me miraban fijamente, amables y divertidos por la situación que yo había provocado.

—Yo… Eh… Claro…

No podía considerarse una frase, pero ella me entendió. Exhaló bruscamente (¿se había reído?) y sentí una descarga eléctrica cuando me puso el auricular en la oreja. Al instante, me inundó la voz etérea de Stevie Nicks. Aunque fue un roce fugaz, la sensación se quedó conmigo, grabada en la piel de mi mejilla.

—No dejo de repetirles a estos tíos que arreglen el sistema de sonido —añadió, señalando con el pulgar al camarero—. No soporto el silencio, así que siempre vengo preparada.

Se inclinó hacia mí y apoyó lentamente el brazo sobre la barra. Olía a trébol, a hachís quemado y a la brisa salada del océano.

—Perdona, tendría que haberme presentado. Soy… —me apresuré a decir.

—Espera. —Extendió la mano y presionó un dedo contra mis

labios. Ese roce hizo que saltaran chispas y, en un abrir y cerrar de ojos, me tenía comiendo de la palma de su mano—. Nada de nombres. Así es más emocionante.

El estómago me dio un vuelco cuando me sonrió. Pero no fue una sonrisa de amabilidad; no me estaba ofreciendo su amistad.

Era una propuesta.

—No eres de por aquí, ¿no? —le pregunté. El resto de la sala daba la impresión de estar muy lejos. Los destellos de las luces de neón se reflejaban en sus ojos y, de repente, me sentí como si estuviera en una feria del condado en verano, con la agitada anticipación, el calor y el deseo a flor de piel.

—No —contestó—. Y tú tampoco.

—Nop. He venido en bici desde San Francisco. Llevo varios días pedaleando sin parar, por eso tengo estas pintas. —Solté una risita nerviosa, convencida de que tenía la cara quemada por el sol y de que mi pelo corto parecía haber sido víctima de los lametones de una vaca por culpa del casco.

Pero no se estaba fijando en el desastre en forma de tazón que llevaba en la cabeza ni en mi piel enrojecida. No había apartado la mirada de mis ojos ni por un instante.

—Joder, eso es dedicación y lo demás son tonterías. —Empezó a rascarse el corte de la cara y, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, bajó la mano bruscamente—. Debes de ganar mucho dinero para vivir ahí.

—Bueno, en lugar de tirar por alguna ingeniería como todo el mundo, decidí perseguir mis sueños y acabé trabajando como animadora para un pequeño estudio de videojuegos, así que…

Asintió con complicidad.

—Ya lo pillo. O sea, que te dedicas al arte, no tienes donde caerte muerta, vienes de San Francisco, te gusta Stevie Nicks y eres un

bellezón. Vamos, el paquete completo para ser la mujer ideal de cualquier hombre melancólico o deprimido.

Hacía siglos que nadie me sacaba una carcajada con tanta facilidad.

—No todo iban a ser ventajas —bromeé. Comenzó a sonar otra canción y nos balanceamos juntas al ritmo de la música, articulando la letra al unísono.

Me preguntó cuál era mi bebida favorita y procedió a pedirle al camarero un *gin-tonic* para mí y una cerveza para ella. Luego, chocó su vaso contra el mío.

—Por las nuevas amistades —brindó.

—Amén. —Di un trago largo, con la esperanza de que se me calmaran las mariposas del estómago—. Solo me quedaré esta noche.

—Igual que yo. —Me cogió la mano y me rozó la palma con el pulgar—. Así que hagamos que sea una noche inolvidable.



—Ahora eres mía, preciosa. Me aseguraré de que no lo olvides nunca.

Se encontraba arrodillada entre mis piernas, como si estuviera rezando.

Estaba apoyada sobre el suelo de baldosas mugrientas y tenía los ojos cerrados. El letrero de neón rojo que había colgado en la pared repleta de grafitis y que anunciaba la marca de cerveza Rainier se le reflejaba en la piel.

Una pecadora suplicante escribiendo con su lengua letanías en la carne de la sacerdotisa a la que veneraba.

A pesar de que no era yo la que estaba de rodillas, me sentí pequeña. Su tacto hacía que me derritiera y que me temblaran las

piernas a medida que controlaba mi respiración con su propia boca.

Parecía que había pasado toda una vida desde que estuvimos sentadas en el bar hasta que decidimos apiñarnos en la estrechez de un baño individual. Bailamos juntas, cada una con un auricular puesto, cantando la letra en voz baja con micrófonos imaginarios. No me importó que la gente nos mirara. Por una vez en mi vida, por fin…

Abrió los ojos, arrastrándome al abismo de sus pupilas. Se me resbaló la mano al intentar apoyarme en el lavabo, pero ella me sostuvo. Me estaba robando el aliento, y no me importaba.

Al fin y al cabo, era lo que quería, ¿no?

Por eso había recorrido la costa en bici. Cada kilómetro me acercaba más al aislamiento que anhelaba. Siempre estaba debatiéndome entre aislarme o arrasar con todo. No sentir nada o sentir demasiado. Tenía que despreocuparme y dejar que las cosas fluyeran.

Ni siquiera sabía su nombre. ¿Bastaba eso para permitirme fluir? ¿Para ahorrarme otra decepción?

Cuando aplanó la lengua para cubrir más superficie, mi monólogo interior se convirtió en un silbido de estática, como si fuera una alerta de emergencia, y no pude evitar poner los ojos en blanco. Me clavó los dedos en los muslos y, con una voz grave y ronca, me ordenó:

—Mírame. Déjame ver esos preciosos ojos.

Su belleza resultaba aterradora. Esbelta y musculosa. Tenía unas manos ásperas que hicieron que me estremeciera al separarme los muslos. Me levantó una pierna y se la puso sobre el hombro, de modo que tuve que enredar los dedos en su larga melena para no perder el equilibrio.

—Ay, joder… Por favor, no pares.

Soltó un gemido al notar que mis dedos se enmarañaban entre los mechones de su pelo. Acto seguido, me agarró de las caderas y murmuró:

—Tira con más fuerza. Demuéstrame lo mucho que te gusta.

Por unos segundos, me olvidé de los kilómetros que había dejado atrás y de los que me quedaban por recorrer. Me olvidé de mi exprometido y de la marca que su anillo me había dejado en el dedo. Incluso dejé de oír el eco incesante de sus palabras diciéndome: «Todo esto me parece demasiado. Lo siento».

En ese instante, era completamente suya. Cada músculo en tensión, cada nervio a flor de piel y cada centímetro tembloroso de mi cuerpo le pertenecían a ella. Me hizo suya con su lengua, sus labios y sus dedos.

Deseé saber su nombre solo para poder gritarlo.



Compartimos un porro de pie, en el aparcamiento que había frente al bar.

La noche era inhóspita y fría, y el aire estaba impregnado de sal marina.

No podíamos ver las olas más allá de los imponentes pinos, pero sí oírlas.

—¿Vienes por aquí a menudo? —A pesar de que quería parecer amable y desinteresada, daba la impresión de estar demasiado esperanzada e involucrada emocionalmente.

Dio una calada larga y lenta. Tendría más o menos mi edad; sin embargo, aunque rondara los veintitantos, había una seriedad en su rostro que la hacía parecer mayor. Los pómulos hundidos le otorgaban un aspecto cansado y sombrío.

Aunque era un libro cerrado, no podía apartar los ojos de su cubierta, atormentada por las palabras ilegibles que contenía.

—No volveremos a vernos —dijo, guiñándome un ojo a medida que exhalaba. Como si fuera una confirmación, no una muestra de arrepentimiento.

No me di cuenta de que no había respondido a ninguna de mis preguntas hasta que nos despedimos y se marchó. Era una desconocida sin nombre que se había esfumado tal y como había aparecido. A la mañana siguiente, no sería más que una ensoñación.

Era la primera persona con la que había estado desde que empecé a salir con Colin, lo que significaba…

Nada. No significaba nada.

A las dos de la madrugada, me detuve frente a la habitación del motel. La mente me daba tantas vueltas que me habría sido imposible conciliar el sueño. Me llevé la mano al dedo anular, alarmada por un instante al sentir el vacío de la joya que debería haber estado ahí. Había pasado un mes desde que Colin canceló nuestra boda. Veintiocho días desde que hizo las maletas y se fue. Veinticinco días desde que dijo que «no estaba preparado». Veintidós días desde que descubrí que había otra persona.

Sorbiendo a causa del frío, me pasé la mano por la nariz antes de inhalar otra bocanada de humo intenso de mi cigarrillo electrónico de marihuana. La idea de entrar y tumbarme en una cama vacía, mirando al techo hasta que el sueño se apoderara de mí, me oprimía el corazón. Pero tampoco me sentía mejor ante la perspectiva de quedarme sentada a la intemperie hasta que el sol se abriera paso entre las nubes anunciando un nuevo día cuando aún seguía aferrada al anterior.

Las hojas secas se agitaban entre los árboles. No había ni un alma en el camino; mi única acompañante era la niebla. El luminoso y

parpadeante cartel que colgaba de la ventana de la recepción, indicando que todavía quedaban habitaciones libres, teñía de azul el aire húmedo.

Un grito repentino irrumpió en mitad de la noche, pero tan solo se trataba del gruñido de un lince rojo. No por ello era menos escalofriante; sin embargo, después de toda una vida yendo de acampada, estaba acostumbrada a oírlo. Aun así, la hierba que me había fumado no hacía más que alimentar mi paranoia. Me sentía desprotegida, vigilada. Como si un depredador acechase entre los árboles y ni siquiera pudiera verlo.

Pero él sí pudiera verme a mí.

—Tranquila, Salem —susurré, con la esperanza de que el sonido de mi propia voz bastara para paliar mi soledad allí fuera. Al margen de aquellas sensaciones inquietantes, iba siendo hora de que me fuera a la cama.

Tenía que coger un *ferry* por la mañana.

2

Salem

La isla de Blackridge

Al mediodía, iba sentada en un banco húmedo de madera en la popa de un barco, con la bici apoyada en las rodillas mientras nos balanceábamos sobre unas olas del mismo tono de gris que el cielo. El aire salobre del océano me azotaba la cara, y el viento gélido se filtraba a través de mi chaqueta sin piedad.

La página web del hostal Balfour, donde ofrecían alojamiento y desayuno, no daba muchos detalles sobre el viaje que había que hacer en *ferry* para llegar hasta allí, y en ese momento entendí por qué. Siempre que podía, pasaba de aviones, trenes, barcos o autobuses. Lo mío era tener los pies en tierra firme, gracias. O, a unas malas, sobre los pedales de mi bicicleta. Con cada ola me sentía como si el estómago se me subiera a la garganta.

Aparte de mí, solo había otra pasajera a bordo. Una mujer joven, con un impermeable fino de color gris y una falda larga, estaba acurrucada en su asiento y temblando al otro lado de la cubierta. No llevaba ropa de suficiente abrigo para el tiempo que hacía y daba la impresión de estar abatida, así que saqué la otra sudadera que había metido en mi mochila y me acerqué a ella.

—Toma, póntela. —Se sobresaltó al oír cómo se la ofrecía y se quedó mirándome con los ojos enrojecidos abiertos de par en par—. No te preocupes, no me hace falta.

Le echó un vistazo a la sudadera, pero no la cogió. Me ignoró por

completo y se acurrucó de nuevo, envolviéndose el cuerpo con los brazos. Entonces, empezó a murmurar unas palabras atropelladas y frenéticas:

—Padre nuestro… Santificado sea tu nombre… Hágase tu voluntad… Líbranos… Líbranos.

Regresé a mi sitio con un nudo en el estómago. Las olas ahogaban su voz, pero, de vez en cuando, el viento arrastraba sus rezos hasta donde me encontraba.

Por suerte, menos de una hora después, los oscuros y escarpados acantilados de la isla de Blackridge comenzaron a asomarse por el horizonte. Me dirigí hacia la proa para verlos mejor. Era un lugar montañoso, cubierto por una densa extensión de árboles sombríos. La página web del hostal prometía campos repletos de flores silvestres e imponentes acantilados que daban al océano, así como arroyos y cascadas.

Sin embargo, aquel día, Blackridge estaba envuelta en una ligera capa de niebla. Las olas rompían contra los imponentes precipicios, creando una peligrosa corriente de agua que se extendía a lo largo de la costa rocosa. Un faro coronaba la cima de un estrecho saliente al oeste, pero no brillaba ninguna luz en su interior, como si fuera un centinela aletargado sobre el mar tempestuoso.

El *ferry* viró hacia el este, y el oleaje se calmó en cuanto nos adentramos en una angosta bahía. A lo largo de la orilla había agrupadas unas cuantas casas de madera pintadas en diversos tonos de azul, blanco y gris. El muelle estaba rodeado de barcos pesqueros con una gran bandada de gaviotas posadas sobre los aparejos, cuyos ojos pequeños y brillantes me vigilaban mientras atracábamos. Sus espeluznantes graznidos retumbaban por toda la bahía.

Estaba preparándome para cruzar la pasarela con mi bici cuando la mujer que se había pasado todo el viaje rezando me adelantó

acelerada. Jadeaba con fuerza y llevaba la melena empapada y alborotada por el viento. Corrió por el muelle y se desplomó en la orilla, llorando desconsoladamente.

Me volví hacia la tripulación, pero estaban tan concentrados en su trabajo que no repararon ni en ella ni en mí. Algunos transeúntes la miraron; sin embargo, ninguno se detuvo. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? Era evidente que esa mujer estaba teniendo una crisis, de modo que, aunque me temblaban las manos, me apresuré a empujar mi bici por el muelle para acudir en su ayuda.

Pero alguien la alcanzó antes de que yo pudiera llegar hasta ella.

A su lado, había de pie una atractiva mujer de pelo rubio. Estaba moviendo los labios, pero no podía oír lo que le decía. La otra mujer que se había derrumbado entre lamentos alzó la cabeza, con las mejillas surcadas de lágrimas, y la que se encontraba junto a ella le dedicó una sonrisa.

Algo en ese gesto me provocó un escalofrío.

Entonces, la mujer desconsolada se puso de pie y arrastró los pies hacia el camino del norte. La desconocida que se había acercado a ella no le ofreció más ayuda. Se limitó a observarla, igual que yo, hasta que su figura desapareció por el sendero que se adentraba en los árboles.

Cuando dirigí de nuevo la mirada hacia la orilla, la mujer rubia tenía los ojos clavados en *mí*, y su sonrisa había desaparecido.

Incómoda con la situación, bajé la cabeza y saqué el móvil para consultar la ruta que debía seguir a continuación. Había llegado a la isla justo a tiempo, una hora antes de la indicada para registrarme en el hostal. Además, no tenía cobertura, lo cual me parecía… genial. Al fin y al cabo, lo que buscaba en aquel viaje era cortar de raíz con mi vida anterior. Reencontrarme con la naturaleza y conmigo misma.

Lo último que me hacía falta era ver las publicaciones de Colin en

sus redes sociales presentando al nuevo «amor de su vida». Un amor espontáneo y despreocupado que no se había dejado consumir por la ansiedad y al que le encantaba la idea de acompañarlo a clubes caros y compartir una luna de miel alocada en las Vegas.

Una persona que representaba todo lo que yo nunca fui.

Avancé a pie por el sendero con mi bici, admirando a cada paso las antiguas tiendas de madera dispuestas a lo largo de la orilla rocosa. En concreto, me llamó la atención una que anunciaba refrescos y helados. No había ningún sitio donde atar la bici, así que la dejé a regañadientes junto a la puerta para poder entrar.

La tienda contaba con todos los suministros habituales, a excepción de cerveza, vino o licores. En un rincón había un grupo de gatos durmiendo plácidamente alrededor de una estufa de leña encendida. En la pared tenían colgado un tablón de anuncios con folletos impresos que publicitaban la venta de pollos, el horario del *ferry* y un cartel de la fiesta de la cosecha de ese año.

También había un versículo escrito a mano clavado con chinchetas en la parte superior del tablón: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro».

Giré por el siguiente pasillo y me sobresalté al encontrarme en él con la mujer rubia que había visto en la playa.

—Hola —dijo con dulzura y un tono de voz un poco ansioso—. ¿Has venido en el *ferry*?

Asentí con la cabeza.

—Sí, acabo de llegar. Voy de camino al hostal…

—A la mansión Balfour —me interrumpió—. Está a un buen paseo de aquí. Quitando a los cazadores, a estas alturas de la temporada no suele venir mucha gente. Me llamo Ruth Miller. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte…? —alargó la frase, sin saber cómo

referirse a mí.

—Salem. Salem Lockard. —Le extendí la mano y me la estrechó cortésmente, aunque puso una ligera mueca cuando me tocó.

—Salem… ¿Como aquel lugar donde quemaban a las brujas? —Esbozó una amplia sonrisa, pero no supe qué contestarle, así que solté una risita nerviosa.

—En realidad, no quemaron a ninguna de las brujas acusadas en Salem —dije finalmente. Levantó las cejas ante mi respuesta, haciéndolas desaparecer bajo su flequillo, y me arrepentí de haberme molestado en corregirla, de modo que me apresuré a cambiar de tema—. Esa mujer que estaba llorando iba conmigo en el *ferry*. ¿Se encontraba bien?

Ruth dejó escapar una risa liviana.

—Claro. Solo estaba feliz de haber vuelto a casa.

—Feliz. —No es precisamente la palabra que yo hubiera usado para describirla.

—Es amiga mía —me explicó, a pesar de que no le había preguntado. Me moría de ganas de dar por terminada aquella conversación—. Crecimos juntas en la isla, pero se dejó llevar por la ilusión de que la vida tenía mucho que ofrecerle al otro lado de la orilla. —Se quedó mirando fijamente a la puerta que había a mi espalda, hacia donde se alzaban las olas agitadas del océano—. Ahora, Dios la ha traído de vuelta a casa, donde siempre ha estado su lugar. Se pondrá bien. Era una lección que debía aprender. Tal y como indican los dictados del Señor, debemos confiar en él con todo el corazón y no dejarnos llevar por pasiones mundanas.

Si su intención era tranquilizarme, había conseguido justo lo contrario. Resistiéndome al impulso de salir corriendo, respondí:

—Pues… Me alegro… por ella. Oye, disculpa, ¿tenéis cigarrillos American Spirit?

Cualquier atisbo de sonrisa desapareció de su rostro por completo.

—No. No vendemos tabaco. —Su voz transmitía frialdad y desprecio, como si le hubiera pedido permiso para mearme en el suelo.

—¿Sabes si en otro sitio…?

—No. ¿Algo más?

Se había cruzado de brazos y tenía los labios fruncidos en una fina línea. Estaba claro que no iba a poder sacarle nada más y que allí no vendían lo que buscaba.

—No… Eh…, no. Gracias.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo, y esbozó una alegre sonrisa de nuevo al verme salir por la puerta. Fumaba más maría que tabaco, pero aun así me gustaba tener un paquete a mano por si acaso. Últimamente, sobre todo, había estado recurriendo con mayor frecuencia al dichoso vicio mortal de la nicotina.

Parecía que se me había presentado la oportunidad perfecta para dejarlo.



La bahía no tardó en quedar engullida por el bosque a medida que me dirigía pedaleando hacia el oeste. El camino estaba repleto de surcos y charcos que me salpicaron los pantalones de barro al pasar por encima, pero me dio igual. El aire era fresco y limpio, y me impregné del aroma a pino y brisa marina que se respiraba. Los pájaros cantaban sobre las ramas gruesas y retorcidas que se encontraban por encima de mi cabeza, y los alces pastaban entre las zarzas a un lado del camino. De vez en cuando, me cruzaba con gente que iba a pie o tenía que apartarme para dejar pasar a algún que otro vehículo viejo. Cabras y ovejas balaban desde los campos

de forraje, y los perros me ladraban desde los porches de las fincas.

Cuando llegué al punto donde la vía se bifurcaba, tomé el sendero estrecho del oeste, tal y como indicaba la flecha del letrero de madera que rezaba de forma austera: «Hostal Balfour».

Mi bici contaba con ruedas especiales, preparadas para adentrarse en terrenos difíciles, y el corazón me martilleaba en el pecho de pura emoción conforme recorría el sendero escarpado. Cuanto más ascendía, más frío se volvía el viento y más fuerte rugía el oleaje al romper contra las rocas.

Rayne Balfour. Así se llamaba la mujer por la que debía preguntar para registrarme, la dueña de la casa. Me había parecido algo brusca por correo electrónico, pero la descripción del lugar en su página web bastó para convencerme.

Se trataba de una mansión de los años veinte completamente reformada, con preciosos jardines y platos preparados por un chef de alto nivel. Durante las próximas semanas, me pasaría los días pedaleando por el bosque y las noches acurrucada junto a la chimenea con un ponche caliente y un buen libro. Dos semanas de desconexión total que me servirían para despejarme la mente y retomar mi vida con energía.

Apreté el freno y derrapé hasta detenerme ante dos columnas de piedra blanquecina que enmarcaban una verja negra, coronada por un arco de hierro en el que había grabada una frase en latín: «Deus Videt Omnia». El camino de entrada que se veía más allá de las rejas era corto y daba paso enseguida a una escalera serpenteante que ascendía por la ladera aterrazada. La mansión se hallaba oculta tras los árboles. Solo podían verse sus afiladas agujas por encima de los pinos que se balanceaban con el viento.

Una inesperada sensación de inquietud se apoderó de mí en cuanto crucé la verja. Las ruedas de la bici fueron crujiendo sobre el

sendero de grava hasta que llegué al pie de la larga y angosta escalera que desembocaba en la casa. Tras soltar un suspiro, apoyé la bicicleta contra un muro, me eché la mochila a la espalda y comencé a subir la ladera como una mula de carga resignada al sufrimiento.

Los escalones estaban resbaladizos a causa del musgo que los recubría y tenían una hendidura en el centro provocada por décadas de pisadas continuas. Los jardines aterrazados se encontraban repletos de flores fragantes y helechos frondosos. Aferrados a la ladera, había unos cuantos pinos de un tamaño descomunal y de aspecto centenario, cuyas raíces retorcidas se propagaban como olas bajo la tierra.

Cuando alcancé la cima y emergí al otro lado de los árboles, la casa Balfour apareció ante mí, majestuosa e intimidante.

Era alta y oscura. Un manto de hiedra ocultaba la fachada de piedra gris. El tejado poseía una inclinación pronunciada y estaba coronado por varias chimeneas que desprendían volutas de humo blanco, así como por unas cuantas agujas ornamentadas con nidos de pájaros. Había querubines y gárgolas tallados en piedra alrededor de la entrada y adornando la fuente situada en mitad del patio. Una fila de ventanas estrechas recorría el exterior, asomándose tímidamente entre las enredaderas.

Aquellos cristales parecían ojos que me observaban mientras estiraba el cuello para mirar hacia arriba. Avancé lentamente por el patio y me detuve a contemplar las profundidades sombrías de la fuente. El agua estaba estancada. Las plantas y las algas se habían adueñado del espacio.

Rodeé la fuente, distraída con las vistas, y estuve a punto de proferir un grito al darme de bruces con un lobo que me examinaba atentamente con unos ojos azul claro.

—Ay, Dios. Eh… Hola… —Me quedé petrificada en el sitio cuando

un enorme perro de color negro empezó a olisquearme con su hocico húmedo. Vale, a lo mejor no era un lobo, sino más bien una especie de perro pastor gigante y peludo. Tenía un collar grueso de cuero, y, después de concederle unos instantes para que decidiera si le gustaba mi olor, agarré la placa que colgaba de él.

—Loki —dije, leyendo el nombre que había grabado—. Conque tú eres quien va a hacerme de guía, ¿no? —Parecía amigable, pero no se le veía muy entusiasmado, así que puse la voz más melosa que pude y proseguí—: ¿Quién es el chico más grande y guapo de este lugar? ¡Eres tú!, ¿a que sí?

Con esas palabras conseguí que moviera la cola e incluso me dejó que le alborotara el pelaje de los hombros antes de trotar hacia la puerta principal para que lo siguiera.

En la entrada había una placa de cobre fijada a uno de los muros, con una inscripción que decía:

> La mansión Balfour comenzó a construirse en 1919, tras el regreso de Henry M. Balfour al acabar la Primera Guerra Mundial. En sus orígenes, sirvió como residencia principal de la familia Balfour; ahora, es un hostal que recibe a huéspedes de todas partes del mundo.

La puerta era enorme y de madera maciza, de modo que supuse que llevaba allí desde que se erigió la casa. Emitió un sonoro crujido cuando la empujé para abrirla, y el perro se sacudió antes de adelantarme trotando hacia el interior.

Me limpié la suela de las botas embarradas en el felpudo y seguí a mi acompañante. El recibidor tenía un aire acogedor. Un ligero aroma a humo de leña y a nuez moscada flotaba en el ambiente. La reluciente lámpara de araña que colgaba del techo se reflejaba en el suelo de madera encerada, y las paredes empapeladas estaban

cubiertas de cuadros y retratos. Había una escalera a mi derecha, cuya pared se encontraba forrada de aún más arte y fotografías, y un pasillo justo enfrente.

La recepción se situaba a mi izquierda. Detrás del enorme escritorio de madera, una docena de llaves maestras colgaban de la pared, debajo de una sucesión de fotografías amarillentas. También había algo de tecnología: un ordenador viejo que parecía sacado de los años noventa y un cacharro que se asemejaba a una radio con un micrófono.

No había nadie. Al menos, hasta que una torre inestable de cajas de cartón empujó de golpe la puerta detrás del mostrador. Me alejé a toda prisa al ver que las cajas se aproximaban como un rayo hacia mí; acto seguido, la morena alta y musculosa que las llevaba en brazos las depositó en el suelo con un ruido sordo. Tenía el pelo recogido en una coleta y me estaba dando la espalda mientras abría una de las cajas para rebuscar en su interior, murmurando medidas y números.

Me aclaré la garganta, sin saber bien qué hacer.

Nunca había visto a nadie girarse a esa velocidad. En un instante estaba hurgando en la caja y, al siguiente, dándose la vuelta a la vez que soltaba una sarta de improperios y alzaba el brazo con una patata en la mano, como si fuera a lanzármela a la cabeza.

Durante unos segundos, me quedé pasmada, mirándola sin podérmelo creer. No porque llevara una patata en la mano, sino porque la había visto antes.

Era aquella desconocida del bar.

La mujer sin nombre que me había arrebatado el alma con la lengua y la había devorado entera.

3

Rayne

Una huésped no deseada

—Anda. ¡Hola!

Oh, no.

Sin duda, era ella. Tenía unos enormes ojos color avellana, parecido al de la miel en verano; el pelo castaño y corto alborotado por el viento; la piel pálida; las mejillas quemadas por el sol; la nariz pecosa y los labios de un tono suave y cálido, entre rosa y anaranjado, similar al de un melocotón. Me sonreía como si estuviera a punto de morirse de la vergüenza pero le supiera mal. Como si el rubor que le teñía la cara fuera una debilidad.

No parecía darse cuenta de que su vergüenza estaba haciendo que la situación fuera todavía más incómoda. Sus ojos abiertos de par en par me transportaron directamente a la última y única noche que pasamos juntas.

A aquel momento en que pude contemplarla desde abajo, con el resplandor de las luces de neón envolviéndola mientras se deshacía en mi lengua y la escuchaba gemir una y otra vez, como si estuviera entonando una canción solo para mí.

Producto de un delirio. O de una pesadilla.

Se suponía que el hábitat de los sueños era ese rincón oscuro alejado de la realidad que se daba en la noche. No irrumpían en tu vida a plena luz del día, con una sonrisa y las mejillas sonrojadas.

—Vengo a registrarme —dijo, con una entonación que hacía que

pareciera una pregunta, y la preocupación se encargó de ir apagándole la sonrisa poco a poco. Con un movimiento rápido, tiré a un lado la patata que sostenía en la mano y me quité los auriculares —. Tengo una reserva a nombre de Lockard. Salem Lockard.

—Salem —repetí, paladeando su nombre como un caramelo en la lengua. Entonces, se le iluminó el rostro y…

Vaya.

Ahí estaba de nuevo. Esa sensación extraña que había experimentado al verla al otro lado de la barra la noche anterior. Como si mi alma la reconociera y se sintiera irremediablemente atraída hacia ella, sin entender por qué.

De pronto, la estática zumbó con fuerza a través de la radio de Banda Ciudadana y nos sobresaltó a ambas. Una voz infantil crujió en el altavoz:

—¡Aquí Águila Pescadora llamando a Dragón! ¿Me recibes, Dragón?

Le murmuré unas palabras de disculpa a Salem y me deslicé en la silla detrás del mostrador para agarrar el micrófono.

—Rebecca, me pillas un poco liada ahora mismo. ¿Va todo bien?

Por mucho que me esforzara en no mirar a aquella huésped no deseada, mis ojos volvían a posarse sobre ella sin poderlo evitar. Llevaba unos ajustados pantalones cortos de ciclismo sobre unas mallas gruesas, y, aunque ambas prendas eran de colores terrosos, los estampados no combinaban entre sí. Resultaba fascinante, desconcertante, irritante… Mierda. No estaba preparada para aquella vorágine de sentimientos que me había desbordado con solo mirarla.

—¡No! ¡Rebecca no! —respondió la vocecita—. Soy Águila Pescadora, ¿o es que ya no te acuerdas?

Dejé escapar un suspiro y le dediqué a Salem mi mejor sonrisa de

atención al cliente.

—Enseguida estoy contigo. Dame… eh… un segundo. —Me dirigí otra vez al micrófono—: Águila Pescadora, esta radio es solo para emergencias. ¿Tienes alguna emergencia?

Una larga pausa cargada de culpa precedió a su respuesta.

—No. ¡Pero me aburro!

—La radio no es un juguete. Ve a jugar con tu hermana, ¿vale? Te aviso luego. Aquí Dragón, cambio y corto.

Bajé el volumen, respiré hondo y me di la vuelta. Salem estaba rebosante de alegría, balanceando los pies hacia delante y hacia atrás. Sus diminutos pendientes de seta se mecían con ella. Por lo visto, ya se había ganado a Loki; el grandullón se encontraba a su lado, frotándole la mano con su nariz húmeda.

El ambiente estaba cargado de tensión y amenazaba con ahogarme si no actuaba rápido.

Se me aceleró el corazón al encontrar su nombre en la lista de reservas. Salem Lockard. Lo articulé con los labios antes de atreverme a pronunciarlo en voz alta.

—¿Señorita Lockard? —pregunté para asegurarme.

Asintió con entusiasmo. Maldije en silencio mientras esperaba a que cargase mi antiquísimo sistema de reservas, resistiéndome al impulso de golpear el lateral del ordenador. Siempre iba lento, pero con ella allí de pie observándome me daba la impresión de que estaba tardando una eternidad.

—Qué cosas tiene la vida. ¿Qué probabilidades había de que volviéramos a encontrarnos?

Ay, Dios, seguía hablando. Las palabras le salían con una voz temblorosa, atropellada y llena de nervios, y no dejaba de tirarse de las mangas de su abrigo. A juzgar por los hilos deshilachados que sobresalían de la tela, parecía hacerlo a menudo.

No estaba preparada para algo como aquello. Por eso iba al continente a ligar: para no tener que encontrarme nunca más con mis ligues. Para que no se presentaran en mi puerta con la intención de pasar la noche.

Le sonreí. O, al menos, eso intenté. Lo importante era no transmitir hostilidad.

—Bienvenida a Blackridge, Salem.

Suavizó su expresión, como si un ápice de su nerviosismo se hubiera desvanecido. De repente, me sentí igual que si hubiera vuelto al colegio y me acabaran de premiar con una pegatina con forma de estrella dorada. Fruncí el ceño, intentando disimular esa extraña sensación que me embargaba, y extendí varios folletos sobre el mostrador para que les echara un vistazo.

—Aquí tienes un mapa de la isla y otro de los senderos. El único que está cerrado actualmente es el que lleva al faro. A estas alturas de la temporada no se puede ir a la península.

Cogió los mapas y se los guardó en la chaqueta, arrugándolos ligeramente en el proceso.

—¿Es verdad lo que dicen de que la isla cierra en invierno?

—No exactamente. Es el *ferry* el que cierra, de modo que nadie puede entrar ni salir. Y lo hace en otoño, no en invierno. Vas a quedarte dos semanas, así que… —Arrugué la frente. ¿Por qué leches había permitido que reservara justo esos días? No la había dejado encerrada por los pelos—. Te irás en el último *ferry* que sale de la isla. Asegúrate de no perderlo.

—Bueno, si lo pierdo, supongo que ya tengo el sitio ideal donde quedarme, ¿no? —Se rio. Era una de esas risas contagiosas, y estuvo a punto de dejarme embelesada.

Pero resultó ser demasiado ruidosa. El sonido rebotó en las paredes y me estremecí de miedo, preparándome inconscientemente

para recibir un grito como respuesta.

«Tranquilízate, Rayne».

—Nadie se queda más allá del uno de noviembre —respondí—. Tampoco nadie quiere quedarse, y más si sabe lo que le conviene. El clima es implacable. Llueve, cae aguanieve e incluso nieva en los días más duros. Las olas alcanzan tal magnitud que son capaces de estrellar contra las rocas cualquier barco que se aproxime a la costa, y el viento sopla con tanta fuerza que podría abatir un helicóptero. Además, no hay ninguna explanada donde aterrizar, así que no te conviene perder el *ferry*.

Su garganta subió y bajó al tragar saliva.

—Entendido.

Cogí su llave de uno de los ganchos que tenía detrás y rodeé el mostrador.

—Te alojarás en la habitación número seis.

Extendí la mano que me quedaba libre, esperando que me diera su equipaje, pero se limitó a estrechármela.

—Tu mochila —aclaré, y el rostro se le descompuso de la vergüenza—. ¿Quieres que te la lleve?

—Ah. Claro… Eh… Toma. Gracias. —Me la entregó a toda prisa, con la cabeza gacha.

El calor de su palma dejó una huella en la mía que me hizo flexionar la mano sobre la correa de su mochila a medida que la subía por las escaleras.

—El comedor está pasando la recepción, al final del pasillo, a la izquierda. Es una habitación grande, no tiene pérdida —expliqué, siguiendo el discurso habitual que le daba a cada huésped recién llegado—. El desayuno se sirve de seis a nueve de la mañana. La cena, de seis a nueve de la tarde. Puedes hacer uso de la despensa y del microondas a cualquier hora del día. En Marihope hay un

restaurante, un par de cafeterías y un mercado, por si te apetece ir caminando o en bicicleta hasta allí.

Cuando llegué a la parte de arriba, ella seguía en el rellano, contemplando el enorme retrato de un sacerdote de pelo negro.

—Henry Balfour —dije—. Mi abuelo. Él fue quien construyó este lugar.

—¿Era predicador? —preguntó, apresurándose a subir para alcanzarme.

—Primero fue soldado. Luego se hizo predicador. Muchos hombres de mi familia entregaron su vida a la fe. Mi padre también era predicador.

Ojalá la santidad se transmitiera igual que la avaricia.

—¿Hay algún sitio donde pueda guardar mi bici? —dijo—. La he dejado en la entrada, al pie de la colina.

—Te la llevaré al cobertizo. ¿Tienes pensado usarla mucho estando aquí?

—¡Sí! Me flipa el ciclismo de montaña.

En el bar mencionó que se había pasado los últimos días recorriendo la costa en bicicleta desde San Francisco. A diferencia de ella, lo más lejos que había estado yo de casa era la costa de Washington. Al igual que para tantos otros que crecieron en el mismo sitio, Blackridge era una parte de mí de la que no podía huir, como si las raíces de sus árboles se hubieran entrelazado con las mías. Por más que intentara soltarme, su agarre se estiraba, pero nunca se partía.

Siempre tiraba de mí hasta que lograba traerme de vuelta.

—Los senderos de por aquí son bastante difíciles de atravesar y pueden llegar a ser un peligro, así que… —Mi advertencia no hizo más que contribuir a ensanchar su sonrisa. Era evidente que podía cuidar de sí misma, a pesar de su aspecto inquieto y vivaz. La

mochila le pesaba tanto que estaba empezando a dolerme el hombro conforme la guiaba por el pasillo de arriba—. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que no hay cobertura. Te recomiendo llevar un GPS. Es muy fácil perderse en el bosque. Si no tienes uno, te puedo dejar el mío de repuesto.

Me detuve frente a la puerta que estaba coronada por una placa de cobre con el número seis. La vieja llave emitió un sonoro chasquido cuando la giré en la cerradura. Era una habitación esquinera, y me hizo ilusión oír su gritito ahogado de asombro al percatarse de las vistas.

Al otro lado del oleaje embravecido, se erguía imponente en la península boscosa el faro de Blackridge. La niebla envolvía sus paredes encaladas, y las olas rompían con fiereza contra los oscuros acantilados sobre los que se alzaba.

—Lleva fuera de servicio desde los ochenta —le aclaré mientras ella iba corriendo hacia la ventana para verlo mejor—. Así que no te preocupes, la luz no te molestará a la hora de dormir. —Me agaché frente a la chimenea, apilé unos cuantos troncos de leña y la encendí —. Debería haber suficiente leña para los primeros días, pero si necesitas más solo tienes que pedírmela. Aunque la casa dispone de caldera, las noches, sobre todo, pueden llegar a ser muy frías.

Cuando el fuego empezó a crepitar y su calidez fue llenando poco a poco la habitación, me levanté y me la encontré sentada en la cama, con la mirada fija en mí. Tenía las piernas demasiado cortas para alcanzar el suelo, de modo que se había recostado sobre las palmas de sus manos.

—Gracias por encargarte. Hacía tiempo que no encendía un fuego.

—No hay de qué. —Se me quebró la voz. Estupendo. ¿Por qué leches me había quedado allí parada como una estatua? ¿A qué estaba esperando? ¿A que se quitara la ropa y me recibiera en su

cama?

Dios, no. Esos pensamientos estaban mal. Muy pero que muy mal.

—Ten en cuenta que la casa es vieja —le advertí, demorando un poco más mi marcha; sin embargo, centró toda su atención en mí. Estaba pendiente de cada palabra que le decía, y no supe si sentirme halagada o aterrorizada—. A veces se escuchan ruidos raros. Golpes, quejidos, crujidos… Y teniendo el bosque alrededor, los sonidos extraños están a la orden del día. No te asustes. —Me encaminé hacia la puerta, pero me di la vuelta casi al instante—. Si necesitas algo, usa el teléfono fijo que hay junto a la cama para llamar a recepción.

Vale, ya era hora de irse.

O no, porque no pude evitar girarme de nuevo.

—Si no te respondo, búscame en mi habitación. En la tercera planta. Penúltima puerta a la izquierda.

Nunca les decía a mis huéspedes dónde se encontraba mi habitación. No era de su incumbencia.

Incluso después de cerrar la puerta a mi espalda, permanecí allí durante un buen rato, escuchando, aunque me dije a mí misma que eso no era lo que estaba haciendo.

Las tuberías emitieron un ruido sordo cuando el agua empezó a correr por ellas. Estaba llenándose la bañera. Una parte de mí quería pegar la oreja a la puerta para percibir el delicado sonido de su ropa cayendo al suelo y el leve chapoteo de sus pies al meterse en el agua.

Pero, temiendo comportarme como una ermitaña morbosa, me alejé de allí rápido, procurando que mis pisadas no hicieran ruido por miedo a que me oyera.

Solo iba a estar dos semanas en el hostal. Podía comportarme como una persona normal y corriente durante aquellos catorce días, ¿no?



Su olor a jazmín y limón me perseguía. Aun después de quitarme lo que llevaba puesto y meter con rabia las prendas en el cesto de la ropa sucia, su fragancia continuaba envolviéndome.

Me senté en ropa interior en el banco frente a la ventana abierta de mi habitación mientras me liaba un porro. Se me erizaron los vellos de los brazos. El frío nocturno me quemaba la piel desnuda, pero, de esa forma, la calidez de mi cama me resultaría aún más reconfortante cuando llegara la hora de meterme en ella. No había placer sin dolor.

El canto de los grillos se fundía con el lejano romper de las olas del océano. De niña, me imaginaba que el sonido del oleaje era el rugido de un tigre a lo lejos. La fantasía me ayudaba a abstraerme de la realidad; una amenaza distante me parecía menos aterradora que aquellas a las que me enfrentaba en mi propia casa.

Me llevé el porro a los labios y lo encendí. Una fina estela de humo se escapó por la ventana y se desvaneció en la oscuridad de la noche.

¿Estaba Salem también contemplando el cielo por su ventana? ¿Disfrutaba de la luz de la luna y la gélida mirada de las estrellas? ¿Se sentía pequeña, inspirada o intimidada al observarlas? ¿Se preguntaba si valía la pena seguir adelante, a pesar de la inmensidad del universo y de la ignorancia del ser humano?

Me puse los auriculares, abrí mi lista de reproducción favorita en el móvil y dejé que Fleetwood Mac inundara mis sentidos. Por unos instantes, me sentí en paz.

Entonces, capté el movimiento de mi puerta abriéndose de par en par en el reflejo del cristal.

Noté un hormigueo en la nuca, pero no me giré. El pasillo estaba oscuro; en la imagen que me devolvía la hoja de la ventana, no era más que un abismo de negrura.

Me quité los auriculares despacio, y un silencio perturbador, mucho más penetrante que la música, me envolvió por completo.

De repente, crujió una tabla del suelo. Luego, otra. Tenía la boca tan seca que apenas podía tragar saliva. Me puse de pie y me volví hacia la puerta abierta.

El crujido se aproximaba cada vez más. Me quedé mirando el espacio vacío hasta que juré que podía distinguir una silueta entre las sombras.

Una respiración ronca y agónica, como si cada aliento silbara a través de unos pulmones en proceso de descomposición, brotaba del vacío.

Unas plegarias se me agolparon en la punta de la lengua, pero no les di voz.

—Vamos —susurré. Le di otra calada al porro, forzándome a no perder la compostura—. Muévete. *Ya*.

Cada paso que daba hacia la puerta me parecía una tortura. El corazón amenazaba con salírseme del pecho. Me llegó un olor que me resultaba familiar, a moho intenso y sangre podrida. El pomo estaba helado cuando me aferré a él para cerrar la puerta. Acto seguido, giré el pestillo.

Estuve varios segundos llenos de angustia escuchando la respiración agitada al otro lado. Era un sonido persistente, incesante, como el de unas uñas arañando una pizarra. No encontré alivio hasta que agarré rápidamente los auriculares y me los puse de nuevo.

Solo entonces me permití soltar el aire que había estado conteniendo. No obstante, seguí con los ojos clavados en la puerta mientras me metía en la cama y me arropaba las piernas temblorosas con las mantas. Cuando el porro que me estaba fumando quedó reducido a una mera colilla, empecé a sentirme un poco mejor.

No podía dejar que Salem me distrajera, sobre todo en aquel momento. Las noches comenzaban a ser más largas y el frío arreciaba. El *sheriff* pensaba que estaba exagerando, pero yo sabía que a esas alturas ya no era seguro salir de noche, por muy temprano que pareciera.

Aunque el ángel no se hubiera despertado aún, lo haría pronto.

Y daría comienzo a una caza en la que no podría discernir si yo era el depredador o la presa hasta que fuera demasiado tarde.

4

Salem

TEMPORADA DE OSOS

Iba a pasarme las siguientes dos semanas conviviendo con una mujer que me había follado con la lengua en el baño de un bar. Una mujer que me había corrompido tanto el alma que, aun habiendo transcurrido dos días desde nuestro encuentro, provocaba que me flaquearan las rodillas con solo pensar en lo que habíamos hecho.

—Rayne —pronuncié su nombre en voz alta mientras estaba tumbada en la cama esa mañana. Quería saber cómo sonaba en mi boca al hablar como una amante o gemir como una perra.

Dios, se me estaba yendo de las manos. Encima, se me daba *genial* empeorar cualquier situación incómoda. En cuanto le vi la cara, me puse tan nerviosa que perdí el control de lo que decía y empecé a balbucear tonterías.

Teniendo en cuenta lo estoica que se había mostrado, probablemente pensó que su nueva huésped era demasiado escandalosa y molesta. Y tenía toda la razón. No era la primera vez que espantaba a alguien con mis nulas habilidades sociales.

Aquella noche no significó nada. El sexo era solo sexo, y me habían educado para que no me avergonzara de llevar una vida sexual libre y responsable.

Aun así, a medida que me dirigía hacia el comedor, sentí un cosquilleo en el estómago. Me pregunté si Rayne comería con sus huéspedes. Quería volver a verla, aunque no tenía ni idea de qué

decirle. Me había invadido esa sensación de euforia casi infantil característica de un flechazo. Una emoción que creía que no sería capaz de volver a experimentar.

Pero seguía sin significar nada.

El comedor era amplio. El techo estaba atravesado por vigas de madera entrecruzadas y una enorme lámpara de araña colgaba por encima de la docena de mesas que había repartidas por toda la estancia. Los ventanales llegaban desde el suelo hasta el techo y daban a un jardín decorativo que se situaba en la parte trasera de la casa. El patio tenía tantas plantas que se asemejaba más a una jungla.

Había varios huéspedes sentados. El estómago empezó a rugirme del hambre en cuanto percibí el delicioso olor a huevos con beicon que impregnaba el aire. A través de una puerta batiente, pude echar un vistazo a la cocina, donde se encontraba el personal corriendo de un lado a otro alrededor de un fogón y sacando pan recién hecho del horno.

Un hombre alto y calvo con un marcado acento francés se presentó con el nombre de Albert y me tomó nota. Fue increíblemente amable y paciente conmigo mientras yo me dedicaba a soltar gritos ahogados de emoción ante la variedad de opciones que había para desayunar.

Me serví café y zumo de naranja para amenizar la espera y luego elegí una mesa junto a las ventanas.

El cielo estaba despejado y lucía un azul claro. Los pájaros se daban un baño en los charcos formados sobre el césped y esponjaban sus plumas a la vez que cantaban. Detrás de un seto alto, distinguí a duras penas el empinado techo de cristal de un invernadero. Una escalera de piedra cubierta de musgo conducía a algún lugar que escapaba al alcance de mi vista, más allá de los setos.

—… he escuchado que lleva desaparecida desde la semana pasada,

la gente no habla de ello…

Aquellas palabras susurradas hicieron que dejara de prestarle atención al jardín, y le di un sorbo a mi café mientras examinaba el comedor. La conversación provenía de un grupo de excursionistas, pero volvieron a bajar la voz y no pude enterarme de lo que decían. Estaba rodeada de parejas y grupos de tres y cuatro personas. Al parecer, era la única viajera solitaria en aquel sitio.

Dos hombres de mediana edad con chaquetas y pantalones holgados de camuflaje se encontraban en la mesa junto a la mía. Habían rebañado sus platos hasta dejarlos relucientes y ambos estaban bebiéndose el café a sorbos. El que tenía más cerca estaba puliendo algo en su regazo, y me incliné para verlo mejor.

Me faltó poco para caerme de la silla cuando me di cuenta de que lo que sostenía entre sus manos era un rifle.

Los hombres alzaron la vista al oír el ruido. El del rifle me dedicó una sonrisa amistosa.

—Vaya, vaya, conque tenemos por aquí a una nueva huésped. ¡Buenos días! —Tras percatarse del objeto en el que había posado mi mirada, se apresuró a añadir—: No se preocupe, señorita. Nunca lo llevo cargado a la mesa. Pero eso no significa que pueda descuidarlo. —Le dio una palmadita cariñosa a la culata del rifle—. Ahí fuera, esto es lo único que me garantiza no saludar a nuestro Señor antes de tiempo.

El otro hombre negó con la cabeza.

—No dejes que te asuste. Soy George. Él es Martin. ¿Acabas de llegar?

—En realidad, llegué ayer —respondí. Me recordaban a mis tíos de Montana, por lo que me cayeron bien al instante—. Intuyo que sois cazadores, ¿no?

Martin asintió con entusiasmo.

—Sí. Cazamos osos negros.

Estuve a punto de escupir el café por la nariz.

—¿Osos? —pregunté casi gritando—. ¿Hay osos de verdad aquí, en la isla?

Pero otra voz los interrumpió antes de que pudieran contestar.

—Martin, George, dejad de asustar a mis huéspedes.

Todo el mundo se giró al ver a Rayne cruzando el comedor con paso decidido. Llevaba unas botas de cuero desgastadas y atadas hasta las rodillas y un abrigo de camuflaje desabrochado que ondeaba tras ella como una capa a medida que avanzaba hacia nosotros. Loki la seguía trotando a su espalda y parecía ajeno a la deliciosa comida que lo rodeaba.

¿Se daba cuenta de que su presencia me robaba el aliento? ¿Percibía los latidos acelerados de mi corazón?

—Sí, mamá —refunfuñó Martin, colocando el rifle debajo de la mesa.

Rayne no se detuvo. Pasó de largo junto a mí sin apenas mirarme y se asomó a la cocina para gritar algo en francés, a lo que le respondieron de la misma forma. Poco después, Albert regresó con mi desayuno y un detalle inesperado.

Un *gin-tonic*.

—Disculpa la espera —dijo. Quise responderle que no había estado tanto tiempo esperando, pero desapareció tan rápido como había llegado.

La tortilla rellena de queso y verduras que había pedido tenía un aspecto delicioso. Estaba a punto de hincarle el diente cuando me dio la impresión de que había alguien observándome.

Al echar un vistazo hacia atrás, vi que Rayne se encontraba allí de pie, y el corazón se me subió a la garganta.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó. Había colocado una

mano en el respaldo de mi silla y, en ese momento, apoyó la otra en la mesa, a escasos centímetros de mis dedos. Su cercanía era como una corriente eléctrica que me provocaba un cosquilleo en la piel.

—Sí. He estado muy cómoda. Además, no pasé nada de frío. Gracias otra vez por encender el fuego.

—Me alegro —contestó con el volumen justo de voz para que solo yo pudiera escucharla. Metió la mano en su abrigo y frunció el ceño durante unos instantes, hasta que sacó una brillante llave plateada y me la tendió—. Toma, para el cobertizo al pie de la colina. Puedes guardar tu bici allí cada vez que lo necesites. Soy la única que tiene llave, así que estará a salvo de manos ajenas.

—Gra… gracias. —Antes de que pudiera terminar la frase, se dio media vuelta y se marchó de nuevo. Loki siguió sus pasos obedientemente.

—No me lo puedo creer —dijo Martin, riéndose entre dientes—. No he oído a esa mujer decir más de tres palabras desde que llegamos. ¿Qué la hace a usted tan especial, señorita?

Me encogí de hombros e intenté ahogar las mariposas que me revoloteaban en el estómago con más café.



Aun quitando de la ecuación la tercera planta, a la que los huéspedes tenían prohibido subir, me quedaba mucho terreno por explorar en la mansión. La zona común estaba al fondo del pasillo de la primera planta y contaba con paredes cubiertas de estanterías a rebosar de libros. También disponía de sillones y sofás que parecían bastante cómodos colocados sobre gruesas alfombras con diseños sofisticados. Me habría quedado allí, pero había otros huéspedes sentados y me daba apuro invadir su espacio.

Aunque en las habitaciones reinaba una calidez acogedora, los pasillos estaban helados. Mientras subía las escaleras, pude distinguir mi aliento formando una nube de vaho ante mí. Ni siquiera el cielo despejado era suficiente para que el calor del sol nos alcanzara.

Cuando llegué a la segunda planta, caminé despacio junto a las habitaciones de los demás huéspedes. Todo estaba impecable. No había ni un solo marco de fotos con polvo. Ni una mota de suciedad en el suelo, ni una huella en las ventanas. Tampoco percibí por ningún rincón el típico olor a casa vieja. Daba la impresión de que habían puesto filtros perfumados en las rejillas de ventilación.

Aun así, al pasar por las escaleras que conducían al tercer piso, me llegó un hedor insoportable.

Me cubrí la boca a toda prisa con la mano y alcé la cabeza hacia la escalera, que se encontraba débilmente iluminada. En el rellano superior había una imponente estatua de mármol que representaba a una mujer con velo y las manos entrelazadas en un gesto de oración. Aunque costaba verlo con claridad, el hermoso papel pintado que se hallaba detrás de la estatua parecía haber sufrido por culpa de la humedad: estaba ondulado de una forma inusual y tenía unas cuantas manchas de moho negro.

Asustada, entrecerré los ojos y subí varios escalones para acercarme. Debía de haber sido un efecto de la luz, porque el moho se fundió con las sombras y desapareció por completo en cuanto apoyé la mano en la pared.

Recorrí el papel inmaculado con los dedos, confundida, en busca del más mínimo indicio de podredumbre. Pero no había nada. Era de lo más extraño.

De repente, escuché unos pasos contundentes que bajaban las escaleras y se aproximaban hacia mí. Me sobresalté y estuve a punto

de tropezarme al darme la vuelta para bajar corriendo y apartarme de quienquiera que estuviera acercándose a mí. Llegué a la puerta de mi habitación en cuestión de segundos, jadeando en busca de aire y con la mano en el pecho. Metí la llave en la cerradura y me giré hacia la escalera que conducía a la tercera planta.

No apareció nadie.

Me quedé esperando un minuto entero. Luego dos. No oí ningún paso subiendo ni bajando. ¿Estaban esperando en la escalera? ¿Por qué? ¿A quién? No había visto a nadie.

Me acerqué de nuevo con cautela. Sinceramente, pensaba que sería alguno de los huéspedes gastándome una broma; sin embargo, cuando miré de nuevo, solo me aguardaba la estatua.

5

Salem

Fantasías y grifos rotos

Mis zapatos iban chapoteando sobre la hierba mojada a medida que atravesaba el jardín con una taza de té humeante en la mano. Un coro de pájaros revoloteaba entre los arbustos, haciendo caer las gotas de lluvia de las hojas. El sol se estaba poniendo en el horizonte; los últimos rayos de su ardiente resplandor se ocultaban tras los acantilados, a nivel del mar.

Me sonó el móvil, pero solo se trataba de un recordatorio para el día siguiente. Lo abrí y se me encogió el corazón en cuanto leí la notificación: «Vuelo a Las Vegas, ¡hora de la luna de miel!».

Esas palabras contribuyeron a aumentar la sensación de vacío que me atenazaba el pecho.

No echaba de menos a Colin. Al principio, lloré por nuestra relación, pero en ese momento tan solo estaba de luto por el futuro que creía tener. La vida que había construido se había derrumbado hasta los cimientos, y una parte de mí seguía sintiendo que era culpa mía.

Solté un suspiro profundo, me senté en un banco de piedra en medio del jardín y alcé la cabeza para contemplar la casa. Las ventanas estaban iluminadas, y Rayne se encontraba en su habitación, en la tercera planta.

No me vio; o, al menos, no estaba mirándome. Llevaba el pelo largo y suelto, igual que la noche del bar, y movía los labios,

cantando al ritmo de una música que apenas llegaba a mis oídos.

Se mecía ligeramente, frotándose la nuca, como si quisiera bailar, pero le diera vergüenza hacerlo en su propia presencia.

Con un movimiento fluido, se quitó la camiseta por la cabeza y la tiró al suelo. Un sujetador deportivo de color negro le cubría los pechos, pero no tardó en ir también a por él y… debería haber dejado de mirarla en ese instante.

Sin embargo, no pude apartar los ojos de su figura.

Los músculos de la espalda se le flexionaron al bajar los brazos. Su piel tostada parecía suave y cálida bajo la débil luz que la alumbraba. Fantaseé con la idea de volver a tocarla, acariciarle los brazos, besarle el cuello y hacerla gemir como ella me hizo gemir a mí. El cabello le rozaba la parte baja de la espalda mientras se pasaba los dedos por él; entonces, se giró hacia un lado…

No se desnudó cuando estuvimos juntas en el bar. Al verla así frente a mí por primera vez, una desesperación hambrienta cobró vida en mi interior.

Tenía un largo historial de amores y desamores. Después de lo de Colin, me convencí de que esa parte ingenua de mí, la que era capaz de confiarle su corazón a alguien, había muerto.

Pero, por lo visto, esa parte seguía vivita y coleando, lista para dar guerra. La lujuria no era amor, aunque se le acercaba demasiado.

Rayne desapareció de mi vista, llevándose consigo el embrujo al que me había sometido. Me levanté de golpe, tan agitada que me dejé la taza de té en el banco, y salí corriendo del jardín.



Contra todo pronóstico, me había quedado soltera después de tres años de relación, pero eso no significaba que no estuviera preparada

para darme un caprichito. A decir verdad, el universo me debía unos cuantos orgasmos a esas alturas.

Estaba a punto de embarcarme en un viaje de placer junto a mis dos nuevos mejores amigos: mi vibrador resistente al agua y la bañera con patas de mi habitación. Envuelta en el aire denso del vapor y la calidez del agua, me imaginé que eran los dedos de Rayne los que me recorrían el torso en vez de los míos. Me apretaba el pecho con sus manos a la par que jugaba con mis pezones entre sus dedos, moviéndolos en círculo y pellizcándolos, y me hablaba con ternura y lascivia.

«Así me gusta, preciosa. ¿Lo estás disfrutando? ¿Quieres más?».

Se me escapó un gemido solo con pensar en su voz ronca susurrándome al oído. Encendí el vibrador y solté un grito ahogado al presionarlo contra mi clítoris. Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo y me empezaron a temblar las piernas, incapaz de contenerme ante la intensidad del momento.

«Buena chica. Déjame ver cómo te lo metes».

Una oleada de deseo me sacudió por dentro. Me puse de rodillas y me incliné sobre el borde de la bañera. Con una mano, sostuve el vibrador entre mis piernas, y con la otra, seguí agarrándome el pecho. Cerré los ojos y me la imaginé detrás de mí, tentándome con sus dedos.

«Eso es. Eres una puta diosa, Salem. Joder, me muero de ganas de comerte entera».

Un quejido de placer me brotó de la garganta sin previo aviso. Colin presumía de ser un rarito en la cama, pero en realidad era de lo más mojigato que había visto en mi vida. Siempre que le proponía algún juego sexual que se salía de lo convencional, se lo tomaba como algo personal (tal vez lo interpretaba como un ataque frontal a su frágil masculinidad) y lo rechazaba con la excusa de que le

parecía perturbador o peligroso.

Rayne apenas me conocía, así que no podía saber lo que me gustaba, pero, durante unos instantes, imaginé que sí. Imaginé que le confesaba todas mis fantasías y que, al hacerlo, me dedicaba una sonrisa maliciosa y me respondía: «Lo que sea por mi pequeña viciosa».

Me temblaban las piernas, y me sentí como si ya no estuviera en la bañera. En algún plano perverso de mi imaginación, estaba a cuatro patas, con Rayne acurrucada sobre mi espalda y sus dedos dentro de mí a la vez que me envolvía la garganta con la otra mano. El placer se estaba apoderando de mí y, entre jadeos, grité su nombre con ganas. Luego, abrí un poco los ojos…

Una silueta alta y rojiza, de largo cabello oscuro, parecía mecerse sutilmente al compás del vapor que se arremolinaba a su alrededor.

Una ráfaga de aire frío me abrazó el cuerpo, y la luz empezó a parpadear. Entonces, la figura se movió, y me pareció atisbar un rostro demacrado, ensangrentado y cadavérico, con unos labios putrefactos y retraídos que dejaban al descubierto unos dientes ennegrecidos.

Solté un grito y me eché hacia atrás con movimientos torpes y desesperados. Intenté agarrarme al grifo, pero se descolgó de la pared. El agua comenzó a salir disparada de la tubería rota y me empapó por completo, haciendo que me resbalara y me cayera de espaldas.

—¡Hostia puta!

Unas manos robustas tiraron de mí para sacarme de la bañera y me llevaron de nuevo a mi habitación. Acto seguido, me dejaron mojada y completamente desnuda sobre la cama. En los segundos que tardé en incorporarme tras cubrirme el pecho con un brazo, Rayne ya se había vuelto a meter en el baño. Cortó el agua y se quedó mirando el

grifo roto.

—Había alguien —dije sin aliento—. Una persona… Había… En el baño…

Con cuidado, Rayne introdujo la mano en la bañera y sacó mi vibrador del agua. Ay, Señor, deseé que me tragase la tierra.

Lo apagó y lo dejó en el lavabo. A continuación, tras percatarse de mi tiritera, cogió una toalla del estante y regresó para envolverme con ella.

—¿Se ha colado alguien en tu habitación? —preguntó en un tono escéptico.

Me encogí de hombros, sin saber cómo responder.

—¡No lo sé! Había alguien ahí de pie, pero no pude reconocer quién era.

Me frotó la espalda con delicadeza.

—¿Te has hecho daño?

—No —mentí por orgullo—. Te juro que he visto a alguien. Abrí los ojos y… estaba ahí, justo ahí. —Señalé con el dedo el punto exacto en el que había vislumbrado la figura.

Rayne entró al baño de nuevo. Vació la bañera, revisó la parte de atrás de la puerta y miró dentro de los muebles. Incluso registró el armario. A cada segundo que pasaba, me sentía más y más como una niña llorando por el hombre del saco que se escondía debajo de su cama.

Casi podía oír la voz de Colin diciéndome: «Todo está en tu cabeza. Te lo estás imaginando por la ansiedad. Tómate una pastilla y cálmate».

La tonta y pobrecita de Salem. Asustándose una vez más por nada.

Noté una opresión en el pecho, y la adrenalina empezó a expandírseme por todo el torso. No me creía. Pensaba que era una mentirosa, que me lo estaba inventando, que me faltaba un tornillo.

Se me formó un nudo en la garganta y comenzaron a escocerme los ojos. Joder, no quería ponerme a llorar delante de ella.

—Sé lo que he visto —insistí, desesperada—. Había algo ahí.

—Te creo —me calmó con dulzura—. ¿Te acuerdas de cómo era?

Tras rebuscar en mi memoria, angustiada, negué con la cabeza.

—No lo sé. Había vapor por todas partes. Tenía el pelo largo. Creo que iba vestido de rojo.

De todas las cosas que podían haberle provocado alguna reacción, no me habría imaginado que fuera esa la que lo conseguiría. Al escucharme, se tensó y, por fin, me miró. Me miró de verdad, como si intentara leer los secretos que ocultaba mi rostro.

—¿Te ha hablado?

Negué con la cabeza. El miedo fue disipándose poco a poco, dejando solo agotamiento en su lugar.

—Bueno, quienquiera que fuera ya se ha ido —dijo Rayne, suspirando con fuerza—. Y estoy segura de que no querrás quedarte en una habitación con la bañera rota. —Miró fijamente el grifo, frotándose la nuca—. Tengo otra habitación libre con unas vistas parecidas. Está en la tercera planta, así que no suele haber huéspedes, pero es lo que hay. Te dejo que te vistas.

Habría preferido subirme al próximo barco y regresar a tierra firme. Enterrar mi humillación allí en la isla y fingir que nada de aquello había pasado.

Sin embargo, recogí los fragmentos que quedaban de mi orgullo herido y me vestí. Sus manos parecían haber dejado una huella de calidez en aquellos lugares donde me había tocado para alzarme. Intenté pensar en algo ingenioso que decirle, alguna broma para aligerar la tensión por haberle roto el grifo, pero la mente se me había quedado en blanco y estaba demasiado avergonzada como para abrir la boca.

¿Me había asustado por una mera sombra? Por más que intentaba recordar con claridad a la persona que había irrumpido en mi habitación, no podía. ¿Era cosa del cansancio? ¿O estaba teniendo alucinaciones?

Después de vestirme y recoger mis cosas, me encontré a Rayne esperándome fuera junto a la puerta. Me miró extrañada cuando salí de la habitación, como si estuviera viendo otra cosa en lugar de a mí.

—Por aquí —me indicó, y la seguí por el pasillo hasta llegar a la tercera planta. Avanzaba con paso firme, como si tuviera una misión. Solo llevaba puestos unos calcetines, unos pantalones deportivos y una camiseta negra de manga larga. Tenía el pelo ligeramente húmedo, ondulado y suelto, e iba dejando tras de sí un fresco aroma a champú. La idea de haberle aguado su noche de relax me hizo sentir aún peor.

Aun así, me resultó emocionante traspasar el letrero de «Solo personal autorizado» que daba la bienvenida a la tercera planta. Al igual que en la inferior, el pasillo tenía un aspecto impoluto, y unos cuantos apliques repartidos a lo largo de las paredes alumbraban el camino. Sin embargo, a diferencia del resto de la casa, no había ningún retrato colgado. Las paredes no contaban con ningún adorno.

—Siento mucho lo del grifo —dije, sin poder aguantarme la disculpa—. Te pagaré los gastos…

Se detuvo frente a una puerta cerrada y se rebuscó en el bolsillo.

—No te preocupes. Siempre se rompe algo. Ventajas de vivir en una casa vieja.

Sacó una llave, abrió la puerta y encendió las luces de dentro. La habitación era más grande que la anterior, con vistas al faro por el noroeste y otras ventanas que daban al jardín y al invernadero por el sur, aunque los muebles no eran tan modernos. Se respiraba en el ambiente ese olor característico a polvo, mezclado con el ligero

aroma avainillado de los libros viejos.

—No suelo alojar aquí a ningún huésped, así que te pido disculpas por el polvo —se excusó—. La decoración se ha quedado un poco desfasada, pero todo está limpio y funciona bien. Voy a preparar la chimenea.

No fue muy lejos a por la leña. Abrió la puerta contigua y pude echar un vistazo fugaz al interior del cuarto. Había una cama grande con mantas verdes sobre la que estaba durmiendo Loki, además de una estantería repleta de vinilos antiguos junto a un tocadiscos y unos altavoces. Era la habitación de Rayne.

Se encontraba pegada a la mía.

Volvió con un montón de troncos de leña justo cuando empecé a vaciar mi mochila sobre la cama. Encendió la chimenea mientras yo organizaba mi ropa, sin poder dejar de mirarla de reojo. Se tomó su tiempo avivando el fuego, hasta que las llamas comenzaron a crepitar y a llevarse consigo el frío de la habitación.

—Estaré al lado si necesitas algo.

—Vale. Gracias…

Se quedó en el marco de la puerta, dubitativa, como si quisiera decir algo más. Las comisuras se le elevaron en un gesto que se acercaba demasiado a una sonrisa. Luego, alargó la mano hacia el pomo de la puerta y, antes de tirar de él para cerrarla, añadió:

—Buenas noches, Salem. Intenta no gastar demasiada agua con tus fantasías en la ducha.

6

Rayne

EL ESPECTRO

El pasillo de la segunda planta estaba sumido en una quietud absoluta. No debería haber sido algo inusual a las tres de la madrugada, pero yo conocía a la perfección la diferencia entre el silencio y la quietud.

El silencio era normal, pero la quietud no lo era. No se oía ninguna respiración, ni un solo crujido de las tablas bajo mis pies, ni siquiera el aullido del viento en el exterior. Como si este lugar estuviera envuelto en un capullo, aislado del mundo real. Sin embargo, los capullos siempre albergaban algo vivo en su interior.

La habitación en la que había estado Salem se encontraba helada. El fuego se había extinguido y la humedad de la ducha se había disipado. Tampoco quedaba ni rastro del aroma de su perfume; el olor a moho y a podredumbre habían ocupado su lugar.

Por costumbre, me llevé la mano a la cruz que me colgaba del cuello y empecé a moverla a lo largo de la cadena que la sostenía mientras me adentraba en el baño. Los azulejos estaban salpicados de agua y el grifo se había quedado tirado en un charco bajo la tubería averiada. A decir verdad, la situación me habría resultado hasta cómica, de no haber sido por lo que dijo Salem.

«Creo que iba vestido de rojo».

Me agaché y pasé los dedos por las tablas donde afirmaba haber visto la figura. Estaban lisas como la cera, pero percibí una sutil

variación del color que me llamó la atención. Aunque solo era visible desde cierto ángulo, parecía la ligera huella húmeda de unos pies descalzos.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe y me puse de pie de un salto. Pulsé el interruptor de la luz, pero no sirvió de nada. ¿Cuántas veces había revisado el cableado de la puñetera casa? ¿Cuántas horas me había pasado cambiando y probando los casquillos y las bombillas? Todo en vano, porque acababan fundiéndose de una forma u otra. Como si la luz no pudiera vivir en aquel lugar.

Sin embargo, había algo que sabía con certeza: la puerta de Salem estaba cerrada con llave cuando la oí gritar. Por suerte, llevaba conmigo mi llave maestra; de lo contrario, habría tenido que echarla abajo.

Aquella persona que había visto, fuera quien fuera, pudo atravesar la puerta sin abrirla.

Me acerqué a ella con un nudo en el estómago. El pomo se encontraba helado, y mi aliento formaba nubes de vaho al entrar en contacto con el aire.

Estaba cerrada. El pomo no giraba.

Tragué saliva para aliviar la presión que me atenazaba la garganta y apoyé la oreja contra la puerta.

Escuché unos toquecitos, como si alguien la estuviera golpeando de manera suave y constante con los dedos desde el otro lado.

Me aferré a la diminuta cruz con tanta fuerza que se me clavó en la palma. Las oraciones me ahogaban, luchando por hacerse oír, pero mi lengua se negaba a articular ni una sola plegaria, porque no quedaba fe que les diera sentido.

A través de la ventana, distinguí el brillo del faro al otro lado del agua. Como si su fuego siguiera encendido, como si su alma aún pudiera actuar de guía en medio de la oscuridad y brindar a sus

viajeros luz en el camino… o conducirlos a su perdición. Se habían perdido innumerables vidas en las aguas que rodean Blackridge. Incluso se rumoreaba que el océano que nos mantenía alejados del resto del mundo albergaba más huesos humanos que nuestro propio cementerio.

Entonces, empezaron a oírse unos susurros, como si alguien hubiera acercado los labios a la rendija que había entre el marco y la puerta. Eran sonidos espesos, guturales, sofocados. Me imaginé una bocanada de sangre burbujeando entre unos labios agrietados y putrefactos.

—A los huesos, a los huesos, a los huesos, a los…

Repetía sin cesar las mismas palabras. No me atreví a moverme ni respirar. Pero los susurros fueron debilitándose poco a poco, al igual que un globo perdiendo el aire, hasta convertirse en un eco distante.

Y, de pronto, pararon.

El faro estaba envuelto de nuevo en las sombras. El pasillo se había quedado en silencio. Al girar el pomo, la puerta se abrió sin oponer resistencia y salí de la habitación.

No había nadie, pero seguía haciendo frío.

—Déjala en paz —le ordené al vacío en voz baja—. No es culpa suya. No tiene nada que ver con esto.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Aunque no oí ni vi nada, estaba segura de que había alguien a mi espalda.

Sentía su aliento frío en la nuca. Comencé a andar con determinación y los puños apretados, negándome a girar la cabeza. Al pasar junto a la ventana, la luz de la luna proyectó mi sombra en el suelo.

Y también otra. Justo detrás de la mía. Cerniéndose sobre mí, con una mano extendida, como si quisiera tocarme.

Me estremecí, pero seguí sin darme la vuelta.

—No te tengo miedo. Déjala en paz.

La sombra se acercó aún más. Un aliento rancio me rozó la mejilla, acompañado de unas palabras ásperas y frías que parecían brotar de una lengua podrida:

—En sangre… En sangre… En esta sangre… yo te… invoco…

«No mires».

«No corras».

Continué dando un paso tras otro y contuve el aliento hasta que llegué a las escaleras. Solo entonces miré hacia atrás.

Y estaba sola. Completamente sola.

7

Salem

EL VIGILANTE

Las curvas cerradas y estrechas del sendero de tierra que serpenteaba ante mí me mantenían alerta. Me dolían los brazos y sentía un cosquilleo de adrenalina recorriéndome las piernas a medida que atravesaba el bosque a toda velocidad. Las ramas bajas de los árboles restallaban por encima de mí al pasar, y el frío me azotaba la cara. El camino era escarpado y estaba repleto de rocas, charcos y otros restos del bosque que complicaban aún más la travesía.

Se respiraba un aire limpio y fresco que transportaba el aroma de la tierra margosa y las agujas de pino caídas. Mientras avanzaba entre los árboles, a punto de salirme del sendero con cada bache y desnivel que sobrevolaba con la bici, me permití olvidarme de todo lo demás por un instante.

Pude dejar de pensar en el ridículo que había hecho delante de Rayne. Ya me resultó bastante humillante haberle roto la bañera, pero que me hubiera visto tal y como Dios me trajo al mundo, gritando con el vibrador, fue lo que le puso el broche de oro a la noche. Lo peor de todo era que parecía que me había sacado de la manga la única explicación que podía ofrecerle.

No me extrañaba que no me hubiera creído. Ni siquiera yo me sentía capaz de volver a confiar en mí misma.

Tras rodear un terraplén y lanzarme en picado por una

hondonada, las ruedas se despegaron del suelo, impulsadas por la velocidad. El estómago me dio un vuelco, y, por un momento, me sentí como si estuviera volando, hasta que la gravedad volvió a tirar de mí hacia abajo. Apreté ligeramente los frenos, sin aliento, al ver que el sendero comenzaba a girar bruscamente y se transformaba en una pendiente empinada que se extendía serpenteante entre los pinos cubiertos de musgo.

Cuando el camino se bifurcó, elegí la ruta más estrecha. Las señales que marcaban los senderos seguían en pie, pero la madera vieja de la que estaban hechas se encontraba carcomida y podrida, y las palabras parecían haber desaparecido hacía tiempo. Aun así, el sol todavía brillaba en lo alto, de modo que no me importaba adónde me dirigía. Llevaba un mapa y una brújula en la mochila, por si acababa perdiéndome de verdad, y algunos aperitivos para recargar energía.

Solo necesitaba esa sensación de libertad, por muchos riesgos que entrañara. Entonces, giré bruscamente para esquivar un árbol y me di cuenta, demasiado tarde, de que me había equivocado de camino y me había salido del sendero.

—¡Mierda!

Una de las ruedas se chocó con algo y, al torcerse, me hizo perder el control. Me di de bruces contra el suelo y rodé unos cuantos metros a través de la tierra y las hojas, sin poder respirar a causa del golpe.

Durante unos instantes, permanecí inmóvil, tumbada bocarriba y contemplando los árboles. Las gaviotas sobrevolaban el cielo, y sus espeluznantes graznidos reverberaban desde el mar mientras el viento susurraba entre las agujas secas de los pinos.

Me puse de pie con un quejido de dolor y me sacudí de encima las ramas y las hojas. Por suerte, no tenía ninguna herida a la vista, más

allá de algunos rasguños y moratones. La bici se había quedado enredada entre los zarcillos espinosos de una zarza, así que tardé un rato en liberarla.

La rueda estaba desinflada por completo, de modo que no me quedó más remedio que ponerle fin a mi excursión ese día. Quejándome del pésimo estado de los senderos, deshice mis pasos en busca del objeto que me había pinchado la rueda.

Había algo de un color grisáceo y con bordes irregulares sobresaliendo de la tierra. Al agacharme para mirarlo más de cerca, vi su interior poroso y reconocí de inmediato lo que era.

Un hueso me había perforado la rueda.

Se encontraba enterrado a una gran profundidad, pero la tierra a su alrededor estaba suelta. Tiré de él y logré sacarlo entero. Medía más o menos la mitad de mi antebrazo. No era una experta en la materia, así que ignoraba de qué animal provenía, pero debía de haber sido bastante grande.

Y tampoco parecía llevar allí mucho tiempo.

—Bienvenida a la naturaleza, Salem —murmuré, y luego procedí a lanzar el hueso entre los árboles.

Me puse a andar con la bici al lado y decidí continuar por el camino que desembocaba en la playa. No sabía mucho de osos, pero nunca había visto uno cerca del mar, por lo que me pareció el lugar más seguro. Las olas salpicaban espuma a decenas de metros de altura al romper contra las enormes rocas que sobresalían del océano. Unos trozos gigantes de madera blanquecina que habían sido arrastrados por el agua desde algún bosque lejano cubrían la arena. El sol se filtraba entre las nubes, a punto de alcanzar su cénit.

Durante un minuto, me quedé allí de pie, disfrutando del viento y del calor del sol en la cara. Las olas me besaban los zapatos y dejaban a su paso montículos de espuma flotando sobre el agua

cristalina. Su superficie me devolvía mi reflejo: una mancha borrosa de tez clara con el pelo corto y castaño. Los árboles se alzaban imponentes a mi espalda, como centinelas meciéndose al ritmo del viento.

Las olas retrocedieron… y regresaron a mí. Esa vez, cuando volví a contemplar mi reflejo, algo había cambiado.

Una figura estaba de pie en la cima de la montaña que se encontraba detrás de mí, justo donde acababa el bosque.

Giré la cabeza para examinar la zona. El sendero se extendía a lo largo del filo, así que, si alguien pasaba por allí, no sería difícil verlo.

Pero no había nadie.

De pronto, se me quedó la boca seca y empezaron a sudarme las manos. El viento gélido que sacudía la playa me hizo fijarme en las densas nubes grises que se arremolinaban en el horizonte. Debía volver a la casa cuanto antes; sin embargo, la tormenta que se avecinaba no era lo único que me ponía nerviosa.

Alguien me estaba observando. Sentí un hormigueo en la nuca y, con el rabillo del ojo, volví a captar el destello de aquella figura sobre la cima. Inmóvil. Vigilándome.

No me atreví a darle la espalda. Un miedo profundo y primario me empujaba a moverme de inmediato, de modo que hice caso a mi instinto. La arena ralentizaba mis pasos de forma insoportable, y arrastrar la bicicleta por ella tampoco me ayudaba a ir más deprisa. Me sentía cada vez más tentada de abandonarlo todo y salir corriendo.



Me había alejado de la casa aún más de lo que pensaba. El cielo azul se había tornado gris cuando atravesé la verja y guardé mi bicicleta

en el cobertizo, que se ubicaba al fondo del camino de la entrada. Por suerte, había metido en el equipaje un kit de reparación, así que podría ponerle un parche a la rueda al día siguiente.

Cuando me dispuse a subir las escaleras, comenzó a llover a cántaros. Llegué empapada a la puerta principal y me apresuré a entrar, temblando del frío y los nervios.

Tras ponerme ropa seca y de abrigo, salí al sendero cubierto que rodeaba la parte trasera de la casa, al lado del jardín. La lluvia goteaba entre los arcos de piedra mientras me encendía un porro e inhalaba el humo lentamente, con la esperanza de que ahogara la paranoia que me devoraba por dentro.

Pero no podía quitarme aquella sensación de encima. Seguía dándome la impresión de que me estaban observando, de modo que no dejaba de mirar a mi alrededor, como si fuera a encontrarme con alguien allí de pie. Me puse a caminar de un lado a otro mientras fumaba, hasta que me di la vuelta y estuve a punto de chocarme de frente contra Rayne.

—¡Joder!

—¡La madre que me parió!

Gritamos al mismo tiempo, y, tras el sobresalto, me apoyó las manos en los hombros para examinarme.

—¿Estás bien? No quería asustarte.

—Eh… pues… No. Lo siento, quiero decir… Sí, estoy bien. —Intenté recomponerme, sin aliento y con las manos temblorosas—. He salido con la bici y he visto… No lo sé…

Entrecerró los ojos, aún aferrada a mis brazos.

—¿Qué has visto?

Una ráfaga de aire helado atravesó con fuerza el sendero, provocando que un escalofrío me recorriera la espalda. Entonces, nos acercamos la una a la otra por instinto. Con la espalda pegada a la

pared y su cuerpo contra el mío, me resultaba mucho más difícil recordar qué me había asustado.

—Era…

Dios mío, ¿por qué olía tan bien? Podía percibir el olor a cuero mojado de sus botas y la deliciosa loción de vainilla que le impregnaba la piel. Arqueó una ceja y me clavó los dedos en los brazos, aguardando impacientemente mi respuesta.

—No era nada —dije rápidamente—. Oí algo raro y me asusté, sin más.

No me soltó; al menos, no de inmediato. Me escudriñó el rostro, como si supiera que le estaba mintiendo. De repente, dejé de sentir frío y comencé a sudar de los nervios.

—¿Nada? —preguntó—. ¿Estás segura? —Frunció aún más el ceño y me acarició la mandíbula con el pulgar—. ¿Te has hecho daño?

El corazón me martilleaba en el pecho, aunque no sabía si se debía al miedo o a otra cosa. Cuando llegué, no me había molestado en mirarme al espejo, pero en ese instante noté el escozor típico de una raspadura en el lugar donde me había rozado con el dedo.

—Ha sido una caída tonta —respondí, y ella asintió, pero ninguna de las dos se movió de su sitio.

Le ofrecí el porro y se quedó mirándolo con una expresión que no pude descifrar, así que me apresuré a disculparme.

—Lo siento, debería haber preguntado si podía fumar aquí fuera…

—Tranquila, preciosa. —Soltó una risita, me quitó el porro de las manos y le dio una calada—. No suelo fumar dos veces con la misma chica. Me has desconcertado un poco, Salem.

Era difícil imaginarse que algo pudiera «desconcertarla». Esa mujer parecía imperturbable, la verdad. Al devolverme el porro, me transporté de nuevo a aquella noche en el aparcamiento del bar. Me sentí otra vez como si fuéramos solo dos desconocidas compartiendo

un momento íntimo.

—Eres más de rolletes de una noche, ¿no? —dije, y me dedicó una sonrisa pícara.

—Sí. No me queda otra opción viviendo aquí. Tampoco creo que nadie esté dispuesto a mudarse a una isla alejada de la mano de Dios para mantener una relación seria.

—¿Y no hay nadie que te haga tilín en la isla? Aunque sea un poquito.

Le ofrecí el porro y me rozó los dedos al cogerlo. Nuestras miradas se cruzaron y, durante una fracción de segundo, me pareció leer su respuesta sin necesidad de palabras.

—Soy una especie de oveja negra por aquí —contestó. Cuando rompió el contacto visual, respiré hondo, y no me di cuenta hasta entonces de la falta que me hacía ese aire—. La mayoría de las personas de la isla… son como de la familia. Puede que no me caigan especialmente bien, pero son lo único que tengo. Nos cuidamos los unos a los otros.

Se apoyó en la pared junto a mí, rozándome el hombro con el suyo. Nos quedamos en silencio un rato, contemplando cómo chapoteaban y piaban los pájaros que habían acudido a bañarse en los charcos del jardín. Sin embargo, a pesar de que algo en mí me decía que no debía hacerlo, volví a posar los ojos en ella.

—Entonces, ¿nunca has estado con la misma chica dos veces? —Las palabras se me escaparon de la boca sin permiso, y me arrepentí al instante de haberme atrevido a pronunciarlas. No solía ser tan directa. Parecía incapaz de pensar con claridad cuando estaba cerca de ella.

—No —respondió con naturalidad, como si estuviéramos hablando del tiempo—. ¿Quieres ser la primera?

—Eh… Pues… O sea…

—¿Me tienes miedo? —Su voz sonaba como un susurro, y me lanzó una mirada que me clavó en la pared. ¿Qué me pasaba? No me había sentido así desde que era una adolescente desbordada por las hormonas.

—Sí. —Se me quebró la voz, pero su expresión seria se mantuvo firme.

Se llevó el porro a los labios, sin dejar de mirarme mientras inhalaba lentamente. Luego, soltó una bocanada de humo por la nariz.

—¿Quieres que pare? —me dijo.

—No, por favor.

8

Rayne

TUS DESEOS SON ÓRDENES PARA MÍ

Una brasa resplandeciente cayó sobre las losas y la aplasté con la bota. Cuando volví a levantar la vista, Salem tenía los ojos fijos en la mancha de carbón que había dejado en el suelo, con una expresión indescifrable. Deseé poder leerle la mente, ver qué la movía por dentro, entender cómo giraban los engranajes de su cabeza.

—Si me tienes miedo, ¿por qué fantaseas conmigo? —le pregunté.

Se me tensaron los muslos ante el recuerdo de su cuerpo desnudo la noche anterior, con la piel resbaladiza y las mejillas sonrojadas.

—Es que… me gusta… eh… —Se le atragantaban las palabras, y seguía sin alzar la mirada—. Me gusta que me dominen. Me pone que… Bueno… —Se puso roja como un tomate y, entonces, sus ojos volvieron a posarse en los míos. La implosión que estaba a punto de consumirme se convirtió en una supernova, arrasando con cualquier rastro de pensamiento racional. Eché un rápido vistazo a ambos lados del camino y luego la cogí de la mano.

La guie por unos escalones que descendían hacia un rinconcito apartado de miradas curiosas. Unas cuantas hojas amarillas y rojas se arremolinaban a nuestros pies y crujían con cada paso que dábamos. Al acercarnos la una a la otra para caber en aquel espacio diminuto, el corazón comenzó a latirme desbocado en el pecho, amenazando con robarme el aire de los pulmones mientras me debatía entre el miedo y el deseo.

«No debería estar haciendo esto».

—Respira hondo —dije, tanto para mí como para ella—. Inspira conmigo. Uno… Dos…

Asintió y obedeció mis órdenes. Cuando tomó aire, apretó su pecho contra el mío y noté sus pezones endurecidos por el frío a través de la camisa. Su aliento era tan cálido como sus ojos. Todo en ella me invitaba a acercarme y me suplicaba en silencio que no parara.

«Tienes que irte. Déjala en paz. No la metas en esto».

Joder, pero la carne era débil. Volví a rozarle el rasguño que tenía en la cara. Mis dedos parecían demasiado fríos y ásperos en contraste con su piel, y me sentí como si estuviera tocando una tela de seda con un papel de lija. Aun así, no le dio importancia; separó los labios, dejando salir un leve suspiro, y buscó el roce de mi mano, como si lo ansiara más que nada en el mundo.

—Dime qué es lo que te gusta —le pedí con apenas un hilo de voz.

—Me gusta que me dominen —respondió. Tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no empujarla contra la pared y besarla en ese instante. No era consciente del impacto de sus palabras, de cómo su deseo llamaba al mío al igual que el canto de una sirena—. Me gusta sentir un poco de miedo. Como cuando saltas en paracaídas o te zambulles en alta mar.

—El mar no tiene piedad —le advertí—. Acabaría ahogándote. Y, cuanto más te sumerjas en él, mayor será la oscuridad que te envuelva.

«Para, Rayne. Se merece a alguien mucho mejor que tú».

—Me da igual —replicó—. Tengo claro lo que me gusta.

Su boca se encontraba a escasos milímetros de la mía, y su cuerpo… No me atrevía a tocarla. Una parte de mí quería zarandearla y decirle: «Joder, no me tientes, por favor», pero la otra

se moría por arrancarle los botoncitos del cárdigan que llevaba puesto, rasgarle la camisa y poseerla allí mismo. La mera idea me resultaba excitante de una forma casi tortuosa y me hacía sudar aun con el viento frío que nos envolvía.

Cuando me miró, habría jurado que podía leerme el alma. A pesar de que siempre había sido un libro cerrado para los demás, ella parecía descifrarme sin esfuerzo. Se desabrochó el cárdigan y se lo deslizó ligeramente por los hombros hasta dejarlos al descubierto, consiguiendo arrancarme un gemido de rendición con ese gesto.

—No tengo nada bueno que ofrecerte —dije—. Hay una razón por la que no traigo nunca a nadie a la isla, Salem. No esperes un final feliz conmigo.

—No necesito promesas vacías —contestó. Se tocó el dedo, ese que lucía la marca de un anillo que ya no llevaba puesto—. Y tampoco me hacen falta más finales.

Se aflojó el cinturón y, acto seguido, se desabrochó el pantalón. Inhalé una bocanada de aire demasiado breve, pero me sentía incapaz de volver a respirar mientras la observaba. Me acerqué aún más, hasta que mi cuerpo quedó presionado contra el suyo, y le rodeé el cuello con la mano. Noté cómo se le aceleraba el corazón bajo mi tacto.

«Joder».

La empujé hacia atrás, dejándola atrapada entre mi cuerpo y la pared, y presioné mi frente contra la suya. Tenía esos dulces ojos de color miel clavados en mí a la vez que me sonreía, con ansia e impaciencia.

—Entonces, ¿qué necesitas? —La desesperación en mi voz me pilló por sorpresa; las palabras me salieron tensas y ahogadas. Me había pedido que la dominara, pero era a mí a quien tenía comiendo de su mano, dispuesta a cumplir todos y cada uno de sus caprichos.

—A ti —dijo, avivando el fuego que me recorría por las venas—. Te necesito a ti entera.

Solté una risa suave y vacía. Había perdido el control de mí misma, así que empecé a provocarla a propósito solo por el placer de ver cómo se retorcía de deseo.

—No creo que estés preparada.

—Ponme a prueba. Enséñame por qué debería tenerte miedo.

—¿Qué intentas hacerme? —Le apreté la garganta durante un instante, con la suficiente fuerza como para que sonriera de oreja a oreja y batiera las pestañas. Reaccionó a mi agarre como si lo hubiera estado esperando—. No tienes ni puta idea de lo peligrosa que eres, Salem…

—A mí me parece que eres tú la peligrosa. ¿Sabes? Yo soy… de montar en bici. —Se llevó la mano al botón superior de la camisa y lo desabrochó, dejando al descubierto la suavidad de su piel—. Me gusta encontrar senderos de esos que hacen que te dé un vuelco el estómago, con señales de advertencia en la entrada y que ponen un poco nerviosa a la gente cuando preguntas por ellos. —Se pasó las uñas pintadas por el escote y se abrió la camisa, permitiéndome contemplar las curvas perfectas de su pecho al desnudo—. Ahí es donde más viva me siento al montar.

—O sea, que eres de las que hacen lo que les da la gana e ignoran las señales de peligro y las advertencias de todo el mundo…

—Pues sí. —Al fijarme en su boca, vi cómo se mordía la comisura del labio inferior—. Y me hace sentir de maravilla.

Hubo un segundo de silencio cargado de tensión. Eché un último vistazo hacia atrás para asegurarme de que no hubiera nadie en el jardín. Era egoísta. La quería entera para mí.

—¿Quieres sentirte de maravilla? —dije—. Tócate para mí. Como lo hiciste en el baño.

Despacio, se deslizó una mano en los pantalones y se estremeció ante su propio roce. Sonreí con satisfacción al pensar en sus dedos fríos activando cada fibra de su cuerpo, transformando el dolor en placer.

—Veo que has dado con una forma de lo más creativa para pagarme tu estancia —bromeé, y contuvo el aliento—. Mi putita preciosa. —Reforcé mi agarre alrededor de su cuello, justo debajo de la mandíbula, para que no pudiera apartarme la mirada.

Gimió, frotándose contra su mano.

—Por favor… por favor, tócame, Rayne… No…

—¿Te he dado permiso para usar mi nombre? —Un ligero destello de miedo le iluminó el rostro como un rayo—. Si quieres llegar a correrte después de quedarte a punto con esos dedos fríos que tienes, vas a tener que referirte a mí como tu ama, ¿de acuerdo?

—Sí, mi ama —se apresuró a responder.

Ese título me provocó un cosquilleo que me recorrió todo el cuerpo. Profería sonidos suaves, pequeños gemidos y jadeos, con los labios entreabiertos en la expresión de placer más sensual y hermosa que había visto en mi vida.

—Enséñame qué sabes hacer con esa boca —ordené, quitándome el cinturón de los vaqueros con unos dedos torpes. Me temblaba la voz por culpa de los nervios y el deseo, pero esperaba que no se diera cuenta.

Me había enrollado con mucha gente sin quitarme la ropa; apenas dejaba que me tocasen, ni siquiera cuando nos acostábamos. Mi cuerpo era una herramienta, no un templo, y me sentía más cómoda usándolo que cuidándolo.

Se arrodilló, me agarró la cadera con una mano y siguió dándose placer con la otra. Se le abrieron los ojos de par en par cuando me bajé los vaqueros hasta la mitad del muslo, arrastrando con ellos la

ropa interior, y dejó escapar un suspiro que me hizo arder de deseo. Me dio permiso para pasarle el cinturón por el cuello y tensárselo alrededor. Entonces, apoyé la otra mano en la pared para mantener el equilibrio y observé cómo hundía el rostro en el vello oscuro entre mis piernas.

——Adelante —dije—. Demuéstrame que eres una buena chica.

La expectación me resultó aún más placentera que cualquier fantasía. Alzó la mirada para verme mientras me deslizaba la lengua entre los pliegues, y jadeé en cuanto sentí su tacto. Gimió y abrió la boca con avidez al saborear mi humedad; luego, cerró los ojos a la vez que mecía lentamente las caderas, moviendo todo el cuerpo al mismo compás.

—Joder, qué bien lo haces —murmuré. Yo tenía el cinturón enrollado en la mano a modo de correa, pero, en realidad, era ella quien me tenía a su merced. Me pasaba la lengua con devoción, como si estuviera trazando poemas de puro placer sobre mi carne.

Estaba a punto de perder el control. El mundo que me rodeaba se fue desvaneciendo hasta que solo quedó ella, como una luz al otro lado de ese abismo al que me había arrojado. Las pestañas le rozaban las mejillas enrojecidas mientras hacía que me temblaran las piernas con la suavidad de sus labios y el movimiento de su lengua. Le agarré la nuca y me moví contra su boca.

Las rodillas me flaquearon. Todo se quedó en silencio y el tiempo pareció congelarse conforme el placer me nublaba la mente y una tensión insoportable se apoderaba de mi entrepierna. No dejó de mirarme a la cara ni un segundo mientras gemía contra mi piel y alargaba con la lengua cada segundo de éxtasis a la vez que me corría en su boca.

Cuando recuperé el aliento, el cinturón se me resbaló de la mano y me dejé caer contra la pared, sin fuerzas. Ella se apartó, con los

labios y la barbilla resplandecientes por culpa de mi humedad y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Entonces, se agachó aún más, hasta quedar a horcajadas sobre mi bota. Una vez allí, se balanceó lentamente sobre el cuero desgastado, aferrándose a mi muslo.

—¿Puedo correrme, mi ama? —Su voz sonaba dulce y tenía un tono suplicante.

—Joder, sí. —Le pasé los dedos por el pelo y le apoyé la palma de la mano en la coronilla—. Sácale brillo a esa bota. Eso es. Así se hace. ¿Te gusta, preciosa?

Se deslizó desde el cuero liso a los cordones ásperos, restregándose cada vez con más fuerza y rapidez.

—Me… Me encan… Me encanta… —Sus palabras se convirtieron en gemidos y quejidos de placer, y sus movimientos se volvieron erráticos. Me hundió las uñas en la piel desnuda del muslo, dejándome varias marcas en forma de luna creciente.

Se inclinó hacia mí, jadeando, y le recorrí la nuca con los dedos.

—Respira hondo y despacio —dije—. Quiero que disfrutes de cada segundo de este orgasmo. Sigue frotándote, ni se te ocurra parar. Presiona el clítoris contra los cordones hasta que te duela. Sé que estás buscando sentir un poco de dolor, ¿a que sí?

Asintió de forma instintiva, clavando sus ojos en los míos como si estuviera atada a cada una de mis palabras, y, de pronto, se estremeció, agarrándose a mí con fuerza mientras llegaba al orgasmo. Sentí cómo el placer se apoderaba de ella en oleadas de temblores a la vez que movía frenéticamente las caderas, hasta que se desplomó y se quedó inmóvil, con la respiración agitada.

—Eso es, buena chica. —Le acaricié el pelo lentamente, a un ritmo relajante. Con las manos temblorosas, le quité el cinturón del cuello y me lo pasé por las trabillas tras subirme los vaqueros.

Ese solía ser el momento en el que salía corriendo y desaparecía, pero no me moví. No la ayudé a ponerse de pie ni le dije que se fuera. En cambio, me quedé mirándola fijamente, con una mezcla de asombro y miedo.

Quería alzarla en brazos, llevarla a mi habitación y meterla en mi cama. De repente, deseé hacer todas esas cosas tiernas, tontas e inútiles que solo estaban al alcance de aquellas personas que tenían una vida mucho más sencilla que la mía.

Salem levantó la cabeza y sonrió, y ese gesto bastó para provocarme mariposas en el estómago.

—Me gusta ese título —confesó en voz baja—. Ama… Es bonito.

Por lo general, cuando no me encontraba bajo el influjo del frenesí desesperado del sexo, el nombre me resultaba casi repugnante; me avergonzaba de él porque me recordaba a las fantasías que tanto me esforzaba por ignorar. Sin embargo, en sus labios sonaba distinto.

—Hace tiempo que no dejo que nadie me llame así —contesté. Le ofrecí la mano y la ayudé a incorporarse, pero se tambaleó un poco, así que la sujeté del brazo con una mano y le rodeé la cintura con la otra para evitar que se cayera.

Quería oírselo decir de nuevo. Incluso que me lo susurrara al oído mientras me besaba el cuello con delicadeza. Quería sentir la calidez de sus manos en las mías. Quería…

Muchas cosas. Demasiadas.

Unos celos intensos se apoderaron de mí al pensar en la marca del anillo que le faltaba en el dedo. Sentía envidia de que otra persona hubiera gozado del privilegio de contar con su amor y lealtad, aunque hubiera tenido la poca vergüenza de echarlo todo a perder.

Había dicho que no necesitaba promesas vacías, de modo que no le haría ninguna.

Volví a recluirme detrás de mis muros, cerré las puertas de golpe y

me tragué la llave. La ayudé a ponerse el cárdigan, pero me distraje con las ligeras marcas rojas que mi cinturón le había dejado en su precioso cuello.

—Espero que te haya merecido la pena el viaje —dije, y le guiñé un ojo. Acto seguido, me di la vuelta y procedí a marcharme.

Quería que me gritase, que me llamara imbécil, que se enfrentara a mi aparente indiferencia.

Pero no lo hizo.

9

Salem

Señales de advertencia

La hoja del hacha restalló en el aire e impactó en la madera con un golpe seco.

Rayne dejó clavada el hacha en el grueso tocón y se detuvo a observar cómo el tronco partido caía al suelo mientras se secaba la frente con el dorso de la mano. Los músculos de los hombros se le flexionaron y se le marcaron al levantar el hacha de nuevo.

Se volvió a oír un restallido seguido de otro golpe seco. Un tronco más se partió bajo su hoja, y el estómago me dio un vuelco al contemplar los trozos de leña que caían al suelo.

A decir verdad, me parecía injusto para mi salud mental que fuera tan irresistible. Se había recogido el pelo largo en una coleta bajo la gorra y llevaba unos pantalones cargo marrones con una camiseta negra tan ajustada que podía apreciar sus abdominales sin ningún tipo de obstáculo a través de la tela.

No tenía derecho a estar tan buena. Blandía el hacha como si le pesara menos que una pluma e iba lanzando con indiferencia los troncos que cortaba.

A mí se me habían quedado los dedos entumecidos por el frío, así que me estaba costando un poco quitarle la rueda vieja a la bicicleta. Quería ir a Marihope y explorar el pueblo, pero me resultaba imposible concentrarme en lo que tenía entre manos con Rayne cerca. Llevaba allí desde que me desperté, quitando la maleza al pie

de la colina. No había ningún jardinero ayudándola, y, aparte de los cocineros, tampoco había visto a ningún empleado en la mansión.

Supuse que se encargaba ella sola del mantenimiento del jardín y de la casa. No me extrañaba que se saltara las comidas.

Aun así, la buscaba todas y cada una de las veces. Comía sola o charlaba un rato con los demás huéspedes, pero era a Rayne a quien quería ver en realidad.

Cogió la botella de agua que se encontraba a sus pies y dio un largo sorbo. Seguí con la mirada el rastro de la gota que se le resbaló por la barbilla. Me fijé en cómo le surcaba la piel de la garganta hasta llegar a su pecho y…

Se dio cuenta de que estaba observándola. Bajé la vista con rapidez y volví a centrar toda mi atención en la bici, pero, al parecer, no iba a poder salirme con la mía tan fácilmente. Oí unos pasos a mi espalda, y, de pronto, sentí su sombra sobre mí.

—¿A dónde vas?

De rodillas, su altura resultaba casi intimidante. Llevaba el hacha apoyada en el hombro y los brazos descubiertos a pesar del frío.

—Iba a ir a Marihope —respondí—. Para dar una vuelta y ver el lugar.

—Puedo llevarte yo —se ofreció—. De todas formas, pensaba ir al pueblo a comprar algunas cosas para arreglar el grifo.

—Perdón otra vez. —Me puse de pie y me limpié las manos en las mallas sin pensar en lo que estaba haciendo, de modo que acabaron untadas de grasa en el proceso.

—No te preocupes. —Me dio la espalda, pero siguió hablando conforme caminaba, así que supuse que debía seguirla—. Habría sido una temporada muy aburrida si ningún huésped hubiera roto nada.

Me condujo de nuevo al cobertizo donde había guardado mi bici y

abrió ambas puertas de par en par. Una vez dentro, retiró una lona y dejó al descubierto un *quad* embarrado.

—La mayoría de los vehículos en Blackridge son como este —explicó. Cogió un casco de un estante y me hizo un gesto con el dedo para que me acercara—. El terreno es demasiado irregular para conducir y las carreteras se inundan en invierno.

Me limité a observarla mientras me colocaba el casco en la cabeza.

—Parece que la isla no quiere tener habitantes —comenté, y soltó una risita que me pilló desprevenida.

—Eso parece, ¿verdad? Mm… Tienes la cabeza demasiado pequeña.

Me colocó los dedos bajo la barbilla y me alzó la cabeza para ajustarme la correa. Tras comprobar que el casco estuviera bien sujeto, murmuró:

—Buena chica. Así está perfecto.

Agradecí para mis adentros que la visera ocultara el color que me teñía las mejillas.



Íbamos por un camino estrecho y empinado, conduciendo sobre piedras y arroyos congelados. El motor hacía demasiado ruido como para poder hablar. Mantuve la cabeza agachada y pegada a su espalda mientras me abrazaba a ella con fuerza. Loki nos acompañaba; unas veces, corriendo justo detrás del vehículo, y otras, a nuestro lado, sorteando los árboles con la lengua fuera.

Me sentí como cuando iba en mi bici, recorriendo los senderos con la mente en blanco y una sensación de euforia y libertad apoderándose de cada rincón de mi cuerpo. Solo que, esa vez, no estaba sola.

Rayne desprendía calor. Su chaqueta olía a savia de pino y jabón floral. El corazón le latía con fuerza a un ritmo constante, y se le aceleraba cada vez que atravesábamos una pendiente pronunciada o doblábamos una esquina a toda velocidad.

Dejamos atrás granjas silenciosas y graneros desgastados. Caballos, ovejas y cabras levantaban la cabeza del pasto para vernos pasar. Al rato, llegamos a una bifurcación y Rayne se salió a un lado. Después de aparcar el *quad* entre una camioneta vieja y una cerca cubierta de maleza, se enganchó las llaves en el mosquetón.

—Deja que te ayude —dijo, apartándome los dedos de un manotazo al verme trastear con el casco. Me lo desabrochó y me lo quitó, todavía con el suyo puesto. No sabía cómo llamar a esa sensación que me provocaba, pero era un cosquilleo difícil de contener, como si hubiera en mi interior una botella de champán a punto de estallarme en las costillas.

La vegetación del bosque más allá de la cerca parecía tan frondosa y salvaje que habría necesitado la ayuda de un machete para adentrarme en ella. En cambio, por la bifurcación de la izquierda, el sendero desembocaba en grava. Debajo de los árboles, se erigían cabañas con tejados inclinados y construcciones de ladrillo.

Me di un poco de prisa para alcanzar a Rayne, que ya había empezado a andar por el camino.

—Cuánto silencio hay por aquí.

—Es domingo. La gente está en misa.

Aun así, esperaba ver a alguien. Aunque fuera a una sola persona.

Todas las ventanas se encontraban cerradas. No se escuchaba ni un solo ruido por las calles desiertas. Ni siquiera los perros que dormían tras las pequeñas vallas de madera de los porches delanteros se dignaron a ladrar cuando Loki pasaba por delante, orinando en los arbustos o siguiendo rastros de olor al azar.

A pesar de los años que tenía el pueblo, no se había quedado desfasado del todo. La mayoría de las casas contaba con focos de alta potencia para iluminar el exterior. Algunas incluso habían instalado cámaras de seguridad. Una sucesión de farolas se extendía a lo largo de las calles, y atisbé un letrero metálico pegado a una de ellas:

> El toque de queda de invierno comienza el 1 de noviembre. Se informa que todos los menores de 18 años deben estar en sus casas no más tarde de las 4. Todas las personas, independientemente de su edad, deben permanecer en sus hogares entre las 6 de la tarde y las 7 de la mañana.

—Pues sí que debe de ser duro el invierno —comenté—. ¿Tenéis toque de queda? ¿En serio?

—En otros sitios hace peor tiempo —respondió—, pero el frío no es lo más peligroso por aquí. El problema es que todos los árboles parecen iguales en medio de la oscuridad, y la nieve cubre cualquier huella en cuestión de segundos. —Sus labios se tensaron en una fina línea—. Te quedas indefensa en el exterior sin poder ver nada, pero lo que sea que esté ahí fuera sí puede verte a ti.

Giramos hacia un amplio camino adoquinado y pasamos junto a una pequeña cafetería, cuyo letrero en el escaparate rezaba: «Cerrado los domingos. ¡Nos vemos mañana!». La calle estaba flanqueada por una hilera de árboles, y los gatos nos observaban cómodamente desde los tejados. Había gallinas deambulando, pero se apresuraron a quitarse del medio en cuanto vieron que nos acercábamos.

Al llegar a una pequeña tienda llamada «Ferretería de Andy», tuvimos que espantar a un grupo de gallinas para poder abrir la puerta. Luego, Rayne irrumpió en su interior al grito de:

—¡Buenos días, Andy! ¿Está abierto?

Nos hizo pasar a Loki y a mí con ella antes de que se oyera confirmación alguna. Al entrar, recibió una respuesta amortiguada que provenía de la planta de arriba:

—¡Enseguida bajo!

El olor inconfundible de la madera recién cortada y el serrín flotaba en el ambiente. Adornando las paredes, había algunas cabezas de animales disecados, como ciervos, conejos y faisanes. A pesar de su reducido tamaño, la tienda estaba bien surtida. Disponía de una gran variedad de productos de bricolaje y para el mantenimiento del hogar, desde clavos y tornillos hasta tuberías y cableado eléctrico.

De repente, se oyeron unos pasos acelerados seguidos de un chillido de emoción. Una niña de pelo castaño, largo y alborotado bajó corriendo las escaleras que había detrás del mostrador y se lanzó directa a los brazos de Rayne.

—¿Qué pasa, bichito? —la saludó Rayne, levantando a la niña en el aire alegremente antes de volver a dejarla en el suelo.

—No, tonta, ¡bichito no! Soy Águila Pescadora, ¿o es que ya no te acuerdas? —La niña se reía a carcajadas mientras Loki le lamía la cara. Luego, se fijó en mí y me saludó con entusiasmo—. Ah, ¡hola! ¡Me llamo Rebecca! Aunque puedes decirme Becca. Tengo ocho años, y mi hermana Rachel solo cuatro. Por eso soy la más *responsitora*… Eh, no… —Arrugó la nariz, pensativa—. *Respondante*… *Resporable*.

—Responsable —la ayudó Rayne, vocalizando despacio—. Esta es Salem, se aloja en mi hostal. ¿Dónde está tu hermana?

—Arriba, con papi. —Rebecca miró a Rayne con una sonrisita radiante y admiración en el rostro. Después, comenzó a dar brincos a mi alrededor, acompañada por Loki, y justo en ese momento apareció por las escaleras un hombre con una barba enorme y poblada. Llevaba en brazos a una niña más pequeña que lucía un

lazo rosa torcido en el pelo y estaba chupándose el pulgar con aire somnoliento.

—Ey, Andy. —Rayne le estrechó la mano con familiaridad. A pesar de su imponente altura, al lado de Andy parecía incluso baja. Era ancho de hombros y barrigón, y tenía una sonrisa afable dibujada en el rostro. Rayne acarició a Rachel con delicadeza y la saludó con cariño—: Hola, chiquitina. ¿Todavía tienes sueño?

La niña asintió, adormilada, y se frotó los ojos con una manita.

—Me alegro de verte. Rachel acaba de levantarse de su siesta, aún no se ha despertado del todo —respondió, dándole una palmadita en la espalda a la pequeña. Acto seguido, me saludó con un gesto de la cabeza—. Buenos días, señorita. Soy Andy Moss, encantado.

—Salem Lockard —me apresuré a contestar, estrechándole la mano.

—Siempre es un placer ver gente nueva por aquí —dijo, aunque parecía más cansado que entusiasmado—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Tengo que hacer una reparación con la que no contaba. Se ha roto un grifo. —Rayne desvió la mirada brevemente hacia mí, y me di la vuelta, muerta de vergüenza.

Aproveché que Andy y Rayne se pusieron a hablar de la reparación para inspeccionar la parte trasera de la tienda. Las estanterías que se extendían a lo largo de la pared estaban protegidas tras una reja metálica y contenían varias cajas de munición. Un cartel escrito a mano y pegado al candado avisaba a los clientes: «Para comprar munición, hable con el encargado. ¡No desperdicie balas!».

Había unos recortes de periódico amarillentos enmarcados y colgados en la pared. Los titulares se remontaban a décadas anteriores: «1985. Un cazador de Blackridge captura un oso negro de tamaño récord», «1993. El faro de Blackridge apaga

SU LUZ TRAS LARGOS AÑOS DE SERVICIO», «1997. UN MACABRO ASESINATO CONMOCIONA A LA COMUNIDAD ISLEÑA».

Me detuve al leer el último titular y me puse de puntillas para ver mejor el artículo, pero el papel estaba viejo y la tinta se había desteñido por la humedad. Aparte de la fecha y aquellas líneas, solo quedaba una foto en blanco y negro de la mansión Balfour.

La puerta trasera estaba entreabierta. Rebecca se encontraba fuera, tarareando y dando saltitos por la hierba mientras iba arrancando dientes de león. Asomé la cabeza y vi a Loki sentado en el porche, vigilando a la niña como un guardaespaldas. A la izquierda, había un gallinero, pero en ese momento lo estaban usando para albergar un montón de macetas de tomateras en lugar de gallinas. Las macetas tenían clavados en la tierra molinetes de colores que giraban con el viento. En otra parte, habían colocado varias sillas plegables alrededor de una hoguera hecha de ladrillos, y estaban todas ocupadas por una selección de muñecas y peluches.

Una pequeña valla era lo único que separaba el jardín del bosque.

—¿Te estás quedando en la casa de Rayne? —preguntó Rebecca canturreando.

Hice girar uno de los molinetes iridiscentes y le sonreí, asintiendo con la cabeza.

—Hay un montón de gente que se queda con ella, porque tiene una mansión *hostial* —me confesó Rebecca, balanceando los brazos junto a mí—. ¡Yo también quiero quedarme con Rayne! Papi me ha dicho que puedo dormir allí el verano que viene si me porto bien, me como todas las *verdeduras* y no pellizco a mi hermana.

Contuve la risa y la dejé hablar mientras paseábamos por el jardín. Apenas cogía aire entre frase y frase.

—Algún día iré a la torre, igual que Rayne. Es la más valiente. ¡No le tiene miedo ni a la oscuridad!

—¿No hay luz en la torre? —pregunté, con curiosidad por saber a qué se refería exactamente.

—¡Nada de nada! Pero es la única forma de verlo.

—¿Ver el qué? —Bajé la voz como si estuviéramos compartiendo un secreto, esperando que me siguiera la corriente.

Rebecca se lo pensó durante un momento, pero no tardó en acercarse a mí para susurrarme algo.

—El ángel. —Soltó una risita, tapándose la boca—. No puedo decirlo.

—¿Solo se deja ver en la oscuridad?

Asintió.

—Sí. Pero no puedo hablar de eso —insistió con firmeza, y luego me cambió de tema, tan animada como antes—. ¿Sabes qué? Tenemos un montón de cabras. Y yo ayudo a papi a cuidarlas. Están Sadie, Daisy, Winfred y…

Algo me llamó la atención entre los árboles. Una cuerda larga se extendía a lo largo de la parte superior de la valla y rodeaba el jardín por completo. Había varias campanas atadas a ella, oxidadas por el clima. Atraída por su peculiaridad, tiré de la cuerda y todas las campanas tintinearon a la vez.

De pronto, se escuchó un golpeteo de pies y se hizo el silencio.

Al girarme, vi que Rebecca había desaparecido. Rayne y Andy estaban en el porche trasero, mirándome con una expresión de alerta en la cara. Andy había soltado a la pequeña y sostenía en su lugar un rifle entre los brazos.

—¡Guau! ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien? —pregunté, mirando a mi alrededor, inquieta.

—¿Has sido tú quien ha tocado las campanas? —dijo Andy en un tono de voz sombrío, y me sentí como si un bloque de hielo se me hubiera asentado en el estómago.

—Sí. Lo… lo siento. No creí que…

Relajó los hombros ante mi respuesta. Levantó la mano y me ofreció una sonrisa comprensiva.

—No te preocupes, señorita. Me has pillado con la guardia baja, eso es todo. Son para mantener alejadas las plagas, ¿sabes? Ciervos, mapaches… Las campanas nos avisan si intentan entrar. Voy a… Eh… Permíteme que guarde esto…

Se metió de nuevo en la tienda, pero Rayne se quedó fuera, mirándome con los ojos entrecerrados.

O eso pensaba. No tardé en darme cuenta de que, en realidad, tenía la mirada fija en lo que había a mi espalda. En los árboles.

Después de un rato, dejó escapar un suspiro.

—Intenta no tocar nada. La gente de por aquí tiende a ponerse un poco… —Se sobresaltó al escuchar el chillido de un halcón que nos sobrevoló por encima y volvió a comprobar los árboles antes de terminar la frase—. Nerviosa.

10

Rayne

Una desaparición en Marihope

Aún persistían en mí la adrenalina y el recuerdo del tintineo de las campanas cuando Andy me llevó a un lugar apartado para contarme algo. Bajó la mirada hacia la pequeña Rachel, que se aferraba adormilada a su pierna, y le tapó los oídos.

—Alguien ha desaparecido —dijo—. Anoche, una chica de quince años llamada Andrea iba de camino a su casa después de haber pasado la tarde con una amiga y no se supo más de ella.

Se me erizó la piel de los brazos al instante. Salem y Rebecca se encontraban en la parte delantera de la tienda, charlando sobre los distintos sabores de las piruletas que había expuestas en el mostrador. Estábamos hablando en voz baja, así que ninguna de las dos podía escucharnos.

—¿Nadie vio ni oyó nada? —pregunté.

Andy negó con la cabeza.

—Nada. El *sheriff* Keatin ha organizado un equipo de búsqueda, pero la cosa pinta mal.

—Es demasiado pronto —respondo, con un tono evidente de desesperación en la voz—. Nunca ha dado la cara antes de noviembre. Nunca.

Andy soltó un suspiro apesadumbrado. Rachel empezó a lloriquear y a levantar las manos en su dirección para que la cogiera en brazos, de modo que atendió las órdenes de su hija antes de

continuar con la conversación.

—Lo sé. El *sheriff* cree que deberíamos poner a un vigía en la torre lo antes posible. Tenemos que activar las cámaras de rastreo.

—Se lo pediré a James —le ofrecí, acordándome de que, ya que estábamos en el pueblo, podía pasarme por la casa de mi primo—. Lo haría yo misma si no tuviera huéspedes que atender.

—Quizá no sea nada —dijo Andy, observando cómo Rebecca intentaba meterle a Salem piruletas en los bolsillos sin que se diera cuenta—. Puede que la chica se haya escapado. A lo mejor se ha subido a un bote y se ha ido sin más.

—Dudo que una quinceañera sea capaz de manejar un bote en esta isla sin ayuda. Sobre todo, a estas alturas del año.

—Bueno, todavía no sabemos lo que ha pasado, así que aún es pronto para entrar en pánico —me calmó, bajando aún más la voz mientras abrazaba a la pequeña.

Una gran parte de los jóvenes de la isla había intentado marcharse tras juntar suficiente dinero como para establecerse en tierra firme. Algunos de ellos incluso se habían ido con lo puesto. Sin embargo, siempre acababan regresando. Las raíces de la isla se aferraban a todos y cada uno de nosotros, provocándonos pesadillas hasta la extenuación y persiguiéndonos con susurros y gritos incorpóreos día y noche, sin descanso.

Cuanto más tiempo permanecíamos fuera, peor se volvía el castigo. Ni siquiera los niños, como Rebecca y la pequeña Rachel, estaban a salvo.

Quien nacía aquí estaba destinado a morir aquí.



En vez de cuentos de hadas, mi infancia estuvo llena de historias de

miedo sobre el lugar donde había nacido, con inundaciones, tormentas de nieve, aludes de lodo e incendios forestales en verano. Conocía las historias que había detrás de todas las casas antiguas, la taberna y la diminuta biblioteca. Quiénes eran sus dueños, quiénes las edificaron y quiénes habían muerto en ellas.

Intenté transmitirle todo mi conocimiento a Salem. Le conté las historias de los lugares por los que pasábamos, omitiendo, por supuesto, las partes más oscuras. Ella se limitó a escucharme en silencio, mucho más callada que de costumbre.

Me extrañó su actitud, aunque, si era justa conmigo misma, todo en ella me hacía sospechar. Su mera presencia despertaba en mí una desconfianza que nadie más había conseguido provocar.

Me sentía como un bicho raro por observarla. Por quedarme al otro lado de su puerta escuchando sus movimientos. Por querer con todas mis fuerzas llevarla a mi cama y obligarla a confesarme sus deseos más impuros.

No había nada que ansiara más que volver a ver esa expresión de asombro y placer que se le dibujó en el rostro cuando la sometí. Me había entregado algo de gran valor aquella noche al lado de los jardines: su confianza.

Deseaba poder confiar del mismo modo en ella.

—Parece que Rebecca te tiene mucho cariño —dijo Salem, sacándome de mis pensamientos.

Me aclaré la garganta.

—Estuve un tiempo quedándome con las niñas mientras Andy trabajaba en la tienda. Se le vino el mundo encima cuando falleció su mujer. Toda ayuda era poca.

Las niñas y yo compartíamos una pérdida similar, y eso acabó uniéndonos. Las tres luchábamos por seguir existiendo en un mundo en el que nuestras madres nos habían dejado antes de tiempo, pero,

al menos, Rebecca y Rachel tenían un padre que habría removido cielo y tierra por ellas. Hizo todo lo que estaba en su mano para protegerlas, lo cual era mucho más de lo que podía decir de mi propio padre.

—Rebecca me ha dicho que quiere ir a la torre, como tú. —Soltó una risita ligera y adoptó un aire misterioso antes de continuar, moviendo los dedos de forma teatral como si estuviera haciendo magia—. Me ha contado que si vas allí cuando no hay luz, puedes ver un ángel.

Estuve a punto de caerme de bruces contra el suelo. Dios mío, ¿por qué le había dicho eso? Sabía que no debía hacerlo. Aunque daba igual, pero…

—Tiene mucha imaginación. Se refiere a la torre de vigilancia contra incendios. Cuando no estoy trabajando en la mansión, hago turnos en la torre para avistar cualquier indicio de humo.

Por suerte, habíamos llegado al *quad*, así que me entretuve en asegurar los suministros que había comprado. Luego, saqué nuestros cascos.

—Ahora vamos al otro lado del pueblo —le informé, abrochándole el casco debajo de la barbilla—. Tengo que acercarme a la casa de mi primo, pero te enseñaré la plaza. Hay un par de cafeterías por allí, por si quieres comer algo.

Conduje hacia el este de Marihope con Salem aferrada a mi cintura. Me alegré de que todo el mundo estuviera en la iglesia. Si alguien más, aparte de Andy, me hubiera visto con ella, me habría convertido en la comidilla del pueblo entero esa misma noche. Ese era el mayor inconveniente de las comunidades pequeñas: la privacidad brillaba por su ausencia.

A pesar de mi paranoia, tener a Salem pegada a mí era una de las mejores experiencias del mundo. El simple hecho de que recostara la

cabeza contra mi espalda me daba un chute de dopamina que hacía que me sintiera eufórica.

Aparcamos frente a la taberna Innsmouth. Los viejos gatos del tabernero nos observaban a través del cristal empañado de las ventanas mientras esperaban a su amo, que había acudido al sermón matutino. Para cuando cayera la noche, ya habría servido suficiente licor como para ahogar la culpa del pueblo, y el próximo domingo volvería a repetirse el mismo ciclo.

La plaza no quedaba lejos de allí. En el centro se erigía una vieja secuoya, alta, retorcida y nudosa, cuyas ramas se curvaban como si estuvieran azotadas por un viento perenne. Alrededor de su imponente tronco, había unos bancos de madera. Unos cuantos puestos vacíos, también de madera, se encontraban cubiertos con lonas protectoras, aguardando a los agricultores que vendían sus productos allí en primavera, verano y los primeros días de otoño.

—¿Es aquí donde celebráis la fiesta de Halloween? —Salem estiró el cuello para apreciar el enorme árbol, luego extendió los brazos y dio una pequeña vuelta sobre sí misma, con su bufanda ondeando tras ella—. ¡Qué emoción! Las fotos de la página web eran monísimas.

La fiesta de Halloween era la última celebración de Blackridge antes de dar comienzo al invierno, con su clima implacable y su toque de queda. Siempre intentábamos que fuera algo reservado solo para los lugareños. Dado que el último *ferry* salía de la isla a la noche siguiente, a ninguno de nosotros le apetecía arrear a un montón de continentales con resaca hasta los muelles justo después de la fiesta.

Pero no podía decirle que no.

—Sí, aquí es —dije—. He oído que los niños ya han empezado a tallar calabazas. Es la última noche antes del toque de queda, así que todo el pueblo se queda despierto hasta tarde. Hacen fogatas

mientras los adolescentes corretean por el cementerio y se asustan entre ellos. Ah, y no puedes perderte la sidra de manzana especiada.

—Yo invito a la primera ronda —respondió, y de repente me di cuenta de que no tenía intención de ir sola a la fiesta.

La verdad era que, incluso si hubiera planeado ir sola, habría acabado encontrando la manera de acompañarla.

Cuando la campana sonó para indicar la hora, Salem se quedó boquiabierta al percatarse de la iglesia al otro lado de la plaza. Aunque guardaba demasiados malos recuerdos de aquel lugar, tenía que admitir que era impresionante. No podía ser de otra forma.

Estaba construida en piedra de color gris claro y tenía un campanario alto y puntiagudo, así como varios arcos tallados con gran detalle. Daba la impresión de ser una reliquia, y parecía una injusticia que tanta belleza estuviera aislada en medio de un bosque insular. Su esplendor contrastaba con la maldad que albergaba dentro.

—La construyó mi abuelo cuando se mudó aquí —le expliqué—. Al igual que la mansión. Se inspiró en la arquitectura que vio en Europa e intentó replicarla cuando volvió. La puerta siempre está abierta, por si quieres echar un vistazo al interior.

Salem estaba visiblemente entusiasmada ante la idea de poder entrar, así que pensé en aprovechar ese momento para irme.

—Bueno, pues nos vemos aquí en una hora —dije—. Hay una cafetería y una tienda de exquisiteces justo ahí, cerca de la fuente que está al otro lado de la calle. Ponen una sopa y unos bocadillos riquísimos, por si tienes hambre.

—¿Adónde vas? —Parecía decepcionada, y tuve que hacer un gran esfuerzo por no pedirle en ese mismo instante que me acompañara.

—Tengo que hablar con mi primo James. Vive calle arriba. Explora todo lo que quieras, pero no te alejes demasiado. Nos espera un

largo camino de vuelta.

—No te preocupes. Hoy no me apetece que me coman los osos. Ni los ángeles —me aseguró, con una risita nerviosa.

Sin embargo, yo no pude corresponderle con el mismo gesto.



La casa en la que James vivía con sus padres y hermanos había sido mi segundo hogar cuando era niña.

Todo estaba en silencio ese día, y un ligero aroma a pan recién horneado impregnaba el ambiente. Tras la muerte de mi padre, mi tío Gerard pasó a ser el predicador de la iglesia de Marihope. Como era de esperar, toda la familia iba a escuchar el sermón cada domingo: mi tía Verónica y mis primos Mark y Jacob. El único que siempre se quedaba atrás era James, la oveja negra de un rebaño bastante fiel. Conforme subía la escalera que llevaba hacia el ático, pude percibir el aroma a vainilla y tabaco de su pipa.

La habitación de James estaba atestada desde el suelo al techo de libros, revistas y especímenes de numerosos insectos enmarcados en cristal.

Pero no eran las mariposas ni los escarabajos los que me revolvían el estómago, sino los periódicos. Los recortes que empapelaban las paredes, los que había clavados en el tablón de corcho y los que se encontraban apilados en montones amarillentos.

> Desaparecida, Desaparecida, Desaparecida. Se ofrece recompensa. No haremos preguntas, solo queremos a nuestra niña de vuelta.

Había docenas de ellos. Nombres y rostros que se difuminaban en mi memoria; algunos me eran familiares, otros solo los conocía de

oídas. Todos habían desaparecido en Blackridge.

Pero, en realidad, ninguno volvería. Todo el mundo sabía que estaban muertos. La horripilante colección de James era lo único que quedaba de ellos.

—A ver si lo adivino —dijo, encorvado sobre su escritorio y sin apartar la mirada de la lente de su microscopio. Estaba examinando lo que parecía el ala de un insecto, aplastada entre dos láminas de vidrio—. Has venido por esa chica que ha desaparecido… ¿Cómo se llamaba? ¿Andrea?

Probablemente era solo cuestión de tiempo que acabase formando parte de su muro conmemorativo.

—Me sorprende que te hayas enterado. Según Andy, Keatin no quería que llegara a oídos de la gente para evitar que cundiera el pánico. —Me crucé de brazos y eché un vistazo a la habitación en penumbra. Mientras que las paredes del resto de la casa estaban forradas con un tapiz floral amarillo, las de arriba mantenían al descubierto la madera sobria de color marrón oscuro.

—Ya, bueno, creo que ambos sabemos lo rápido que se corre la voz por aquí. —Dejó salir un suspiro y levantó la cabeza para mirarme a través de sus gafas de culo de botella—. Además, puede que haya perdido la esperanza de ser policía, pero Keatin todavía me dirige la palabra. Sobre todo, cuando está preocupado.

James soñaba con conseguir su placa y unirse al pequeño cuerpo de oficiales, formado por un asombroso número de tres personas, que teníamos en la isla. Pero le fue imposible ir a tierra firme para el entrenamiento de la academia, de modo que se conformó con ofrecerse como guardabosques. Fue a él a quien se le ocurrió instalar las cámaras de rastreo, así los residentes de la isla podían vigilar si se acercaba algún peligro por los senderos del bosque.

—Creo que deberíamos poner las cámaras a funcionar en breve —

le advertí, agarrando a Loki del collar antes de que se lanzara tras un gato blanco y peludo que acababa de salir disparado de debajo de la cama—. Solo por precaución.

Frunció los labios y tamborileó los dedos con evidente nerviosismo sobre el escritorio.

—Nunca se había despertado tan pronto.

—No digo que se haya despertado —susurré—. Es solo para cubrirnos las espaldas.

Se quedó mirándome fijamente, y yo le devolví la mirada. Ambos compartimos una esperanza desesperada sin necesidad de palabras.

Al final, acabó cediendo y asintió.

—Iré el miércoles por la mañana. Cogeré un *walkie-talkie*.

—Gracias. Llámame en cuanto salgas, me aseguraré de que todas las cámaras estén funcionando. Y ve con alguien, ¿vale? No seas tan tonto como para ir solo.

La campana de la iglesia sonó para anunciar el fin de la misa. Aparté la cortina y eché un vistazo colina abajo. La gente estaba saliendo en tropel de la capilla, pero empecé a ponerme nerviosa al no ver a Salem por ningún lado.

Era consciente de que podía cuidarse sola de sobra. Aun así, había muchas cosas que ignoraba de la isla, y el desconocimiento podía llegar a ser letal.

11

Salem

La tragedia de los Balfour

Salvo por el ligero rumor de los himnos que estaban cantando entre los muros de piedra de la iglesia, no se oía ni un ruido en la zona de hierba que había alrededor del edificio. La fachada estaba rodeada de ventanas altas y estrechas coronadas por arcos con ángeles tallados.

Mi familia nunca había sido especialmente religiosa; mi abuela me llevó una vez a la misa de Pascua, pero nada más. Mi madre tenía un espíritu demasiado libre como para adherirse a una fe en concreto y mi padre tampoco había mostrado interés nunca.

Aunque me moría de ganas de ver la iglesia por dentro, no quería interrumpir la misa. Caminé por el patio y pasé junto a varias mesas de picnic sobre las que se habían posado unas cuantas gaviotas que no dejaban de graznar. Al otro lado del patio, se alzaba una alta verja de hierro rematada por un arco del que colgaba un sencillo cartel de madera donde podían leerse las siguientes palabras talladas: «Cementerio de Marihope».

La luz moteada del sol que se filtraba entre las hojas de los árboles iluminaba el sendero de tierra que conducía al interior. Estaba cubierto de maleza, con docenas de lápidas inclinadas que sobresalían de la hierba, envueltas en las ramas espinosas de las zarzas. Me llamó la atención una en particular y, cuando la campana de la iglesia volvió a sonar, me agaché para examinarla más de cerca.

Mientras las demás tumbas se erigían en hileras torcidas, aquella se encontraba sola. Un sencillo bloque cuadrado se alzaba a modo de lápida, con el nombre de «Picard Balfour» grabado en su superficie.

—Qué alegría verte de nuevo por aquí, señorita Lockard.

Alcé la vista, sorprendida, y me encontré allí de pie sonriéndome a Ruth, la mujer con la que había hablado en la tienda el primer día en la isla. La acompañaban varias mujeres, todas más o menos de mi edad, vestidas con sus mejores galas. Una súbita explosión de adrenalina me recorrió las venas al reconocer a una de ellas: era la misma mujer del *ferry*, la que había estado llorando desconsolada.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, abrió los ojos de par en par y giró la cabeza hacia otro lado casi de manera instantánea. Tenía el pelo limpio y bien peinado, y su rostro había recuperado el color.

Me enderecé para dirigirme a ella, aunque no atinaba a encontrar las palabras de los nervios.

—Eres… Te vi… Estás…

—¿Estás disfrutando de la isla? —me interrumpió Ruth—. Qué suerte que hayas dado con nuestra capilla. Es el lugar más bonito de Blackridge.

Las otras mujeres asintieron con entusiasmo. Me resultaba inquietante la atención con la que me observaban, como si fuera una especie de objeto de estudio y apenas pudieran contener la emoción que sentían al analizarme; sin embargo, la mujer del *ferry* retrocedió para apartarse del grupo, como si tratara de pasar desapercibida.

—Sí. —Intenté sonreír, a pesar de mi inquietud. No me gustaba sentirme acorralada entre ellas y la verja del cementerio—. La iglesia es preciosa. Habría entrado, pero no quería interrumpir la misa.

Ruth soltó una risita discreta. Un grupo de niños empezó a corretear por el patio, hablando a voces mientras jugaban.

—No te preocupes por eso. El pastor Balfour siempre recibe de

buen agrado a las visitas.

—¿El pastor… Balfour?

—Ah, ¿no lo sabías? —Volvió a reírse, pero esa vez sus amigas la imitaron, y me sentí como si me hubiera perdido algo—. Me sorprende que la señorita Rayne no lo haya mencionado. Su tío Gerard es nuestro pastor, al igual que lo fue su padre antes de él. —Bajó la mirada y señaló con la cabeza la tumba de Picard.

—¿Era el padre de Rayne?

—Sí, claro. Nos hizo creer a todos que era un pastor digno de nuestro rebaño, pero, por desgracia, no fue así.

El patio estaba lleno de feligreses conversando los unos con los otros; sin embargo, nosotras cuatro nos encontrábamos lo suficientemente apartadas del resto como para que nuestra conversación llegara a oídos curiosos. Tal vez disponíamos de demasiada privacidad para mi gusto. Ruth tenía los ojos clavados en mí, como si buscara secretos que desentrañar.

—¿Qué le pasó? —pregunté, intentando alejarme de ella, pero se acercó de nuevo.

—Dios se lo llevó de repente —respondió, y si no me hubiera parecido extraño, habría dicho que incluso sonaba alegre al decirlo —. Allí mismo, en la iglesia donde predicaba.

—¿Dios… se lo llevó… de repente? —repetí sus palabras, desconcertada.

—Encontraron su cuerpo tendido frente al atril —susurró una de las mujeres—. Destripado. Acababa de dar un sermón hacía apenas unas horas.

—Diana —la reprendió Ruth—. No convirtamos el juicio del Señor en un espectáculo. No es algo que debamos tomarnos a la ligera. Picard, como todos los hombres, sucumbió al pecado. Que Dios perdone su alma.

Apenas presté atención a las palabras de Ruth; estaba tratando de procesar el hecho de que el padre de Rayne hubiera sido asesinado.

—¿Lo mataron? —exclamé en un grito ahogado—. Dios mío, pobre Rayne… ¡Qué horror!

—Sí, pobrecita —dijo Ruth con desdén—. En fin, qué tema más deprimente, ¿no? Vamos a hablar de otra cosa más alegre. ¿Qué te parece tu alojamiento, Salem?

Seguía conmocionada por lo que acababa de descubrir, así que tardé un poco en contestar.

—Es… curioso, sin duda. O sea, me llevé una gran sorpresa cuando llegué a la mansión y vi a Rayne. Nos habíamos conocido antes de que me subiera al *ferry*. En tierra firme.

Las mujeres intercambiaron miradas entre ellas.

—Ya veo —respondió Ruth, tapándose la boca con la mano—. Eres una chica de *esas*.

Ese habría sido el momento idóneo para largarse.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—Te has acostado con ella —sentenció, en un tono tan plano e impersonal que estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva.

—¿Que me he…? ¿Perdona? No creo que sea asunto tuyo…

—Ay, querida, no te ofendas. —Me pasó el brazo por el hombro en una actitud condescendiente, como si estuviera a punto de decirme algo incómodo pero necesario—. Rayne es una pervertida. No lo oculta.

—Se jacta de ello —intervino una de las mujeres, poniendo los ojos en blanco.

—Todos sabemos lo que hace cuando va al continente —sentenció Ruth, dándome una palmadita en el hombro, y luego retrocedió un paso—. Pero nunca se había traído a ninguna de sus putas a

Marihope. Supongo que eso te convierte en alguien especial.

No podía creerme lo que acababa de oír. El corazón empezó a latirme con fuerza y las palmas de las manos se me empaparon de sudor. Odiaba las confrontaciones. Odiaba a la gente irrespetuosa. Odiaba que intentaran humillarme por ser quien era.

Quise defenderme. Ni siquiera me importaba lo que esa horrible mujer pensara de mí, pero, aun así, sentí una presión en el pecho. La lengua se me había quedado seca e inútil y la garganta se me había cerrado por la rabia.

Murmuré una disculpa furiosa y me alejé corriendo de la iglesia. Todos tenían los ojos puestos en mí, y no me lo estaba imaginando. Cada vez que alzaba la vista, desviaban la mirada.

Necesitaba largarme de allí cuanto antes.

Estuve a punto de tropezarme varias veces con los adoquines irregulares al cruzar la plaza, pero, una vez llegué a la enorme secuoya del centro, me detuve y recuperé el aliento. El sonido de las risas, los chillidos de los niños y las conversaciones distorsionadas de la iglesia resonaban a mi alrededor.

Noté un cosquilleo en la espalda y miré hacia atrás sin girarme del todo. La gente estaba empezando a dispersarse poco a poco de la iglesia, pero fueron las gaviotas las que me llamaron la atención con sus graznidos. Estaban peleándose por destrozar y engullir los pedazos ensangrentados de algo pequeño, peludo y muerto que habían encontrado.

El corazón me martilleaba en el pecho. Había perdido el apetito por completo, así que tomé un desvío rápido y me metí en una calle ancha. A pesar de que había algunos camiones estacionados junto a la acera, todas las tiendas que se extendían a ambos lados de la calle estaban a oscuras y tenían los escaparates vacíos. Me costaba recordar dónde habíamos aparcado el *quad*. No sabía si debía seguir

por el sur… o quizás por el oeste.

El cielo estaba encapotado, ¿cómo leches iba a orientarme?

No debería haberme alejado del punto de encuentro que habíamos acordado. No debería haber salido ese día de la mansión. Ni siquiera debería haber ido nunca a aquella isla.

«Vale, tranquilízate, Salem».

Respiré hondo, apreté los puños y seguí caminando a toda prisa, convencida de que no tardaría en ver algo que me resultase familiar. Doblé otra esquina, buscando con la mirada alguna señal de tráfico…

Entonces, choqué de frente con alguien que iba en una dirección contraria a la mía; sin embargo, antes de que pudiera disculparme, me agarró de la chaqueta y me estrelló contra un muro de piedra. Algo frío y afilado me presionó la garganta, y el miedo me cortó la respiración.

—Lo sie… ¿Rayne? —gimoteé al darme cuenta de quién me tenía agarrada. Ella me reconoció al mismo tiempo.

El rostro se le torció en un claro gesto de preocupación. Tenía la boca curvada hacia abajo y los ojos abiertos de par en par mientras guardaba a toda prisa el cuchillo. Nunca había visto a nadie moverse tan rápido con un arma, ni tampoco había estado tan cerca de la muerte.

Dios, ¿a qué venía ese subidón de adrenalina que estaba experimentando? ¿Qué me pasaba?

—Mierda, Salem, lo siento muchísimo. —Rayne se bajó la manga de la camiseta y me la apretó contra el cuello, por lo que supuse que me había cortado, pero no notaba dolor alguno. Sentí la calidez de su mano guiándome a un lado del camino, hasta un tronco caído que se encontraba escondido entre la hierba alta.

—Siéntate aquí —me indicó, empujándome hacia abajo por los

hombros. Me levantó la cabeza para examinarme el cuello e hizo una mueca—. Me merezco que me dejes una reseña horrible después de esto. Joder, lo siento.

—Te daré un siete sobre diez —dije, casi sin aliento—. Al menos el cuchillo estaba afilado.

Se quedó mirándome fijamente durante unos segundos y luego sacudió la cabeza con una sonrisa torcida.

—Bueno, me gusta estar preparada.

—¿Para qué? —pregunté, pero Rayne parecía distraída. Se puso a caminar sigilosamente a través de la hierba alta, en busca de algo.

—Aquí están —dijo, y se arrodilló ante un arbusto espeso con bayas de color morado oscuro. Arrancó varias hojas verdes, las compactó en una bola y las masticó con energía mientras se dirigía de nuevo a mi lado—. Esto se llama salal —me explicó, untándome el amasijo de hojas en la herida—. Es un desinfectante natural. Tenemos un botiquín con todo lo necesario en la mansión, pero hasta que lleguemos…

—Seguro que me sirve. Es solo un corte de nada, no te preocupes.

Frunció el ceño.

—Sí me preocupo. ¿Por qué ibas tan acelerada?

—Me pongo nerviosa cuando hay mucha gente alrededor —respondí, quitándole importancia con la mano—. Al acabarse la misa, empezó a salir todo el mundo, y no se me da bien hablar con otras personas. —Me miró con una expresión cargada de recelo, o quizás era tan solo preocupación. En cualquier caso, me apresuré a cambiar de tema—: ¿Qué te tenía a ti tan asustada? ¿O es que siempre le sacas un cuchillo a la gente con la que te chocas?

Negó con la cabeza, apretando los labios en una fina línea.

—Lo siento. Debería haber tenido más cuidado.

Me retiró las hierbas, sacó una botella de agua de su mochila y me

hizo inclinarme hacia adelante para poder limpiarme la sangre.

—Te lo desinfectaré bien cuando lleguemos —prometió—. Vamos. ¿Puedes andar?

—Sí, puedo andar —contesté con una risita que pareció confundirla—. ¡Solo es un cortecito, Rayne! No me he roto nada. Que, por cierto, a estas alturas creo que apenas me quedan huesos que no me haya roto, así que puedes estar tranquila. El ciclismo de montaña no es precisamente el deporte más seguro.

Se oían unos pasos acercándose hacia donde nos encontrábamos. Una familia regresaba de la iglesia y estaba subiendo por la calle de camino a su casa. De pronto, las persianas de una tienda cercana retumbaron con un ruido metálico al abrirse. Por fin parecía que Marihope había vuelto a la vida.

—De acuerdo, señorita Lockard —dijo Rayne en voz baja, acercándose. La forma en que pronunciaba mi nombre hacía que me estremeciera. Su tono infundía calidez; sin embargo, la promesa que albergaba en sus ojos era tan fría como la hoja del cuchillo con el que me había cortado—. No eres una flor delicada. Ya me lo has demostrado. Pero, mientras vivas bajo mi techo, el único dolor que quiero que sientas es el que tú misma desees. No me habías pedido que te cortara el cuello, así que no debería haberlo hecho.

Cualquier respuesta que hubiera podido darle se quedó eclipsada por la sinceridad de su voz. Saludó con amabilidad a la familia que pasó por nuestro lado, evitando mirarlos directamente.

—Venga —me instó—. Volvamos a la mansión. ¿Has comido?

12

Rayne

Acércate más

No recordaba la última vez que había cocinado para alguien más aparte de mí misma. Desde luego, no era ninguna cocinillas; por eso tenía contratado a un equipo que preparase las comidas, a pesar del gran gasto que suponía. Por mucho que quisiera encargarme de todo, no iba a castigar a los huéspedes con mis pésimas dotes culinarias.

Pero, teniendo en cuenta que había estado a punto de cortarle la yugular a Salem, lo menos que podía hacer era alimentarla.

Salvo por el sonido de mi cuchillo sobre la tabla de cortar, la enorme cocina industrial estaba sumida en un silencio absoluto. Tras reírse de mi preocupación, Salem había insistido en curarse la herida sola, así que se encontraba arriba. Con las ganas que tenía de explorar la plaza, el hecho de que hubiera salido tan corriendo de allí me hacía pensar que le había pasado algo.

¿Con quién demonios habría hablado?

Al cabo de un rato, asomó la cabeza por la cocina y le hice señas para que se uniera a mí.

—Te has puesto cómoda —dije al verla entrar vestida con lo que parecía un mono de zorro rojo, con una cola esponjosa y una capucha con orejas.

—Creo que ya he tenido suficientes emociones fuertes por hoy —respondió, sentándose en la superficie de los brillantes armarios

metálicos que había a mi lado—. Este es mi disfraz para relajarme. —Mis ojos se posaron de inmediato en su garganta y en el vendaje que llevaba pegado. Al percatarse de que la estaba observando, se cubrió la zona rápidamente con la mano—. ¡Deja de preocuparte por mí, tonta! Estoy bien, en serio.

Una parte de mí quería disculparse de nuevo; la otra sentía que pedir perdón no bastaba. Unas cuantas palabras vacías no iban a solucionar nada, así que agaché la cabeza y seguí cortando y mezclando los ingredientes hasta que logré preparar una *bruschetta* aceptable.

—¿Qué te ha parecido Marihope? —pregunté después de que se atiborrara de pan tostado y lo celebrara con pequeños bailecitos de placer. No se me daban bien las charlas superficiales. Terminaba aburriéndome de lo mucho que tardaba en llegar al meollo del asunto. Habría preferido ir directa al grano y preguntarle quién la había echado de la plaza.

—Es un pueblo precioso —dijo, reclinándose sobre las palmas de las manos y balanceando las piernas—. Muy tranquilo. Incluso más de lo que me esperaba.

—Es una comunidad pequeña. —Evité a propósito la típica frase que tanto les gustaba usar a otros: «muy unida». Nuestra comunidad era pequeña, pero de unida no tenía nada. Era más bien complicada —. ¿Has conocido al pastor?

Frunció el ceño. Quizás mi pregunta había sido demasiado directa.

—No. Es… tu tío, ¿verdad?

Pues sí. Alguien había tenido que acercarse a hablar con ella.

—Sí. Gerard. Se hizo cargo de la iglesia tras la muerte de mi padre. —Cada vez que pronunciaba la palabra «padre», sentía que se me agriaba el paladar. Aun así, me aclaré la garganta y proseguí—: Con lo morbosa que puede llegar a ser la gente de por aquí, intuyo que

ya te habrá hablado alguien de mi padre, ¿no?

Al verla fruncir aún más el ceño, me di cuenta de que la pregunta había sonado mucho más agresiva de lo que pretendía. El sinfín de cotilleos que circulaban por la isla había acabado con mi paciencia, pero Salem no tenía la culpa.

—Vi su tumba —dijo en voz baja—. Lo siento mucho, Rayne.

—Por favor, no lo sientas. —Me llené los carrillos de *bruschetta* hasta que no me cupo ni un trozo más. Mientras estuviera masticando, no podría abrir la boca para contestar.

—¿De verdad lo…? O sea, Dios, es horrible. ¿De verdad murió en esa iglesia? —bajó la voz para preguntármelo, como si la casa fuera a ofenderse al oírla hablar de ello—. ¿Alguien lo…?

—Murió en la iglesia, un domingo a mediados de enero. Cayó tanta nieve que nadie lo encontró hasta que llegó la hora de la siguiente misa. Una mujer llamada Ruth fue la primera persona que lo vio.

—¿En serio? Vaya, eso no lo había mencionado…

Intenté reprimir el gruñido que amenazaba con brotar de mi garganta, pero no pude.

—Ah, joder, con razón has salido corriendo de allí. ¿Has hablado con Ruth?

Se frotó la nuca, incómoda.

—Sí. Es un poco… Bueno, es…

—Una zorra —terminé por ella—. Puedes decirlo. Créeme, lo sé. Tuve que aguantarla en el instituto.

Soltó una carcajada.

—Parece que no le caes muy bien.

—Nop.

Hacía tiempo que habíamos dejado de llevarnos bien.

No sabía cómo abordar aquel tema. Nunca había hablado de ello

con nadie. No estaba familiarizada con ese tipo de situaciones. Tampoco me había relacionado nunca con ningún huésped, más allá de lo que se esperaba de mí. Siempre los evitaba. La gente iba al hostal por la mansión y por el paisaje, no por mí.

Pero Salem tenía algo que hacía que se me soltara la lengua. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me costaba recuperar el control de mí misma.

—Mi padre murió cuando yo solo era una adolescente —seguí—. Me dejó la casa y algo de dinero. Nunca lo he echado de menos, y tampoco creo que lo haga en un futuro. No estábamos muy unidos. Ni siquiera me puse triste. No sabemos cómo murió.

Arqueó las cejas ante mi confesión, por lo que supuse que alguien le había contado lo contrario.

—Como he dicho, hubo una tormenta terrible. Unos animales se colaron en la iglesia y destrozaron el cuerpo. Es asqueroso, pero son cosas que pasan. —Se me daba mejor hablar mientras me movía, así que empecé a preparar el mejor postre que era capaz de improvisar. Así, de paso, tenía la excusa perfecta para mantener la vista fija en otro sitio. No podía mirarla a los ojos sabiendo que estaba diciéndole una mentira—. Yo creo que se suicidó. Llevaba mucho tiempo sin estar bien.

Al menos, la última parte era cierta.

—Siento haber sacado el tema —se disculpó, pero me apresuré a negar con la cabeza para tranquilizarla.

—No te preocupes, en serio. Es mejor que hablar del tiempo.

Saqué un vaso del armario y fui colocando unas cuantas capas de bayas frescas, rebanadas de bizcocho y nata montada.

—¿Siempre preparas el postre después del almuerzo? —dijo. Su sonrisa me indicó que sabía la respuesta y era más que consciente de que estaba presumiendo delante de ella.

—Cuando tengo tiempo. —Limpié un poco de nata del borde del vaso y se lo pasé. Me sentía muy orgullosa de haber conseguido idear un postre como ese de improviso. Era un postre sencillo en capas, pero me sentí como si me hubieran dado un premio cuando vi que se le iluminaron los ojos y sacó el móvil para hacerle una foto.

Su rostro pareció derretirse de gusto al probarlo.

—Dios mío. ¡Está riquísimo! Qué dulces están estas bayas.

—Crecen en los límites del terreno —le expliqué—. También las uso para hacer mermelada. Te dejaré algunos botes preparados para que te los lleves de vuelta a casa.

Se metió otra cucharada en la boca y se percató de que yo no estaba comiendo.

—¿No tomas postre?

La verdad era que me había quedado sin nata montada hasta que pudiera descongelar más, pero me limité a encogerme de hombros.

—Estoy llena. No me cabe nada más.

—¿Segura? —Me ofreció una cucharada con un trozo de bizcocho esponjoso untado en una crema teñida de púrpura por las jugosas bayas. Tenía una pinta deliciosa de por sí, pero en su mano daba la impresión de ser… pura ambrosía.

Me senté en el taburete frente a ella y dejé que me diera de comer. El sabor de las bayas me inundó las papilas en cuanto las mordí.

Se quedó mirándome la boca fijamente. La nata me había manchado los labios, y las pupilas se le dilataron al ver cómo me pasaba la lengua para limpiármelos.

Cuando bajó la mirada y siguió comiendo, la observé con atención. Sus labios envolvieron la cuchara y limpiaron la plata con una caricia, pero se le quedó un poco de nata en el labio superior.

Me encontraba a escasos milímetros de ella. No podía dejar de mirarla. La deseaba con todas mis fuerzas.

Acepté obedientemente la siguiente cucharada que me ofreció. Esa vez, fue ella quien me limpió con el pulgar, y luego me lo dejó junto a la comisura. Giré la cabeza, le envolví el dedo con los labios y le pasé la lengua por la yema, sin quitarle los ojos de encima. El dulce sabor de la nata y de la vainilla se me derritió en la boca.

Al notar que se le entrecortaba la respiración, me metí su dedo un poco más. Quería verla cerrar los ojos de placer, presenciar cómo le subía y bajaba el pecho de la excitación. Jugueteé con la lengua, sosteniéndole la mirada en todo momento, y me saqué el dedo lentamente de la boca.

Me observó con los ojos muy abiertos y llenos de deseo. Parecía sacada de un sueño.

Nadie me había mirado nunca con aquella intensidad. Como si fuera una pequeña exploradora asomándose a la oscura caverna de mi alma, aterrorizando con su luz todo lo que se escondía en mi interior.

Quería dejarla entrar. Mostrarle los recovecos más profundos de mi ser. Refugiarla tras mis muros.

Pero…

No era mía. Nunca lo sería. Desear que lo fuera y que se quedara conmigo era tan egoísta que debería haberme avergonzado.

Sin embargo, no sentía ni un ápice de vergüenza. Estaba obsesionada con ella, desesperada por tenerla a mi lado.

—Rayne… —Su voz se fue apagando, y se me aceleró el corazón. Joder, ambas sabíamos lo que queríamos. Me imaginé su sabor dulce y suave, como los últimos vestigios del verano. Su piel cálida temblando bajo mi tacto.

Pero ya me había pasado de la raya.

Me puse de pie, aunque la decepción en su rostro me desgarró el alma.

—Tengo que volver al trabajo —dije—. Quédate todo el tiempo que quieras. Ya limpiaré más tarde.

—Oh, vale. —Ni siquiera le di la oportunidad de responderme con más palabras que esas. Me odié por ello. Odiaba la idea de irme y dejarla allí cuando se me habían quedado tantas cosas sin decir atascadas en la garganta.

13

Salem

Un destripamiento en las sombras

Había salido a montar en bici, y el cielo estaba empezando a oscurecerse.

El largo sendero por el que me había aventurado tenía curvas pronunciadas que atravesaban las colinas boscosas y bajaban por unos barrancos escarpados. Cada bocanada de aire frío que respiraba me dejaba un ligero regusto salado por la brisa del océano.

Llevaba dos días sin ver a Rayne. Sabía que se encontraba en algún lugar de la mansión. Podía sentir su presencia como una niebla helada que no terminaba de disiparse. Sin embargo, no aparecía por el comedor a la hora del almuerzo ni tampoco se dejaba ver por el jardín o los pasillos.

La noche anterior, me senté en mi cama en completo silencio, aguzando el oído para captar cualquier sonido que proviniera de la habitación de al lado. Me odiaba a mí misma por ser tan curiosa y no poder dejar de pensar en ella.

Pero el pulso se me aceleraba cada vez que oía cómo abría el grifo de la ducha o hacía crujir los muelles de su cama. Escuché el suave ir y venir de sus pasos por la habitación, acompañados del murmullo de su música.

El corazón aún me dolía como si tuviese una herida abierta. No

pensaba entregárselo a alguien de nuevo para que acabase haciéndolo pedazos como la última vez.

Derrapé hasta detenerme y me bajé de la bici un momento para estirar la espalda. La oscuridad de la noche se estaba imponiendo a marchas forzadas sobre el azul claro del cielo, y el canto de los pájaros empezaba a fundirse con el de los grillos. El aroma de la lluvia impregnaba el ambiente.

Solo me quedaba una semana más en aquel paraíso.

No me parecía suficiente tiempo. Al volver a casa, tendría que revivir una y otra vez el mismo drama frente a compañeros de trabajo, amigos y familiares que me mirarían con lástima. Iba a tener que inventarme algún tipo de broma recurrente sobre cómo me dejaron tirada en el altar, porque no me gustaba nada que se compadecieran de mí y prefería reírme de la situación antes que admitir cuánto me dolía. Al final, no me quedaría más remedio que volver al insufrible «mercado» de las citas del que creía haberme librado.

Quizás la solución era tan simple como adoptar un perro.

El viento se levantó, haciéndome tiritar. Me froté los brazos desnudos para intentar retener un poco de calor, reprendiéndome a mí misma por no habérseme ocurrido llevar una chaqueta. En la bici no sentía el frío, pero si me quedaba quieta durante demasiado rato, iba a acabar convirtiéndome en un polo de sudor congelado.

Justo cuando me disponía a subirme de nuevo a la bici, vi algo extraño.

A unos diez metros, había alguien observándome entre los árboles. El corazón empezó a latirme con fuerza, instado por el miedo, hasta que entrecerré los ojos y me di cuenta de quién era.

—Madre mía… ¿Martin? —Me acerqué a él, con la mano en el pecho. Había visto al viejo cazador desayunando con George esa

misma mañana, riéndose a carcajadas de sus propios chistes mientras comía huevos y bizcochos. Sin embargo, la expresión que tenía en el rostro en ese momento era la de un desconocido. Me miraba como si no me reconociera, aturdido.

—Señorita Lockard —dijo al fin, parpadeando rápidamente, y se frotó la cabeza. Sostenía el rifle en una mano y llevaba la otra vendada de forma descuidada—. ¿Ha…? Eh… No habrá visto por casualidad al viejo George por aquí, ¿no?

Negué con la cabeza. Me preocupaba su aspecto; estaba pálido y tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Se encuentra bien? —pregunté, dando otro paso lento hacia él. Había un hedor intenso flotando en el aire, como si algo se estuviera pudriendo cerca—. ¿Se ha hecho daño?

Se agarró la mano, claramente herida, pero negó con la cabeza.

—No. No, estoy bien. —Echó un vistazo a su alrededor: atrás, arriba, a un lado y a otro. Luego, se quitó las gafas e intentó limpiárselas con una mano en la camisa, pero le temblaba el pulso y se le cayeron al suelo. Cuando se agachó para recogerlas entre improperios, localicé de repente el origen del olor.

A su espalda.

El cadáver de un ciervo yacía entre la hierba alta. Tenía el vientre desgarrado y las entrañas esparcidas. Había charcos de sangre empapando la tierra que lo rodeaba y moscas zumbando sobre el cuerpo. Sus ojos, abiertos y vidriosos, me miraban fijamente.

La sangre aún estaba fresca.

Una repentina sensación de inquietud hizo que me recorriera un sudor frío por la espalda.

—Martin, ¿ha…? ¿Ha sido usted…?

—No he sido yo —respondió, señalando con el dedo al ciervo mutilado—. Yo no cazo así. Ningún cazador que se precie…

Se mordió el labio inferior con fuerza y se mantuvo así durante un rato. Apreté los puños y comencé a retroceder hacia mi bici como si se tratara de un acto reflejo. Un instinto primario me empujaba a irme de allí lo antes posible.

—No ha visto al viejo George por aquí, ¿verdad? —repitió con la mirada acuosa.

—No. —Me monté de nuevo en la bici, despacio, sin quitarle un ojo de encima—. No lo he visto. Debería volver a la mansión, Martin. ¿Quiere que busque ayuda?

—No, no. Ya aparecerá. —Su voz sonaba lejana, como si no estuviera del todo presente, mientras contemplaba fijamente los árboles—. Ya aparecerá.



No debería haberme quedado fuera hasta tan tarde, pero no estaba acostumbrada a que el sol se pusiera tan pronto. El camino de vuelta en medio de la oscuridad fue realmente aterrador, sobre todo después de mi encuentro con Martin. A pesar de llevar un faro delantero en la bici, su haz de luz solo contribuyó a hacer el viaje aún más espeluznante, ya que proyectaba sombras que mi imaginación acababa transformando en figuras sin rostro que acechaban entre los árboles y los márgenes de mi visión.

Estaba chispeando cuando por fin divisé el resplandor de la mansión en la cima de la colina. Por desgracia, me encontraba en la parte trasera de la propiedad, y mi destino se erigía a lo lejos, tras una verja de hierro. No me veía capaz de recorrer ni un kilómetro más por el sendero, así que seguí la verja hasta encontrar un sitio por el que trepar con la bici a cuestas.

Usé un enorme árbol caído como punto de apoyo para alzarme.

Lancé la bici por encima de la verja con un gruñido y me impulsé hacia dentro tras ella, medio esperando que sonara alguna alarma.

Lo único que me separaba del calor de la mansión era un campo oscuro y abierto con una solitaria edificación de piedra.

Incluso en la oscuridad, se veía que estaba en ruinas. Supuse que sería un viejo cobertizo o un taller abandonado. De pronto, empezó a llover a cántaros y me refugié debajo del saliente del tejado para rebuscar en mi mochila el impermeable fino que había echado.

Al principio no presté atención. Creía que solo era el golpeteo de la lluvia cayendo.

Sin embargo, no tardé en percibir el sonido de lo que parecían unas uñas afiladas arañando un cristal. Con los nervios a flor de piel, giré la cabeza a la velocidad del rayo. Había una ventana cerca, pero, por más que lo intentaba, los viejos cristales tenían tantas capas de suciedad acumulada que me resultaba imposible ver a través de ellos.

Entonces, todo se detuvo y el ruido cesó de repente.

Tragué saliva con dificultad y apunté con el faro de la bicicleta hacia la ventana.

Detrás de la roña del cristal, solo pude distinguir una silueta alta alejándose rápidamente de la luz. Luego, se oyó un estrépito, seguido de un golpe y unas uñas raspando la madera ágilmente.

Con la respiración temblorosa, eché un vistazo a la parte delantera del edificio y localicé la entrada. O, al menos, la zona que alguna vez había servido como tal. La puerta se encontraba tapiada por completo con tablones de madera.

—Uy, no. No, no, no. Por ahí sí que no. —Murmuré para mis adentros, subiéndome a la bici a toda prisa. Los zapatos se me resbalaban sobre los pedales y la lluvia me impedía ver con claridad, pero me daba igual. Entre Martin, el ciervo muerto y lo que fuera

que se hubiera instalado en aquel cobertizo, no tenía el cuerpo para más sustos.

14

Rayne

PESADILLAS EN LA OSCURIDAD

Salem llevaba demasiado tiempo fuera.

No podía despegar los ojos del reloj. Movía la pierna más y más deprisa a cada minuto que pasaba sin que ella apareciese por la puerta. Había estado sentada en el recibidor durante horas, ordenando archivos que se encontraban más que ordenados y jugando al solitario sobre el viejo escritorio. Loki había subido las escaleras para tumbarse en el rellano en señal de protesta, culpándome con la mirada por no acompañarlo a la cama.

Lo que hicieran mis huéspedes en su tiempo libre no era asunto mío. Salem, Martin y George eran los únicos que quedaban en la mansión a esas alturas de la temporada, y confiaba en que los cazadores supieran cuidar de sí mismos en el bosque.

La bicicleta de Salem no estaba en el cobertizo. Lo sabía porque había ido a comprobarlo después de haberme pasado treinta minutos rondando su habitación sin oír nada dentro. Con lo poco que faltaba para el toque de queda de invierno y los rumores delirantes que se extendían entre los vecinos, me arrepentí de haber tenido la gran idea de aceptar la reserva de última hora de Salem.

Todavía no habían encontrado a Andrea, la chica que había desaparecido, y temía que no fuera la única en correr esa suerte.

—Joder, ¿dónde te habrás metido? —Caminé de un lado a otro por el recibidor, mirando la puerta e intentando convencerme de no salir

con el *quad* a buscarla. Odiaba depender emocionalmente de otra persona. No era capaz de poner orden al caos que se había apoderado de mi mente.

Entonces, escuché el crujido de unos pasos. Me sobresalté y me giré de golpe hacia la escalera. Loki se había incorporado con las orejas levantadas y tenía toda la atención puesta en la planta de arriba.

Al volver a escuchar el crujido, un gruñido ahogado retumbó en el pecho del perro. Subí las escaleras a toda prisa, con el corazón en la garganta y las manos temblándome de rabia.

Cuando llegué al descansillo, me percaté de que no provenía ninguna luz de la planta de arriba. No debería haberse quedado a oscuras. Siempre dejaba esas luces encendidas para los huéspedes. Además, había un generador de emergencia en caso de que se fuera la electricidad.

Sin embargo, el pasillo se encontraba sumido en una negrura propia de la noche. El aliento se me condensó al entrar en contacto con el aire, y un escalofrío me recorrió la espalda. Metí la mano en el bolsillo y saqué los pequeños auriculares que siempre llevaba conmigo, resistiéndome al impulso de ponérmelos para evadirme de todo.

—¿Qué quieres? —grité, como si pudiera intimidar a la oscuridad y hacer que retrocediera. Loki gimoteó, me frotó la pierna con el hocico y bajó corriendo. El estómago me dio un vuelco al no tenerlo a mi lado, pero hasta él parecía ser consciente de que no debía alimentar mi locura.

Aunque no oí nada, me sentí como si alguien hubiera inhalado profundamente, llevándose consigo todo el oxígeno de la habitación.

—¡¿Qué es lo que quieres?! —repetí, apretando los puños y con la voz quebrada por la furia. No recibí ninguna respuesta. Tampoco

escuché pasos. Solo percibí un aire frío y estancado acompañado de un olor a moho.

Se me formó un nudo en el pecho al pensar en el largo invierno que se avecinaba y en los días oscuros en los que no me quedaría más remedio que vagar sola por esos pasillos.

No soportaba permanecer allí, pero tampoco me permitían irme, a pesar de que lo había intentado en incontables ocasiones.

Tras veinticuatro horas fuera de la isla, comenzaban a perseguirme los susurros. Un aliento helado y silbante no paraba de hacerme cosquillas en el cuello, impidiéndome dormir. Llevaba las raíces de la isla dentro de mí y, por mucho que se estiraran, nunca se quebrarían.

Los susurros eran mi propio carcelero, y la casa, mi prisión.



Solo había un lugar donde podía encontrar algo de paz. El invernadero tenía casi los mismos años que la mansión. Lo había construido mi abuelo Henry para su esposa, mi abuela. Las plantas que albergaba habían sido recolectadas y cuidadas durante décadas, hasta convertirse en una pequeña selva diversa y llena de vida.

Cada vez que mi padre se enfadaba, mi madre me decía que me fuera al invernadero. Allí me enseñó a propagar plantas a partir de esquejes sencillos y jarras de agua, a cuidar de las semillas hasta que estuvieran listas para la tierra, a plantar en macetas y a podar. Me relajaba trabajar con las manos y concentrarme en una tarea tranquila. Por eso me pasaba tantas horas cuidando de los terrenos, a pesar de que suponía demasiado trabajo para una sola persona.

Al menos, había conseguido mantener vivas las plantas de mi madre cuando mi padre las habría dejado marchitarse por completo,

y eso hacía que me sintiera orgullosa.

A pesar de la lluvia y el frío, el invernadero desprendía una calidez acogedora. Me encendí un porro y deambulé entre las plantas, acariciándoles las hojas como si estuviera saludando a unos viejos amigos. El móvil se vinculó automáticamente por *bluetooth* al altavoz que se encontraba en mi mesa de trabajo y empezó a sonar *Love Crime* de Siouxsie.

La música me permitía olvidarme de los susurros, el sonido de los pasos que crujían sobre la madera y la tristeza opresiva.

Me dejé caer sobre una vieja silla de mimbre y apoyé los pies en un cubo mientras fumaba. A mi lado, entre las macetas de barro con varias costillas de Adán propagadas, había una foto enmarcada en la que salíamos mi madre y yo. Era un selfi que nos habíamos hecho con una vieja cámara desechable, y estábamos abrazadas en la playa.

No recordaba ese día. Ni tampoco su voz o su olor. La ropa que guardaba de ella se había desprendido de su viejo perfume y olía a naftalina y polvo en su lugar. Aunque no recordaba qué sentía al abrazarla, se me había quedado grabada a fuego la melodía que me tarareaba, dulce y pausada.

Siempre acudía a ella cuando me pasaba algo. Era la única que me ofrecía una respuesta para todas mis preguntas y consuelo para cualquier mal que me aquejara. Cada vez que mi padre hablaba de ángeles en sus sermones, me los imaginaba como ella.

Hasta que descubrí lo peligrosos que podían llegar a ser los ángeles en realidad.

—¿Qué hago, mamá? —pregunté en voz baja. Apagué el porro en el cenicero y lo dejé a un lado para mirar su foto, como si al concentrarme en ella fuese a hablarme. Sin embargo, la foto se mantuvo en silencio, con su sonrisa congelada en el tiempo, al igual que la mía.

Entonces, capté una luz parpadeando por fuera del invernadero y me sobresalté.

15

Salem

EL INVERNADERO

La lluvia me había calado hasta los huesos cuando llegué a la cima de la colina y me dirigí hacia los jardines de la mansión. No dejaba de tiritar y de mirar hacia atrás con miedo. Estuve a punto de gritar al oír unos pasos acelerados aproximándose por mi derecha.

—¿Salem? ¿Dónde demonios estabas?

—Rayne… Es que… —Mis palabras quedaron amortiguadas por su abrigo cuando me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho. Me derretí al instante. Su calor contrastaba con el frío que me había azotado durante todo el camino, y el agradable aroma que desprendía era un regalo para mis sentidos. Casi se me forma un nudo en la garganta por las lágrimas que había reprimido—. Pasa algo raro. No sé qué es, he visto a Martin y…

—No entiendo nada de lo que dices con ese castañeteo de dientes —murmuró, quitándose la chaqueta a toda prisa para envolverme con ella. Me condujo al invernadero del que había emergido, y la calidez del ambiente me alivió tanto que se me escapó un gemido—. Vas a pillar una buena pulmonía como sigas saliendo así de desabrigada.

Dejé que me guiara hasta un rinconcito con asientos mientras iba goteando a cada paso que daba.

Los estantes se encontraban repletos de tierra y fertilizantes apilados en sacos. La tierra húmeda impregnaba el aire con un olor a

minerales. También había una espaciosa mesa de trabajo ocupada por un montón de plantitas, una foto vieja y, para mi alegría, una tetera eléctrica.

Rayne se apresuró a encenderla y regresó a mi lado.

—Madre mía, estás helada. —Cogió una gruesa manta del respaldo de la silla de mimbre donde me había sentado y me la echó por los hombros. Me agarró las manos, me las apretó con fuerza entre las suyas y se inclinó para intentar calentármelas con su aliento —. ¿Siempre tienes los dedos así de fríos? Voy a tener que hacerte unas manoplas de punto.

Cuando por fin pude controlar la tiritera, le hablé de mi encuentro con Martin, el ciervo descuartizado y la misteriosa desaparición de George, pero no le comenté nada acerca de lo que había visto en el cobertizo. Tras pensarlo con la mente fría, supuse que habría sido algún animal. O, como en aquel episodio del baño, tal vez solo había sido mi imaginación jugándome una mala pasada.

Rayne me escuchó con el ceño fruncido y, al acabar, intentó tranquilizarme.

—Informaré al *sheriff*. Él se encargará de mandar a alguien a buscarlos. No te preocupes. —Cuando me agarró las manos con más fuerza, me avergoncé de lo pegajosas que estaban—. Puede que Martin y George no parezcan gran cosa, pero tienen más experiencia con la naturaleza de lo que aparentan. No es la primera vez que vienen a Blackridge, ya saben cómo moverse por aquí.

Pero la expresión de su rostro me decía que ni siquiera ella misma se creía sus palabras.

Se acercó a su mesa de trabajo y cogió un enorme *walkie-talkie* con forma de ladrillo.

—Keatin, ¿me recibes? Rayne al habla. —Al no obtener respuesta, volvió a intentarlo—: Keatin, despierta. Ha desaparecido un

huésped.

Tras unos segundos, se escuchó una voz somnolienta al otro lado.

—Te recibo. Adelante.

Rayne le dijo lo que le había contado, desde la lesión de Martin hasta la desaparición de George. La voz entrecortada del *sheriff* respondía de forma intermitente para pedir más información, hasta que soltó un profundo suspiro.

—Mandaré a alguien —dijo—. Esto pinta mal. A estas alturas del año…

Rayne carraspeó bruscamente para interrumpirlo.

—No estoy sola. Hablamos mañana. Avísame si encuentras algo.

—Dalo por hecho. Cambio y corto.

Dejó el *walkie-talkie* en su sitio y se apoyó en la mesa durante unos instantes en silencio.

—Saben cómo moverse por aquí —repitió, más para sí misma que para mí—. A lo mejor se han pasado con la bebida y se han desorientado. —Se giró hacia mí, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados—. ¿Sigues temblando?

—Sí, pero es porque… Son solo los nervios.

Sin mediar palabra, cogió dos tazas desgastadas de un estante superior y colocó dentro un par de bolsitas de té. Mientras la observaba preparar las bebidas calientes, asimilé por fin lo que me había dicho antes.

—¿Haces punto? —Levanté el borde de la manta colorida—. ¿La has hecho tú?

—Sí. ¿A que no te lo esperabas? Tengo otros talentos ocultos, además de bajar al pilón y ser una capulla.

Solté una carcajada, agradecida por la distracción. Terminó de preparar el té y acercó un taburete para poder sentarse frente a mí. Sujeté la taza con ambas manos e inhalé profundamente. La menta y

la miel me inundaron los sentidos, apaciguando el golpeteo de mi corazón y mi respiración agitada.

—¿Soy yo la que te pone nerviosa? —preguntó Rayne de repente, con la mirada fija en la bolsita de té que giraba lentamente en la taza.

—No. O sea, más o menos. Un poco. Muchísimo. —Mis manos sudorosas a pesar del frío eran la prueba de ello—. Pero es distinto… No son unos nervios malos. No sé si me explico.

Rara vez intentaba definírselo a otras personas. Para aquellos que nunca lo habían experimentado, un trastorno de ansiedad no tenía mucho sentido. A ojos de los demás, bastaba con «calmarme» o «ser más optimista en la vida».

Enfrentarme a mi ansiedad no servía de nada. Siempre acababa venciéndome.

—Me diagnosticaron un trastorno de ansiedad a los catorce años —dije. Aunque no me gustaba hablar de ello, necesitaba explicárselo con todas mis fuerzas—. Eso… Eh… Me permitió entender muchas cosas de mí misma. Y pude empezar a medicarme. No me sirvió de mucho, porque he tenido que cambiar de pastillas unas cuantas veces, pero es algo con lo que tengo que aprender a vivir.

—Entonces, se te dispara la ansiedad por mi culpa, ¿y me dices que no son nervios de los malos? ¿Has mandado tu instinto a paseo o qué?

Resoplé.

—Bueno, mi instinto no es de fiar. Es demasiado paranoico.

Permanecimos en silencio unos segundos hasta que se atrevió a romperlo.

—Deberías fiarte de lo que te dice de mí —susurró.

—Eso hago —contesté de inmediato.

Mi instinto no me gritaba que me alejase de ella, sino todo lo contrario. Me atraía como un imán y me temblaba todo el cuerpo

cuando intentaba resistirme.

Era mi corazón malherido el que me advertía que me alejara. La oleada de nerviosismo que me sacudía al verla y la forma en que se me disparaba el pulso cada vez que me hablaba… eran sensaciones completamente nuevas para mí. Nunca me había sentido así al mirar a Colin.

Y la idea me aterraba.

Mientras le daba sorbos a mi taza de té, me fijé en la foto que había en la mesa de trabajo. Una hermosa mujer con el pelo largo y castaño estaba abrazando a la que parecía su hija. Ambas tenían las mejillas espachurradas la una contra la otra y le sonreían a la cámara. Detrás se veía la playa; por la arena rocosa y la madera a la deriva supuse que se encontraban en la escarpada orilla de Blackridge.

—¿Quién es? —pregunté.

—Melanie Balfour. Mi madre. La asesinaron hace veinte años.

Me atraganté con el té.

—No pasa nada —me calmó Rayne, mirándome alarmada—. Ha pasado mucho tiempo, y estoy… bien. —Una vez más, me dio la impresión de que ni ella misma se creía sus propias palabras.

Aunque me moría de la curiosidad por saber más, no insistí. Sin embargo, tras un minuto de silencio, Rayne continuó hablando:

—Mi madre solía ir al viejo faro por las tardes para ver la puesta de sol. Subía hasta el balcón porque desde allí se apreciaba mejor el paisaje, pero un día… el uno de noviembre… se fue y no regresó.

Lo contó como si hubiera dejado de dolerle y se tratara de una tragedia de otro tiempo. Aun así, su mirada se volvió distante y se nubló por una emoción a la que no quería dar voz.

—La encontraron esa misma tarde, junto al faro. La habían degollado y se había desangrado. Se… arrastró… antes de morir. Supongo que intentó escapar o pedir ayuda. Yo tenía ocho años. —Se

aclaró la garganta—. Desde ese día, mi padre y yo nos quedamos solos. Nunca quiso tener hijos, así que no sabía qué hacer conmigo. Su vida era la iglesia y, tras perder a mi madre, se centró por completo en ella. Dedicaba todos sus sermones al asesino.

—¿Supisteis quién lo hizo? —pregunté, y me estremecí al verla negar con la cabeza de nuevo.

—No. Probablemente no lo sepamos nunca.

Coloqué mi mano sobre la suya con delicadeza, temiendo que la apartara, pero no se movió.

—Mi padre creía que toda Blackridge merecía ser castigada —dijo —. Según él, éramos unos pecadores miserables. Nos odiaba a todos. Usaba el púlpito como si estuviera dictando la sentencia de un juez y se servía de su Biblia como un arma. Me he sentido muy sola durante toda mi vida. La isla ya estaba lo suficientemente alejada del resto del mundo, pero en este casoplón la soledad pesaba el doble. El silencio podía llegar a ser ensordecedor.

Respiró hondo y se enderezó en la silla, pero no me apartó la mano.

—El odio es capaz de contaminar cualquier lugar. Se acumula, se enquista. Toda la ira y el dolor se han convertido en una especie de maldición que azota esta isla; una cicatriz que nunca llega a sanar, una herida que siempre acaba reabriéndose de un modo u otro. Incluso tras su muerte, seguimos sufriendo las secuelas.

Hizo una pausa y rozó con el dedo la marca que me había dejado el anillo de compromiso.

—Bueno, ya te he contado mi drama. Ahora te toca a ti.

Seguía asimilando lo que acababa de escuchar, así que tardé un poco en responder.

—En el mío no hay muertes. Rompió nuestro compromiso un mes antes de la boda. Resultó que me estaba poniendo los cuernos.

—Hostia. —Rayne sacudió la cabeza en señal de incredulidad—. Creo que habría preferido que hubiera algún accidente trágico de por medio.

Me encogí de hombros, como si ya lo hubiera superado.

—No me puedo quejar. Ahora mismo debería estar en Las Vegas celebrándolo a lo grande; en cambio, estoy aquí.

—Conmigo —lo dijo en un tono de voz tan bajo que apenas la oí—. No pareces el tipo de chica que se casa en Las Vegas.

—¿No se nota que soy una fiestera? —bromeé, y me dedicó una mirada llena de escepticismo—. Tienes razón. Lo de Las Vegas no fue idea mía. De hecho, me daba bastante ansiedad. Pero era lo que él quería. —Suspiré—. Me centré tanto en complacerlo que me olvidé de mí misma. Tenía miedo de que me dejara o se buscara a otra persona si no lo hacía. Y, aun así, acabó pasando de todos modos.

—Entonces, ¿dónde te gustaría casarte?

Aunque lo había pensado muchas veces, estuve a punto de darle la respuesta de siempre: por la persona indicada, me casaría hasta debajo de un puente. No me importaban el lugar ni el tamaño de la celebración.

Sin embargo, llevaba toda la vida soñando con el día de mi boda. Me había acostumbrado tanto a ignorar mis propios anhelos que me daba vértigo exteriorizarlos. Como si por el simple hecho de darles voz estuviera siendo demasiado exigente.

—Quería una ceremonia pequeña —susurré—. Con nuestra familia y unos cuantos amigos. En las montañas, al atardecer. Siempre me había imaginado así ese día. Con farolillos y velas para alumbrar el crepúsculo. Y un vestido largo, aunque me arrastrara por el suelo. —Pensé en el vestido de novia que había pedido y cancelado inmediatamente después. No podía parecerse menos al de mis sueños. Era corto y ajustado, a juego con Las Vegas.

Rayne seguía aferrada a mi mano, acariciándome el dorso con el dedo. Quise preguntarle lo mismo.

Pero no me atreví.

Tras un rato, dijo sin levantar la vista:

—Deberías quitarte esa ropa mojada.

Aun así, ninguna de las dos nos levantamos. No quería ponerle fin a ese momento.

Cuando nuestras miradas se encontraron, me agarró la mano con más fuerza.

—No me tientes —susurró, arrastrando las palabras como si le causara dolor decirlas.

—No te estoy tentando. —El corazón empezó a martillearme en el pecho al ver que se inclinaba para acercarse más a mí.

—Oh, sí. Sí que lo estás haciendo. Lo haces siempre, y lo sabes. Siempre estás… —me deslizó la mano por la muñeca y me clavó los dedos en el brazo con desesperación— observándome.

—Lo dices como si tú no hicieras lo mismo.

Sacudió la cabeza, riéndose en voz baja, pero no lo negó. Necesitaba sentir otra vez su firme agarre sobre mi piel. Volver a oír esas palabras cargadas de deseo.

Había estado provocándome cada día desde que llegué a aquella maldita isla, con esa manera de clavar sus ojos en los míos y el tono grave de su voz al hablar. Me sentía como un yoyó en sus manos. Por más que me apartara, siempre regresaba a ella, porque no estaba dispuesta a dejar que me fuera.

Después de lo de Colin, me negaba a quedarme donde no me quisieran y aferrarme a alguien que no me correspondiera; sin embargo, sentía su deseo, su necesidad. Lo veía en sus ojos y lo oía en su voz.

—No lo entiendes —dijo, intentando alejarme con aquellas

palabras, pero me atrajo de nuevo, como si hubiera un hilo atado a su dedo que me mantuviera unida a ella—. No estás a salvo conmigo, Salem.

—No le temo al peligro. —Me incliné hacia ella de manera desafiante y provocadora—. Aprendo a convivir con él.

16

Salem

Arrepentimientos

Bajo la tenue luz del invernadero, percibí un brillo intenso y peligroso en la mirada de Rayne.

—Lo sé. Te gusta ese subidón de adrenalina que te da lo desconocido. El miedo. —Entrecerró los ojos, leyéndome como un libro abierto—. Te gusta tanto que roza la obsesión. Te has vuelto adicta a él. Igual que…

Hizo una mueca y guardó silencio, pero no podía quedarme con la curiosidad de saber cuáles eran esas palabras que se estaba callando.

—¿Igual que qué?

Contuvo el aliento y me recorrió el brazo con los dedos hasta llegar a la manga húmeda de mi camiseta y, de ahí, al cuello frío y empapado. Clavó los ojos en mi garganta y me susurró la respuesta:

—Igual que yo me he vuelto adicta a ti.

Toda la isla estaba envuelta en un aura de misterio que no alcanzaba a entender; parecía haber sombras sobre las que ninguna luz podía imponerse. Sin embargo, ella era el mayor enigma de todos. Sus sentimientos ocultos, sus miedos, su deseo.

—Solo me quedan aquí unos días —dije. El cuerpo empezó a temblarme al notar el roce de sus dedos sobre mi mejilla. Se había acercado todavía más a mí. En apenas unos días me iría de aquel lugar, y aún había demasiadas cosas que no lograba comprender—. No quiero arrepentirme de no haber hecho lo que quería.

Me colocó la mano en la mandíbula y me agarró la cara como si quisiera dejarme claro quién llevaba las riendas, provocando que me sonrojara.

—Te arrepentirás de estar conmigo. Todo el mundo lo hace.

Me parecía perfecta la forma en la que me tocaba: brusca a la par que reverente. Cerré los ojos y me apoyé en su mano.

—Te equivocas. Lo único de lo que me arrepiento es de no tener más tiempo.

Me tocó el vendaje del cuello y soltó una bocanada de aire temblorosa.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

—Rojo —respondí sin dudar.

Se le dibujó en el rostro una sonrisa depredadora de lo más excitante.

—Joder, ¿cuánto tiempo llevas queriendo decírmela?

—Demasiado tiempo.

Hacía que me sintiera como un animal salvaje, dominada por la necesidad y el deseo. Le acaricié los labios con la yema de un dedo, hambrienta, y me dejé llevar por el ansia, a pesar de la preocupación y las dudas que me asaltaban.

—Si me paso, párame. No te arrepientas de esto, Salem. Por favor.

La voz le salió áspera, como si sus palabras estuvieran oxidadas.

Acerqué mis labios a su oído para responderle:

—Te deseo a ti y a cada parte cruel, peligrosa y rota de ti. Aquí y ahora.

Se puso de pie, tirando su taburete a un lado con un gran estruendo. Me estrechó entre sus brazos y me enredó los dedos en el pelo mientras me besaba. Me agarró la nuca y solté un gemido ahogado contra su boca. Su lengua se deslizó sobre la mía, tocándola, saboreándola, fundiéndose con ella.

Me levanté para acercarme aún más a ella, pero me empujó hacia atrás, hasta que mi cuerpo chocó con la mesa de trabajo, haciendo crujir la vieja y lisa madera.

Entonces, me colocó la palma de la mano sobre la garganta y ejerció presión con los dedos sobre ambos lados del cuello.

Solté una risita, embriagada por la euforia del momento, y sus labios volvieron a arrebatarme el aliento. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

Su sabor me recordaba al de las manzanas y su olor se asemejaba al del bosque: a savia fresca, madera vieja, sangre y tierra. Como si ella misma fuera una extensión de la isla hecha de carne y hueso, una criatura salvaje e indómita, camuflada entre cuatro paredes.

Tenía el poder de darme caza y hacerme pedazos, pero, aun así, estaba dispuesta a ser su presa.

Me mordió el labio con una mezcla de pasión y violencia, y guie su mano con avidez hacia mi entrepierna. Ni siquiera la tela de mis pantalones cortos fue suficiente para impedirme gemir cuando empecé a restregarme contra su palma.

—Me encanta lo sensible que eres —dijo, llenándome el cuello de besos tan ligeros como el roce de una pluma. Todo mi cuerpo se estremeció ante su tacto—. Déjame oírte, preciosa. Déjame oír esos soniditos que haces.

—Dios, Rayne. Por favor —rogué contra su boca, con desesperación en la voz—. No pares. No…

Ahogó mis súplicas enredando su lengua con la mía mientras me exploraba con las manos. Cuando llegó a mi cintura, me subió la camiseta y me la quitó, dejándome los pechos al descubierto. Me los acarició y jugueteó con ellos, pellizcándome los pezones con el pulgar y el índice hasta endurecerlos. Luego, bajó la cabeza y recorrió la punta de uno de forma provocativa con la lengua. Acto

seguido, hizo lo mismo con el otro. Se me cerraron los ojos y contuve la respiración cuando me rodeó un pezón con los labios y empezó a succionar.

Siguió encendiéndome con mordiscos suaves que me arrancaron más de un quejido de placer. Movía la lengua de un lado a otro, provocándome pequeñas descargas de electricidad que se propagaban por todo mi ser. Me devoraba con deseo, como si fuera un manjar, mientras sus manos se afanaban en desabrocharme el botón y bajarme la cremallera de los pantalones cortos.

—Joder, qué bien sabes —gimió. Deslizó una mano entre mis piernas y la ahuecó sobre mis partes íntimas por encima de las bragas—. Y seguro que este coño mojado sabe aún mejor.

Los pantalones se me resbalaron hasta los tobillos. Entonces, le quité la camiseta y le desabroché el sujetador. Cuando vi su torso desnudo frente a mí, me quedé sin palabras. Sus pechos suaves y generosos se acomodaron perfectamente a la palma de mis manos. Recorrí las estrías que los adornaban, embelesada con el tono de marrón perfecto de sus aureolas y el rubor granate de sus pezones.

—Por favor, Rayne, ¿puedo…? —Agaché la cabeza suplicante, deseando complacerla con todas mis fuerzas. Pero no pensaba hacer nada sin su permiso. Necesitaba asegurarme de que también ansiaba mi tacto.

—Qué chica tan buena —murmuró, y guio mi cabeza hacia abajo, hasta que pude envolverle el pezón con mis labios.

Alcé la vista y la miré con los ojos bien abiertos conforme le pasaba la lengua por el pezón endurecido. Tenía la boca entreabierta y soltaba pequeños jadeos de placer. Mientras tanto, sentía la calidez de su palma restregándose con mi sexo a través de la fina tela de mi ropa interior.

Al deslizarle la mano por los pantalones, me di cuenta de que no

llevaba nada. Dios mío, estaba empapada. Inhaló profundamente en cuanto la toqué, y luego se derritió en un gemido que despertó mi parte más animal.

Cuando me llevé los dedos a la boca y los lamí hasta dejarlos limpios, me observó como si estuviera viendo a un ángel caído del cielo.

—Joder, qué sexy eres. —Me agarró el culo y me alzó para sentarme en el borde de una mesa de jardinería. La madera crujió bajo mi peso y me eché hacia atrás, hasta apoyar la espalda contra la pared de cristal. Un torbellino de estímulos contrapuestos me arrasó por dentro: el frío y el calor, el dolor y el placer.

Rayne me separó las piernas y se abrió paso entre ellas. Me enganchó el borde de las bragas con un dedo y me las apartó hacia un lado, mirándome con tanta intensidad que la cara empezó a arderme de repente.

—Dios, estás buenísima, Salem —dijo—. Voy a hacer que ese dulce y precioso coño se empape bien para mí.

Entonces, se arrodilló y, antes de que pudiera responderle, su boca se cernió sobre mí, sirviéndose de la lengua para tejer un hechizo prohibido sobre mi carne.

Se hundió en mí, provocando que se me enroscaran los dedos de los pies, y alzó ligeramente la cabeza para hablarme.

—Levanta las piernas. Voy a darme un festín y no pienso parar hasta hacer que grites —me ordenó.

Enterró su lengua dentro de mí con avidez. Se me pusieron los ojos en blanco al sentir cómo me acariciaba, lamía y chupaba. Me clavó los dedos de manera posesiva en el muslo para mantenerme aferrada a ella.

—Mm, qué mojada estás. —La vibración de sus palabras y el soplo cálido de su aliento me hicieron temblar. Cada vez que se me

empezaban a bajar las piernas, se detenía y jugueteaba aún más despacio con la lengua, arrancándome los sonidos más desesperados que me sentía capaz de emitir—. No te muevas, Salem. Pórtate bien o tendré que atarte esas piernas tan preciosas por encima de la cabeza.

A juzgar por la risita gutural que soltó, debió de percatarse de la chispa de excitación que había encendido en mí su amenaza.

—Ah, así que eso es lo que te gusta, ¿no? ¿Quieres que te ate?

Me costaba armar una frase completa, pero conseguí contestar algo mínimamente coherente entre jadeos:

—S-sí, mi ama… Por favor.

Había unos ganchos de metal fijados a la pared por encima de mi cabeza; de algunos colgaban macetas, y de otros, rollos de cuerda. Cogió una de esas cuerdas y fue desenrollándola sin dejar de mirarme.

—¿Te han atado alguna vez? —me preguntó, y negué con la cabeza.

—A menos que cuenten las esposas de peluche, no —concreté. Sonrió ante mi respuesta y se inclinó sobre mí, acomodándose entre mis piernas.

—Gracias por confiar en mí —dijo, con ternura en la voz—. Dame las muñecas. Si te duele, usa tu palabra de seguridad. ¿Entendido?

—Sí, mi ama.

Sus pechos estaban tan cerca que casi podía ahogarme con ellos. Abrí la boca y no dejé de gemir hasta que se inclinó sobre mí, permitiéndome atrapar su pezón de nuevo entre mis labios.

Me envolvió ambas muñecas con la cuerda y ató el otro extremo al gancho de la pared, de modo que mis brazos quedaron extendidos hacia arriba. Me deleité en esa sensación de vulnerabilidad; tiré de la cuerda y se me escapó un quejido de placer al notar las ásperas fibras

clavándoseme en la piel.

—Esa es mi chica —dijo—. Haces que me sienta de maravilla. ¿Cómo puedes tener una cara tan inocente y una lengua tan perversa?

Se enderezó y retrocedió un paso para contemplarme con los brazos cruzados. Sentí una oleada de deseo cuando la vi recorriendo cada rincón de mi cuerpo desnudo con la mirada.

—Quizás debería dejarte así —reflexionó en voz alta, pasándome los dedos por la parte interna de los muslos y haciéndome temblar ante su tacto—. Mi mascotita personal, bien atada y lista para satisfacerme cada vez que me plazca.

Se quitó los pantalones de chándal y los lanzó a un lado. Parecía una diosa de pie junto a mí, acariciándome la piel con delicadeza. Entonces, extendió una mano y cogió unas tijeras de podar pequeñas. Las abrió y cerró lentamente, y me estremecí al escuchar el sonido amenazante de las hojas chocando entre sí. Luego, me pasó la fría punta de metal por el brazo y siguió avanzando por mis pechos… hasta detenerse justo debajo de mi ombligo.

—¿Fueron muy caras? —preguntó con dulzura, acariciando el borde de mis bragas con las tijeras.

Negué con la cabeza, pero no le bastó.

—Respóndeme con palabras. ¿Me das permiso para destrozártelas, al igual que voy a hacer contigo?

—Sí, mi ama.

Me cortó las bragas con dos tijeretazos rápidos. Después, se las llevó a la nariz e inhaló profundamente. Sus ojos entrecerrados se clavaron en los míos, como si estuvieran perforándome el alma.

—No pienso olvidar tu olor jamás —dijo tras tirar la prenda hecha trizas—. Ni tu sabor… Ni tu voz… Joder, ojalá pudieras quedarte conmigo.

Pegó su cuerpo al mío y sentí su peso y calidez mientras me besaba. Mis brazos atados comenzaron a temblar cuando se puso de pie y apoyó una de mis piernas sobre su hombro; la otra se quedó colgando del borde de la mesa. Me encontraba completamente expuesta e indefensa, y procedió a masajearme el clítoris de un lado a otro con dos dedos.

—Eso es, gime para mí. Estás tan suave, Salem… Eres perfecta —siguió hablando a la vez que me tocaba, hasta que empecé a retorcerme entre gemidos y súplicas.

—Por favor… Necesito más…

—Qué avariciosa —susurró en un tono seductor—. Joder, mírate, ahí temblando.

La mesa crujió cuando levantó una pierna y la plantó justo al lado de mi cadera. Yo no podría haberlo hecho en la vida con mis piernas diminutas, pero las suyas eran más largas, así que no le costó presionar su coño empapado contra el mío en esa postura. Cuando la sentí frotándose contra mí con la respiración entrecortada, solté un gemido ahogado. Su calidez me resultó abrumadora, y su roce me hizo poner los ojos en blanco.

Al principio se movió lenta y sensualmente mientras el pecho se le elevaba con cada inspiración. Su presencia me parecía hipnótica, embriagadora. El cristal sobre el que me encontraba apoyada se había empañado y sentía en la espalda las gotas de agua que se resbalaban por su superficie. A pesar del frío exterior, una nube de calor nos envolvía a ambas.

—¡No pares! —supliqué. Un remolino de placer se apoderó de lo más profundo de mi ser y grité su nombre sin pensarlo.

—Di mi nombre otra vez —me pidió sin aliento—. Déjame oírte.

—¡Rayne, por favor! —No sabía ni siquiera qué le estaba rogando, pero tampoco me importaba. Sentir su tacto suave y resbaladizo

mientras me follaba era como tocar el cielo. Echó la cabeza hacia atrás, con el sudor perlándole el pecho.

—Voy a correrme en ese coño tan perfecto que tienes —dijo. Giró la cabeza y me clavó los dientes en el muslo a la vez que todo su cuerpo se tensaba y se estremecía. Respiraba de forma rápida y entrecortada. El sonido que emanaba de la humedad de nuestros sexos moviéndose al mismo ritmo apelaba a mi lado más primitivo y hacía que mi alma se sintiera viva de una forma profunda, oscura y salvaje.

Se le cerraron los ojos al correrse. Le brotó de la garganta un gemido tan intenso que los músculos de la vagina se me contrajeron y palpitaron. Tenía la zona tan sensible que casi sentía dolor. El clítoris se me había hinchado de la excitación, y Rayne continuaba frotándose contra mí…

—Rayne… Ay, Dios… Vas a hacer que me corra…

Una descarga eléctrica se apoderó de cada músculo de mi cuerpo. El placer me arrasó por dentro en oleadas y me entregué a él, gimiendo sin reservas.

Era incapaz de permanecer en silencio. Estaba deshaciéndome, presa de un torbellino de sensaciones y deseo. Perdí el control por completo y se me nubló la vista. Lo único que quedaba en pie era su figura, contemplando cómo me desmoronaba ante ella a medida que me llevaba al orgasmo con sus palabras.

—Eso es, déjate llevar. Córrete para mí. Joder, qué bien lo haces, Salem. Mírate.

Una capa de vaho cubría el cristal como prueba del calor que desprendían nuestros cuerpos entrelazados y pegajosos del sudor. Rayne bajó mi pierna de su hombro y se apoyó con fuerza en la mesa donde yo estaba medio tumbada, dejando caer su pelo sobre mi cara.

—Bueno… ¿te arrepientes? —preguntó, con esa voz profunda y

áspera que me hacía querer dar saltitos de alegría.

—Nunca podría —contesté.

Se inclinó hasta pegar su pecho suave contra el mío y me besó. Percibí mi sabor en sus labios, y eso solo contribuyó a avivar aún más las llamas de mi interior.

Tenía razón. Era una chica avariciosa, sin duda.

17

Rayne

EL DESPERTAR

No podía dejar que Salem saliese de nuevo con la ropa empapada, así que la envolví en una manta y, tras asegurarme de que estuviera bien abrigada, la llevé en brazos por el jardín hasta la casa.

Para cuando llegamos a la tercera planta, su cabeza reposaba sobre mi pecho. Apenas parpadeó al meterla en la cama. Se acurrucó de lado mientras la tapaba y le apartaba algunos mechones cortos de la frente. Tenía toda la garganta cubierta de chupetones en forma de flores violetas que no pude resistirme a tocar. Sus labios estaban rojos y ligeramente hinchados. Respiraba profunda y tranquilamente.

Su sabor todavía me impregnaba la boca; se me había quedado grabado a fuego en el alma.

No debería haber cedido a mis impulsos de esa manera.

Era una fruta prohibida, como un antojo secreto a medianoche. Era la imagen de la tentación y la liberación. Representaba todo aquello de lo que me había privado durante toda mi vida; todo lo que me habían dicho que nunca podría tener.

Y era cierto: jamás podría ser mía. Por mucho que hubiera deseado lo contrario, no estaba allí por mí.

Esos momentos juntas eran fugaces, pequeños placeres egoístas.

Acabaría yéndose y viviría la vida a la que estaba destinada: se enamoraría, conseguiría un buen trabajo e incluso tendría unos

cuantos hijos. Con el tiempo, seguiría adelante y ni se acordaría de aquel prometido que la había dejado en el altar. En cambio, ¿qué me esperaba a mí?

No tendría más remedio que quedarme atrás, pensando en ella. Aferrándome al fantasma de la vida con la que me había permitido soñar durante unos breves días. Una vida normal y corriente, sin peligros.

Pero en Blackridge no existía la normalidad. No podía protegerla de aquel sitio; ni siquiera estaba a salvo conmigo.

La isla no era lugar para los vivos.



En los siguientes días, seguí sin recibir noticias del *sheriff* Keatin. No era la primera vez que George y Martin visitaban la isla; solían ir de caza por allí. Sin embargo, cuando revisé sus habitaciones y me encontré sus maletas intactas a pesar de que ya había pasado su fecha de salida, tuve un mal presentimiento.

Quizás habían perdido la noción del tiempo. A lo mejor estaban heridos y no podían moverse. O tal vez se habían ido sin más y habían preferido abandonar sus pertenencias. Intentaba aferrarme a ese halo de esperanza, pero se me escurría entre los dedos.

Aunque Blackridge no era una isla demasiado grande, se encontraba cubierta de bosques densos, lo que dificultaba aún más la búsqueda de los desaparecidos, y las tormentas que nos acechaban tampoco servían de ayuda. El pronóstico del tiempo decía que se aproximaban lluvias intensas con vientos fuertes y una alta probabilidad de tormentas eléctricas.

La inquietud me ponía irascible. Lo único que me aliviaba (y me apesadumbraba a partes iguales) era pensar que Salem se iría

pronto. En apenas unos días, se habría marchado de la isla para siempre.

Estaría a salvo y yo podría dejar de vivir en un mundo de fantasía.

—¡Holaaa! Tierra llamando a Rayne. Qué puto miedo da esto. Cántanos una canción o algo.

La voz de James crepitando a través del *walkie-talkie* me sobresaltó e hizo que me incorporara de golpe. Pese a que era mediodía, me había costado pegar ojo por la noche, así que me dormía por las esquinas. Reprimí un bostezo, agarré el *walkie-talkie* y cogí un mapa de papel que guardaba en un estante por encima de mi escritorio. Luego, lo extendí frente a mí para poder localizar los puntos rojos que indicaban la ubicación de las cámaras de rastreo repartidas por los bosques de Marihope.

—¿Dónde estás? —pregunté, mordisqueando el extremo de un boli. Estaba pendiente de James y su hermano, Mark, mientras iban activando las cámaras. El *sheriff* era el que solía ayudar a los que se ofrecían como guardabosques, pero, en esos momentos, con tres personas desaparecidas, se encontraba hasta arriba de trabajo.

—En el sendero Corrain, pasando la bifurcación. Hace un frío de cojones.

—Si estaremos a unos cinco grados —respondí, siguiendo el camino con el dedo—. No seas tan quejica.

—Para ti es muy fácil decirlo, ahí acurrucada frente a la chimenea con esa mujercita tan guapa que tienes viviendo contigo.

Me aclaré la garganta en voz alta.

—Ten cuidado con lo que dices, James. O apago el *walkie-talkie*.

—Vale, vale. Perdón. Hay que ver cómo te pones. Es que es muy difícil esquivar los cotilleos.

—Pues ya va siendo hora de que madures y aprendas a ignorarlos.

—Joder, solo era una broma. Qué susceptible estás hoy.

James y otros guardabosques habían ayudado a instalar las cámaras de rastreo más o menos al mismo tiempo que conseguimos por primera vez una antena de telefonía móvil en la isla. Aunque la cobertura iba a pedales, las cámaras funcionaban lo suficientemente bien como para proporcionarnos imágenes casi en tiempo real de nuestras rutas más transitadas.

Todos los años, a medida que bajaban las temperaturas y el invierno se acercaba, encendíamos las cámaras y las dejábamos funcionando hasta que llegaba la primavera. No era mucho, pero incluso el más mínimo dato que pudiéramos recabar de lo que fuera que vagase por esas tierras era mejor que nada.

—Bien, encendiendo en tres… dos… uno… —Se escuchó un fuerte clic al otro lado del altavoz, y James soltó un gruñido de concentración—. ¿Se ve?

—Espera. Voy a comprobarlo.

Me arrastré con la silla hasta la esquina y me fijé en las seis pantallitas de la pared. Las dos primeras parpadearon y, acto seguido, apareció una imagen en blanco y negro del bosque, con las caras de James y Mark congeladas en el encuadre. El resto de las imágenes empezaron a llegar de manera intermitente y con retraso.

—Las tenemos. Las cámaras uno y dos de Corrain ya están activas. —Cuando la retransmisión volvió a actualizarse, mis primos habían desaparecido del encuadre para continuar con su caminata. Al recostarme, la silla crujió con fuerza bajo mi peso. Esos muelles pedían a gritos que los jubilaran—. Hay que matar a esa maldita cosa, James. Este es nuestro año. Tenemos que hacerlo.

—Eso mismo fue lo que dijiste el año pasado. —No me lo estaba reprochando. Lo dijo en un tono tranquilo, pero lo fue suavizando aún más conforme hablaba, visiblemente preocupado—: Cada año que pasa te exiges más, Rayne, y lo único que haces es ponerte en

peligro.

—Ya me pongo en peligro solo por *vivir* —le espeté—. Y hace mucho que ni tú ni yo podemos llamar a esto vida. —Me froté la frente, previendo el dolor de cabeza que me aguardaba—. Voy a volverme loca si me quedo más tiempo en esta casa.

Se oyó una interferencia y su voz se deformó por unos segundos.

—¿… ha empeorado? Creía que por fin se había calmado la situación en la casa.

—Sí, todo iba bien. —Hasta que apareció ella. La llegada de Salem había despertado algo, y el ambiente seguía revuelto desde entonces —. Pero he vuelto a verla. La he estado sintiendo.

La mujer de rojo. Mi acechadora susurrante, la maldición de la que jamás podría escapar. La música se sobreponía a las palabras fantasmales y la caldera ahuyentaba el frío; sin embargo, daba igual lo que hiciera, siempre encontraba la manera de aferrarse a mí. No podía librarme de esa presencia dolorosa, del lamento y de la furia. Algunos días solo percibía un rugido silencioso en la distancia; en cambio, otros, conseguía arrastrarme a una espiral sin salida.

—Eh… Oye, Rayne… —Las interferencias se interpusieron y dejé de oír la voz de James. Solté un suspiro, irritada, y toqueteé la antena hasta que recuperé la señal.

—¿Qué estabas diciendo? —pregunté—. Se ha cortado durante unos segundos.

Silencio.

—James, ¿qué estabas diciendo?

Esperé, moviendo la pierna con impaciencia. El sendero Corrain serpenteaba hacia el sur, a lo largo de la costa, antes de desviarse hacia el camino del muelle o hacia el este, por donde volvía a Marihope. No tardarían en aparecer en la siguiente cámara, ubicada tan solo a un kilómetro más allá del límite de mi propiedad.

—James, Mark, ¿me recibís?

Seguí esperando. Transcurrió un minuto que se me hizo insoportablemente largo.

—James, más te vale responderme o pienso ir a por ti —lo amenacé, con la voz reducida a un susurro áspero. Relajé los hombros al oír de nuevo el sonido crepitante de las interferencias abriéndose paso, pero el alivio se esfumó en cuanto escuché las palabras que provinieron del otro lado.

—Hay algo por aquí.

Un escalofrío me recorrió la espalda. El corazón se me subió a la garganta y una oleada de adrenalina me sacudió por dentro, haciendo que todo me diera vueltas.

—¿Qué ves? —Empezaron a dolerme los dedos de la fuerza con la que estaba sujetando el *walkie-talkie*—. ¿Ves algo?

—No, yo… No, pero hay… ¡Puaj, joder! —Se oyó una tos seca y rasposa, seguida instantes después por el sonido de unas arcadas—. Hay algo muerto. Mierda, Rayne, esto es un desastre… Es…

Se me formó un nudo en el estómago y comenzaron a zumbarme los oídos al oír su voz entrecortada otra vez por las interferencias.

—James, escúchame: enciende la cámara y vete. Tenéis que salir de ahí, tanto Mark como tú.

—Tranquila, no pasa nada. Es… ¡Madre mía, qué asco! Es un oso enorme. Dios, está… Hay pedacitos de él esparcidos por todas partes.

—James, por el amor de Dios… —Me agarré el pelo con frustración y aguardé, sin apartar la vista de las pantallas. De pronto, se encendió la tercera, y me entraron ganas de vomitar al fijarme en ella.

La imagen en blanco y negro mostraba un gran oso negro desplomado sobre un árbol. Aunque estaba borrosa, pude ver que

tenía la cabeza deformada y le faltaban las extremidades. También distinguí unas cuantas costillas rotas que le sobresalían del pecho en ángulos afilados, como si se las hubieran arrancado.

James y Mark estaban de pie junto a los restos del animal, con las camisas subidas para protegerse la cara del hedor. Entonces, Mark lo empujó con la bota, y una nube de moscas se alzó del cadáver.

Cuando la radio volvió a sonar, me pegué tal susto que estuve a punto de levantarme de un brinco.

—A lo mejor lo ha matado otro oso —dijo James en un tono sombrío—. Se ponen muy agresivos en esta época del año.

Pero todos estábamos viendo cómo había muerto esa criatura. Fuera quien fuese su verdugo, no solo la había desgarrado y despedazado, sino que también había dejado sus miembros y su carne esparcidos por todos lados, como si hubiera disfrutado de la matanza.

—Volved a casa —les rogué—. Por favor, moved el culo de ahí ya.

Hundí la cabeza entre las manos. Quería creer que simplemente se trataba del resultado de un conflicto natural entre dos grandes depredadores, aunque en el fondo presentía que el largo y sangriento invierno ya había comenzado. La ira del ángel de Blackridge se acercaba. Por mucho que la anticipara o me preparara, nunca lograba estar lista del todo.

Una repentina sacudida de pánico me hizo ponerme de pie de un salto, y estuve a punto de tirar la silla a mi espalda. No tenía ni idea de dónde estaba Salem. No sabía si se había quedado en casa ese día o si había decidido salir a dar un paseo con la bici.

Necesitaba confirmar que se encontraba a salvo. Debía asegurarme de que estuviera dentro de la mansión antes de que oscureciera, pero no se me ocurría por dónde empezar a buscarla en caso de que hubiera salido con la bici. Aun así, tenía que intentarlo, aunque

tuviera que pasarme toda la noche en vela. Seguro que Loki acabaría encontrándola.

Cuando llegué a la tercera planta, me había quedado sin aliento. El pánico se había apoderado de todo mi ser y un hormigueo me recorría el cuerpo de arriba abajo. Sentí un cosquilleo punzante en la mano al golpear la puerta con el puño, dispuesta a sacar mi llave maestra para entrar…

Pero entonces Salem me abrió, con el pelo revuelto y una expresión somnolienta y preocupada.

—¡Ay, Rayne! ¿Estás bien? Pareces…

—Leña —me apresuré a decir, y ella frunció el ceño—. He venido a ver si te hacía falta leña.

Estaba bien. Sana y salva, bajo techo. La oleada de emoción que me embargó solo de verla allí de pie me dejó sin palabras por un segundo.

Quería abrazarla, besarla. Llevármela a la cama y jurarle que la mantendría a salvo, que no permitiría que nada ni nadie le hiciera daño.

En cambio, me colé en su habitación sin esperar a que me invitara y fui directa a la chimenea. Tenía leña de sobra y aún quedaban algunas brasas encendidas para mantener la habitación caliente. Pero necesitaba mover las manos, hacer algo, lo que fuera.

Escuché sus pies descalzos pisando el suelo con suavidad hasta detenerse a mi lado. Se quitó los auriculares y, al dejarlos caer sobre su cuello, pude distinguir la voz de Amy Winehouse sonando a través de ellos.

—Todavía hay bastante —me confirmó—. Gracias, en serio, no tienes que…

—Vas a quedarte helada aquí —gruñí, haciendo chasquear el mechero para prender la leña.

Una vocecita en el interior de mi cabeza abogaba por el caos: quería contárselo todo, advertirla, explicarle por qué necesitaba con tanta desesperación que se fuera. Pero no merecía verse arrastrada al peligro al que nos enfrentábamos; cuanto menos supiera, mejor.

En un par de días más se habría ido. Y dolía pensarlo. Joder, la idea de no volver a verla, de no oír su voz, de no tocarla… dolía muchísimo más de lo que habría creído posible.

Cuando me puse de pie, se dirigió a mí con dulzura:

—¿Quieres quedarte?

Parecía insegura. Tenía las manos juntas y estaba mordiéndose el labio. Quería quedarme más que nada en el mundo.

Quería tirarme en su cama y escucharla hablar durante horas. Quería que me contara qué la inspiraba, cuáles eran sus sueños. Ansiaba conocer hasta el último rincón de su ser, que me enseñara aquellas partes de sí misma que no le había mostrado a nadie más. Quería empaparme de su esencia, atesorarla y admirarla cada día.

A medida que pasaban los años, la isla me deterioraba un poco más el alma, pero Salem me había devuelto la esperanza; me hacía pensar que tal vez podría aspirar a algo más.

Y aun así…

—No puedo —dije.

Se le ensombreció el rostro, aunque intentó disimularlo con una sonrisa indulgente.

—A-ah… Cierto… Eh… Lo siento…

—Pero nos vemos mañana —añadí rápidamente—. Para la fiesta de Halloween. Tengo… —Le dediqué una sonrisa sincera, a pesar de todo. Ni siquiera tuve que forzarla—. Tengo muchas ganas de ir. Contigo.

Se le iluminó la expresión, como una vela alumbrando la oscuridad. Le cogí la mano y noté su calidez al instante. La tenía

medio enterrada en la manga larga de su jersey. A continuación, me la acerqué a los labios y le besé los dedos, inhalando el suave aroma de su piel.

Me imaginé abrazándola firmemente hasta que las pesadillas que me atormentaban se hubieran desvanecido. Deseé poder confesarle todos los secretos que me aterraban. Habría sido un gran alivio soltar la carga que llevaba asfixiándome tanto tiempo.

Pero no pude.

—Que descanses, Salem.

—Lo mismo digo. —Se quedó en la puerta, viendo cómo me iba.

Descansaría siempre que soñase con ella.

18

Salem

Historias de fantasmas alrededor de la hoguera

Me encantaba Halloween. Llevaba siendo mi fiesta favorita desde que era una niña. Mi madre y yo hacíamos a mano disfraces laboriosos que luego lucía con orgullo en el colegio, a pesar de que iba perdiendo pedacitos de adornos, purpurina y fieltro a lo largo del día. Por suerte, había heredado su don para las manualidades. El disfraz que me había llevado a Blackridge era sencillo, pero me parecía bastante mono.

—¿De qué vas vestida? —dijo Rayne, examinando mi atuendo rosa antes de salir de la mansión.

—¡Soy un ajolote! —respondí, con la voz rebosante de emoción—. ¿Ves? —Señalé el sombrero de pescador rosa que llevaba puesto y que yo misma había adornado con volantitos brillantes y dos ojos grandes y saltones. Aun así, Rayne seguía mirándome con cara de no entender nada—. Son unos anfibios diminutos y rosados. ¿Te suenan?

—Entonces eres… ¿una salamandra? —preguntó, insegura, y sacudió la cabeza al verme asentir con entusiasmo—. Pues eres la salamandra más bonita que he visto en mi vida. ¡Buen trabajo!

Ese cumplido, por muy raro que fuese, hizo que mis mejillas adoptaran el mismo tono de rosa que mi disfraz.

—¿De qué vas a ir tú?

—De mí misma. —Estaba concentrada en su mochila. Aún no la había visto salir sin ella. Siempre la preparaba como si fuese a pasar la noche fuera en lugar de a un pueblo que tan solo se encontraba a unos cuantos kilómetros de su casa.

—¡Venga ya! Ponte aunque sea el disfraz del año pasado.

—No tengo. Nunca me he disfrazado.

—¿Nunca? —Se me escapó un grito ahogado—. ¿Ni una sola vez? ¿Ni siquiera de pequeña?

Negó con la cabeza.

—Mi padre no me dejaba. De hecho, tenemos suerte de que la fiesta de Halloween siga celebrándose. Todavía hay gente que se opone.

El corazón me dio un vuelco al escuchar esas palabras, pero no pensaba dejar que Rayne se perdiera otro Halloween de diversión.

—¿Y si te hago un disfraz? —Arqueó una ceja con escepticismo ante mi propuesta—. No tardo nada. Solo necesito unas horquillas, un rotulador y mi neceser. ¡Espera un segundo!

Cuando volví, me la encontré sentada en una silla en el recibidor. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y el rostro tan serio que cualquiera habría pensado que se encontraba en la sala de espera del médico. Al fijarse en el neceser que llevaba conmigo, abrió los ojos de par en par.

—Será algo sencillito. Solo voy a ponerte un poco de delineador en la punta de la nariz… y en las mejillas… —le prometí, con la esperanza de tranquilizarla.

—¿Vas a transformarme en un gato negro? —dijo mientras me acercaba a ella con un delineador de ojos negro.

—¡Claro! Es el disfraz por antonomasia de los que no saben de qué ir en Halloween desde el origen de los tiempos, por lo menos. Y,

además, pega con tu personalidad.

—¿Que pega con…? ¿Qué?

—Da igual. Tú estate quieta. —Me mordí el labio, concentrada, y me aseguré de mantener el pulso firme. A continuación, le sujeté la barbilla con la mano izquierda para evitar que moviera la cara conforme le pintaba con delicadeza un punto, simulando la nariz de un gato.

Se quedó completamente quieta durante todo el proceso. Cuando me enderecé para revisar mi obra, rompió el silencio.

—Estoy ridícula, ¿verdad?

—Estás preciosa.

Parpadeó varias veces, sorprendida. Ni yo misma me esperaba las palabras que se me habían escapado de la boca. Me incliné de nuevo hacia ella para terminar de hacerle los bigotes, avergonzada por lo que acababa de ocurrir, pero el ángulo en el que me encontraba me dificultaba la tarea y no paraba de golpearme las piernas contra la silla. Apoyé una rodilla en su asiento, justo al lado de su muslo, para mantener el equilibrio. Entonces, me rodeó la cintura con la mano y, de repente, tiró de mí hasta dejarme a horcajadas sobre su regazo.

Nuestros pechos se rozaron. Me colocó la mano en la parte baja de la espalda, cerró los ojos y dijo:

—Así está mejor. Sigue.

¿Cómo podía estar tan tranquila? A mí me temblaba tanto la mano que estaba a punto de tirar el delineador al suelo. Recuperé la compostura como pude y me dispuse a dibujarle los bigotes, como si fuera una artista dándole las últimas pinceladas a su obra maestra. La garganta le subía y bajaba al tragar. Cuando me apoyé con cuidado sobre su cuello, pude sentir los latidos de su corazón bajo mi palma.

—Listo —anuncié en voz baja. Abrió los ojos y arrugó la nariz un

par de veces, como si se estuviera acostumbrando al maquillaje, sin retirarme la mano de la espalda—. ¿Quieres verte?

—No te preocupes —respondió con una sonrisa—. Ya me has dicho cómo estoy.



El estruendo y el chisporroteo de los fuegos artificiales inundaban el ambiente, dejando destellos anaranjados y rojos a su paso por el cielo nublado. Las calles de Marihope olían a canela, nuez moscada y clavo, como si el pueblo entero se hubiera sumergido en una mezcla de especias otoñales.

El centro estaba a rebosar de gente. En todo el tiempo que llevaba allí, no había visto la isla tan concurrida como ese día. Había calabazas adornando casi cada puerta y bordeando las aceras para alumbrarnos el camino con la luz titilante de sus velas. Entre las farolas, habían colgado banderines rojos y naranjas que se mecían con la brisa fría. Unos espantapájaros espeluznantes hechos con sacos de arpillera y con botones a modo de ojos custodiaban el camino, y de los árboles pendían unos cuantos cartones negros recortados con forma de murciélagos.

No había niños disfrazados correteando por las calles. De hecho, no vi a ningún niño hasta que nos acercamos a la iglesia. En la plaza, habían montado varios puestos donde vendían dulces, verduras y frutas enlatadas. También había un par de atracciones pequeñas; entre ellas, una noria en miniatura donde los niños se subían en cestas multicolores que iban balanceándose al ritmo de los chirridos que emitía la atracción al girar, como si tuviera los engranajes oxidados.

Un grupo de niños en edad escolar se habían reunido en un puesto

que se encontraba bastante animado, riéndose a la par que decoraban manzanas caramelizadas con nubes y pepitas de chocolate.

—¡Rayne! ¡Hola! —Una manita se alzó entre la multitud y, de pronto, Rebecca salió corriendo en nuestra dirección con una sonrisa de oreja a oreja. Rachel iba detrás de ella, intentando seguirle el ritmo con un cubo de caramelos colgándole de la mano.

Rebecca agitó los brazos en el aire. Tenía las mangas del jersey forradas de plumas largas.

—¡Mira, mira! ¿A que no adivinas de qué voy?

—De un águila pescadora, por supuesto —contestó Rayne—. Si no, ¿de qué iban a ser esas alas?

—¡Exacto! —gritó Rebecca a la vez que daba un fuerte pisotón—. Amanda me ha dicho que parezco una gallina, y *no* soy una gallina.

—¡Rayne es una gatita! —dijo Rachel, señalando con su manita la cara bigotuda de Rayne y esbozando una amplia sonrisa desdentada. La pequeña iba vestida de oveja, con un abrigo blanco y esponjoso, unos pantalones y unas orejas de fieltro. A Rebecca se le iluminaron los ojos de emoción al instante.

—¡Me encanta tu disfraz! —exclamó, dando tantos saltitos de alegría que las plumas de su atuendo volaban con ella. Luego, me miró a mí y añadió tímidamente—: El tuyo también me gusta.

—Me ha ayudado Salem —presumió Rayne, ajustándose las orejitas de cartón que le había hecho. Las recorté de una caja vieja, las coloreé con rotulador negro y les pegué unas horquillas para poder sujetárselas en el pelo—. ¿Qué opináis? ¿Parezco un gato negro de verdad?

—¡Sí! —respondieron las niñas al unísono. Ambas miraban a Rayne con total admiración, y la pequeña Rachel extendió el bracito para cogerle la mano.

—¡Ven a hacer manzanas de caramelo con nosotras! —le pidió, arrastrando a Rayne hacia el grupo de niños.

Rayne se agachó para colocarse a su altura y le respondió con suavidad:

—Más tarde, ¿vale? Ahora voy a pasar un rato con Salem.

Rebecca nos miró y, de repente, abrió la boca en forma de «o», como si se hubiera dado cuenta de algo. Entonces, soltó una risita, se inclinó hacia el oído de su hermana y, en un susurro demasiado alto, le explicó:

—¿Te acuerdas de lo que nos ha dicho papi? ¡Tienen una cita!

Rebecca tiró de su hermana y se la llevó hacia la multitud de niños agolpados en el puesto. Mientras tanto, mi corazón amenazaba con salirse del pecho. ¿Una cita? ¿La gente creía que teníamos… *una cita*? A Rayne se le habían puesto las mejillas rojas como un tomate. Dejó escapar un suspiro de exasperación y se cruzó de brazos.

—Las desventajas de vivir en un pueblo pequeño, ¿no? —bromeé, con la esperanza de quitarle hierro al asunto—. La gente tiene la lengua muy larga.

Para mi sorpresa, me respondió con una sonrisa, a pesar de la vergüenza.

—Al menos se entretienen a mi costa. —Clavó sus ojos en los míos y vi la luz de la hoguera reflejada en ellos—. Y, por una vez en la vida, no es un rumor de los malos.

Una pareja de ancianos estaba sirviendo vasos de chocolate caliente, sidra de manzana y ron especiado en un puesto cercano, así que Rayne y yo nos pusimos en la cola.

Los conocía a todos por su nombre; conversó con la mujer que teníamos delante y saludó a la pareja de ancianos cuando llegó nuestro turno. Recibí muchas miradas de reojo y otras tantas largas e inquisitivas de aquellas personas que conversaban con ella, pero

Rayne no respondió a ninguna de sus preguntas tácitas.

Conforme nos alejábamos con nuestras bebidas calientes, Rayne me rodeó de pronto los hombros con el brazo.

—La gente no está acostumbrada a ver turistas en la isla a estas alturas del año —dijo—. No les hagas caso. Les gusta meter las narices donde no los llaman.

Creía que me quitaría el brazo de encima, pero no lo movió.

Estaba intentando no pensar en que debía irme al día siguiente. No tenía ni la maleta hecha, así que, como era de esperar, entraría en pánico por la mañana. Pero, en ese momento, solo quería disfrutar de mi última noche con una mujer a la que probablemente no volvería a ver.

Al caminar juntas de esa forma, abriéndonos paso entre la multitud mientras sorbíamos nuestras bebidas, llegué a pensar que tal vez todo podría ser diferente.

—¿Estás bien? —preguntó Rayne de repente. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba exteriorizando mi creciente angustia—. ¿Por qué estás aguantando la respiración?

—No. —Inspiré y exhalé varias veces con cierta rapidez, tratando de ocultar que la ansiedad me estaba paralizando poco a poco—. Estoy bien. Solo tengo un poco de frío.

No me creyó. Su expresión me lo dejó tan claro que comenzó a arderme la cara y le di un trago largo a mi vaso solo para huir de su mirada. Por suerte para mí, no pudo seguir indagando más; justo en ese instante, un hombre empezó a acercarse desde el otro lado de la plaza con la mano levantada a modo de saludo. Tenía una barba espesa de color castaño claro, la piel pálida y las mejillas enrojecidas.

—Buenas noches, *sheriff* —dijo Rayne, estrechándole la mano—. ¿Qué tal la jornada?

Se cruzó de brazos y, tras observar a la multitud, contestó en un

tono pausado y suave:

—Sin incidentes. Solo ha habido unos cuantos niños rompiendo botellas. Creo que no nos conocemos. —Me extendió la mano—. Soy John. No solemos ver turistas por aquí a estas alturas del año.

—Se va mañana —puntualizó Rayne. Al hombre pareció aliviarle su respuesta.

Sin duda, el ron especiado me había desinhibido. Estuve a punto de exigirles que me contaran por qué todo el mundo tenía tantas ganas de que me fuera.

Era la primera vez que veía a un agente en la isla. Llevaba ropa de calle en lugar de uniforme y tenía su placa, número de identificación y nombre, «John Keatin», bordados en la chaqueta. No tenía pinta de ser muy hablador, y no dejaba de escudriñar a la multitud como si esperara encontrar algo sospechoso.

—Espero que disfrutes de la noche —se despidió, inclinando la cabeza en mi dirección. Acto seguido, se giró hacia Rayne y por fin se percató de su disfraz. Se quedó mirándola en silencio durante unos instantes hasta que murmuró—: Conque un gato negro, ¿eh?

Rayne se cruzó de brazos, metida en su papel.

—Eso es.

El *sheriff* hizo un ruidito que se asemejaba a una risa; sin embargo, su expresión no mostraba diversión alguna.

—¿Podemos hablar un momento en privado, señorita Balfour?

Rayne me agarró del brazo y se inclinó hacia mí para decirme:

—No te alejes mucho. Vuelvo enseguida.

Cuando los vi alejarse entre la multitud hasta que estuvieron fuera del alcance de mi oído, fruncí el ceño.

Era difícil quitarse de encima la sensación de que había algún tipo de peligro acechando en aquel lugar. Ese ambiente acogedor y tranquilo no era más que una fachada. Alguien o… algo… había

matado a la madre de Rayne. Y aún no había rastro ni de Martin ni de George.

Mientras estaba allí de pie, dándole sorbitos a mi bebida y esperando a que Rayne regresara, divisé una hoguera en el cementerio. Me notaba la cara helada, así que comencé a acercarme con la esperanza de entrar en calor. Enseguida me envolvió el agradable aroma a humo de leña, y les dediqué una sonrisa incómoda al grupo de adolescentes que se encontraban sentados en un banco cercano. Estaban riéndose a carcajadas, claramente bebiendo alcohol a escondidas de las petacas que se iban pasando los unos a los otros. Hice todo lo posible por evitar el contacto visual, pero presté atención a lo que decían.

—Y cuando lo encontraron… ¡le habían vaciado las cuencas de los ojos! —gritó uno de los chicos en actitud triunfante, estirándose los párpados con los dedos de forma perturbadora. Las chicas de su círculo soltaron chillidos y risitas; sus amigos se limitaron a sonreír con suficiencia. El chico hizo varias reverencias llenas de orgullo al terminar la historia, y todo su grupo empezó a pedirle otra entre gritos—. ¿Cuál cuento ahora? Venga, tengo un montón. Dadme un buen tema, algo escalofriante.

Echó un vistazo alrededor y sus ojos se cruzaron con los míos. Entonces, sin saber muy bien por qué, le dije:

—Cuéntanos la historia del ángel.

Todos se quedaron en silencio al instante. Dejaron de sonreír e intercambiaron miradas, confundidos. Dos de las chicas se susurraron algo, observándome de reojo con desconfianza. Me arrepentí de haber abierto la boca.

En cambio, el chico asintió lentamente.

—De acuerdo. ¿Quieres oír la historia del ángel de Blackridge?

Uno de sus amigos le propinó un codazo con fuerza.

—Cállate, Michael, se supone que no…

—¡Es Halloween, relájate! Solo es una historia de fantasmas, no seas cobardica. —Michael se aclaró la garganta y se levantó. Se subió la capucha de la chaqueta y ocultó su rostro entre las sombras. Cuando se dispuso a hablar, bajó el tono de su voz para conferirle un toque dramático—: La historia de la maldición de Blackridge comienza con un predicador.

19

Salem

Una llamada de ultratumba

—Este predicador amaba al Señor y a su esposa por igual. Pero, cuando asesinaron a su esposa, el Señor era lo único que le quedaba. Aunque la esposa del predicador poseía una belleza despampanante, un día encontraron su cuerpo con la garganta cortada de oreja a oreja. —Se deslizó el pulgar de forma grotesca por el cuello para ilustrarnos sus palabras—. Se desangró hasta la muerte. Sangró tanto que todo su cuerpo se quedó teñido de un rojo intenso. Así fue como la encontró su marido, el predicador, con el cuerpo empapado de un líquido carmesí y destrozado sobre las rocas que se hallan bajo el faro. Dicen que toda la isla lo oyó gritar. Le rezó a Dios pidiéndole justicia. Se pasó el resto de sus días rezando y llorando, hasta que su rostro adoptó el mismo aspecto que el de su esposa: cadavérico y marchito. —Michael se abalanzó sobre una de las chicas con un gruñido y empezó a reírse a carcajadas cuando la misma le gritó y le dio una palmada en el pecho—. Pero por mucho que rezara y se entregara en cuerpo y alma al Señor, jamás recibió su tan ansiada justicia. Nunca encontraron al asesino de su esposa.

Hizo una pausa para pasearse alrededor del fuego y crear expectación en su público. Odiaba admitirlo, pero la tensión se estaba apoderando de mí mientras esperaba a que continuara.

—El predicador le construyó a su mujer un lugar de descanso a la altura de su belleza, justo ahí, en el cementerio que está detrás de mí.

Ordenó que hicieran un ángel de piedra y lo colocó sobre su tumba para que la cuidara durante toda la eternidad. Así, nadie podría volver a herirla. Sin embargo, no contento con su protección, le rogó al Señor: «Por favor, Dios, por favor. Escucha a tu fiel siervo. Castiga a estos pecadores para que el alma de mi esposa pueda descansar en paz. Júzgalos como se merecen».

Miré con cautela hacia atrás, buscando a Rayne. Conocía esa historia. Me la había contado ella misma. El asesinato de su madre y el luto de su padre. Se me revolvió el estómago al escucharla como si fuera un cuento de miedo para asustar a unos cuantos adolescentes en lugar de una tragedia. Estuve a punto de decirle al chico que parara, pero todavía no había satisfecho mi curiosidad. Quería… no, *necesitaba* saber qué era lo que todo el mundo parecía tan empeñado en ocultar. No podía irme de allí y quedarme con la duda para siempre.

El grupito, que antes estaba armando jaleo, se había quedado mudo escuchando la historia de su amigo. Me había acabado el ron y, por un momento, deseé tener más para soportar lo que fuera que viniera a continuación.

Sentí una punzada de terror cuando el chico se giró, con el rostro sumido en unas sombras titilantes, dispuesto a seguir con el relato.

—Y entonces, un día, Dios atendió a sus plegarias.

—Bueno, ya es suficiente.

Casi di un respingo al oír una voz grave a mi lado. Me giré y vi allí de pie a un hombre moreno con la barba acicalada. Tendría más o menos la edad de mis padres. De hecho, les dirigió a los adolescentes una mirada que me recordó a la de mi padre.

—Venga, id a disfrutar de la fiesta. No asustéis a nuestra pobre invitada con vuestros cuentecitos.

—Sí, pastor Balfour.

—Lo sentimos, señor.

Los murmullos y las disculpas del grupo al alejarse me permitieron saber quién se encontraba junto a mí incluso antes de que extendiera la mano para presentarse.

—Gerard Balfour. Encantado de conocerte por fin. Debes de ser Salem. —Tenía una sonrisa afable y la piel cálida. Sus ojos eran del mismo verde oscuro que los de Rayne—. Supongo que es tu última noche en la isla. Espero que te lo hayas pasado bien por aquí.

—Sí, ha sido una experiencia muy agradable. —También había sido de lo más extraña, erótica y espeluznante, pero no iba a decirle eso.

—No les hagas caso a los chicos. Tienen mucha imaginación, sobre todo después de haber robado alcohol del mueble bar de sus padres.

Se rio ligeramente, pero me sentí incapaz de imitarlo. Era la historia de su propia cuñada, la esposa de su hermano fallecido. ¿Tanto tiempo había pasado como para que la tragedia y los bulos que se esparcían sobre ella no le afectasen ni lo más mínimo?

—Imagino que habrás venido con alguien.

—Sí, estaba con Rayne, pero ha ido un momento a hablar con el *sheriff*.

Asintió despacio, con una sonrisa de amabilidad forzada en el rostro.

—Que tengas un buen viaje de vuelta a casa mañana, Salem. Ve con cuidado esta noche. Seguro que Rayne ya te lo ha dicho, pero no te alejes demasiado. —Volvió a reírse, aunque esa vez parecía más tenso—. Los viejos caminos y los bosques se convierten en un laberinto de sombras al ponerse el sol. Es fácil perderse.

A medida que se alejaba, sentí que había unos ojos clavados en mí a lo lejos. Unos desconocidos que se encontraban entre la multitud se apresuraron a apartar la mirada, pero seguía notando el rumor de

sus voces reptándome por la piel.

De repente, me invadió una oleada de incomodidad y me dirigí de forma disimulada al otro lado de la hoguera. Sin adolescentes a mi alrededor, el cementerio detrás de mí se había quedado sumido en un silencio absoluto, interrumpido solo por el canto de los grillos. Aunque…

Fruncí el ceño y eché un vistazo hacia atrás. ¿Me lo estaba imaginando? ¿Era una especie de eco? Juraría haber oído algo similar a un sollozo, un lamento incesante que hizo que el estómago se me cerrara de miedo.

Quería que Rayne regresara a mi lado cuanto antes.

—Por favor, no me hagas daño.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y volví a fijarme en el cementerio, pero solo me encontré con el crujido de los árboles y el susurro de las hojas secas al agitarse. Había oído una voz, no me cabía duda.

—Ay, Dios mío… Por favor…

El corazón empezó a latirme desbocado. Una voz sonaba a lo lejos, y había algo inquietante en ella, pero no lograba identificar de qué se trataba exactamente. La entonación era extraña.

—¿Hola? —Me acerqué unos pasos para intentar captar algo entre los árboles. Dejé mi vaso en el suelo, saqué el móvil del bolsillo y encendí la linterna—. ¿Hay alguien ahí?

No había nadie cerca, y la densidad de los árboles me impedía ver lo que se ocultaba más allá de la verja del cementerio.

—Por favor, ayuda… Que alguien me ayude…

La voz sonaba demasiado débil y parecía pertenecer a una muchacha aterrorizada. Se me formó un nudo en la garganta al oírla y me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Rayne todavía no había vuelto.

—¿Hola? ¿Necesitas ayuda? —grité hacia los árboles, ahuecando las manos delante de la boca para que mis palabras se amplificaran. Los grillos se callaron al instante, pero el alegre ruido de las atracciones continuaba sonando a mi espalda. El silencio se prolongó durante tanto tiempo que empecé a pensar que me lo había imaginado.

Pero entonces…

—Ayúdame.

Me sobresalté y retrocedí varios pasos. La voz seguía llegando amortiguada, pero en ese momento sonaba más áspera y cortante, como si estuviera cargada de dolor. Levanté la linterna con las manos temblorosas y caminé hasta la verja del cementerio, alumbrando el camino que tenía delante.

No había nadie allí.

—Vamos, Salem —me dije a mí misma, intentando animarme—. No vas a dejar tirada a una persona que necesita ayuda, ¿no?

No pensaba huir, por supuesto, pero no por ello dejaron de temblarme las manos conforme avanzaba.

El silencio se hacía más profundo a medida que me adentraba en el cementerio. Había dejado atrás el ruido de la fiesta casi por completo. Lo único que alcanzaba a oír de manera apagada y espeluznante eran los chillidos de los niños y las risas ebrias.

El camino estaba lleno de surcos con charcos y había raíces nudosas emergiendo de él. Las zarzas se enredaban en la hierba alta y espesa, y sus ramas espinosas se me iban enganchando en los pantalones. Alcé el móvil un poco más para iluminar todo el terreno.

Y, de pronto, escuché el chasquido de una rama.

Me giré hacia la izquierda, de donde provenía el sonido.

—¿Hay alguien ahí?

Tenía la boca seca. El alcohol me había ayudado a armarme de

valor, pero el frío y la oscuridad me habían arrebatado hasta el último vestigio de calor del cuerpo. No veía ni torta. ¿Por qué habría alguien allí en mitad de las sombras sin una sola luz? ¿Se habría perdido algún niño?

Cuando escuché el sonido de otra rama partiéndose, me detuve en seco. Las hojas crujían de manera sutil y pausada, como si hubiera algo arrastrándose entre ellas con cautela para no llamar la atención.

—¡Sé que estás ahí! —grité, fingiendo que no estaba asustada—. ¡Te he escuchado antes! ¿Dónde estás?

El silencio absoluto que recibí como respuesta me dejó claro que quienquiera que estuviera entre los árboles no quería que lo encontrara.

Tenía el presentimiento de que más bien quería encontrarme *a mí*.

Un escalofrío me recorrió la columna, y decidí que era hora de darme por vencida. Pensaba disfrutar de las últimas horas que me quedaban en aquel lugar. Sin embargo, cuando me giré y levanté la linterna, me di de bruces contra una criatura con el rostro cadavérico y resplandeciente.

Grité con todas mis fuerzas, como nunca había gritado. Ni siquiera sabía que tenía toda esa capacidad pulmonar.

Como el móvil era lo único que llevaba en la mano, se lo lancé sin pestañear a mi agresor. Luego, cogí un puñado de ramas y hojas del suelo que corrieron la misma suerte entre más gritos desgarrados. Le arrojé todo lo que se encontraba a mi alcance. Pero, a medida que le lanzaba cosas, me di cuenta de que el monstruo tenía el rostro torcido y, además, su resplandor rojizo titilaba. Se estaba riendo, con la respiración entrecortada.

—¡Tranquila! —gritó, levantando una mano blanca y pálida. Cuando el chico se quitó la máscara y dejó al descubierto una cara que desconocía, tuve que aguantarme las ganas de coger una piedra

y tirársela—. Es solo una broma, señora… ¡Joder!

De pronto, se tambaleó hacia atrás. Algo pasó zumbando junto a su cara y golpeó el árbol que tenía al lado con un ruido sordo. Ambos reparamos a la vez en el enorme cuchillo que había clavado en el tronco y nos volvimos de inmediato hacia quien lo había lanzado.

Rayne avanzaba hecha una furia hacia nosotros… bueno, hacia *él*. El chico puso las manos en alto y balbuceó una excusa al ver que se interponía entre ambos, dispuesta a arrancar el cuchillo del tronco; sin embargo, cuando se dio cuenta de que se había limitado a enfundarlo de nuevo, relajó los hombros, visiblemente aliviado.

No obstante, a Rayne no le hacía falta blandir ninguna hoja para parecer intimidante. Su voz al enfrentarse a aquel muchacho fue suficiente para hacer que me estremeciera.

—¿Te has atrevido a tocarla?

—¡No! ¡No, lo juro! Solo la he asustado. ¡Era una broma! Una broma de nada, lo juro. Lo siento, ¿vale?

La miraba como si fuera a despellejarlo vivo. Rayne volvió la vista hacia mí, despacio.

—¿Te ha tocado? —me preguntó, señalando al crío con la cabeza.

—No —contesté rápidamente—. Solo me ha asustado.

Asintió y le lanzó al chico una última mirada llena de asco.

—Entonces, lárgate ya. Sabes de sobra que no deberías andar por aquí a estas horas.

—Pe-perdón —murmuró en mi dirección de forma atropellada antes de salir corriendo.

La linterna de mi móvil brillaba como un faro cuando Rayne lo recogió del suelo.

—¿Se lo has lanzado? —me preguntó al devolvérmelo.

—Sí. A la cara, por tonto.

Estaba esforzándose tanto por no sonreír que acabó mordiéndose el labio inferior durante un segundo.

—No deberías haberte metido aquí —dijo, una vez se recompuso —. Recuerdo haberte dicho que no te alejaras.

Fruncí el ceño y me crucé de brazos.

—¿Me estás regañando?

Ella también se cruzó de brazos, imitándome.

—Pues sí. Te estoy regañando. Te dije que no te alejaras y, aun así, lo has hecho.

—¡Creí que había alguien llorando! Y luego salió ese tonto del culo de la nada. —Suspiré—. Ojalá se le ponga el ojo morado. —En ese instante, me di cuenta de que Rayne no llevaba ninguna linterna consigo. La única luz que teníamos era la de mi móvil; su rostro estaba sumido en las sombras—. ¿Has venido corriendo a oscuras?

—Te oí gritar —respondió, como si eso lo explicara todo.

—¿Cómo sabías que era yo?

Soltó una risa baja y sin humor. Al acercarse, la luz se le reflejó en los ojos e intenté dar un paso atrás, pero me topé con una lápida alta de piedra a mi espalda. Rayne apoyó la mano en la lápida y bajó la cabeza para observarme con una expresión que no pude descifrar.

—Reconocería tu voz en cualquier parte —sentenció—. ¿O es que ya se te ha olvidado que te he hecho gritar para mí? Mientras estés en esta isla, bajo mi techo, soy la única que puede hacerlo. ¿Entendido?

Su proximidad me dejó sin aliento, pero asentí a toda prisa.

—Entendido.

—Buena chica. —Me besó la frente y me cogió la mano—. Volvamos a la fiesta. Aquí solo hay muertos, y si los oyes llorar, créeme: es mejor dejarlos en paz.

20

Rayne

Resistente al agua

Nos marcharnos a medianoche, cuando acabó el festival. Los focos de la calle nos alumbraron el camino de regreso al *quad*. Su intenso resplandor ofrecía algo de protección contra la oscuridad sofocante que nos rodeaba. Agucé los sentidos por si percibía algún indicio de la voz que Salem afirmaba haber oído, pero no logré distinguir nada más que el canto de los grillos en mitad de la noche. Deseaba con todas mis fuerzas que se hubiera tratado solo de la broma de un crío en la edad del pavo y no de algo peor.

Salem me apoyó la cabeza en la espalda mientras conducía. Me pregunté si podría notar lo fuerte que me latía el corazón al tener sus brazos aferrados alrededor de mi cintura.

Aunque me inquietaba estar pasando por zonas oscuras, sentía una calma inusual. Quizás se debía a los efectos del alcohol, pero dejé volar mi imaginación. Me permití fantasear con que aquella noche había tenido una cita de verdad con Salem, la primera de muchas. Pensé en llevarla a mis cafeterías, bares y miradores favoritos para enseñarle aquellos lugares en los que alguna vez me había sentido feliz. Me vi yendo al continente, con la certeza de que pasaría la noche con ella en vez de con una desconocida.

Sin embargo, eran fantasías que no encajaban con la realidad que me había tocado vivir. Seguía examinando mi entorno a medida que avanzábamos, atenta a cada sombra, a cualquier voz extraña. Me

aliviaba recordar que se iría por la mañana.

Salem se mantuvo pegada a mi lado todo el camino desde que nos bajamos del *quad* hasta que llegamos a la casa. Hablaba de todo y de nada a la vez; sus palabras sonaban tan erráticas como sus pasos. En un momento dado, se chocó conmigo y nuestros brazos se rozaron. Aunque pareció una caricia accidental, cuando sus dedos se encontraron con los míos, sentí que había sido mucho más que un roce casual.

No la había visto beber tanto como para emborracharse, pero empecé a pensar que tal vez estaba un poco más animada de la cuenta, porque se reía con facilidad de todas y cada una de las tonterías que le decía.

Todavía llevaba puesto ese sombrero rosa con los ojos saltones pegados. Intenté convencerme de que ese ridículo disfraz era la única razón por la que no podía dejar de mirarla y no la suave luz de sus ojos, el rubor que le teñía las mejillas o los suspiros que se le escapaban entre palabras conforme subíamos las escaleras hacia la tercera planta.

Se detuvo en la puerta de su habitación, bostezó y se estiró. Luego, se dispuso a girar el pomo. No era mi intención quedarme mirándola, pero no podía evitarlo. La forma en que arrugó la nariz al bostezar y el suave suspiro de satisfacción que se le escapó tras estirarse hicieron que se me oprimiera el pecho, como si a mis pulmones se les hubiera olvidado cómo respirar.

—Buenas noches —dijo, con una sonrisa más íntima que las amplias y radiantes que me había dedicado durante todo el camino de vuelta. Entonces, entreabrió los labios y tomó una ligera bocanada de aire, como si estuviera a punto de añadir algo más.

—Buenas noches, Salem —me apresuré a contestar, y hui a mi habitación antes de que pudiera pronunciar las palabras. Una vez

dentro, pegué la espalda a la puerta, maldiciéndome en silencio, hasta que la oí cerrar la suya unos segundos después.

Estaba comportándome como una cobarde.

Solo era una mujer preciosa, inteligente y optimista. Un rayo de luz en medio de mi sombría existencia.

—Me cago en la puta. —Me froté la cara y me dirigí como pude hacia el baño, lanzando de paso las orejas de gato sobre la cama. Se habían humedecido y deformado un poco tras conducir entre la niebla. Podría haberlas tirado.

Pero pensaba quedármelas. Me invadía una furia irracional solo de pensar en tirarlas a la basura.

Abrí el grifo y llené la bañera de agua humeante. Agarré los bordes del lavabo y contemplé mi reflejo cansado en el espejo. Unos bigotes de gato y una nariz chata y negra me devolvieron la mirada y, de repente, las comisuras de mis labios se elevaron hasta esbozar una sonrisa que no pude contener. Todo el pueblo me había mirado esa noche como si tuviera monos en la cara, pero no me importó lo más mínimo.

Porque había hecho feliz a Salem.

El agua tibia no me estaba ayudando en absoluto a quitarme el maquillaje, y frotando con las manos solo había conseguido llenarme la cara de manchurrones. Iba a coger la pastilla de jabón, pero me detuve, pensativa.

Quizá Salem conocía algún truco para quitar esas cosas…

O tal vez solo estaba buscando una excusa para llamar a su puerta.

Sin embargo, cuando salí al pasillo, ella ya estaba allí. Estuvimos a punto de chocarnos la una con la otra, y ambas retrocedimos con una risa incómoda. Entonces, reparó en mi cara y soltó una risita disimulada, escondiéndose la boca tras la mano.

—Debería haberte avisado: es resistente al agua —se disculpó.

Acto seguido, me extendió un bote de agua micelar y un disco de algodón—. Con esto saldrá sin problema.

Al ver que no cogía de inmediato los artículos que me estaba ofreciendo, me preguntó:

—¿Quieres… que te lo quite yo?

No necesitaba ayuda para quitarme el maquillaje; era más que capaz de lavarme la cara por mí misma, incluso habiendo pociones con las que no estaba familiarizada de por medio.

—Vale, eh… Sí… —Asentí y la guie por mi habitación hasta el baño. La bañera estaba casi llena, así que cerré el grifo a toda prisa. El vapor empañaba el espejo y hacía que me sintiera la piel pegajosa. Salem echó un vistazo alrededor y posó los ojos en las botellas de champú medio vacías y los frascos de sales de baño.

De repente, mi habitación me pareció vacía y sin gracia.

—El cuidado de la piel puede resultar abrumador —comentó, empapando un disco con desmaquillante. Probablemente lo dijo para tranquilizarme y asegurarme que mi desconocimiento no era motivo de vergüenza, pero no podía pensar en otra cosa que no fueran sus manos. Con una, me había agarrado la nuca para acercarme a ella, mientras que, con la otra, iba deslizándome el algodón por las mejillas delicadamente. Batió las pestañas y, por un instante fugaz, su mirada se encontró con la mía.

Estaba segura de que me había oído tragar saliva. ¿Se habría dado cuenta también de que se me había cortado la respiración? ¿Y de lo acelerado que tenía el pulso?

Tuvo que ponerse muy cerca para llegarme bien al rostro. Los escasos centímetros que nos separaban me parecían un abismo al que deseaba lanzarme con todas mis fuerzas. Se había quitado el disfraz, así que tenía el pelo revuelto y un poco de brillo rosa en los labios. La camisa que llevaba lucía un discreto estampado floral y le

quedaba bastante ancha. El suave tacto de la tela me recordó al de la mantequilla cuando la agarré con los dedos, pero no me percaté de lo que estaba haciendo hasta que se acercó aún más a mí.

Tenía su cuerpo apretado contra el mío mientras me quitaba el maquillaje de la punta de la nariz. De repente, una punzada de anhelo me hizo ser consciente de dónde se encontraban mis manos… y dónde no. De lo vacías que las sentía al no tenerlas justo donde más ansiaba.

—No hace falta que contengas la respiración —susurró. ¿De verdad no veía el efecto que tenía en mí?

No podía evitar que las mariposas me revolvieran el estómago, que los pulmones se me quedaran sin aire y que las manos me sudaran. Respirar me parecía insignificante cuando me miraba de esa forma.

Como si valiera la pena prestarme atención. Como si mereciera algo tan simple como que me lavara la cara con delicadeza.

Bajó la mano y tiró el disco de algodón, sin dar ni un paso atrás ni romper el aura de calidez que nos envolvía. Un millón de frases desordenadas luchaban por abrirse paso y brotar de mi garganta, pero lo único que me salió fue:

—Te vas mañana.

—Sí. —La sonrisa que me dedicó esa vez no le llegó a los ojos, y no supe muy bien por qué—. ¿Qué vas a hacer durante todo el invierno?

Le pasé el dedo por la oreja, recorriendo los pendientes que le atravesaban el cartílago y el abalorio de color rosa que le colgaba del lóbulo.

—Pensar en ti.

En cuanto percibí el deseo en sus ojos, quise retirar mis palabras. Estaba siendo egoísta y cobarde. Se suponía que no debía querer que

se quedara.

Sin embargo…

Lejos de retirar la mano, empezó a acariciarme la nuca con los dedos, dejándome sus sentimientos grabados en la piel a través de su tacto. Se puso ligeramente de puntillas para depositar un beso suave en mi mejilla. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja al presionar su rostro contra el mío.

Le deslicé la mano por debajo de la camiseta y recorrí la suave curva de su cintura hasta rodearle la espalda. Entonces, me apoyó la nariz en el pequeño hueco entre el cuello y la mandíbula, justo debajo de mi oreja. Aunque respiraba con calma, le notaba el pulso acelerado. Sentía sus latidos retumbando en mi pecho, pegado al suyo.

El frío de mis manos contrastaba con la calidez de su piel. Ella era Perséfone, y yo, Hades; era el calor del verano que derretía la escarcha de mi invierno. En vez de huir de mi tacto, me cogió la otra mano y entrelazó nuestros dedos, como si el sol y la luna pudieran tocarse.

—Quiero que tú también pienses en mí —respondí, susurrando las palabras contra sus labios entreabiertos. Entonces, me dio un beso profundo, lento y celestial. Exploró hasta el último rincón de mi boca con su lengua, como si estuviera memorizándola.

O quizá eso era lo que quería creer para no ver que, en realidad, solo estaba aferrándome a una eternidad que ya había llegado a su fin.

No podía tenerla…

Aunque fuese mía.

No podía pedirle que se quedara…

Por más que mi corazón no dejara nunca de anhelarla.

Quería vivir para siempre al abrigo de la calidez de sus besos. Me

acunó el rostro con las manos y murmuró algo contra mi boca, palabras que se perdieron en el fragor de la lujuria. Luego, tiró de las trabillas de mi cinturón, sin aliento, y dijo:

—Quiero saborearte por última vez, mi ama.

Me recorrió a besos, desde la boca hasta el pecho, pasando por el cuello, mientras me exploraba con las manos por debajo de la camiseta.

Joder, no me parecía justo que fuese tan perfecta. La forma en que había pronunciado mi título me puso la piel de gallina, no porque transmitiera una autoridad imaginaria, sino porque su voz hacía que sonara mucho más íntimo de lo que pretendía ser.

Me rodeó con sus brazos y deslizó las manos por mi espalda. Cuando llegó al sujetador, me lo desabrochó y dejó que sus dedos se resbalaran por mi piel hasta detenerse en mi cintura. Me besó la mandíbula y sentí su aliento cálido a la vez que me estudiaba con una súplica silenciosa en la mirada.

Una súplica a la que no podía negarme.

La besé, empujándola suavemente contra la pared, moldeando mi cuerpo al suyo. Su lengua se deslizó entre mis labios y se enredó con la mía en una danza que me hizo olvidarme del resto del mundo. Me presionó firmemente las caderas y luego procedió a bajarme lentamente los pantalones; sin embargo, cuando se encontraban a la altura del muslo, se detuvo para agarrarme el culo con avaricia y una urgencia *hambrienta*.

Solo interrumpimos el beso para quitarnos las camisetas. La abracé y la estreché con fuerza contra mi pecho, entregándome al placer de sentir su cuerpo desnudo rozando el mío. Me clavó los dedos en el cuero cabelludo hasta dejarme la marca de sus uñas y me tiró del pelo. Me mordió el labio con una ternura que pronto se convirtió en desesperación y soltó un gemido contra mi boca.

Nos terminamos de desnudar y nos metimos juntas en la bañera humeante. Su piel se volvió resbaladiza al sumergirnos en el agua. Se sentó a horcajadas sobre mi pierna y empezó a frotarse rítmicamente contra mi muslo. Cuando le puse una mano en el cuello, separó ligeramente los labios, jadeando en busca de aire.

Se apretó contra mi mano, a pesar de que la estrangulaba, solo para besarme de nuevo. Sentía sus pezones duros y sus pechos tiernos y resbaladizos contra la parte superior de mi torso.

—¿Puedo probarte? —Su voz sonaba tensa, llena de necesidad.

—Suplícamelo —dije, sin apenas separar los labios de su boca—. Convénceme de que te lo mereces, preciosa.

No necesitaba convencerme en absoluto, pero me encantaba el sonido de su voz, rebosante de deseo. Adoraba los ruiditos que emitía mientras se movía encima de mí, dándose placer, con la respiración entrecortada.

—Por favor… —La voz le salió ronca bajo la presión de mi mano —. Quiero sentir cómo tiemblas. Quiero que me dejes tu sabor en la lengua. —Abrí ligeramente los labios para invitarla a besarme y me correspondió con pasión. Me colocó la rodilla entre las piernas y me froté contra ella, haciendo que el agua chapoteara a nuestro alrededor.

El roce de su piel era un verdadero lujo. Me acunó los pechos entre sus manos, trazando círculos lentos con los pulgares, mientras bajaba la cabeza para pasarme la lengua por el pezón.

—Te necesito —susurró, y sus palabras me atravesaron el corazón como un rayo—. Quiero ahogarme en ti… Sentir dolor por ti… —Le liberé la garganta y, entonces, agachó aún más la cabeza, dejándome un rastro de besos que descendía por mi vientre.

Alzó la mirada para contemplarme, a punto de sumergir la boca en el agua.

—Quiero que pienses en mí —continuó en voz baja—. Quiero aparecer en todas tus fantasías.

—No podría olvidarte aunque quisiera. —Le acaricié el pelo con los dedos, lo suficientemente desesperada como para arrepentirme de haberle ordenado que me suplicara—. Voy a perder la cabeza echándote de menos.

Sonrió.

—Entonces, vas a tener que buscarme y traerme de vuelta.

Se sumergió en el agua y cernió su boca sobre mí. Eché la cabeza hacia atrás y me agarré al borde de la bañera con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos. Un gemido brotó desde lo más profundo de mi alma al notar cómo me lamía y succionaba.

En ese instante, ya era un fantasma en mi mente, un espectro en mi corazón. Tenía el poder de quebrantar mi autocontrol, de derribar los muros que tanto esfuerzo me había costado levantar. No mentía cuando le dije que iba a perder la cabeza: sentía el impulso de rendirme a sus pies, hacer caso omiso a mi razón y aferrarme a ella, aunque sabía que era imposible.

Emergió para tomar aire, pero seguía moviendo sus dedos bajo el agua. Impulsé las caderas hacia arriba como un acto reflejo y se me tensó el abdomen. Con las uñas de la otra mano, me recorrió la cara interna del muslo, haciendo que se me erizara la piel de los brazos.

—Quiero recordarte. Así como estás ahora. —Me besó cerca del ombligo y me estremecí al sentir la suavidad de sus labios y su cálido aliento—. Quiero recordar cómo suena tu voz cuando gimes mi nombre.

—Eres una chica muy buena, Salem. —Pasé mis dedos por su cabello mojado y esbozó una sonrisa.

Volvió a sumergir la cabeza, a pesar de que era yo la que deseaba ahogarse con tal de no tener que verla marcharse jamás. Apreté los

muslos alrededor de su cabeza y pronuncié su nombre en un suspiro, jadeando cada vez más.

Ella era el sol del verano y yo, el frío del invierno, pero cuando nos conocimos me hizo sentir todos los colores del otoño. Mis días se iban acortando a medida que su luz se escurría entre mis dedos. Pronto, me quedaría a solas con una oscuridad interminable y mi mente atormentada.

Pero antes de que la oscuridad me alcanzara, se encargó de hacerme arder por dentro, como si me corriese fuego por las venas. Mecí las caderas para frotarme mejor contra su lengua y me arqueé cada vez que se alzaba para coger aire.

—Joder, sí… —La agarré del pelo y la miré fijamente a los ojos mientras hacía que me temblaran las piernas con su boca. Contuve la respiración hasta que me consumí por completo entre sus labios, ansiosos por alimentarse de mi placer, como si lo necesitaran para sobrevivir.

Si hablaba, temía que se me escapara alguna de esas confesiones peligrosas que guardaba bajo llave en mi corazón: «No te vayas», «te necesito», «soy egoísta y una persona horrible», «te arrastraría a una muerte segura solo por tenerte entre mis brazos».



Era la perfección hecha persona, allí tendida sobre mi cama. Tenía las muñecas atadas al cabecero y las piernas dobladas, con las pantorrillas también atadas a los muslos. Me miraba con expectación y deseo, y el cuerpo desnudo le temblaba al ver cómo lubricaba el consolador rosa del arnés que llevaba ajustado a mi cintura. Me tomé mi tiempo, esparciéndolo despacio mientras la observaba, porque quería grabarme esa imagen de ella en las retinas.

Yo misma le había anudado las cuerdas cuidadosamente, aunque tenía a mano unas tijeras de seguridad por si se sentía incómoda en algún momento. Cuando terminé, flexionó los dedos para poner a prueba las ataduras de las muñecas e intentó liberarse, deleitándose en la sensación de estar inmovilizada.

No tenía ni idea de qué hora era y tampoco me importaba.

—¿Preparada para que te penetre, preciosa? —Me arrodillé en la cama entre sus piernas y gimoteó ligeramente a medida que empujaba la punta del consolador contra ella. Su piel estaba empapada, suave y resplandeciente a la luz del fuego. Aún me sentía el clítoris hinchado y sensible por lo que me había hecho con la boca, y mi cuerpo seguía suspendido en el dulce eco del orgasmo.

Forcejeó contra las cuerdas a medida que la penetraba, maldiciendo en voz baja. El miembro lubricado de silicona se perdió entre su coño rosado y suave. Me balanceé hacia delante y hacia atrás para sacarlo y volver a meterlo un poco más hondo con cada embestida.

Le agarré las piernas atadas y se las alcé para abrirme paso entre ellas. Al percibir mi roce, se le escapó un grito que acabó transformándose en un gemido cuando junté mis labios con los suyos. Entonces, mis caderas chocaron con sus muslos y me hundí en su coño. Podía sentir sus músculos aferrándose al pene del arnés cada vez que me retiraba y me adentraba de nuevo lentamente en ella.

Había algo adictivo en verla perder el control. No me cansaba de la forma en que se rendía ante mí, con los labios entreabiertos, la respiración agitada y temblando de placer. Le recorrí la clavícula con la nariz y le enterré la cara en el cuello para impregnarme de su dulce aroma. Giró la cabeza y me imploró al oído entre susurros.

—Joder, qué bien lo haces, Rayne. —Oírla gemir mi nombre hizo

que una oleada de placer me recorriera todo el cuerpo; el clítoris me palpitó y el coño se me contrajo al sentir el deleite en su voz. Me agaché y le masajeé el clítoris, caliente y resbaladizo. Se estremeció ante mi tacto y no le quedó más remedio que dejar caer la cabeza sobre las almohadas, con las piernas temblorosas y el abdomen tenso.

—Córrete para mí, cariño —gemí—. Esa es mi chica, córrete y mánchalo todo. —El cabecero crujió cuando tensó los brazos a la vez que lanzaba un grito entrecortado. Su mirada color avellana se quedó fija en el vacío, y los músculos se le tensaron conforme alcanzaba el clímax.

Disminuí la velocidad cuando empezó a deshacerse en jadeos, con los ojos entrecerrados y sumida en el éxtasis. Pero aún no había terminado con ella. Me retiré y contemplé con fascinación la humedad resbaladiza que impregnaba el arnés. Entonces, recorrí el consolador con los dedos y me los metí en la boca, regodeándome en su sabor mientras me miraba.

—Dios, qué sexy eres —jadeó, y le dediqué una sonrisa, todavía con los dedos en la boca—. Siéntate en mi cara. Por favor. Déjame chuparte el clítoris, déjame saborearte.

Solté una risa suave, preguntándome si todo formaba parte de un sueño.

—Preciosa, no tienes que…

—Quiero hacerlo —me interrumpió desesperada—. Quiero saborearte. A ti entera. —Se contoneó, atada e indefensa; sin embargo, su mirada era sensual y desafiante, de modo que no pude negarme.

Me arrastré por encima de ella y le liberé las manos de las ataduras. Las cuerdas le habían dejado unas marcas en forma de brazaletes rojos alrededor de las muñecas, y no pude resistirme a

recorrérselas con los dedos. Al sentarme a horcajadas sobre su rostro, me agarró las caderas y me pasó las uñas por los muslos. Entonces, levanté el arnés para otorgarle un mejor acceso a mis partes íntimas y gemí cuando me atrajo hacia su boca.

—Joder, cariño… —Me rozó el clítoris con la lengua y pegó los labios para succionar con fuerza. Todavía se encontraba sensible, así que su boca me provocó una descarga que me recorrió todo el cuerpo, hasta lo más profundo de mi ser. Me rozó con los dientes, alternando entre mordisquitos y chupetones. Tenía la respiración tan agitada que empecé a sentirme mareada. Entonces, me miró desde abajo, con el arnés mojado por los fluidos pegado a la cara y la nariz hundida en mí.

Me incliné ligeramente hacia atrás y le metí dos dedos en el coño. Me envolvió con su cálida humedad mientras le cabalgaba la cara y sus gemidos me volvían loca.

Sentí cómo se corría. A pesar de que los músculos se le tensaron y la lengua se le volvió torpe, no se detuvo. Me hizo perder el control. Siguió lamiendo y succionando, arrancándome una oleada de placer tras otra hasta dejarme exhausta.

Le lavé la cara con un paño mojado y tibio. Se lo pasé por los labios relucientes y le limpié mis fluidos de la barbilla.

Sus brazos eran mucho más acogedores que mi cama y mucho más tiernos que mi corazón. Se durmió acurrucada contra mí, con la espalda pegada a mi pecho, respirando de forma suave y pausada.

Sin embargo, el corazón seguía latiéndome con fuerza y los pulmones me pesaban. Me quedé mirando su cabeza sobre mi almohada y, al inhalar el aroma que había dejado impregnado en las

sábanas, se me partió el alma.

No podía ir a buscarla y traerla de vuelta. No había escapatoria. Era imposible huir de mi destino. No tenía más remedio que luchar.

Con cuidado de no despertarla, me deslicé despacio fuera de la cama. Me puse el abrigo, cogí un porro y un mechero y salí sigilosamente de la habitación. Las escaleras crujieron bajo mis pies de camino al ático; el aire que quedaba atrapado en aquella habitación olvidada era frío y estaba estancado.

Una pequeña ventana redonda, con el cristal lleno de escarcha debido a las bajas temperaturas, daba al lejano y oscuro faro. Encendí el porro mientras contemplaba el mar embravecido que se estrellaba contra aquellos acantilados despiadados. Al levantar el porro humeante y cerrar un ojo, parecía que el faro estaba en llamas.

21

Salem

¿Dónde está Martin?

Cuando me desperté, la cama de Rayne se encontraba vacía. No había dormido a mi lado. Follamos y… se fue.

La noche anterior había estado demasiado cansada como para darme cuenta, pero, en ese instante, el corazón me latía a un ritmo inestable en el pecho y tenía un nudo de preocupación en el estómago.

Había hecho exactamente lo que se suponía que no debía hacer: enamorarme de ella.

Pensé en esas sonrisas suyas tan escasas y empecé a sentir mariposas. Recordé el roce de sus manos, que podía llegar a ser tan suave como despiadado, y me estremecí. Al cerrar los ojos, se me vino a la mente su sabor y me lamí los labios para comprobar si aún me quedaba algo de ella.

Mis pensamientos iban de un lado a otro, sin rumbo, como si estuvieran atrapados en un remolino. Algo no encajaba, pero, a esas alturas, no había vuelta atrás. Me tapé con sus sábanas hasta la nariz y respiré hondo para contener las lágrimas inesperadas que me escocían en los ojos.

«Ahora no, Salem. No te derrumbes. Es hora de irse a casa».

La mansión estaba en silencio. El personal de cocina ya se había marchado cuando bajé al comedor. Me tosté un panecillo y comí sola junto a la ventana, contemplando la lluvia e intentando comprender

a qué se debía aquella tristeza que me abrumaba.

Me sentía como si estuviera abandonando un rompecabezas a medio terminar o cerrando un libro sin haber leído el último capítulo.

Pero era mucho más que eso.

Era la misma sensación que me asaltó después de que Colin se fuera. La sensación de que tal vez, si hubiera actuado de otra forma, todo habría salido bien, y de que, por lo tanto, si me quedaba sola era culpa mía y de nadie más.

Sin embargo, lo había sabido desde el principio. Rayne y yo no estábamos destinadas a acabar juntas; la vida real no funcionaba así. Cada una tenía su trabajo y su propia vida por separado.

Aun así, odiaba tener que despedirme.

No la encontraba por ninguna parte. Loki estaba durmiendo en el recibidor y, en vez de subir a recoger mis cosas, me senté a su lado durante demasiado tiempo, con la esperanza de que su dueña apareciera en algún momento; sin embargo, la casa estaba sumida en un silencio sepulcral y el frío se notaba más que nunca.

Cuando por fin regresé a mi habitación para guardar mis pertenencias en la mochila a toda prisa, agucé el oído por si oía algo moverse a través de su puerta. Me sentí patética, pero no podía irme sin haber intentado localizarla.

Rayne no quería volver a verme. Tenía que aceptarlo. Aunque me había dejado entrever un poco de lo que guardaba tras ese muro impenetrable que había erigido alrededor de su corazón, nunca me abrió las puertas del todo. No había saciado mi curiosidad ni respondido a mis preguntas o a mis sentimientos.

Y probablemente nunca lo haría.

Había ido a la isla para empezar de cero, olvidar mi pasado y poder concentrarme en el futuro, pero me había dejado llevar

demasiado. Me engañé a mí misma pensando que había algo más, cuando en realidad lo nuestro siempre había estado destinado a acabar.

Mi última esperanza era ver a Rayne en la recepción antes de irme, pero tampoco estaba allí. Había colocado una caja de madera en el mostrador y había escrito sobre ella con rotulador negro: «Deja la llave de la habitación aquí para registrar tu salida».

Me sentó como una patada en el estómago. Esa era su despedida. La fantasía se había acabado. El sonido que hizo la llave al soltarla en la caja fue como el de una guillotina al caer, cortando mi último vínculo con aquel lugar.

Abracé a Loki, le rasqué el pecho y le dije que era un buen chico. Luego, abrí la puerta y me recordé a mí misma que no debía mirar atrás, por mucho que oyera al perro gimotear en señal de protesta a mi espalda.

Había llegado la hora de volver a casa.



Llovía a cántaros mientras iba en bicicleta por el sinuoso y embarrado camino que llevaba a los muelles. Tenía dos horas para coger el *ferry*, el último que zarparía de la isla hasta que acabase el invierno. El agua se deslizaba por la capucha de mi chubasquero y las ruedas salpicaban el barro al pasar por encima. No había nadie más en la carretera; no vi ni un solo vehículo. Ni siquiera había animales en los campos de alrededor. Probablemente se habían refugiado todos del aguacero.

Un relámpago centelleó a lo lejos, seguido por el ruido sordo de un trueno. Al anochecer, esa misma tormenta estaría justo encima de la isla. Me imaginé a Rayne sentada junto a la ventana, con un porro en

la mano, observando la tormenta acercarse con su música de fondo.

Una punzada de dolor me atravesó el corazón y deseé que las cosas hubieran sido distintas.

Con la capucha puesta y la bufanda envolviéndome la cara, me costó percibir el repentino grito que inundó el aire.

—¡Ayuda! ¡Por favor, necesito ayuda!

Las ruedas derraparon al frenar bruscamente. Distinguí el susurro del viento entre los árboles y el crujido de unas ramas.

—¡Ayuda!

Una sensación de alarma empezó a apoderarse de mí lentamente tras dejar la bici y salirme del sendero. La voz parecía encontrarse lejos, pero me resultaba familiar: era la de Martin.

El terreno que me rodeaba era plano, pero estaba cubierto de maleza enredada alrededor de helechos y árboles caídos. No veía al cazador por ninguna parte.

—¡Ayuda! ¡Por favor!

Había algo extraño en su voz. Aunque era capaz de reconocerla, la notaba diferente. Su tono transmitía angustia y tensión, como si estuviera herido, pero no lograba identificar por qué me daba esa impresión.

—¡Necesito ayuda!

Me adentré en los árboles y grité:

—¡Ya voy! ¡Te oigo, sigue hablando!

El bosque se quedó en silencio de repente, como si hasta los mismos árboles hubieran dejado de mecerse con el viento. Me abrí paso ente los arbustos y las zarzas, mirando en todas direcciones, atenta a cualquier ruido.

—¡Martin! ¡Sigue hablándome!

La lluvia arreció, agitando las hojas al precipitarse entre los árboles hacia la tierra del bosque. A pesar de que llevaba el chubasquero

puesto, estaba empapada. Seguí avanzando a trompicones, sin dejar de llamar a Martin, cuya voz me respondía, unas veces más cerca, y otras, más lejos.

No tenía sentido.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Una nueva oleada de miedo me sacudió de una forma tan violenta que tuve que detenerme en seco. Me pesaban los pulmones y se me había erizado la piel de los brazos. Había algo escalofriante en la voz de Martin. Era demasiado… monótona. Sonaba siempre igual; su modulación no variaba.

A pesar de que mi instinto me gritaba que me diera la vuelta, bajé por un terraplén para echar un último vistazo. El hombre estaba herido la última vez que lo vi, y el *sheriff* llevaba días buscándolos a él y a George. Nunca me habría perdonado a mí misma haber abandonado a alguien que se encontraba en peligro.

Ahuequé las manos delante de la boca y volví a gritar:

—¿Hola? ¿Dónde estás? ¿Martin?

Mis preguntas se perdieron en el aire. Me había alejado demasiado del camino donde había dejado mi bici y no podía demorarme más. Debía llegar al muelle.

Sin embargo, cuando me giré, no estaba sola.

Había una figura de pie entre los árboles, desnuda, de espaldas a mí. Al principio, creí que era un hombre, pero luego empecé a fijarme mejor. Tenía la piel pálida y viscosa, como el vientre de un pez, y la cintura y el estómago contraídos y estrechos. Su caja torácica se asemejaba a una campana: ancha por arriba y achatada por abajo. Todas y cada una de las costillas se le marcaban con claridad bajo la tirantez de su piel.

No lograba procesar lo que veían mis ojos.

Carecía de pelo y contaba con pliegues de carne gruesa y arrugada

en ciertas zonas donde no debería haberlos. De la espalda le sobresalían cuatro omóplatos puntiagudos. Tenía las rodillas dobladas. Sus largas y musculosas piernas desembocaban en unas pezuñas hendidas.

A los costados, le colgaban cuatro brazos kilométricos que se balanceaban lentamente conforme se movía hacia adelante y hacia atrás.

¿Qué cojones tenía delante?

—¡Ey! ¡Necesito ayuda!

Estaba hablando… no, *gritando*; sin embargo, no se giró hacia mí. Permaneció inmóvil y se limitó a gritar con una voz que se asemejaba a la de Martin y que rezumaba dolor.

No podía ser.

Era antinatural.

No se trataba de una broma ni de alguien disfrazado. Las garras de sus largos dedos se estremecieron y, de repente, se dio la vuelta.

No tenía ojos, y, en lugar de nariz, poseía unas hendiduras similares a las de una serpiente. Aun así, podía sentir su mirada sobre mí, y un miedo primitivo me revolvió las entrañas.

Cuando abrió la boca de par en par, unos pliegues de piel se tensaron entre los huesos de su mandíbula desencajada. En el interior de sus fauces, unos apéndices con forma de lenguas se enroscaban y retorcían entre hileras de dientes puntiagudos.

Se tiró al suelo y se arrastró hacia mí a una velocidad aterradora.

Corrí entre los árboles sin saber a dónde ir. Oía las ramas quebrándose a mi espalda, y el aire frío me quemaba los pulmones. No tenía ni idea de qué camino tomar. Mi bici se encontraba en el sendero de atrás, pero lo había perdido de vista. Salté por encima de un tronco y estuve a punto de perder el equilibrio. La adrenalina hacía que todo pareciera ir a cámara lenta.

De repente, capté un destello de color rojo. Un resplandor carmesí que se movía a lo lejos entre los árboles. Incluso podría haber jurado que percibí una voz fría susurrar:

—Por aquí.

Solo lograba vislumbrar fragmentos de su figura entre los árboles: una piel de un blanco enfermizo, unas extremidades monstruosas y una boca abierta de par en par.

No parecía real.

No podía *ser* real, joder.

Corrí a toda velocidad hacia el resplandor rojo, sin saber a dónde me dirigía exactamente. Tal vez estaba yendo directa hacia un acantilado y al océano que se encontraba debajo. Aun así, no me quedaba más opción que seguir corriendo.

Mis pies avanzaban a un paso tan veloz que parecían estar volando, pero, de pronto, se enredaron e hicieron que me resbalara sobre el barro.

Rodé cuesta abajo, estrellándome contra troncos y rocas en el proceso. Cada golpe me arrebataba una bocanada de aire de los pulmones. Seguí descendiendo sin freno, hasta que, de pronto…

No quedó nada más que oscuridad y dolor.

El cielo se había convertido en una masa oscura de sombras arremolinadas.

Era de noche.

La boca me sabía a tierra y sangre. Notaba un dolor punzante en la cabeza, y se hizo más agudo al ponerme de pie a duras penas. Me giré lentamente, empapada y temblando, para tratar de orientarme.

Medio oculto entre los árboles, el faro de Blackridge se alzaba por

encima de mí, pálido como la luna y completamente oscuro por dentro. Me encontraba a kilómetros de la mansión y había perdido el móvil. Mi mochila, embarrada y mojada, estaba tirada a mi lado.

Habían pasado horas.

El último *ferry* había partido hacía rato.

Se me revolvió el estómago al intentar recordar lo que había pasado. Algo me había perseguido, pero mi mente evocaba un cuerpo monstruoso y un rostro sin ojos. ¿Habría sido todo producto de mi imaginación? Había echado a correr detrás de mí con seis extremidades y la boca abierta como una serpiente. No podía haber sido real.

Era una pesadilla. Tenía que estar soñando. O me había dado tan fuerte en la cabeza que no era capaz de distinguir la realidad.

—¡Hola! ¿Puede oírme alguien? ¡Necesito ayuda! —grité, a pesar de tener la garganta seca.

El silencio del bosque fue mi única respuesta. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar los gritos de socorro que me habían arrastrado a esa situación. Gritos emitidos con la voz de Martin, pero que, de algún modo, provenían de la boca de aquella criatura.

La respiración me salía entrecortada y superficial. Nada tenía sentido.

Al menos, el faro me dio una pista de dónde estaba. La mansión se encontraba al sur, y Marihope, al este, así que solo necesitaba localizar el camino de vuelta.

Mientras estaba acurrucada bajo los árboles, revolviendo en mi mochila en busca de la linterna, percibí un movimiento entre las rocas escarpadas que rodeaban el faro.

Me agaché de inmediato para ocultarme tras los peñascos y las plantas, tapándome la boca con las manos. Allí escondida, observé cómo algo inhumano y aterrador emergía de un túnel estrecho

excavado en la tierra.

Seis extremidades. Nada de ojos. Pezuñas y garras. Por encima del viento y la lluvia, podía oír vagamente los ruidos que brotaban de su cuerpo: gruñidos, gorjeos y sílabas susurradas.

—¿Puede oírme alguien? ¡Necesito ayuda!

De pronto, distinguí mi propia voz saliendo de la boca de esa cosa. La bestia se detuvo, agazapada cerca de su madriguera, con la cabeza en alto como si estuviera olfateando el aire.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —En esa ocasión, usó la voz de George. La criatura iba alternando entre nuestros tonos, imitándolos a la perfección. Nos utilizaba como un cebo. Una trampa para atraer a los más incautos.

Contuve la respiración y la seguí con la mirada hasta que se adentró en el bosque y sus gritos se fueron apagando. Cuando dejé de oírla, empecé a moverme a trompicones entre los árboles. Tenía que llegar al pueblo y dar con un médico, un bombero, un policía…

Y con Rayne. Necesitaba encontrar a Rayne.

22

Rayne

ENTRE LOS ÁRBOLES

—Ven a la iglesia, Rayne. Hemos encontrado unos cuerpos.

La voz de James crepitó a través del *walkie-talkie* que descansaba en mi mesita de noche. Fueron las primeras palabras que oí al abrir los ojos tras una noche agitada en la que el viento y la lluvia no habían parado de aullar y los truenos habían hecho vibrar hasta los cimientos de la casa. Aunque me costó coger el sueño, sentí algo de alivio al pensar en que Salem se había ido.

Estaba a salvo fuera de la isla, en tierra firme y muy lejos de mí. Me dolía hasta respirar cada vez que me acordaba de ella, pero estaba acostumbrada al dolor que acompañaba a la pérdida, de modo que sabía lidiar con él.

A pesar de que no me importaba salir sola a primera hora de la mañana, armada con mi rifle y mi cuchillo, no tuve el valor de hacer algo tan simple como despedirme de Salem. Me escondí de ella, la vi irse de la mansión desde la ventana del ático y no dejé de odiarme por ello durante todo ese rato.

Nada me asustaba tanto como ella. Su mera existencia me resultaba más aterradora que cualquier monstruo que acechara en las sombras.

Pero se había marchado.

Lo nuestro había terminado para siempre.

Había sido una ilusa al permitirme fantasear, aunque fuera solo un

poco, con un futuro que nunca podría habernos pertenecido. Sabía que no debería haberlo hecho. Había un obstáculo enorme que me impedía aspirar a algo más en la vida, y ese obstáculo estaba vivo y era letal.

Durante toda la primavera y el verano, fingía que Blackridge era un lugar normal. Dirigía mi negocio, paseaba por ahí y exprimía al máximo los días de sol y calor. Pero, como cualquier fantasía infantil, siempre llegaba a su fin. En realidad, no vivía.

Solo me limitaba a esperar.

Mi vida transcurría en la fría oscuridad del invierno, cuando, en vez de atender huéspedes o limpiar chimeneas, me pasaba las noches interminables bajo la lluvia torrencial vigilando el bosque con mi rifle. Solo estábamos mi perro y yo, cazando y rastreando en silencio a la vez que nos enfrentábamos a una oscuridad infinita.

Si no encontraba la manera de matar a esa cosa, aquellos cadáveres serían solo los primeros de muchos en un invierno largo y crudo.

A pesar de lo temprano que era, la iglesia estaba iluminada. La campana repicó para anunciar la hora mientras cruzaba la plaza del pueblo. La brisa hacía ondear débilmente los banderines de la fiesta de Halloween. Había calabazas destrozadas esparcidas por el suelo. Las ventanas estaban cerradas; algunas incluso habían sido tapiadas con tablones de madera.

Las puertas de la iglesia se encontraban abiertas. Había varias personas dispersas entre los bancos, dirigiendo sus oraciones desesperadas a los oídos sordos del Cristo dorado que presidía el púlpito.

Una muchedumbre se había reunido a las afueras, frente a la puerta del cementerio. Alguien estaba sollozando; su desgarrador alarido me retumbaba en la cabeza a medida que me abría paso entre la multitud.

Había unos cuerpos desmembrados colgando de las ramas nudosas de los pinos, con las extremidades dispersas balanceándose y los intestinos extendidos como si fueran guirnaldas.

Las cabezas estaban suspendidas, con la mirada vidriosa y vacía, y la piel gris, en descomposición. Eran dos hombres conocidos y una joven.

Martin, George y Andrea. Las tres personas que habían desaparecido.

Me di la vuelta en silencio e intenté reprimir las arcadas, ocultándome tras la chaqueta para disimular. Por muchas veces que hubiera presenciado una escena parecida a aquella, nunca dejaba de parecerme espantosa. Se me revolvió el estómago y, en ese instante, me alegré de no haber desayunado.

Estaba segura de que los sollozos eran de la madre de Andrea. Miré hacia atrás y vi a la pobre mujer de pie bajo los restos destrozados de su hija, tirándose del pelo con tanta fuerza que estaba arrancándoselo a puñados. Un hombre, tal vez su marido, intentó abrazarla y consolarla, pero el dolor la desbordaba.

Me giré a toda prisa y vomité sobre la hierba.

—¡Necesitamos rezar! —Aunque no podía verla, la voz de Ruth sobresalía entre la multitud—. En estos tiempos del juicio divino, debemos acudir al Señor y ampararnos en su misericordia. No puede flaquear nuestra fe en…

—¡Métete tus oraciones por el culo! —gritó alguien.

La multitud estalló en bramidos de angustia, incertidumbre e ira que fueron acrecentándose como una tormenta.

—¿Cómo los bajamos de ahí?

—¡Tened cuidado con los niños! ¡Que no los vean!

En medio del caos y las discusiones, vi a James fumando detrás de la iglesia. Estaba mirando al suelo, con el pelo y la ropa alborotados,

cuando me acerqué a él.

—¿Estás bien? —dijo, ofreciéndome su cigarro—. Esos hombres eran tus huéspedes, ¿no?

—Sí. George Trager y Martin Keen. Martin tenía dos hijas ya adultas. —No solía fumar tabaco, pero necesitaba algo que me distrajera, así que se lo acepté y me llené los pulmones de humo—. Y George estaba esperando un nieto.

Mis cazadores habían ido a la isla equipados para cazar osos y, tal vez, algún que otro ciervo o pavo que se les cruzara. No existía ningún cazador que supiera cómo enfrentarse a una criatura capaz de imitar sus propias voces y desplazarse en un silencio casi absoluto. Una bestia que podía recibir bala tras bala y curarse a sí misma. Un monstruo que no dejaba de estudiarnos año tras año y que se volvía cada vez más impredecible y violento.

—¿Dónde está tu padre? —pregunté, y James señaló con la cabeza en su dirección.

Aunque deseaba con todas mis fuerzas no hacerlo, volví a mirar hacia los árboles. Mi tío Gerard estaba allí junto a su esposa, Verónica, ofreciéndoles consuelo a los padres de Andrea. La madre de la niña se encontraba de rodillas en el suelo y mi tía le frotaba la espalda mientras entonaba un himno en voz baja. Mi tío tenía la cabeza inclinada en oración y una mano sobre el hombro del padre de Andrea; sin embargo, el hombre no estaba rezando con él. Se limitaba a mirar al suelo con una expresión vacía e indiferente.

—Esto es nuevo —dijo James, señalando los árboles. Su voz destilaba la frialdad propia de un profesional, y me di cuenta al instante de que se había colocado su bata de laboratorio imaginaria para protegerse del espanto—. Nunca había exhibido a sus víctimas así.

—Está aprendiendo a asustarnos —respondí—. A hacernos entrar

en pánico. A debilitarnos. —La mano me temblaba cuando me llevé el cigarrillo a la boca de nuevo, de modo que la fulminé con la mirada hasta que logré mantenerla firme.

—¿Crees que se está volviendo más fuerte? —La frialdad de James se quebró.

Negué con la cabeza, tirando la ceniza al suelo.

—Creo que se está volviendo más inteligente.

La multitud empezó a dispersarse en cuanto llegó el *sheriff* con una mujer negra de mediana edad, la doctora Tasha Hale. Era la única doctora en la isla y, por lo tanto, la única forense de la que disponíamos. A pesar de que resultaba evidente que acababa de salir de la cama y se había colocado una gabardina sobre el pijama, su voz rezumaba tranquilidad y serenidad en cada palabra de consuelo que les dedicaba a las personas aterradas que la rodeaban.

Mientras observaba a la multitud, llena de rostros exhaustos, distinguí uno que hizo que se me detuviera el corazón.

Era el de Salem.

23

Rayne

SU PROTECTORA

Ver el hermoso rostro de Salem allí me horrorizó más que la imagen de los cadáveres colgando de los árboles. Sin embargo, en ese mismo instante, supe con una certeza inquebrantable lo que debía hacer.

Tenía que protegerla.

¿Era un regalo del cielo? ¿Un castigo? ¿O solo el universo riéndose de mí otra vez al traerme de vuelta a la única mujer que necesitaba desesperadamente apartar de mi lado?

Se quedó de pie al borde de la multitud, con los ojos abiertos de par en par y el terror reflejado en su rostro magullado. Aún no se había percatado de mi presencia, a pesar de que había empezado a correr directamente hacia ella. Tenía la mirada fija en los cuerpos de los árboles y la boca abierta por la incredulidad. Cuando le agarré el brazo, me miró como si se le hubiera aparecido un fantasma, como si no pudiera comprender lo que estaba sucediendo.

No me extrañaba en absoluto. No debería haber presenciado nada de eso nunca.

—¡Rayne! —La voz le temblaba igual que si se encontrara al borde de las lágrimas. Tenía la ropa sucia y el cuerpo embarrado por completo. Intentaba hablar, pero los dientes le castañeteaban demasiado como para articular palabra. Debía alejarla del frío de inmediato.

Estuve a punto de tropezarme con el umbral de la iglesia mientras

la guiaba hacia el interior, más pendiente de ella que de mis propios pasos. Dentro de la nave imperaba una calidez acogedora, aislada de los gritos que resonaban fuera. La gente de los bancos tenía los ojos hundidos y las manos entrelazadas en una oración silenciosa. Salem estaba balbuceando palabras incomprensibles entre sollozos, de modo que tuve que detenerme para mirarla de frente.

—Dios mío, Rayne, por favor, dime que… Dime que no ha sido… —Cerró los ojos con fuerza y se los presionó con los dedos, como si así pudiera borrar la imagen de su mente. La rodeé con los brazos y la estreché contra mí, pero, de pronto, sentí que nos observaban, y me di cuenta de que la gente de los bancos había alzado la cabeza.

El ángel traía el juicio consigo. No solo dictaba su propia sentencia, sino que también incitaba a los demás convertirse en jueces. Los rumores y las habladurías se difundían con rapidez, impulsados por una única idea: todos éramos pecadores y estábamos destinados a morir. Solo era cuestión de tiempo.

Sin apartar el brazo de sus hombros temblorosos, llevé a Salem por un pasillo estrecho que se hallaba en la parte trasera de la iglesia.

El despacho del pastor estaba abierto, como siempre. Era una habitación pequeña pero acogedora, con un escritorio sencillo orientado hacia la ventana y un rinconcito para sentarse frente a una estufa de leña. Aun así, nunca me había gustado esa habitación, ni ninguna de las que mi padre había habitado. Aunque tenía otro aspecto y olía distinto, la tensión seguía flotando en el ambiente y los pulmones se me debilitaban bajo el peso de los recuerdos.

Siempre había visto a mi padre tras un púlpito o un escritorio. Cuando se encontraba tras el púlpito, su veneno iba dirigido a toda la congregación; en cambio, tras el escritorio, iba dirigido solo a mí.

Dejé a un lado mi malestar y senté a Salem en uno de los cómodos sillones colocados cerca de la estufa. Le sujeté la mandíbula y le alcé

la cabeza para que la luz la iluminara. Tenía sangre alrededor de la oreja y barro en el pelo. Le exploré el cuero cabelludo con los dedos y me encontré con un nudo que la hizo jadear de dolor.

—¿Qué cojones te ha pasado? —pregunté—. ¿Por qué sigues aquí, Salem? No puedes… No deberías…

Se estremeció y empezó a parpadear sin parar mientras se esforzaba por encontrar las palabras.

—Oí la voz de Martin y fui a buscarlo. Estaba… pidiendo ayuda a gritos. —Rompió en llanto. No dejaba de mover las manos; las retorcía y las apretaba, una y otra vez, como si necesitara liberar de alguna forma toda la energía contenida en su interior—. Había una… —Agitó los brazos, intentando trazar la silueta de una figura alta e increíblemente delgada—. ¡Una cosa! Hablando con la voz de Martin. No tenía ojos y… Sus brazos… Y las pezuñas… —Me agarró la camiseta, presa del pánico, y me suplicó—: Tienes que creerme. Por favor. No sé qué demonios era esa cosa, pero te juro por Dios que la vi. ¡La oí!

Se sorbió los mocos y le entró hipo. Sus ojos, enrojecidos y fatigados, se clavaron en los míos con una esperanza desesperada.

—Te creo, Salem. —Le acaricié la mejilla con el pulgar mientras lloraba—. Concéntrate en mí, ¿vale? Respira hondo. Eso es, buena chica. —Comenzó a respirar profundamente por la nariz, sin apartarme la mirada. Le puse la mano en el pecho para animarla a continuar—. Venga, sigue así. No pasa nada por tener miedo. No luches contra él.

—Dime que estoy loca —me pidió, con una voz apenas audible—. Dime que no es real, por favor. —Seguía aferrada a mi camiseta y clavaba cada vez más los dedos en la tela—. Empezó a perseguirme y me caí. Me di en la cabeza. Debe ser eso, ¿verdad? Me lo he imaginado todo. —La incredulidad hacía que le temblara la voz.

Quería decirle que solo había sido una pesadilla. Una alucinación provocada por el golpe. Pero no podía.

Se había quedado atrapada sin previo aviso en la fría, oscura y peligrosa realidad de mi vida. Tenía que estar preparada para lo que se avecinaba.

—No estás loca, Salem.

Dejó de llorar de pronto. Durante un instante, su expresión me pareció indescifrable, como si el rostro se le hubiera petrificado por la sorpresa.

—¿Tú también la has visto? —preguntó.

—Sí. Todos los inviernos desde hace casi veinte años.

—Joder. —Se le quebró la voz. El pecho le subía y bajaba con cada respiración agitada—. No puede ser real. No puede ser. Esas cosas no existen, no son… No…

Le cogí las manos, le estiré los dedos y los sostuve sobre los míos. Tenía la piel tan fría como el hielo, así que me acurruqué junto a ella, la envolví en mis brazos y la estreché con fuerza.

—Respira conmigo —dije, rozándole la espalda con la mano—. Estás a salvo, te lo prometo. No dejaré que te pase nada. —Me apoyó la cabeza en el hombro y me hundió la cara en el cuello. La calidez de sus lágrimas me humedeció la piel y el corazón se me encogió al percibir sus sollozos entrecortados.

Al rato, su respiración se acompasó con la mía. La tensión de las extremidades se le fue disipando a medida que inspiraba y espiraba lenta y profundamente. Un leve temblor la sacudió al sorber por la nariz; luego, se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho, es que… no me puedo creer que esto sea real. —Levantó la cabeza y se acercó todo lo que pudo a mí para encontrarse con mi mirada—. Lo de fuera, en los árboles… Esas personas…

La interrumpí.

—No pienses en eso, Salem. Ya no están aquí. Han dejado de sufrir.

Me desgarraba por dentro vislumbrar ese vacío en sus ojos: una oscuridad profunda que solo el dolor y el miedo podían sembrar.

—La figura de rojo que vi en mi habitación —dijo de repente, observándome con atención—. ¿Era real también?

—Sí. Era real.

Soltó un suspiro de alivio que estuvo a punto de perderse en medio de otro sollozo. Tenía que bañarla y ofrecerle algo de ropa limpia, odiaba verla así.

—No tienes por qué temerle a la figura que viste en la mansión —le aseguré—. A mí también me da miedo, pero no va a hacerte daño.

—Lo sé. —Asintió—. Sé que no va a hacerme daño. De hecho, creo que me ha ayudado.

No era momento de abrumarla con preguntas, así que no insistí en saber más; ya me lo contaría cuando se sintiese preparada. Sin embargo, había algo que necesitaba saber, por mucho miedo que me diera decirlo en voz alta.

—La criatura que te encontraste en el bosque… ¿te vio a ti? ¿Te miró?

Se quedó inmóvil durante unos segundos, intentando hacer memoria.

—No tenía ojos —dijo—. Me vio, pero no tenía ojos. —Inhaló con dificultad—. No paraba de llamarme con la voz de Martin. Incluso… usó mi voz también. Me imitó. Sabe que… Sabe… Lo… —Dio un brinco cuando alguien pasó por la ventana, pero solo eran dos hombres con una expresión sombría en el rostro llevando una escalera larga—. Creo que voy a vomitar. Hostia puta. Esto es una mierda.

Se tapó la boca con la mano y cerró los ojos con fuerza. Conocía esa

sensación de terror, de pánico; la conocía demasiado bien, y precisamente por eso sabía que no servía de nada luchar contra ella. El miedo estaba consumiéndola por dentro. Le temblaba el cuerpo y no dejaba de sollozar, suplicando una y otra vez en voz baja que nada de aquello fuera real.

—Mírame —ordené con suavidad. Le acuné el rostro con una mano y, con la otra, le aparté las suyas y le sujeté ambas muñecas—. Nada ni nadie va a tocarte, ¿me oyes? No pienso dejar que te hagan daño, ¿entendido?

Se encontraba a escasos centímetros de mí. Asintió y se inclinó hacia adelante. La corta distancia que separaba nuestros labios me parecía un abismo, y el corazón me dio un vuelco al precipitarme por él, pero ella me alcanzó antes de que me arrojara al vacío, envolviéndome en un beso desesperado. Era una promesa, una disculpa. La confesión de todos los miedos que no me atrevía a pronunciar en voz alta.

—Estoy aquí contigo —susurré, y asintió frenéticamente—. Pienso protegerte con mi vida. Te lo juro.

24

Salem

EL ÁNGEL

Cuando regresamos a la mansión, Rayne me preparó un baño. Me ayudó a quitarme la ropa sucia y luego me dio privacidad para sumergirme en el agua caliente. Después de cambiar el agua tres veces y de dejarme la piel roja de tanto frotar, conseguí deshacerme del barro y la sangre.

Los párpados me pesaban tanto del cansancio que me quedé dormida en el agua y me desperté sobresaltada antes de salir a rastras de la bañera. Mi mochila, junto con todas mis pertenencias, estaba completamente empapada, pero en la cama había un pantalón de chándal enorme al lado de una camiseta ancha y suave. Cuando me la puse, olía a ella.

Por suerte, las pastillas de diazepam seguían intactas en mi equipaje. Me tomé una, me acurruqué en la cama y logré descansar unas horas, hasta que las pesadillas me despertaron de nuevo.

Al incorporarme, medio dormida, vi que había una nota en la mesita de noche.

«Te espero abajo. Te contaré toda la verdad».

Me envolví en la manta y bajé las escaleras arrastrando los pies. Seguí el sonido lejano de la voz de Rayne y me detuve antes de llegar a la zona común para escuchar a través de la puerta entreabierta la conversación que estaba manteniendo con alguien allí dentro.

—Venga, Barry. Por favor, te lo ruego. Solo un viaje de vuelta, te pagaré lo que…

Eché un vistazo por la rendija de la puerta. Rayne estaba al teléfono, con el labio inferior apretado entre los dientes mientras escuchaba a quienquiera que hablara al otro lado de la línea.

—No te pasará nada, te lo juro, son solo supersticiones…

La voz furiosa del hombre le respondió tan alto que retumbó en el pasillo.

—Todo el mundo sabe que esa isla está maldita, y ningún marinero que se precie llevaría su barco de vuelta allí en esta época del año. Tengo una esposa y una familia a la que mantener. Llama a la puta guardia costera.

—Barry…

Rayne se alejó el teléfono de la oreja y soltó unos cuantos improperios al darse cuenta de que la persona al otro lado había colgado. Lanzó el teléfono al sofá y se desplomó sobre él.

Pero se levantó de un salto en cuanto el suelo comenzó a crujir bajo mis pies.

—¿Quién era? —pregunté.

Dejó escapar un suspiro, pasándose una mano por el pelo.

—Barry, el dueño del *ferry* que viene a la isla. Le he preguntado si podía hacer un viaje de emergencia para llevarte de vuelta a casa, pero… —Negó con la cabeza—. Se avecina una racha de mal tiempo y no quiere arriesgarse. —Hizo una mueca y añadió—: Además, muchos marineros son supersticiosos con Blackridge. Antes nos traían suministros por barco durante los meses de invierno, pero, en cuestión de una década, se hundieron media docena de embarcaciones y otras tres desaparecieron sin dejar rastro. Algunos dicen que hay una baliza de luz fantasma en el faro. Otros afirman escuchar susurros y gritos que provienen del agua.

Se sentó de nuevo, retorciéndose las manos con cierto nerviosismo mientras miraba fijamente el fuego. Cogió un vaso medio lleno de *whisky* de la mesa de centro y le dio un trago. Entonces, me acerqué para sentarme a su lado.

—Necesito contarte la verdad —dijo. Su voz sonaba áspera e insegura—. Después de que asesinaran a mi madre, cambiaron muchas cosas, pero lo primero que noté fue que comencé a oír voces; todo el pueblo las oía. Luego, empezó a morir gente. —Hizo una pausa y torció la boca en una mueca de disgusto—. Lo siento. No estoy acostumbrada a hablar de esto. Nunca se lo he contado a nadie. —Se bebió el *whisky* de un trago, sin pestañear—. Aquí ya lo sabe todo el mundo.

A pesar de que estaba envuelta en una manta, un escalofrío me recorrió el cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Era la única persona en toda la isla que no estaba al tanto de los horrores que acechaban en ella. Todos sabían que existía aquel ser monstruoso. Sabían que era capaz de matar. En ese momento, todo empezó a cobrar sentido: sus miradas inquisitivas, el recelo que mostraban con los de fuera, ese fervor religioso.

La savia de la leña chisporroteaba al quemarse y las ramitas crujían en la chimenea. Me quedé mirando las llamas ondulantes, como si el fuego pudiera borrar la imagen que se me había quedado grabada en la mente.

Esos cuerpos de los árboles pertenecían a personas que tenían una familia, amigos, toda una vida por delante. Personas que habían sentido miedo y dolor, al igual que yo, y no se merecían que los colgasen a modo de advertencia después de morir de esa forma tan cruel y despiadada.

Cerré los ojos un instante para contener las náuseas. Al abrirlos de nuevo, vi a Rayne inclinada sobre mí, observándome con

preocupación.

—Podemos seguir hablando de esto luego —me ofreció—. Necesitas descansar.

Negué con la cabeza y me obligué a mantenerme erguida.

—Estoy bien. Quiero saber toda la verdad. De principio a fin.

Volvió a recostarse, asintiendo lentamente a la vez que removía la bebida de su vaso. Podía percibir el aroma a *whisky* flotando en el ambiente.

En lugar de mirarme a mí, clavó los ojos en el líquido dorado que sostenía entre las manos y continuó con el relato.

—El invierno que siguió a la muerte de mi madre, empecé a oír voces en la casa. Me sentía sola. Demasiado sola… —Dejó la frase en el aire. Notaba su dolor en cada palabra que pronunciaba—. Pero las voces me asustaban. Susurraban algo sobre el tormento, la sangre y los huesos. No entendía nada. Intenté contárselo a mi padre y… —resopló, con el rostro endurecido por la amargura de los recuerdos— me dijo que estaba oyendo cosas malas y que, si seguía prestándoles atención, iría al infierno. Me mandó a rezar y me cerró la puerta en las narices.

—Rayne… —¿Qué podía decirle? ¿Acaso existían palabras que pudieran consolarla?

Carraspeó, se terminó la bebida y se levantó de un salto para servirse otra. Permaneció de pie junto al carrito del bar, de espaldas a mí, y prosiguió:

—Mi padre cambió por completo después de que muriera mi madre. Nunca había sido cariñoso, pero se volvió una persona iracunda. Y cruel. Ni siquiera le dedicó unas palabras en su propio funeral; se puso a hablar del diablo, del juicio y la condena eterna. No buscaba justicia, sino venganza. Cada domingo se subía al púlpito para recordarnos que Dios nos juzgaba a todos y que no

tardaríamos en pagar por nuestros pecados.

—¿A qué juicio se refería? ¿Qué quería decir con eso?

—No estoy segura de que lo supiera. Quizá, si lo hubiera sabido, no habría hablado así desde el púlpito. —Cuando me miró por fin, vi en sus ojos el reflejo de un miedo que llevaba años grabado en lo más profundo de su alma—. Aunque no creo en Dios, sí creo que hay cosas en este mundo que escapan a nuestra comprensión. Algunas son inofensivas, pero otras actúan como depredadores. Y, cuando un depredador huele la debilidad, sale a cazar. —Bajó la voz y continuó —: Mi padre le rogó a Dios, una y otra vez, que le enviara un ángel, un mensajero, un soldado sagrado. Y, al final, consiguió lo que tanto ansiaba.

»Un hombre, Greg Kenninson, murió ese invierno. Lo encontraron destripado y decapitado fuera de su establo, junto con la mayoría de sus animales. Era amable, un buen hombre, pero tenía un problema con la bebida. —Alzó su vaso en un brindis lleno de pesar—. ¿Quién puede culparlo? Mi padre decía que era una persona malvada, que Dios lo había juzgado y no lo había estimado digno de su misericordia. Él fue el primero.

»Cada invierno que pasaba, le seguían más. Empezaron a correr rumores de que había una bestia en el bosque, un depredador. Una criatura que cazaba de noche, bajo la lluvia y la nieve. La gente decía que oía a sus seres queridos recién fallecidos llamándolos desde el bosque. Al poco tiempo, un grupo de cazadores lo grabó en vídeo. Mi padre lo bautizó como el ángel de Blackridge, enviado por Dios para impartir su juicio divino.

Mi miedo aumentaba con cada palabra que escuchaba.

—¿Cómo puede alguien pensar que eso sea divino?

—Los reconforta —respondió—. Tienen fe en su propia virtud. Así, cuando alguien muere, pueden justificarlo atribuyéndoselo a la

voluntad de Dios.

Me aferré aún más a la manta y pensé en Martin y George, en sus bromas amistosas y sus tonterías. No se merecían morir de esa forma. Ni siquiera un acto de Dios habría podido justificar semejante atrocidad.

Rayne soltó el vaso y se acercó a mí. Me rodeó con el brazo y le apoyé la cabeza en el hombro. El corazón se me estaba acelerando de nuevo y las piernas empezaban a temblarme. Necesitaba otra pastilla.

Pero quería que me contara toda la verdad.

—Entonces, has aprendido a vivir con ello —dije.

Rayne asintió.

—Más o menos. Con el paso de los años, la gente ha aprendido cuáles son los hábitos de la bestia, sus debilidades, sus miedos. Rara vez sale durante el día, a menos que las nubes tapen el sol. Nunca la vemos en verano. Las luces brillantes y el fuego sirven para asustarla, aunque no la ahuyentan del todo. No tiene ojos, pero puede ver. Y se le da muy bien imitar voces. —Me abrazó con más fuerza—. Ya la has oído.

Asentí, estremeciéndome al recordar aquella espantosa voz.

—Imita las voces de sus víctimas para usarlas a modo de cebo —explicó—. El *sheriff* reunió a un grupo de guardabosques voluntarios para patrullar los caminos e instalar cámaras. Algunos hemos intentado enfrentarnos a ella. Nadie ha conseguido matarla, pero descubrimos que podíamos hacerle daño. Un invierno, Andy le voló una extremidad con la escopeta y no volvimos a verla durante el resto de la temporada. Aun así, al año siguiente, le había vuelto a crecer el puñetero brazo.

—Si se le puede hacer daño, también se le puede matar —dije, intentando parecer convencida. En realidad, no tenía ni idea de si las

reglas del mundo real podían aplicarse a aquella situación, pero necesitaba creer que sí. Tenía que aferrarme a esa esperanza.

Rayne asintió.

—Sí. Creo que se le puede matar. Lo he intentado. Muchos lo hemos intentado. —Dejó escapar un suspiro—. Pero tiene que haber alguna forma.

—¿Por qué no te has ido de la isla? —pregunté—. ¿Por qué sigue aquí la gente? —Me incorporé y la agarré del brazo con urgencia—. Podemos buscar la manera de irnos juntas. Tú y yo. No tienes por qué quedarte aquí.

Esbozó una sonrisa llena de tristeza.

—Lo he intentado. Muchos lo hemos intentado.

Fruncí el ceño.

—¿Intentado?

—Las voces nos siguen allá donde vayamos.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, mordiéndose la uña del pulgar.

—Algunos se han ido. Hay familias enteras que han intentado escapar, pero siempre regresan a las pocas semanas. Los que insisten en mantenerse alejados… acaban muriendo. —Se sacó de la boca la uña astillada que estaba mordisqueando—. Yo estuve en tierra firme una semana. Al quinto día, solo oía gritos, de día y de noche, como si tuviera una criatura invisible pegada en la espalda, aullándome al oído con una furia asesina. No podía dormir. No podía comer. Me habría lanzado al océano con tal de que parara. —Me miró con seriedad—. Nos pasa a todos, a cualquiera que permanezca aquí durante demasiado tiempo. La mujer de rojo, esa que has visto, nos susurra. No deja que nos vayamos.

Un sonido extraño, similar al de un ligero suspiro, hizo que ambas nos estremeciéramos y nos giráramos hacia la puerta que daba al

pasillo. Incluso Loki levantó la cabeza, atento, con las orejas también alzadas. Una oleada de miedo me recorrió la espalda y tragué saliva con dificultad.

—Entonces… —Me costaba pronunciar las palabras en voz alta—. ¿A mí tampoco…?

Se quedó callada durante unos instantes. El silencio me oprimió aún más el nudo que se me había asentado en el estómago.

—No lo sé —contestó al rato.

El corazón se me desbocó ante su respuesta y sentí el eco de cada latido retumbándome en el pecho. Por más que intentaba mantener la calma, las piernas no dejaban de temblarme. Me arrebujé en la manta, pero ni siquiera su calor bastó para deshacerme del frío que me había calado hasta los huesos.

—¿Quién es? ¿Un fantasma? —pregunté, sin poder dejar de castañear los dientes.

—A veces me pregunto si es ella. —Hizo una breve pausa—. O lo que sea que quede de ella. Mi madre. —Tragó saliva con fuerza y respiró hondo—. Salem, no era mi intención meterte en todo este lío, de verdad… Sé que es arriesgado dejar que la gente venga aquí y que no debería haber hospedado nunca a nadie en la mansión, pero no se me ocurrió otra alternativa. La casa se está cayendo a pedazos y el dinero de mi padre se esfumó mucho antes de que muriera. Así que, durante el verano, finjo que todo va bien; hago de anfitriona y cuido los jardines. Cuando acaba la temporada y vuelvo a quedarme sola, empiezo a cazar y ayudo a vigilar los caminos.

—¿Y la policía? —inquirí con desesperación—. El *sheriff* Keatin. ¿No puede dar parte de la situación y pedir ayuda?

—Lo intentó. Estuvieron a punto de internarlo en un psiquiátrico por atreverse a sugerirles a las autoridades continentales que no se trataba de simples ataques de animales salvajes, de modo que no nos

quedó más remedio que lidiar con esa cosa solos. Hay gente, como Ruth, que piensa que no deberíamos hacer nada en absoluto.

—¿Por qué? ¿Cómo puede…? —comencé a decir, confundida.

—Es el juicio de Dios. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar los designios del Señor? No importa quiénes mueran; a sus ojos, solo son pecadores. Si indagas lo suficiente en sus vidas, siempre encontrarás una razón por la que se lo merecían: infieles, mentirosos, ladrones, borrachos, pervertidos… Nadie puede ser perdonado porque nadie está libre de pecado.

—El ángel no juzga a nadie —puntualicé—. No elige a sus víctimas a propósito. Solo las caza.

—Exacto. No es el mercenario de Dios, es solo una bestia. Un monstruo. —Cogió una bocanada de aire—. Pienso matarlo. Como sea. Algún día acabaré con él, joder.

25

Salem

QUÉDATE

Me quedé dormida en el sofá, arropada por el crepitar del fuego. Tenía demasiado miedo como para volver a mi habitación y dormir sola. Escuché a Rayne acercándose suavemente a la chimenea para avivar las llamas con más leña; luego, percibí el chasquido de su mechero, seguido del olor acre del humo de la marihuana, y se sentó a mi lado en el sofá. En un momento dado, abrí los ojos y me la encontré con unas agujas de punto en la mano, tejiendo algo con una lana de color rosa pálido. El tintineo de las agujas al chocar entre sí me resultaba reconfortante, y su rostro irradiaba paz mientras trabajaba con los hilos.

Se recostó a mi lado bien entrada la noche. Me cogió las manos para besármelas y, al moverme, inquieta, susurró:

—Estás a salvo. No pienso dejarte sola.

Cuando las pesadillas me despertaron antes del amanecer, seguía abrazándome, incluso dormida. El corazón me martilleó en el pecho al ver las ventanas empapadas de lluvia y empecé a temblar solo de imaginarme a esa bestia espantosa asomándose tras el cristal. Me estremecí, con los ojos llenos de lágrimas, intentando no pensar en los cuerpos mutilados de los árboles.

Loki se encontraba dormido junto al fuego, pero se desperezó al sentirme y acudió a mi lado. Se sentó y procedió a lamerme la cara, a lo que respondí rodeándole el cuello peludo con un brazo. Entonces,

Rayne suspiró suavemente, hundiendo la cara en mi pelo.

—No pasa nada —susurró, con la voz aletargada—. Estoy aquí contigo, preciosa.

Los latidos desbocados de mi corazón fueron apaciguándose poco a poco. Loki se tumbó y dejé el brazo colgando del sofá para acariciar su espeso pelaje negro. No sé cómo, pero conseguí dormir un par de horas más.

A la mañana siguiente, una tormenta implacable se cernía sobre la isla. El estallido de un trueno me despertó de golpe y percibí la lluvia y el viento ululante sacudiendo la casa.

Me quedé allí unos instantes sin moverme, escuchando la tormenta. Me dolían los músculos y la cabeza me palpitaba con fuerza. Al cabo de un rato, el estómago empezó a rugirme tanto que no tuve más remedio que levantarme. Apenas me había dado tiempo a despegar el culo del sofá cuando Rayne se sobresaltó, abrió los ojos de par en par y me agarró de la muñeca con firmeza.

—Estoy bien, tranquila —me apresuré a decir—. Perdón. No quería despertarte. ¿Te apetece un café? ¿O un té?

Se quedó mirándome fijamente durante diez largos segundos sin decir ni una palabra. Luego, murmuró:

—Esto tiene que ser un sueño. No deberías estar aquí. —Me soltó y se frotó la cara con la mano—. ¿Has dicho café? Yo te lo traigo. Estás herida, no…

Al verla intentando levantarse torpemente por el sueño, la empujé hacia abajo para que volviera a recostarse.

—Estoy bien, te lo prometo.

Se desplomó en el sofá, sacudiendo la cabeza con una ligera sonrisa en los labios.

—Definitivamente, estoy soñando. No me creo que un bellezón como tú vaya a traerme un café por la mañana.

Una punzada de dolor me atravesó el corazón, sin saber por qué. Cerró los ojos y me incliné para besar la fría piel de sus mejillas. Aunque permaneció inmóvil, la sentí inhalar bruscamente.

—Pues más te vale creértelo. Ahora vengo.

Como no quedaban huéspedes en la mansión, el comedor estaba recogido. Las sillas se encontraban apiladas contra la pared y unas sábanas blancas cubrían todos los muebles para protegerlos del polvo. Vista así, la habitación daba la impresión de estar llena de fantasmas silenciosos, o quizás solo era mi imaginación desbordándose una vez más.

En mi mente no dejaban de reproducirse unas imágenes que parecían surrealistas: la criatura, los cuerpos, la sangre y las vísceras. Me detuve en la puerta de la cocina, con los ojos cerrados, obligándome a respirar lenta y profundamente. Me dije a mí misma que nada de aquello era real solo para poder dejar de darle vueltas.

Pero no podía aislarme de la realidad de esa forma, por mucho que me costara asimilarla. Lo había visto todo con mis propios ojos. Había olido el hedor a muerte y sangre. Había oído los lamentos y los gritos de los testigos horrorizados.

El último *ferry* de la temporada había zarpado de la isla; nadie vendría a rescatarme. Aunque sonara absurdo en ese momento, de pronto me preocupó la posibilidad de que pudieran echarme del trabajo por ausentarme durante tanto tiempo.

Se me ocurrió que, tal vez, si vaciara mi cuenta de ahorros y agotara el crédito de un par de tarjetas, podría alquilar un helicóptero. También podría hacerme con una barca de remos. O llamar a la guardia costera. Visualicé cómo llegaba el rescate y me despedía de Rayne, abandonándola a su suerte frente a esa bestia.

No me sentía bien ante la idea de irme sin ella. Por muy aterrorizada que estuviera, no quería dejarla atrás.

No iba a permitir que se quedara sola. Aunque no me quisiera allí, me necesitaba.

Tardé más tiempo del previsto en orientarme por la inmensa cocina, pero al final encontré una bolsa de café de dos kilos y medio, entre otras bolsas enormes de provisiones. Al menos, la comida no iba a suponer ningún problema; Rayne se había abastecido de sobra para sobrevivir al largo invierno sin pisar un supermercado.

Cuando regresé al salón con dos tazas humeantes de café, Rayne se encontraba sentada en su sillón de terciopelo verde, con algo en el regazo. Había reavivado las llamas, de modo que un calor reconfortante envolvía la estancia mientras la lluvia se resbalaba por el cristal de las ventanas.

—Gracias. —Me sonrió, depositando la taza en la mesa que había a su lado. Aproveché para echar un vistazo a lo que estaba mirando. Tenía una carpeta de manila abierta entre las manos, llena de recortes de periódico y fotografías.

—¿Eso es…? Ay, Dios. —Me di la vuelta a toda prisa, con el corazón retumbándome en el pecho y los pulmones cerrados. El sillón crujió y, de pronto, Rayne me abrazó por la espalda, acomodándome la cabeza bajo su barbilla.

—Son fotos de esa cosa, ¿verdad? ¿Del ángel? —dije, con la voz temblorosa.

—Sí. La mayoría las he hecho yo misma. Todas están borrosas, pero es imposible obtener una imagen nítida. Lo he intentado. No tienes que mirarlas si no quieres.

Respiré hondo varias veces y esperé hasta que desapareció ese vacío que sentía en el estómago.

—No. Quiero verlas. Necesito hacerlo. —Me giré con la taza de café temblando en las manos—. Enséñamelas.

Asintió, regresó a su asiento y hurgó entre los papeles hasta dar

con una vieja Polaroid.

—Esta es la primera que le hice. —La alzó para que la viera.

La foto estaba tan borrosa que resultaba imposible distinguir algo entre los árboles. Sin embargo, al observarla con más atención, pude identificar al extraño ser de largas extremidades de espaldas a la cámara.

Tal y como se había presentado ante mí por primera vez.

—Joder. —Solté un suspiro tembloroso y dejé el café en la mesa, temiendo que se me derramara.

—Después de que matara a mi padre, James reunió a un pequeño grupo de cazadores para ir tras esa cosa. No quería que los acompañara, pero… —se encogió de hombros— los seguí igualmente. No tenía ningún arma de fuego, así que uno de ellos me dio un rifle viejo y aprendí a disparar.

Había una docena de fotos de todos los tamaños. En algunas, apenas se veía dónde se encontraba la bestia, pero en otras, aunque estaban borrosas, su presencia era más que evidente.

—Rebecca se fue bastante de la lengua contigo —dijo Rayne, mostrándome una última foto. Estaba tomada desde lo alto y salía el ángel arrastrándose por una extensión escarpada de roca negra—. Esta se la hicieron desde la torre de vigilancia contra incendios, en el extremo norte de la isla.

—No vas allí para prevenir incendios, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Lo que hago es buscar a esa cosa, vigilar los caminos y avisar a la gente si la veo. La única torre de telefonía móvil que tenemos también está allí y a veces necesita mantenimiento.

Cerró con brusquedad la carpeta, la dejó a un lado y cogió su taza de café. Dio un largo sorbo y suspiró.

—Guau. Sabe mucho mejor cuando lo haces tú.

—Mi primer trabajo fue de barista —dije—. Así que estás saboreando mi habilidad innata para hacer café.

Su risa me hizo sonreír. Nos sumimos en un silencio reconfortante por un momento, hasta que le pregunté con tacto:

—¿Estás enfadada por tenerme aquí? Sé que no planeabas alojar a nadie durante el invierno y probablemente te resulte raro que alguien esté en tu casa, pero te juro que te pagaré la comida…

Alzó la mano para callarme.

—No estoy enfadada. Estoy… Joder, Salem. Lo único que quiero es protegerte. Ni se te ocurra pensar que me molesta tenerte aquí. No me molestas, en absoluto. Es… Bueno… —Bajó la voz—. Una parte de mí se alegra de que estés aquí. No quería que te fueras. Es muy duro pasar sola el invierno. —Soltó la taza y se frotó la cara con la mano—. He sido yo la que te ha metido en esto y también seré la que te saque.

Alargué mi mano hacia la suya por instinto. Me la cogió, entrelazó los dedos con los míos y me besó el dorso.

—¿Estamos a salvo aquí? —quise saber—. ¿En la mansión?

Asintió.

—Todo lo a salvo que se puede estar. Tengo cámaras y focos alrededor del perímetro. Hoy voy a darme una vuelta por la verja para poner alambre de espino. —Me apretó la mano—. Pienso mantenerte sana y salva, Salem. Cueste lo que cueste.



El día transcurrió despacio. Rayne tenía mucho que hacer y desapareció con Loki poco después de terminarse el café. Yo me limité a quedarme sentada, preocupándome y vaciando la cafetera en el proceso. Intenté leer, pero las palabras no conseguían sacarme

de mis pensamientos. Tampoco tuve suerte dibujando: me temblaban tanto los dedos que solo fui capaz de plasmar garabatos borrosos bajo la mina del lápiz.

Así que me acurruqué en el asiento de la ventana de mi habitación y miré hacia el jardín con la esperanza de verla. Cuando pasó empujando una carretilla llena de alambre de espino, con el abrigo ondeando al viento y Loki trotando a su lado, el corazón se me desbocó por completo en el pecho.

Al rato, bajé a la biblioteca y me senté frente al ordenador que había allí. El sistema operativo se había quedado desfasado y la conexión dejaba mucho que desear. Me pasé las dos horas siguientes buscando de todo, desde alquileres de helicópteros privados hasta el número de la guardia costera para un rescate de emergencia. Con la racha de mal tiempo que se avecinaba, ninguno de ellos iba a poder acceder a la isla para recogerme hasta la próxima semana, por lo menos.

Y, de nuevo, pensé en dejar a Rayne. Sabiendo lo que sabía en ese entonces, no dudaría en decirme que me fuera.

Pero no me veía capaz de hacerlo. Esa mujer había jurado protegerme, me hacía sentir importante y… querida. ¿Cómo iba a dejar que se enfrentara a todo aquello sola?

Estaba aterrorizada. Tenía el miedo tan arraigado en los huesos que ninguna pastilla podía disiparlo. Miedo de lo que era esa cosa y de lo que podía llegar a ser. Nada me aseguraba que la maldición de la isla no fuera a apoderarse de mí ni a envenenarme la mente igual que al resto.

Tal vez ya lo había hecho.

Me giré al percibir el sonido de algo arrastrándose, pero la biblioteca se encontraba vacía. Cuando el tenue resplandor de las luces parpadeó, volví a centrarme rápidamente en el ordenador,

intentando ignorar el escalofrío que me recorría la espalda.

Empecé a escribir incontables correos dirigidos a mi madre antes de lograr construir una historia que no la asustara. No serviría de nada ponerle el cuerpo malo. Esperé a que se enviara el mensaje, mordiéndome la uña del pulgar hasta que ya no quedaba nada que morder y sintiéndome como si acabara de redactar mi propio obituario.

—Quédate.

El susurro agudo y siseante me arrancó un grito e hizo que me levantara de un salto de la silla. Me golpeé la pierna con el escritorio y me aferré a ella para calmarme el dolor, con la espalda pegada a la esquina de las estanterías mientras recorría la habitación con la mirada, sumida en el pánico. Estaba vacía, igual que antes, pero se me erizó la piel del cuello por culpa del aliento frío que había percibido.

—¿Hola? —Mi voz resonó por la habitación. La luz del aplique junto a la puerta parpadeó rápidamente y se apagó de pronto. Se me había quedado la boca tan seca que no era capaz de tragar saliva. Apenas me salía la voz—. ¿Rayne? ¿Estás…?

Mis palabras se convirtieron en un sollozo apagado. Medio oculto tras una estantería a lo lejos, vislumbré el rostro demacrado y bañado en sangre de una mujer.

Se me cerró la garganta y sentí que la cabeza me daba vueltas, como si estuviera a punto de desmayarme. Me miraba con los ojos hundidos, sin pestañear. De su larga cabellera goteaba un líquido espeso y de color rojo oscuro de manera incesante sobre el suelo.

La sangre le brotaba de los labios al moverlos.

—Quédate.

Me aferré a la estantería con desesperación para evitar que se me doblaran las rodillas.

—Me… me…

Empezó a parpadear otro aplique justo encima de mi cabeza. La mujer permanecía inmóvil, aunque le daban pequeños espasmos de vez en cuando.

—Quédate.

Se apagaron todas las luces. La pantalla del ordenador emitió un destello blanco y luego se tiñó de un rojo intenso, cegándome con su resplandor. Dejé de ver a la mujer, pero seguí oyendo unos pasos lentos y húmedos arrastrándose hacia mí. Empecé a hiperventilar, forzando la vista para distinguir algo en la oscuridad.

—¡Me… me quedaré! —jadeé, con la voz entrecortada por el pánico—. Por favor… Me…

Las luces volvieron a encenderse. El ordenador se apagó. Mi aliento formó una nube en el aire helado que me rodeaba, pero no quedaba ni rastro de la mujer…

Salvo la débil huella húmeda de unos pies descalzos frente a mí.

26

Salem

La llama de una vela

Esa noche me costó conciliar el sueño. Rayne seguía fuera cuando me metí en la cama, y no pude dejar de dar vueltas sobre las sábanas frías. El rostro de aquella mujer no paraba de atormentarme. Al cerrar los ojos, me invadía la sensación de que se encontraba solo a escasos centímetros de mí, observándome, tan cerca que podía tocarme.

En un momento dado, abrí los ojos y vi un resplandor filtrándose por las cortinas. Me asomé a la ventana y, a través de la lluvia torrencial, distinguí los focos que rodeaban la propiedad, formando un anillo de luz para ahuyentar a la bestia. Luego, se oyó un golpe a lo lejos y me pregunté si habría sido el sonido de la pesada puerta principal al cerrarse con fuerza.

La ansiedad me impedía descansar. Escuchaba atentamente el aullido del viento y el rugido incesante de la lluvia, sin poder pegar ojo. Cuanto más tiempo pasaba allí tumbada, peor me sentía, así que me puse unos calcetines y un jersey y bajé las escaleras arrastrando los pies.

Loki estaba en el recibidor, durmiendo sobre la alfombra, y tenía el grueso pelaje húmedo por la lluvia. Percibí el brillo de unas llamas titilantes que provenía de la zona común, por lo que fui directa hacia allí.

Me encontré a Rayne sentada en el sofá, frente al fuego. Tenía un

vaso de *whisky* en una mano y un porro en la otra. Había varias velas repartidas por la habitación, cuyas llamas se retorcían y danzaban al ritmo de la música que sonaba por los altavoces de su móvil. Me apoyé en el marco de la puerta y esbocé una sonrisa al reconocer la letra de la canción: *Spiracle*, de Flower Face.

—¿No puedes dormir?

Me sobresalté ante su pregunta.

—Perdón. Creía que…

Cuando se dio la vuelta, la luz del fuego se reflejó en el verde de sus ojos. Aquellas llamas parecían dispuestas a consumirme por completo.

—Es difícil pillarme desprevenida —dijo con una sonrisita de suficiencia—. Me han acechado cosas mucho peores que tú.

Siguió cada uno de mis pasos mientras me acercaba a ella, recorriéndome el cuerpo con la mirada.

Entonces, se llevó el vaso a los labios e hizo tintinear el hielo con suavidad antes de beber despacio. Mis ojos se posaron en el sutil movimiento de su garganta al tragar y luego se deslizaron hacia la gota de condensación que fue resbalándose por su brazo hasta perderse en el terciopelo del sofá.

Había algo en ella que me cautivaba sin razón aparente, al igual que aquellas cosas que, a pesar de su belleza hipnótica, entrañaban cierto peligro, como el vidrio hecho trizas o el metal fundido. Cuando se giró, el airé pareció enfriarse de tal modo que no pude evitar estremecerme.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó, alzando su vaso vacío. Me acerqué hasta detenerme sobre la alfombra y enrosqué los dedos de los pies entre la suavidad de sus fibras. Asentí con la cabeza, aunque ya se estaba encaminando hacia el carrito de las bebidas. Había espacio de sobra para sentarse en el sofá junto a ella, pero la

alfombra estaba más cerca del fuego y me ofrecía la calidez que necesitaba. Además, la idea de sentarme a su lado me resultaba tan intimidante como compartir espacio con una pantera.

Se giró de nuevo con un vaso en cada mano y se rio al verme sentada en el suelo.

—¿No te gusta el sofá?

—No es eso —tartamudeé, con la esperanza de no haberla ofendido—. Supongo que te pareceré un poco rara, pero la alfombra está suave y calentita.

Cuando se agachó a mi lado para ofrecerme el vaso, empezaron a arderme las mejillas.

—Si tienes frío, puedo prepararte un *whisky* caliente con miel, agua y especias en un momento.

—No te preocupes, no hace falta. —Le dediqué una sonrisa y cogí la bebida. Era de un color ámbar profundo y llevaba un par de cubitos de hielo. Desprendía un aroma intenso, con toques de canela y caramelo—. ¿Qué es esto?

—Un remedio pasajero para tus males. —Chocó su vaso contra el mío y procedió a beberse la mitad de un trago. Al principio, el líquido me ardió en la lengua, pero enseguida noté su textura cálida y aterciopelada en la garganta. Volvió a sentarse en el sofá y sentí su mirada clavada en mí mientras contemplaba el fuego.

—¿Pudiste encontrar algún helicóptero de rescate? —dijo, tras unos instantes de silencio. Debió de haber visto mi desesperación en el historial de búsquedas del ordenador.

—No. —Suspiré y di un trago más largo—. Le envié un correo a mi madre para decirle que no se preocupara… —Se me formó un nudo en la garganta y bebí de nuevo, esperando que el alcohol me ayudara a disolverlo—. Quizá debería haberle escrito algo más para recordarles a ella y a mi padre cuánto los quiero y lo agradecida que

estoy de que siempre me hayan apoyado.

—Volverás a verlos, Salem.

Las palabras tranquilizadoras de Rayne me hicieron contener la respiración. Mis emociones estaban empezando a sobrepasarme. Por más que lo intentara, no podía ocultarlo: sentía miedo. No, *pánico*. Por desgracia, ninguna de mis guías de supervivencia en la naturaleza incluía una sección sobre cómo lidiar con monstruos sobrenaturales.

—¿Confías en mí?

Me giré. Los ojos de Rayne me devolvieron la mirada, cargados de una emoción que no supe descifrar. Me quedé en silencio por un momento, incapaz de articular ninguna respuesta.

—Esa cosa ha matado a Martin y a George —logré decir con la voz ahogada.

—No estaban bajo mi protección, pero tú sí.

Me di la vuelta, me terminé la bebida y dejé el vaso vacío a un lado. Froté las manos una y otra vez contra la alfombra y procuré concentrarme en el calor que me bajaba por la garganta para no entrar en pánico.

—Se me ha aparecido de nuevo —confesé en voz baja—. El fantasma de rojo. La mujer. Me ha dicho que me quede. —Respiré hondo y miré hacia atrás—. Y eso es lo que voy a hacer. Voy a ayudarte a resolver todo esto.

La coraza de Rayne se resquebrajó y el miedo comenzó a filtrarse a través de ella.

—Salem, no. Escúchame, en cuanto pueda contactar con la guardia costera, te llevaré…

—No pienso irme.

Se le contrajo el rostro de inmediato. La respiración le tembló al exhalar y masculló una maldición entre dientes.

—No deberías estar sola —continué, antes de que pudiera oponerse o el miedo me frenara—. Quiero ayudarte. En serio. Además, creo que… Creo que no dejará que me vaya. Siento que está vigilándome. —Incluso en ese instante, tenía la implacable certeza de que estaba observándome, oculta entre las sombras, como una figura oscura y perenne en el rabillo del ojo.

Rayne me miró durante un buen rato con la mandíbula apretada, como si estuviera esforzándose por contener las palabras que luchaban por escapar de sus labios.

—No me conoces lo suficiente como para confiar en mis promesas —dijo al fin, con la voz quebrada—. Pero pienso mantenerte a salvo. No… —Se detuvo de golpe. Había dejado de mirarme, perdida en algún recuerdo lejano—. No voy a dejar que esta isla me arrebate a nadie más —terminó de decir en un susurro—. Me niego a perderte a ti también.

Me arrastré por la alfombra hasta quedarme de rodillas a sus pies. Se inclinó y me deslizó un dedo por la mejilla para trazar a continuación la línea de mi mandíbula.

—Nunca he podido tener nada de lo que he deseado. Hasta que llegaste tú. Parece una broma cruel del destino. —Dio un sorbo a su bebida y levantó el vaso por encima de mi cabeza.

—El mundo ya es bastante cruel —murmuré, apoyándole las manos en el muslo—. Quiero quedarme. No quiero que te enfrentes sola a la oscuridad. Nunca más.

Abrí la boca, esperando que me diera algo de beber, y dejó escapar un sonido parecido a un jadeo estrangulado.

—Joder, Salem. Eres el único regalo que me ha hecho la vida.

Inclinó el vaso y dejó que el *whisky* frío se me resbalara por la lengua. Me lo tragué sin dejar de mirarla ni por un instante; sin embargo, el alcohol no era lo único que me hacía arder por dentro.

—¿Qué voy a hacer contigo, preciosa?

Un torbellino de ideas se desató en mi cabeza. Me subí al sofá gateando y me senté en su regazo, silenciosa y lentamente, mientras clavaba sus ojos en los míos. Cuando apreté los muslos contra los suyos, su respiración se hizo más profunda y me pasó los dedos por el pelo, provocando que se me erizara la piel de la espalda.

Me incliné hacia su oído con un nudo de nervios en el estómago. Inhalé su aroma, rozándole la oreja con la nariz, y susurré:

—Lo que quieras.

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—No. Lo que *tú* quieras, Salem. Todas y cada una de las fantasías sucias con las que hayas soñado.

Un cosquilleo me recorrió de la cabeza a los pies.

—Entonces, quiero… Quiero que me recuerdes lo placentero que puede ser el miedo.

Me agarró el pelo, despacio y con firmeza, arrancándome un gemido, y me acercó más a ella, hasta que estuve tan solo a centímetros de sus labios.

—He vivido en un infierno helado hasta que llegaste tú —confesó con la voz tensa—. La idea de follarte en cada rincón de esta casa hasta que mi padre se revuelva en la tumba me parece una puta maravilla.

Esa declaración me puso tan nerviosa que las únicas palabras que logré pronunciar fueron:

—Ay, joder.

Me besó con calma, sin prisa, como si me estuviera saboreando. Su lengua se deslizó entre mis labios y sus dedos se enredaron aún más en mi pelo, tirando de él con tanta fuerza que sentí una punzada de dolor. Empecé a restregarme contra su muslo y no pude evitar gemirle en la boca. El roce hizo que me estremeciera de arriba abajo

y la respiración se me acelerara.

Se separó lo justo para susurrarme:

—¿Qué te apetece primero, Salem? ¿Qué demonios quieres que haga contigo?

Un sonido ahogado se me escapó de la garganta.

—Hazme daño, mi ama.

—Buena chica. Así me gusta. Es un buen comienzo. —Me sacudió la cabeza con fuerza antes de soltarme. Acto seguido, hizo una mueca y añadió—: Mm, aunque tendremos cuidado con esa cabecita.

—Tampoco es que tenga una contusión ni nada por el estilo.

—¿De verdad vas a llevarme la contraria? —preguntó, con una risa de incredulidad—. No me obligues a castigarte, Salem.

—Oh, no, por favor, un castigo no… —respondí con sarcasmo.

—Se acabó. Me estorba toda esa ropa que llevas puesta.

Me quitó el jersey y lo lanzó lejos. Cuando se dio cuenta de que no había ninguna prenda más cubriéndome los pechos, abrió los ojos de par en par y exhaló despacio.

—Eres preciosa —dijo—. Quizás haya conseguido ver un ángel después de todo.

Un escalofrío me subió por la columna al acordarme de la bestia, pero esa pequeña oleada de adrenalina se propagó por mis venas como un incendio.

—¿Recuerdas tu palabra de seguridad?

Asentí rápidamente, sin pensar, y me obligó a bajar el ritmo.

—Repítemela, Salem. Demuéstrame que la recuerdas.

—Rojo —contesté con impaciencia, y cogió la vela que había en la mesita junto a su silla.

—Joder, eso… Ay, Dios… —Me preparé para lo que se avecinaba, apartando la cara de la llama.

—Mírame —susurró. Acercó la vela y la sostuvo frente a uno de

mis pezones—. No pasa nada, puedes hacerlo. ¿Quieres que siga?

—Sí, por favor —gemí con desesperación al sentir cómo una calidez sutil iba dando paso a un cosquilleo abrasador a medida que aproximaba el fuego a mi piel. Le clavé las uñas en el muslo, con el corazón retumbándome en el pecho.

—A ver qué sabes hacer con esas garras. —Me rodeó la cintura con el brazo, sujetándome con firmeza para impedir que me moviera.

La llama se encontraba a punto de tocarme y me estremecía cada vez que la veía agitarse. La cabeza me daba vueltas por la expectación e inhalé de forma entrecortada.

—Enfréntate a tus miedos por mí. Enséñame lo valiente que eres.

Asentí, impaciente. La llama me acarició el pezón lo suficientemente rápido como para sentir su calor sin quemarme. Una mezcla embriagadora de alivio, adrenalina y deseo me recorrió las venas mientras luchaba por quedarme quieta. El pecho me subía y bajaba a un ritmo frenético.

—¿Quieres más? —preguntó, con la voz acelerada por la excitación. Me tenía entre sus fauces, como un cordero masoquista suplicando que lo sacrificaran.

—¡Sí! Quiero… Ah, joder…

Me paseó la llama de un pezón al otro. Cada ráfaga de calor me arrancaba de la garganta ligeros gemidos cargados de necesidad.

Empapada de sudor y jadeando de deseo, se me escapó un quejido cuando dejó la vela a un lado.

—Ya me he hartado de toda esta ropa —musitó de repente, alzándome con ella a la par que se ponía de pie. Me desnudó por completo y me llevó hacia la alfombra.

Me puso de rodillas y me obligó a colocar las manos entrelazadas detrás de la cabeza para seguir jugando con mis pezones. Los chupó, pellizcó y mordisqueó. Las caderas me temblaron de deseo al sentir

su mano deslizándose entre mis piernas, rozándome los muslos sin llegar más arriba.

—Esa es mi chica —susurró con naturalidad, como si fuese lo más normal del mundo. Como si fuese *su chica* de verdad—. Mírame. —Levantó la mano para sujetarme la cara. Acto seguido, sentí sus dedos callosos recorriéndome la mandíbula con suavidad; luego, me acarició los labios con el pulgar y me lo introdujo en la boca mientras ahuecaba la otra mano entre mis piernas y me frotaba el clítoris con la palma.

Le rodeé el pulgar con los labios y observé cómo se le agrandaban los ojos al verme gemir y chuparle el dedo. Me presionó la lengua hacia abajo, forzándome a abrir la boca, y me retuvo en esa posición. Poco después, la saliva se me acumuló en las comisuras y mi lengua se revolvió inquieta bajo su agarre, intentando tragar de manera instintiva.

Se rio entre dientes y me sacó el pulgar de la boca para ofrecerme el índice y el corazón en su lugar.

—Mójamelos bien —ordenó—, porque estos son los dedos que pienso meterte en el coño.

Le pasé la lengua por ambos y la deslicé entre ellos obedientemente, sin dejar de mirarla. Cuando los apartó, percibí el destello de un hilito de saliva que se extendía desde mis labios hasta sus dedos.

—Joder, qué sexy eres. ¿Qué he hecho para merecerte, Salem?

Contuve el aliento cuando noté un dedo húmedo adentrándose en mí, pero Rayne me agarró la mandíbula, apretándome las mejillas.

—Ahora respira hondo… Eso es —dijo, marcando el ritmo conmigo. Apoyó la frente contra la mía y me perdí en la noche ardiente de su mirada. Solté el aire y, con la siguiente inspiración, absorbí el calor que nos envolvía, dejando que su aroma me

impregnase los pulmones. Entonces, continuó sumergiendo su dedo en mi interior, curvándolo y acariciándome cada recoveco, hasta que se me pusieron los ojos en blanco.

—¿Lista para otro más? —murmuró. Asentí con rapidez y gemí al sentir el otro dedo resbalándose dentro de mí. Lo empujó con fuerza hacia el fondo al compás de mis caderas mientras me restregaba contra su mano.

—Lo estás haciendo fenomenal, joder. Cabálgame los dedos, preciosa. Demuéstrame lo mucho que me deseas.

Me atrajo hacia ella y me besó, moviendo la lengua y los dedos al unísono con malicia.

—Voy a hacer que te corras tan fuerte que te olvides hasta de tu nombre —me advirtió, con la respiración pesada.

De repente, por alguna razón que no pude comprender, la ansiedad se apoderó de mí.

«No, no, ahora no. ¿Por qué?».

¿Y si no podía seguir? ¿Y si no lograba alcanzar el orgasmo o tardaba demasiado en llegar y se impacientaba? Mis movimientos se volvieron torpes y le aparté la mirada, conteniendo la respiración de nuevo.

—¿Quieres que pare, cielo? —preguntó, con un tono de voz que hizo que me derritiera. Me soltó la mandíbula y empezó a acariciarme la mejilla con los dedos—. Háblame.

«Estás dándole demasiadas vueltas. Deja de pensar. ¿Qué te pasa? ¿Por qué siempre tienes que complicarlo todo?».

Sacudí la cabeza.

—No, no es nada, estoy bien, no hace falta que pares… —tartamudeé.

Retiró con delicadeza los dedos de entre mis muslos y se los llevó a la boca para limpiarlos con la lengua. El simple hecho de verla

deleitándose con mi humedad estuvo a punto de hacer que se me nublara la mente, que ya se encontraba de por sí al borde del colapso.

—Solo pienso seguir si te apetece de verdad y lo estás disfrutando, Salem —sentenció, sacándose los dedos de la boca—. ¿Entendido? Si me estás usando para autodestruirte, paramos ahora mismo.

Mi cuerpo parecía una bomba de relojería, amenazando con estallar en cualquier momento.

—No… No estoy… —empecé a decir a tientas—. Es solo que… Me he puesto… nerviosa….

«¿Ves? Ya lo has estropeado todo. Tenías que ir y perderte en tus pensamientos. Por eso la gente no te soporta, Salem. Por eso…».

—¿Qué es lo que te ha puesto nerviosa? —Su tono de voz era suave y sereno, pero, aun así, me sentí como si la hubiera decepcionado.

Me acunó la cara entre las manos y me acarició la mandíbula despacio, brindándome un punto de apoyo al que aferrarme en medio del vendaval que me azotaba la mente.

—Cuéntamelo —insistió—. No tienes por qué callártelo. No pasa nada. Estás a salvo conmigo.

—Es que… —Tragué saliva con dificultad—. No creo que pueda correrme. Es… No sé… Unas veces tardo más y otras directamente no puedo hacerlo si he estado nerviosa. Y estos últimos días… han sido demasiado. Mi cerebro tiende a obsesionarse con algunas cosas y, en ocasiones, puede parecer… un disco rayado. Así que no dejo de reproducir en mi cabeza todas las atrocidades que he visto. —Concretamente, los cadáveres, los monstruos, la sangre y los espectros.

Volví a tragar saliva, incapaz de mirarla. Solo tenía ganas de hacerme un ovillo, como un insecto en peligro.

—Lo entiendo —dijo—. De verdad. No pasa nada por sentirse así. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Se me abrieron los pulmones y pude respirar de nuevo. Un fuerte escalofrío me recorrió el cuerpo al soltar el aire que había estado conteniendo.

—Lo que estás haciendo es… perfecto. Solo necesitaba bajar el ritmo. Me estaba gustando mucho, te lo prometo, y quiero seguir… Quiero… —Levanté la vista y, por un instante, la dulzura de su mirada volvió a robarme el aliento—. Te deseo. De verdad.

Me cogió las manos y las besó; luego, me atrajo hacia ella y me estrechó con fuerza. La calidez de su abrazo era como un rayo de sol atravesando la niebla, y dejé escapar un suspiro al apoyarle la cabeza en el hombro.

—Oye, quiero que te quede claro algo: para mí es un placer quedarme aquí contigo toda la noche —me aseguró—. Ya sea tocándote hasta que te deshagas en súplicas y gemidos… o abrazándote sin más. Si no te corres, no pasa nada. No vas a ofenderme ni a herirme el ego por ello. Lo único que me importa es que lo disfrutes y, sobre todo, que estés bien.

No podía pensar con claridad estando tan cerca de ella. Sus palabras hicieron que se me aflojara el nudo de ansiedad que me atenazaba el pecho y pude respirar hondo de nuevo. Me pasó los dedos por el pelo y lo sujetó firmemente para sacudirme la cabeza con un gesto travieso, dedicándome una sonrisa tan llena de seguridad que provocó que se me encogieran los dedos de los pies.

—No busco que termines rápido —dijo—. Quiero ver cómo el placer va envolviéndote poco a poco, igual que la marea se toma su tiempo en subir. Quiero ver cómo se te ponen en blanco esos ojos tan preciosos que tienes cuando ya no puedas más. Quiero que te sientas a salvo y querida tal y como eres.

Presionó la mejilla contra la mía y continuó hablándome al oído en un tono suave y pausado:

—Mi único objetivo es disfrutar contigo. Saber tocar tu cuerpo como si fuera el mío. Solo tienes que hablarme. Decirme cómo te sientes, qué te gusta. Deja que yo me ocupe del resto.

Me besó de nuevo y me recostó bocarriba sobre la alfombra, animándome a respirar lenta y profundamente a medida que me acariciaba las piernas.

—Aquí estás a salvo. He cerrado la verja de la entrada, las luces están encendidas y Loki vigila la puerta. —Se inclinó para besarme la clavícula; luego, pasó a la garganta y bajó por el pecho—. No permitiré que te pase nada, preciosa.

Se tomó su tiempo para explorarme con delicadeza, deteniéndose en cada zona sensible que me hacía temblar de placer. Después, me apoyó la cabeza en el vientre y trazó la curva de mis caderas con las manos hasta llegar a mis muslos.

—Saldremos de esta —prometió—. Tú y yo. Juntas.

—Juntas —repetí, y esa simple palabra me reconfortó.

Cuando se incorporó, la rodeé con las piernas. Quizás se debía al reflejo de las llamas, pero su mirada dulce y cálida me transmitió devoción.

—¿Estás bien? —preguntó, y asentí. Se llevó la mano a la boca y chupó lentamente los dos dedos que habían estado dentro de mí hacía solo unos minutos. La observé con creciente expectación, sintiendo cómo avivaba el fuego que ardía en lo más profundo de mi ser. Me recorrió la parte interna del muslo con las uñas y me estremecí con su roce.

—Mira lo empapada que estás —dijo—. Sé que ese dulce coño ansía más. Recuerda tu palabra de seguridad. Háblame. ¿Quieres que siga?

Asentí de nuevo rápidamente. Me besó primero un muslo, luego el otro, y agachó la cabeza. Empezó a mover los dedos y la lengua en perfecta armonía, masajeándome y succionando hasta que me dio la impresión de que todo mi cuerpo flotaba en el aire.

Entonces, ralentizó el ritmo. Me introdujo los dedos con firmeza a la par que me besaba las caderas, rozándome la piel con la nariz. Clavó sus ojos en los míos mientras me posaba un delicado beso junto al ombligo, y su respiración hizo que se me pusieran los vellos de punta.

Retiró los dedos, húmedos y brillantes, y los chupó hasta dejarlos limpios.

—Joder, qué bien sabes. Un manjar de los dioses.

Me envolvió los muslos con los brazos y hundió los labios en mí. Movió la lengua a un ritmo malicioso, despertando cada nervio de mi cuerpo, hasta que me comenzaron a temblar las piernas.

—Joder. Eso es. Así me gusta —pronunció a duras penas, arrastrando las palabras entre su lengua y mi piel.

Estaba a punto de lanzarme de cabeza por un precipicio. Solo podía gritar su nombre mientras le tiraba del pelo y me aferraba a ella con los muslos a medida que el placer me arrasaba como una ola gigantesca.

Me sentía como si mi alma hubiese abandonado mi cuerpo. Rayne acompañaba cada uno de mis movimientos y alababa mis reacciones.

—¿Te gusta? —preguntó, con una voz grave tan sensual que casi me hizo perder el control de nuevo—. Me muero de ganas de volver a usar mi arnés contigo —confesó, y su sonrisa se ensanchó al verme abrir los ojos de par en par—. Vas a metértelo enterito como una buena chica, ¿a que sí? —Deslizó los dedos poco a poco hasta el fondo, sin dejar de estimularme. Cuando gemí y me retorcí ante su tacto, su expresión adquirió un aire salvaje.

Se quitó toda la ropa, haciendo una pausa entre cada prenda porque no podía dejar de recorrerle el cuerpo con las manos. Exploré hasta el último rincón para dar con aquellas zonas que conseguían que se le entrecortara la respiración, rindiéndole pleitesía a su belleza. No me quitó el ojo de encima ni por un segundo; estaba tan pendiente de mí que no paraba de sorprenderme.

—Déjame probarte —supliqué.

Me cogió del cuello y me inmovilizó contra el suelo. Acto seguido, se arrodilló sobre mi rostro para tentarme.

—Gánatelo si tanto lo deseas —murmuró. Forcejeé contra su mano, cortándome el aire, pero no necesitaba aire: solo la necesitaba a ella, asfixiándome, empapándome, tomándome entera.

Me tenía cautivada con el tacto de su piel, el aroma de su excitación y el ligero sonidito que se le escapó al darse la vuelta y ocupar con ese culo tan perfecto todo mi campo de visión. Se contoneó para terminar de hacerme la boca agua antes de sentarse sobre mi cara.

Su sabor me arrancó un gemido. Le lamí el clítoris, deleitándome con cada jadeo y temblor, y le agarré los muslos para colocármelos con fuerza alrededor de la cabeza.

—Joder, qué bien lo haces —gruñó. Aunque no veía nada de lo que estaba haciendo, noté de repente su boca cerniéndose sobre mí de nuevo. No pude evitar alzar las caderas y retorcerme bajo ella.

Le rodeé una pierna con el brazo, utilicé dos dedos para separarle bien los labios y me centré en acariciarle la zona más sensible con la punta de la lengua. La sentí gemir y estremecerse con cada lametón, y le retiré con cuidado el capuchón del clítoris, que, a esas alturas, estaba hinchado, mientras seguía succionando con la boca.

—Ah, sí, ¡justo ahí! —Me cabalgó la lengua, llevándome al séptimo cielo con sus gemidos y las vibraciones de su cuerpo.

Me encontraba hecha un desastre, empapada de ella, ebria de deseo, perdida en una nube de placer. Se le tensaron los músculos y empezaron a temblarle las piernas. Aún tenía suficiente control sobre mí misma como para darme cuenta de que le faltaba poco para alcanzar el clímax, y no había nada que deseara más que sentir cómo se corría en mi lengua.

Se me agitaron las piernas y los brazos. Los músculos dejaron de obedecerme. Toda mi atención estaba puesta en llevarla al orgasmo.

—Dios, Salem, vas a hacer que me corra…

La desesperación y la profundidad de su voz me provocaron un cosquilleo en el estómago. Su humedad tenía un dulzor salado y me impregnaba la boca, la nariz y la barbilla. Su sonido me volvía loca y, cuando la noté gemir contra mi coño, perdí la cabeza por completo.

Me corrí con fuerza y todo el cuerpo se me sacudió de arriba abajo, como si estuviera poseída, mientras seguía lamiéndome, chupándome y frotándose contra mí. Me agarró las piernas, las dobló hacia mí y las sostuvo bajo sus brazos a la vez que me devoraba sin piedad.

La habitación me daba vueltas. El tiempo había dejado de tener sentido. Me convertí en un cúmulo de estímulos sin huesos, suspendido entre el sueño y la vigilia.

Percibí un peso dejándose caer sobre la alfombra a mi lado, seguido del roce de una suave caricia en el rostro. Rayne me atrajo hacia ella y me limpió la boca con el dorso de la mano.

—Lo lograremos, Salem —murmuró—. Paso a paso. Saldremos de esta, joder.

27

Rayne

La cabaña de piedra

A la mañana siguiente, la lluvia había escampado, pero las temperaturas seguían descendiendo a un ritmo acelerado. Una densa niebla cubría los terrenos mientras Salem y yo caminábamos por el estrecho y sinuoso sendero que conducía al sur de la mansión, hacia la parte trasera de la propiedad Balfour. Loki iba trotando delante de nosotras y se detenía de vez en cuando a olisquear la zona para decidir dónde hacer sus necesidades.

El frío característico del invierno se respiraba en la quietud del ambiente. Todo el paisaje que nos rodeaba había adquirido un tono de gris pálido: desde la niebla hasta el cielo, incluyendo la hierba quebradiza bajo nuestros pies.

Salem se mantuvo cerca de mí durante todo el trayecto. No dejaba de girar la cabeza de un lado a otro y se le estremecía todo el cuerpo cada vez que oía un sonido que no era capaz de identificar.

Le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí para señalarle la verja que se encontraba a lo lejos, rematada con espirales gruesas de un alambre afilado y peligroso.

—Ni siquiera una bestia podría atravesarlo —le aseguré—. He revisado las cámaras esta mañana y estamos a salvo.

Me dedicó una sonrisa tímida, pero siguió pegada a mí. Aunque no quería que tuviera miedo, me gustaba la idea de poder consolarla y que se sintiera más segura a mi lado.

Quizá solo se debiera a su presencia, pero, a pesar del frío intenso, hacía una mañana preciosa. Los pájaros cantaban en los árboles, la escarcha brillaba sobre las briznas de hierba y las telarañas parecían hilos de cristal bajo el rocío matutino. Reinaba un silencio lleno de paz.

Hasta que Loki nos sobresaltó con un gruñido repentino y echó a correr por el campo.

—¡Loki! —grité con fuerza, pero estaba demasiado concentrado en lo suyo. Se dirigía a toda prisa colina abajo, donde se alzaba la diminuta cabaña de piedra que había construido mi padre. Constaba de una sola habitación, una chimenea estrecha y varias ventanas opacas por la mugre. El tejado se encontraba cubierto de hierba y musgo, y las zarzas se habían aferrado a las paredes. Loki se fue derecho a la puerta tapiada y se paseó de un lado a otro, lanzando ladridos furiosos al aire.

Resoplé con exasperación.

—Se habrá colado algún mapache ahí dentro. Hay que ver lo tonto que es este perro… ¿Salem? ¿Qué pasa?

Había dejado de andar y tenía la vista clavada en la cabaña con una expresión de terror absoluto al mismo tiempo que sacudía la cabeza lentamente.

—Me dije a mí misma que no era real —susurró—. Creía… Creía que me lo había imaginado…

La agarré por los hombros para que me mirara.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando?

Estaba tan asustada que los ojos se le enrojecieron y se le llenaron de lágrimas.

—En la cabaña de piedra… hay algo… Algo malo.

Una hora después, regresamos al pie de la colina, pero, esa vez, fuimos preparadas. Yo llevaba mi rifle y una linterna, y Salem, mi cuchillo de caza. Loki iba delante de nosotras con las orejas erguidas, olfateando el aire como si supiera que teníamos una misión entre manos.

—¿Por qué se hizo tu padre un despacho aquí tan lejos? —preguntó. La voz le temblaba por los nervios.

—Lo construyó después de que yo naciera. De bebé, lloraba tanto por las noches que acabó harto.

La cabaña de piedra era el lugar donde mi padre pasaba la mayor parte del tiempo cuando no estaba en la iglesia. Se tiraba días enteros encerrado entre esas cuatro paredes, hablando con Dios, sin poner un pie en la mansión. En sus últimos años de vida, apenas salía de allí.

Mi padre me tenía estrictamente prohibido entrar en la cabaña porque no soportaba la idea de que una niña mugrienta tocara sus pertenencias, y el miedo que me había inculcado aún me perseguía. Cuando murió y heredé toda la propiedad, tampoco me molesté en demoler la vieja edificación. Nunca llegué a encontrar la llave, así que la puerta permaneció cerrada durante años, hasta que acabé tapiándola y dejé que todo se pudriera.

Al llegar a la puerta, Loki empezó a rodear la cabaña con la nariz pegada al suelo y la cola enroscada sobre el lomo. Dio una vuelta completa, volvió a mi lado y se puso a olfatear la entrada con *demasiada* intensidad.

—¿Qué pasa? —le pregunté, rascándole el espeso pelaje del cuello —. ¿Qué hueles, chico?

Sin embargo, no apartó la vista de la puerta ni bajó la cola. Se quedó mirándola, sin dejar de olisquear el aire a su alrededor.

—¿Suele hacer eso? —quiso saber Salem.

Me mordí los labios y limpié la ventana con la manga para echar un vistazo a lo que había dentro. Estaba oscuro, pero no vi nada fuera de lo normal. Solo un despacho abandonado por el paso del tiempo.

—Ten el cuchillo a mano —le indiqué, girándome hacia ella—. Acércatelo más y sujétalo así… —Le coloqué la mano de modo que pudiera empuñar el arma firmemente—. Si te digo que corras, corres. ¿Entendido?

Asintió y tragó saliva con dificultad. Agarré un hacha vieja y oxidada que estaba apoyada junto a la puerta y la descargué con fuerza sobre las tablas cubiertas de musgo. La madera se astilló en trozos que iban saliendo disparados a medida que me abría paso. No era la forma más sutil de entrar, pero igualmente sentí cierta satisfacción al destruir la puerta que mi padre había usado para mantenerme alejada de él.

Cuando por fin atisbamos el interior oscuro tras los restos de madera rota, Salem dejó escapar un suspiro largo y contenido.

—Madre mía —murmuró—. Qué…

—Perdón. Puede que me haya dejado llevar un poco.

—¿Perdón? Para nada. Iba a decir que me parecía muy sexy. Podría pasarme todo el día viéndote derribar puertas.

Me quedé mirándola durante un instante, sin palabras. Los ojos le brillaban con una emoción que parecía asombro.

Había tenido muchos ligues que me habían deseado y colmado de cumplidos, pero cuando esa atención venía de Salem, me sentía totalmente diferente. Como si un pájaro cantor en mi pecho quisiera alzar el vuelo.

Antes de que pudiera darse cuenta del rubor que me teñía las mejillas, me aclaré la garganta y respondí:

—Iré yo delante.

Me adentré en la cabaña, con Loki siguiéndome de cerca. La vieja madera crujía de manera inquietante bajo mis pies. Conforme avanzaba, el polvo iba desprendiéndose en cascada de las vigas, cubiertas de densas telarañas acumuladas allí durante años. La estancia se encontraba a oscuras por completo y olía a humedad; las ventanas tenían tanta suciedad acumulada que no dejaban paso a la luz natural.

—Puaj, ¿de dónde sale ese olor? —siseó Salem, cubriéndose la boca y la nariz con la manga. Tenía razón: bajo el olor a moho y polvo se percibía el hedor de algo en avanzado estado de descomposición.

—Debe de haber algún bicho muerto por aquí —dije, encendiendo la linterna. Las partículas de polvo se arremolinaban en el haz de luz a medida que inspeccionaba la habitación—. Parece que el techo tiene goteras.

La madera del suelo estaba plagada de moho y había perdido su color original; algunas tablas se hundían ligeramente al pisarlas. Había algo en aquel sitio que me hacía sentir como si no debiera estar allí. El pájaro cantor que anidaba en mi pecho había parado de agitarse, dejando en su lugar una carga que se volvía más pesada con cada estante que recorría con los ojos.

Mi padre poseía una biblioteca extensa, pero aquellos libros daban la impresión de ser más antiguos. Tenían los lomos agrietados y las cubiertas descascarilladas. Algunos títulos incluso se habían borrado por el paso del tiempo. Había velas derretidas sepultadas entre montones de su propia cera por todas partes. Una bombilla que parecía llevar años fundida colgaba de una cadena sobre una mesa cuadrada y sucia en el centro de la estancia.

Salem alzó con cuidado un instrumento de metal oxidado de la mesa. No podía ni imaginarme cuál habría sido su uso en el pasado.

—¿Y qué hacía tu padre aquí exactamente? —preguntó. La

superficie de madera estaba llena de unas manchas oscuras que se extendían sobre el suelo alrededor de la mesa, como si algo hubiera goteado desde el borde en algún momento.

—Se dedicaba a escribir sus sermones —contesté. Un escritorio voluminoso descansaba bajo una ventana mugrienta; sobre él, había papeles sueltos, lápices y libros esparcidos, además de una biblia de cuero desgastado, con sus finas páginas manchadas de moho. Estaba abierta por la Epístola a los Romanos y tenía un versículo subrayado:

«Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia».

—Qué alegre —comentó Salem con ironía. Frunció los labios, escudriñando el entorno—. Estaba convencida de que había visto a alguien, pero parece que ningún ser vivo ha pisado este sitio en años. A excepción de alguna rata, quizás. —Puso una mueca de asco al apartar con el pie unos excrementos de roedor que había junto a su zapato—. Ni siquiera sé cómo se las habrían apañado para entrar.

Aunque Salem llevaba razón, seguía teniendo la mosca detrás de la oreja. Al enfocar el suelo con la linterna, distinguí las huellas de nuestros zapatos y las de Loki en el polvo, pero también capté algo que no me cuadraba cerca de la ventana del fondo… y entrecerré los ojos.

—Salem, echa un vistazo por allí —le pedí, manteniendo el foco de luz en la zona. Se agachó para examinar mejor el punto que le estaba señalando, con la frente arrugada—. ¿Qué ves?

—Pues… Eh… —Negó con la cabeza lentamente, como si no quisiera decirlo—. Hay huellas de pezuñas. En la ventana.

Un dolor repentino y agudo me atravesó los tímpanos. Me estremecí con violencia y me agarré la cabeza con ambas manos, dejando caer la linterna al suelo con un ruido metálico que quedó opacado por los gritos incesantes que se habían adueñado de mi

mente.

—¡Mierda! No, no, no, ¡ahora no! —Empecé a respirar de forma agitada y superficial, sobrepasada por aquellos alaridos desgarradores. No tenía mis auriculares, ni música, ni nada que me ayudara a silenciarlos.

—¿Rayne? ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —La voz de Salem rezumaba terror, pero el dolor era tan intenso que me impedía abrir los ojos. Los brazos no me respondían. Se me habían quedado rígidos y seguía sosteniéndome la cabeza, rogando, con los dientes apretados, que se detuviera… que parara… por favor…

Una voz siniestra susurró en mi mente:

«En sangre, en sangre, en esta sangre yo te invoco».

—¡Déjame en paz! —supliqué entre jadeos de dolor. Tenía el labio superior húmedo y notaba un sabor a sangre en la boca.

—¿Rayne? ¿Qué…? ¿Qué te pasa?

Volví a oír la misma voz, como si alguien estuviera hablándome directamente al oído:

«¡A los huesos, a los huesos, a estos quebrantados y carcomidos huesos tuyos!».

La bilis se me subió a la garganta. La voz sonaba despiadada y furiosa, pero los gritos reflejaban un sufrimiento atroz.

«Está aquí».

«Está aquí».

«Estáquíestáquíestáquíestáquí…».

La voz y los gritos se fundieron en una cacofonía que anulaba cualquier otro sonido. No podía respirar, la sangre me goteaba de la nariz y, cuando abrí los ojos a la fuerza, el mundo que me rodeaba se había convertido en una neblina difusa de dolor.

—Dios mío, Rayne… Deja que te ayude, voy a… —Salem dio un paso hacia mí con la mano extendida.

Me di cuenta demasiado tarde del brillo rojo que se filtraba entre las tablas del suelo.

Apenas fui capaz de articular palabra para advertirla.

—Salem, no…

En cuanto apoyó el pie, la madera cedió bajo su peso con un fuerte crujido.

28

Salem

La criatura del sótano

—¡Salem! Ay, Dios. Joder. ¡Salem!

Permanecí tumbada, rígida y jadeando, hasta que logré recobrar el aliento suficiente para reaccionar. Había una nube de polvo flotando a mi alrededor y sentía trozos de madera pinchándome en la espalda.

Lo primero que pensé fue: «Ay, qué dolor». Lo segundo: «¿Dónde demonios estoy?».

Me incorporé entre gimoteos hasta quedarme sentada. Percibí una sombra moviéndose sobre mí y, al levantar la vista, me encontré a Rayne de pie al borde del inmenso boquete en el suelo de la cabaña.

—¡Estoy bien! —grité—. No me he hecho nada, o eso creo. Aunque me duele, uf. Me duele muchísimo.

Me puse de pie con el rostro contraído en una mueca de dolor y recogí el cuchillo que se me había escapado de la mano al caer. Tuve suerte de no haber aterrizado sobre él. Me froté la parte de atrás de la cabeza y miré hacia la luz que provenía de arriba. La silueta de Rayne me observaba desde lo alto.

—¿Ves alguna forma de subir? ¿Puedes trepar?

Eché un vistazo a lo que me rodeaba, pero no había muchas opciones. Parecía encontrarme en un sótano oscuro a unos cuatro metros y medio de la superficie. Las paredes estaban hechas de tierra, y unas vigas de madera curvadas sostenían el suelo de la

cabaña. Había tuberías de cobre y cables viejísimos distribuidos de manera caótica por todos lados, pero no veía nada a lo que pudiera agarrarme para subir.

—No sé cómo salir de aquí —volví a gritar. De pronto, oí movimiento detrás de mí y me giré de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Salem?

El espacio se asemejaba más a un pozo oscuro que a un sótano. Había raíces de árboles sobresaliendo de la pared, como si fueran dedos torcidos, y el suelo de tierra estaba cubierto de pedazos de madera astillada, vigas derrumbadas y cadáveres petrificados de animales pequeños e irreconocibles. Nada parecía moverse ni emitir sonido alguno.

Sin embargo, una voz dentro de mí me decía que había algo más allí.

—No es nada —respondí a pleno pulmón—, pero me gustaría salir de este agujero lo antes posible.

—Voy a buscar algo para sacarte. ¡Toma! —Me lanzó la linterna y la cogí al vuelo—. ¡No tardo!

—Vale. Aquí… te espero… —Tragué saliva y barrí el espacio con el haz de luz. Las partículas de polvo flotaban en la escasa claridad del ambiente. El aire estaba cargado y me hacía toser con cada bocanada que aspiraba.

De repente, algo me pasó corriendo por encima del pie. Pegué un grito y, al sacudirme, la linterna se me resbaló de las manos. Pero solo era una rata huyendo hacia las sombras. Solté un largo suspiro, me llevé la mano al pecho y respiré hondo unas cuantas veces.

Cuando me dispuse a recoger la linterna, capté en su foco un trozo de tela roja y sucia que sobresalía de la tierra. Me acerqué despacio y me agaché para verlo mejor. Agarré la tela, rígida por el paso del tiempo, y tiré de ella. Ofreció resistencia, lo que me indicó que había

algo más enterrado bajo el suelo.

Me apresuré a excavar con las manos y encontré algo a escasos centímetros de profundidad. Tenía forma rectangular, parecía ligeramente blando y estaba envuelto en la misma tela roja. Retiré el envoltorio y descubrí una caja de zapatos de cartón mohosa atada con un cordel. Al levantarla, noté varios objetos repiqueteando en su interior.

Se me erizó el vello de la nuca. Un escalofrío me trepó por la columna ante el presentimiento de que no estaba sola.

Me giré despacio con la linterna. A mi espalda, como una boca abierta en la pared de tierra, había un agujero.

Una madriguera.

Era estrecha, aunque tenía el tamaño justo para colarme… si en un arrebato de locura me hubiera dado por intentarlo. Me limité a observarla en silencio, horrorizada, y algo se movió dentro.

—Lo que me faltaba —susurré. Envolví la caja de zapatos a toda prisa y me la metí en la chaqueta—. Dios mío, Rayne, vuelve ya, por favor…

Primero salió una extremidad larga y huesuda del agujero; luego, otra, y, por último, el resto del cuerpo, como una araña arrastrando sus nudosas patas. Un rostro pálido y sin ojos se asomó con la boca abierta y un castañeteo parecido al de un insecto brotándole de la garganta.

El ángel estaba allí.

Me escocían los ojos; el pánico se había apoderado de cada célula de mi ser y no podía respirar. El ángel avanzaba despacio, subiendo y bajando la cabeza mientras olfateaba el aire. Se estaba acercando a mí, de modo que no tuve más remedio que retroceder, agachándome entre las vigas y deslizándome por debajo de las tuberías. No veía a dónde me dirigía, pero no me atrevía a despegar la mirada de

aquella bestia ni por un instante.

Al dar otro paso, sentí un crujido, acompañado de una punzada aguda de dolor que me arrancó un grito. A pesar de que me tapé la boca enseguida con la mano, la cabeza del ángel se giró de golpe en mi dirección. Atragantándome con mis propios alaridos, aparté el pie y vi un clavo ensangrentado sobresaliendo de la tabla que acababa de pisar.

—¡Ya estoy aquí, Salem! ¿Dónde…? Ey, ¿dónde estás?

La cabeza de la bestia se alzó de golpe, buscando el origen de la voz. Permanecí en silencio y fui cojeando lentamente hacia atrás, con las lágrimas recorriéndome las mejillas. Iba a resultarme imposible rodear a aquella cosa y volver a ponerme debajo del hueco por donde me había caído.

—Salem… ¿Dónde…? ¿Dónde…?

El corazón se me subió a la garganta. Aunque se le parecía, esa no era la voz de Rayne, sino una imitación casi perfecta.

Un montón de madera rota se interponía en mi camino. Me tumbé bocabajo y me arrastré por el barro para colarme bajo las vigas a la vez que iba quitando la basura de en medio. Las ratas me correteaban por encima de las manos, huyendo despavoridas. Tuve que pegar la mejilla al suelo para pasar por debajo de una viga enorme, y un penetrante olor a amoníaco y excrementos de rata me impregnó los pulmones.

Tenía que centrarme en seguir arrastrándome, sin prestar atención a nada más.

—¡Te veo, Salem! ¡Aguanta…! —Percibí las botas de Rayne resonando en el suelo y su sombra moviéndose sobre mí. Durante una fracción de segundo, sentí un destello de esperanza y la adrenalina me impulsó a arrastrarme más deprisa.

Entonces, escuché justo a mi espalda:

—Salem… Te… veo…

Empecé a temblar, pero, aun así, reuní el valor suficiente para mirar hacia atrás. El ángel se encontraba allí. Tenía las extremidades extendidas entre las vigas y el cuerpo suspendido en el aire mientras se aproximaba a mí con la boca abierta. Me alejé a toda prisa, clavándome astillas en las palmas de las manos y viendo las estrellas cada vez que apoyaba mínimamente el pie.

—¡Corre, Salem!

Me tendió una escalera de madera: mi única vía de escape. Se oyó un disparo al que la bestia respondió con un chillido agudo y furioso. Rayne volvió a disparar su rifle y el sonido inundó todo el espacio. Los ladridos de Loki se volvieron ensordecedores, mezclados con gruñidos amenazantes y el chasquear de sus dientes.

Cuando por fin logré salir de entre los escombros, me puse de pie a duras penas, pero algo me tiró del tobillo hacia atrás y me di de bruces contra la tierra. Agarré el cuchillo, me giré y lancé un tajo entre gritos al percatarme de la mano huesuda y con garras que me sujetaba. La hoja abrió un corte profundo y sangriento en el rostro de la criatura, haciendo que retrocediera tambaleándose.

Por un instante, me sentí como un conejo paralizado frente a un depredador. No podía dejar de mirar su figura antinatural. Me aferré al cuchillo con la mano temblorosa, como si me fuera la vida en ello. El tiempo parecía haberse ralentizado. El corazón me retumbaba con fuerza en los oídos y me había quedado sin aliento.

Sin embargo, ese instante se desvaneció; me recompuse y eché a correr.

Me agarré a los viejos peldaños de madera y empecé a subir, pero la bestia me seguía de cerca. Aunque arañó la madera y destrozó el peldaño que acababa de pisar, me había aferrado con tanta fuerza a la escalera que no consiguió tirarme de nuevo al suelo ni alcanzarme

con sus garras.

—¡Cuidado!

Hice caso a la advertencia de Rayne y agaché la cabeza. Entonces, volvió a disparar y el trozo de madera sobre el que estaba apoyada emitió un crujido aterrador. Se me escapó un grito e intenté trepar al siguiente peldaño, pero perdí el equilibrio. Rayne se apresuró a sujetarme del brazo, quedándose con el cuerpo medio colgado del borde para no dejarme caer.

—¡Aguanta! —gritó, apretando los dientes del esfuerzo. Mis manos se encontraban tan empapadas de sudor que estuve a punto de resbalarme, pero me agarró con tal intensidad que me dio la impresión de que habría podido atravesarme la piel. Loki estaba junto a nosotras, con el lomo erizado y espuma en la boca, desafiando al ángel de abajo a acercarse.

Rayne me levantó y me refugié en sus brazos jadeando, con los ojos llenos de lágrimas. Nos asomamos juntas al sótano, pero la bestia se había ocultado en su guarida.

Me estrechó contra ella y me acarició el pelo.

—No pasa nada. Respira, estás a salvo —murmuró.

Solo podía pensar en que no quería separarme nunca de su lado. Por un momento, hasta me olvidé del extraño paquete de color rojo que llevaba en la chaqueta.

Sin embargo, en cuanto nos separamos, la mirada de Rayne se posó en el bulto blando que había entre nosotras. Me bajó la cremallera de la chaqueta con delicadeza y frunció el ceño mientras examinaba el paquete de cerca.

—¿Qué es esto?

—No lo sé —dije, todavía sin aliento—. Me lo he encontrado ahí abajo.

Lo cogió y palpó la tela con curiosidad. Su expresión cambió de

repente, y la incredulidad dio paso al miedo.

—No… —susurró—. No puede ser…

Aunque la tela estaba rasgada y casi deshecha, al extenderla quedó claro que se trataba de una prenda de vestir.

—Este abrigo era el de mi madre —anunció. Le temblaba la voz, pero no supe si de miedo o de ira—. Llevaba sin verlo desde… —Arrugó el entrecejo y negó con la cabeza conforme pasaba la mano por la tapa polvorienta de la caja—. No tiene sentido. Según mi padre, la enterraron con este abrigo…

Abrió la caja. Dentro, había una vieja cámara de vídeo junto a una colección de cintas VHS-C.

29

Rayne

Mensajes a través del tiempo

Por suerte, la doctora Hale estuvo dispuesta a ir a la mansión a pesar de que el pronóstico anunciaba nieve y viento para la noche. Era una mujer tenaz y poco dada a las charlas triviales, lo que explicaba, en parte, por qué congeniábamos tanto. Le puso a Salem la vacuna contra el tétanos, le desinfectó la herida, le vendó el pie y, en menos de una hora, ya había acabado y estaba lista para marcharse.

—¿Qué haríamos sin ti, Tasha? —dije después de pagarle por sus servicios y acompañarla a la puerta.

Se rio a carcajadas.

—Ya estaríais muertas y enterradas, eso seguro. ¿No tenemos ya bastante con lo nuestro como para que tu novia vaya pisando clavos? —Pese a la regañina, me abrazó y me dio una palmadita en la parte de atrás de la cabeza. Ese simple gesto me llenó de emoción, pero no dejé que se me notara—. Cuídate, cariño. Y vigila a esa mujer, o te complicará la vida.

Me guiñó un ojo antes de irse. Sabía que tenía razón, pero Salem era una de esas complicaciones que necesitaba en mi vida.

Al volver a mi habitación, me la encontré envuelta en mantas y metida en mi cama, con el pie vendado sobre un par de almohadas. Estaba fumándose un porro. Aunque había dejado la ventana entreabierta, el olor agrio inundó el cuarto y me calmó casi de inmediato. Hacía mucho tiempo que me resultaba placentero el olor

de la marihuana, probablemente porque era lo único que siempre conseguía tranquilizarme.

—¿Cómo estás, preciosa? —dije, sentándome a su lado en la cama.

Me dedicó una sonrisa bobalicona y somnolienta.

—Teniendo en cuenta que he estado a punto de morir dos veces en tan solo unos días, bastante bien, la verdad. Podría haber sido mucho peor… —Su voz se fue desvaneciendo poco a poco, al igual que su sonrisa—. ¿Crees que volverá?

Miré hacia la ventana. Los primeros copos de nieve estaban empezando a caer. La bestia se había ocultado bajo el suelo, sorteando las luces y el alambre de espino. Podía moverse por toda la propiedad a su antojo y no tenía forma de impedírselo. Le pertenecía la isla entera, y nosotros tan solo éramos sus prisioneros.

—Le he disparado un par de veces —le aseguré, arrastrando las palabras—. Espero que… eso lo detenga durante unos días. Mientras tanto, voy a destruir la cabaña de piedra. Así se quedará sepultada la madriguera que hay debajo.

Por la forma en la que me miró, supe que ambas estábamos pensando lo mismo: la criatura acabaría encontrando el modo de salir a la superficie y seguiría dándonos caza.

Le cogí la mano y se la apreté con fuerza.

—Tú descansa, yo voy a aprovechar para tapiar las ventanas de abajo.

—¿Y qué pasa con las cintas? —preguntó. Las dos dirigimos la mirada a la caja de zapatos enmohecida que reposaba en mi escritorio—. ¿Qué crees que hay grabado en ellas?

Intentaba no pensar en eso, pero el simple hecho de tener la caja allí hacía que me sintiera rara.

Como si me estuviera vigilando.

—Mi madre tenía una cámara de vídeo —respondí—. Creo que era

suya. Lo que sea que haya en las cintas…

Debía verlas, necesitaba respuestas; sin embargo, la idea de volver a contemplar el rostro de mi madre me producía una sensación indescriptible y tremendamente incómoda.

—A lo mejor son solo películas caseras —añadí—, pero no sé por qué mi padre las escondería en un sótano que ni siquiera sabía que existía. Además, hasta donde yo sé, a mi madre la enterraron con ese abrigo. —El mismo trozo de tela que en ese momento colgaba del pomo de mi puerta, rígido, manchado y hecho jirones—. Al menos, eso fue lo que me dijo él. No lo entiendo. Nada de esto tiene sentido.

Salem me ofreció el porro y se lo acepté de buena gana. Me apretó la mano y luego se la llevó a la boca para besarme el dorso. Ese simple roce significaba más de lo que podía imaginarse. Ella no sabía cuántas semanas ni cuántos meses solía pasarme sin rozar siquiera a otra persona, mucho menos abrazarla. Y, cuando por fin conseguía ese contacto físico que tanto anhelaba, casi siempre era a través de una noche de sexo casual, desesperado y fugaz con una desconocida.

Me sentía patética por encontrar tanto consuelo en un gesto tan pequeño.

Tardé horas en bloquear todas las ventanas de la planta baja. Loki estaba en alerta máxima, siguiéndome de cerca y olfateando el aire sin descanso. Sabía que me avisaría si la bestia se acercaba de nuevo. La nieve no dejaba de caer mientras trabajaba a la luz de los focos que mantenían a raya la noche que se aproximaba.

Cuando terminé, me dolía todo el cuerpo; tenía las manos arañadas, magulladas y entumecidas por el frío. Suspiré de alivio en cuanto cerré con llave la gruesa puerta principal tras de mí.

Preparé la cena para Salem y para mí: sopa enlatada y pan con mantequilla, y se la llevé a la cama. Me la encontré sentada en mi escritorio con la vieja caja abierta, inspeccionando las cintas que contenía.

—Me ha podido la curiosidad —se excusó—. ¿Por qué las escondería?

Una mezcla amarga de angustia y resignación me oprimió el estómago. Yo también me hacía esa misma pregunta.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dije.

Me costó un poco, pero al final di con el adaptador para las cintas VHS-C y un viejo reproductor de vídeo que había guardado en el desván. Lo instalé en mi habitación y, después de pasarme casi una hora trasteando con el cacharro y maldiciendo la antigua tecnología, logré que funcionara.

Había seis cintas en la caja, todas etiquetadas, aunque las letras estaban tan borrosas que resultaban ilegibles. Metí una al azar, intentando respirar con calma y controlar los latidos del corazón.

El sonido llegaba distorsionado cuando el vídeo comenzó a reproducirse. Se veía la playa junto al muelle, en uno de esos días soleados poco comunes. La imagen parpadeó, y unas líneas surcaron la pantalla brevemente antes de volver a enfocarse.

Era yo. Correteando por las olas, chapoteando, chillando de alegría. Recogiendo piedrecitas y lanzándolas al agua. No debía de tener más de cuatro años.

—¡Rayne! ¡Ten cuidado, tesoro!

Aunque sonaba distorsionada, la voz de mi madre hizo que se me parara el corazón. Colocó la cámara en el suelo, ligeramente ladeada, y entonces apareció en el encuadre. Me cogió de las manos y giró conmigo entre las olas, riendo mientras bailábamos.

Un par de minutos después, la cinta se acabó y me quedé mirando

mi propia expresión vacía reflejada en la oscuridad de la pantalla.

—¿Rayne? —Salem me tocó el hombro y me di cuenta de que llevaba un rato conteniendo la respiración.

Me parecía que había pasado toda una eternidad desde la última vez que oí su voz pronunciando mi nombre.

«Rayne».

Me sobresalté, lo que provocó que Salem también se sobresaltara. Aquella voz oscura, amarga y fría que resonaba en mi cabeza me resultaba demasiado familiar.

Salem siguió la mirada desconfiada que lancé hacia la puerta cerrada de mi habitación. En medio del silencio, Loki alzó la cabeza y fijó la vista en el mismo punto, dejando escapar un gruñido sordo desde lo más hondo de su pecho.

Se oyó el crujido de unos pasos junto a la puerta y Salem me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es ella? —susurró—. ¿Los pasos son…?

No aparté la vista de la puerta hasta que pasó casi un minuto sin que se oyera ni un solo ruido.

—Es lo que queda de ella —dije—. Su fantasma, su… sombra, quizás. No lo sé. No sé en qué se ha convertido. —Aquella criatura no guardaba nada del amor de mi madre, ni de la bondad, la calidez y la dulzura que la definían—. Murió de una forma espantosa. Sufrió muchísimo. La idea de que ni siquiera haya podido encontrar la paz después de su muerte me parece demasiado cruel. Y las cosas que dice… son horribles. Intento no escucharlas.

Escogí otra cinta y la introduje en el reproductor. Me estremecí al ver otra vez el rostro de mi madre en la pantalla. Se encontraba en su antigua habitación del ático, cuyas ventanas daban al mar y al faro. Solía decir que la luz era su lámpara de noche, y la sirena de niebla, su nana.

En aquel entonces, la habitación parecía luminosa y limpia. Su cama estaba cubierta por una manta de color verde. No comprendí lo diferentes que eran las vidas de mis padres hasta que llegué a la adolescencia. Vivían bajo el mismo techo, pero, más allá de eso, era un milagro que yo hubiese nacido.

Circulaban rumores de que el embarazo no había sido planeado, sino el fruto de una «indiscreción» de mi padre durante un viaje a Canadá. Algunos decían que solo se casó con ella y se la llevó consigo a la isla para enmendar su error.

A veces me preguntaba si realmente había querido acompañarlo. Si de verdad había tenido elección.

Mi madre sonrió y saludó a la cámara.

—¡Hola, tía Sophia! Espero que los niños y tú estéis bien. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Tenía pensado escribirte, pero, bueno…

Se detuvo de repente, se giró y se quedó mirando la puerta cerrada. Pasaron varios segundos hasta que habló de nuevo.

—¿Picard? ¿Eres tú, querido? —preguntó con una voz aguda y vacilante. Al no recibir respuesta, se volvió hacia la cámara lentamente—. En fin. Espero de todo corazón poder hacerte una visita pronto. Voy a enviarte un número de teléfono para que puedas contactar conmigo. En esta isla los teléfonos siempre fallan. —Soltó una risita forzada y pausé la cinta.

—Eso no es cierto —murmuré—. Mi padre siempre tenía un teléfono conectado en casa y en la iglesia. Era un poco paranoico en ese aspecto.

—¿Por qué mentiría? —dijo Salem.

Presioné el *play* y me quedé callada.

—Puede que… Puede que necesite dinero. Para la visita. —Había dejado de mirar a la cámara; tenía la vista fija en el suelo, hacia un

lado, y se retorcía las manos en el regazo—. Para Rayne también, por si viene. Le encantaría verte y conocer a sus primos. Se siente sola, ¿sabes? No hay muchos niños por aquí, pero cada vez que insinúo que nos mudemos, bueno, Picard ni siquiera me escucha. La iglesia es demasiado importante para él… Eh…

Mi madre respiró hondo.

—Dios, odio decir esto. Tenemos que salir de aquí. Picard no puede enterarse. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Algo va mal. Ha cambiado, no… —Negó con la cabeza y cerró los ojos—. Me da miedo. Las cosas de las que habla, los sermones que escribe… Siempre está enfadado. Y no soporto la forma en la que se dirige a Rayne. Es muy duro con ella, y es solo una niña. Dice que los niños nacen con pecado y que hay que disciplinarlos para erradicarlo, pero yo creo que eso son tonterías. No le importa nada de lo que le diga. No me escucha. He intentado escribirte, pero creo que me está… vigilando. Creo que me abre las cartas.

Se me revolvió el estómago. Contuve la respiración, aterrorizada por las emociones que me invadieron al ver a mi madre derrumbarse. El miedo le atravesó el rostro y le quebró la voz.

—Solo necesitamos estar fuera un tiempo —continuó diciendo con lágrimas en los ojos—. Hasta que él consiga la ayuda que necesita. Por favor, llámame. Por favor. En cuanto puedas. —Se inclinó hacia adelante, cogió la cámara y cortó la grabación.

30

Rayne

Una vieja Polaroid

Un humo acre se elevaba en el aire a medida que el fuego devoraba el suelo y el techo de madera de la cabaña de piedra. El cielo estaba cubierto por nubes densas, pero los débiles copos de nieve que caían no eran suficientes para sofocar las llamas que yo misma había provocado, alimentadas por el líquido para encendedores con el que había empapado el interior.

Me había llevado la mayoría de las pertenencias de mi padre y las había amontonado alrededor de Salem, que, en ese momento, se encontraba sentada en una silla que le había sacado, envuelta en una manta gruesa y protegida bajo una sombrilla. Aunque no paraba de repetirme que tenía bien el pie, yo no estaba tan segura.

La isla llevaba paralizada por una tormenta descomunal las últimas veinticuatro horas. Las temperaturas se habían desplomado y las primeras nevadas de la temporada habían caído con fuerza, extendiendo a toda velocidad un manto blanco sobre el suelo y los árboles. Hacía un frío terrible, y el viento solo lo empeoraba. Había soplado de una manera tan despiadada que, cuando me desperté, me encontré varios árboles derribados, ramas y restos del bosque desperdigados por toda la propiedad.

A pesar del frío glacial, Salem se negó a refugiarse en el calor de la casa mientras yo iba a destruir la madriguera de la bestia y, con ella, la cabaña. Así que, tras asegurarme de que estuviera bien tapada

para que no se congelara, le llevé las pertenencias de mi padre y se puso a rebuscar en otra caja de cartón enmohecida (al parecer, el método predilecto de mi progenitor para conservar las cosas), con el ceño fruncido en señal de concentración.

No había salvado todas sus mierdas por cuestiones sentimentales; de hecho, habría preferido dejar que ardieran, pero necesitaba saber qué más me había estado ocultando.

No podía quitarme de la cabeza las palabras de mi madre. La cinta no había llegado nunca a su destinataria, y tenía el horrible presentimiento de que mi padre había sido el culpable.

Nunca había visto a mi madre tan asustada. Era consciente de que no se llevaba del todo bien con mi padre, pero no sabía que le tuviera miedo. Quizás incluso más del que le tenía yo.

«Tenemos que salir de aquí».

«Me abre las cartas».

«Me está vigilando».

Estaba observando el fuego cuando Salem y Loki notaron algo al mismo tiempo: una se sobresaltó y el otro se incorporó de golpe.

—Eh… ¿Rayne? —El tono de alarma en su voz hizo que me girara de inmediato. Se me tensó todo el cuerpo al ver la figura que se aproximaba. Tardé unos segundos en reconocer de quién se trataba, y solo entonces relajé los hombros.

Andy apareció con un abrigo grueso, botas y la barba salpicada de nieve.

—Conque haciendo una fogata, ¿eh? —gritó—. Si me hubieras avisado, me habría traído a las niñas con una bolsa de nubes. —Se rio con suavidad y me dio un abrazo; luego, saludó a Salem—. Me alegra ver que has sobrevivido a tu primera experiencia real en Blackridge, señorita Lockard. Aunque no hayas salido del todo ilesa…

—Así Rayne no baja la guardia —dijo Salem, con un entusiasmo sorprendente para alguien en su situación.

Andy me miró justo cuando puse los ojos en blanco. Me sostuvo la mirada durante unos segundos y después esbozó una sonrisa.

—Me alegra verte de tan buen humor. Me levanta un poco el ánimo. —Entonces se fijó en el fuego al pie de la colina y preguntó—: ¿Qué ha pasado allí?

—Había una madriguera debajo de la cabaña —respondí—. Casi se lleva a Salem. Pero ya no va a poder usar más ese túnel. Lo he rociado entero con gasolina.

Andy asintió con gesto sombrío.

—Bien. Podría haber sido mucho peor.

—Sé que no has venido hasta aquí para charlar, Andy —lo interrumpí, cada vez más preocupada pese a su actitud serena. Tal como temía, se le ensombreció el rostro y se le borró la sonrisa.

—La tormenta de anoche dañó la torre de telefonía móvil —empezó a decir—. No hay servicio telefónico ni internet en toda la isla. Con tanta nieve, voy a tardar unos días en llegar al norte y evaluar los daños. Quería preguntarte si podrías cuidar a las niñas mientras estoy fuera.

—Iré yo —le ofrecí. Ni siquiera me lo pensé.

—Rayne, no tienes que…

—Tus hijas te necesitan —dije de manera tajante—. Además, se me da mejor trepar. Si te caes de la torre y te rompes la espalda, ¿qué va a ser de ellas?

Andy soltó una ligera carcajada, pero siguió insistiendo:

—Venga ya. ¡Ni que fuera un viejo chocho!

—Quédate con las niñas —le ordené—. Saldré mañana a primera hora, antes de que llegue la próxima tormenta.

Los tres observamos con inquietud las nubes oscuras que se

congregaban en el horizonte. Se avecinaba más nieve, pero la isla no podía permitirse perder sus canales de comunicación. Aunque ni Andy ni yo éramos profesionales, habíamos subido a la torre en años anteriores para retirar los montones de hielo y nieve que se acumulaban allí arriba. Como no teníamos a nadie más a quien llamar, no nos quedó más remedio que aprender a hacerlo nosotros mismos.

Andy resopló y murmuró algo entre dientes antes de darse por vencido.

—De acuerdo. Hay provisiones en la torre de vigilancia contra incendios, así que puedes resguardarte allí del temporal. También debería haber arneses y cuerdas. Mantenme informado, ¿vale? Si no recibo noticias tuyas, iré a buscarte. Lo último que necesitamos es perder a alguien más.

Asentí y miré a Salem.

—¿Pueden quedarse ella y el perro contigo mientras no estoy? No debería estar sola —le pregunté a Andy en un susurro.

—Claro que sí. —Me dio una palmadita en el hombro para tranquilizarme—. Las niñas van a estar encantadas —me aseguró, y añadió en tono de broma—: No dejan de decir que Salem es tu princesa. Becca está convencida de que es el romance del siglo.

No supe qué contestar. Un sentimiento de ligereza me invadió el pecho y, cuando volví a mirar a Salem, me dedicó una sonrisa alegre bajo el montón de mantas. No me atreví a expresarlo en voz alta, pero, en ese momento, tuve la certeza de que Rebecca no se equivocaba.



—¿No puedo ir contigo? Por favor. Son solo unos días.

Dios, ¿cómo iba a negarle algo a aquella mujer? Con esos ojos enormes clavados en mí, esa expresión suplicante que me resultaba tan tierna y esas comisuras inclinadas hacia abajo.

—No —dije al fin, aunque me costó más de lo que estaba dispuesta a admitir. Nos encontrábamos en el salón, con la chimenea encendida para mantener la estancia caliente mientras el mundo exterior se congelaba en silencio—. Estás herida, Salem. No voy a hacer que te adentres a pie en el bosque, subas todas esas escaleras y luego te sientes en una torre de vigilancia helada. Estarás más segura con Andy. Además, si esta tormenta que se avecina es peor que la anterior, podría quedarme allí atrapada durante más tiempo. No es un sitio agradable. No te gustaría nada.

—¡Puedo andar! —Se quitó la manta a toda prisa y se puso de pie, pero la empujé hacia abajo por los hombros para que volviera a sentarse.

—Como te vea apoyando el pie en el suelo otra vez, te juro que pienso atarte a la silla —le advertí.

Le brillaron los ojos, como si la hubiera desafiado.

—Perfecto. Átame, así te será más fácil llevarme contigo.

Sacudí la cabeza.

—Ya basta. ¿Por qué no me cuentas qué has encontrado en todas esas cajas?

Soltó un suspiro y frunció los labios, como si estuviera planteándose seguir discutiendo.

—Bueno… —Estaba rodeada de cajas de cartón abiertas y esparcidas por todos lados, llenas de montones de libros, papeles, frascos extraños e incontables notas manuscritas—. Se limitó a escribir sermones y versículos relacionados en la mayoría de los diarios. Hay un montón de libros en francés que no puedo leer, aunque estoy bastante segura de que también son religiosos. —Se

inclinó, agarró una caja pequeña y la arrastró hacia ella—. Pero esta mola. ¡Mira!

Hurgó en la caja y sacó con entusiasmo una vieja cámara Polaroid. No pude evitar sonreír ante la ráfaga de recuerdos que me inundó al sostenerla entre mis manos.

—Era de mi madre. —Me acerqué el visor al ojo y giré la cámara hacia Salem, que no dudó en posar. Para mi sorpresa, se oyó un fuerte clic cuando presioné el botón y, acto seguido, salió una foto sin revelar por la ranura.

—No me lo puedo creer. ¿Todavía le queda carrete? —dijo Salem, emocionada al verme agitar la foto. Saltaba a la vista que la película era antigua y estaba algo estropeada. Tenía colores extraños y manchas de agua. Aun así, me llenó de alegría contemplar la cara bobalicona y sonriente de Salem inmortalizada en una imagen.

—Me la guardaré para cuando me vaya —anuncié, dejando la foto a un lado con delicadeza. Salem hizo un puchero.

—Llévame contigo —repitió—. Prometo estar calladita durante todo el camino. —Alcé una ceja con escepticismo, y entonces protestó—: ¡Bueno, lo intentaré al menos!

—Debería amordazarte —dije, agarrándole la cara y sacudiéndosela de forma juguetona—. Atarte y mantener ocupada esa boquita tan traviesa de otra forma.

Esbozó una sonrisa llena de entusiasmo.

—¿Eso significa que puedo ir contigo?

—No.

—¿Y si te encuentra? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Y si te quedas atrapada allí arriba en plena noche y…?

—¿Quieres saber qué es lo que haría? —dije, sujetándola por sorpresa y acorralándola contra el sofá. Dios, la forma en la que abrió los ojos al mirarme me volvió loca. La excitación y el anhelo que se le

reflejaban en el rostro bastaron para despertar en mí un hambre feroz —. ¿Crees que no sé defenderme, preciosa?

Le agarré la mandíbula y le incliné la cabeza hacia atrás, dejándole el cuello al descubierto. Aún le quedaba un ligero rasguño de color rojo donde la había herido sin querer. Bajé la mano, saqué el cuchillo de la funda que llevaba en el muslo y lo levanté.

Se quedó mirando la hoja, cuyo metal atrapaba el brillo de la luz, y las pupilas se le dilataron. Su respiración se volvió irregular, y el sutil movimiento de su garganta me provocó un cosquilleo que me recorrió el estómago.

—Está afilado —susurré. Me pegué aún más a ella, apretando mi muslo entre sus piernas. Movía las caderas contra mí en un vaivén lento e hipnótico—. Puedo usar este cuchillo como si fuera una extensión de mi brazo. No sería la primera vez que me defiendo. — Me acerqué lo suficiente como para trazar con mis labios el contorno de su oreja, y sonreí al notar que se estremecía—. Sé cómo matar. Lo he hecho en otras ocasiones.

Le besé con suavidad la sien, la mejilla, la mandíbula. Se le erizó la piel en cuanto sintió mi aliento. Acercó su cuerpo al mío y me aferró las caderas con las manos. Entonces, se le aceleró la respiración y distinguí en su rostro una súplica silenciosa.

—Vaya, sí que confías en mí, ¿eh?

—Claro que confío en ti —respondió. Y no entendí por qué esas palabras me dolieron igual que si me hubieran atravesado el pecho con unos dardos—. Me has demostrado que puedo hacerlo.

Me tocó la cara con una ternura que hacía que me sintiera en un paraíso, lejos de aquella maldita isla y aquella casa embrujada. Solo estaba en los brazos de mi mujer, y ella en los míos, sin tener que hacerle frente a la noche oscura y solitaria.

Me recorrió los labios con los dedos temblorosos, como si estuviera

memorizando mis rasgos. Me sujetó la muñeca y se acercó al cuerpo la mano en la que aún sostenía el cuchillo. Acto seguido, abrió la boca, extendió la lengua y me sostuvo la mirada mientras lamía la punta afilada de la hoja.

—Confío en ti —susurró—. Sé que volverás a mi lado.

Reemplacé el cuchillo por mi boca de inmediato y la besé apasionadamente. Sabía al chocolate caliente que le gustaba beber y a la mermelada de fresa que se untaba en la tostada por las mañanas. Suave y agridulce al mismo tiempo.

Se había convertido en mi debilidad. Una que jamás pensé que podría permitirme.

Había soportado los más crudos inviernos porque no me quedaba otra opción. Aunque había sobrevivido a todos, tampoco podía decir que hubiese llegado a vivir de verdad. Cumplía con lo que debía, pero no tenía una verdadera razón para luchar. Me limitaba a permanecer al borde de la oscuridad con estoicismo, esperando a ser devorada.

Sin embargo, Salem lo cambió todo. Arrojó un rayo de luz en mi camino sin proponérselo, haciendo que la oscuridad no me pareciera tan profunda. Me brindó la esperanza de un futuro en el que mi corazón seguía latiendo y de una vida por la que merecía la pena resistir.

Se recostó en el sofá con un suspiro y alzó la vista para mirarme con unos ojos rebosantes de deseo y ternura. Me deslizó los dedos por los muslos con delicadeza, hasta llegar a las caderas, y luego se recreó en la curva de mi cintura. Me quitó el jersey, lo arrojó al suelo y se le dibujó una sonrisa amplia y traviesa en la cara en cuanto se percató de que no llevaba sujetador debajo.

A pesar de que mi cuerpo no era más que una herramienta para mí, Salem lo veneraba como si fuera una obra de arte. Algo

extraordinario y digno de ser admirado.

Pero era ella quien personificaba en realidad todos esos atributos.

Soltó una risita mientras la desvestía por completo, combinando caricias suaves con la dureza que tanto ansiaba. Una vez desnuda, se tendió en el sofá, estirando plácidamente su hermoso cuerpo sobre el terciopelo. Me coloqué a horcajadas sobre ella, volví a coger la cámara y la enfoqué.

Le pasé la mano que tenía libre por los pechos y el vientre. Quería memorizar lo que sentía al tocarla y grabarme a fuego esa mirada en la mente.

—¿Te das cuenta del efecto que tienes en mí, preciosa? —dije, casi sin aliento, al tomarle la foto—. Haces que me cueste muchísimo despegarme de tu lado.

—Pues no te vayas —contestó—. Quédate. —Me agarró la muñeca de nuevo y me besó el dorso de la mano.

Nadie me había pedido nunca que me quedara. Nadie me había necesitado cerca. Por un segundo, estuve a punto de alejarme. Pensé que su deseo debía ser alguna artimaña, y sus dulces palabras, una trampa.

Pero sabía que no era cierto.

Guio mi muñeca hacia el espacio entre sus muslos y separó los labios cuando me introduje en ella, dejando escapar un suave gemido. Enseguida sentí sus paredes estrechándose alrededor de mi dedo.

Habría hecho lo que fuera por protegerla.

Incluso dejarla.

—No pasará ni un solo segundo en el que no piense en ti cuando esté fuera —le gruñí con desesperación al oído tras inclinarme sobre ella.

Nuestros pechos se juntaron y le hundí más el dedo. Íbamos

danzando al mismo compás a medida que se lo metía y se lo sacaba, atenta a los pequeños gemidos que le brotaban de la garganta cada vez que lo impulsaba hacia dentro.

—Te juro que volveré a tu lado. —Me invadió un gran alivio al pronunciar aquellas palabras, como si me hubiera desprendido de una carga que me oprimía desde hacía tiempo. Asintió con entusiasmo y me envolvió los hombros con los brazos.

—Más te vale —jadeó, retorciéndose mientras le metía otro dedo. Me clavó las uñas en la espalda, arrancándome un gemido de la garganta—. Ni se te ocurra abandonarme —soltó entre gruñidos, aunque cada sílaba estaba cargada de sinceridad.

—Jamás. —Cuando le introduje otro dedo, gritó y me arrastró las uñas por la espalda. Meció las caderas, incitándome a penetrarla más hondo. Los mechones de mi pelo se resbalaron entre ambas, perfilándole el rostro con su sombra.

Solo se oía el crepitar del fuego y el sonido de nuestras respiraciones agitadas.

—Volveré a tu lado, aunque tenga que perseguirte como un fantasma. —Me enderecé, aún en su interior, y volví a coger la cámara. Tenía las mejillas sonrojadas y la boca curvada en un gesto de placer irresistible—. ¿Me dejas que te meta otro dedo?

Se retorció mientras asentía.

—Por favor —susurró.

El *flash* de la cámara se disparó cuando deslicé un cuarto dedo dentro de ella, capturando el éxtasis y la agonía en su rostro. Inmortalizada, convertida en una diosa que solo yo podía venerar, con una belleza tortuosa, blasfema y santa.

—¿Te gusta sentirme dentro de ti, preciosa? —pregunté, y me respondió con un gemido—. ¿Quieres que me introduzca aún más? ¿Que te folle el coño hasta que te corras sobre mí?

—Sí, por favor, mi ama —jadeó. Le metí los dedos lentamente hasta el fondo, relajándole los músculos y preparándola para mí.

—En unos minutos, voy a ponerme el arnés —susurré, y las pupilas se le dilataron—. Voy a follarte despacio y voy a meterte hasta el último centímetro. Y, cuando te hayas corrido tantas veces que no sepas ni dónde estás, pienso beberme hasta tu última gota.

—Te deseo con todas mis fuerzas —dijo, con una voz que era pura ambrosía para mis oídos, y me agarró las caderas, dejándome marcas rojas y apasionadas—. Te necesito dentro de mí.

—No te atrevas a moverte. —Me levanté del sofá tan deprisa que estuve a punto de tropezarme con mis propios pies—. Quédate ahí. —Con la sonrisa que me lanzó, no me quedó más remedio que salir disparada escaleras arriba. Tenía que empezar a guardar los juguetes en sitios más accesibles.

Cuando regresé, ajustándome el arnés a las caderas, Salem había cambiado de postura. Estaba sentada en el sofá, con las piernas abiertas y una mano entre ellas, mientras sostenía la cámara con la otra. Se sacó una foto y, por un instante, me quedé paralizada, sin palabras. Soltó un suspiro apenas audible al dejar la cámara a un lado, y entonces se le escapó un gemido tan dulce y provocador que mi cerebro volvió a reaccionar de inmediato.

—Veo que te has puesto cómoda para mí —comenté, caminando hacia ella. Abrió un poco más las piernas y me miró de arriba abajo con admiración. Joder, era preciosa. Utilizó los dedos para separarse los labios en cuanto me arrodillé frente a ella. Con los ojos clavados en los suyos, abrí la boca y dejé que la saliva se resbalara lentamente desde la punta de mi lengua. Respiraba hondo mientras la acariciaba, y una oleada de calor me recorría el cuerpo cada vez que se retorcía y soltaba algún gemido.

—Dios, eres increíble —dijo.

—Pues aún falta lo mejor.

Le dibujé círculos con la lengua en el clítoris, palpitante y sensible por el deseo acumulado. Cuando embistió contra mi boca, le empujé las caderas hacia abajo y le di una palmada en el muslo interior con la suficiente fuerza como para dejarle una marca roja. Se estremeció, mordiéndose el labio con intensidad.

—Más… Por favor… —exigió en un tono impaciente.

—¿Más dolor? —murmuré con picardía, y asintió sin dudarlo. Le azoté el otro muslo y se sobresaltó, sonriendo al mismo tiempo que dejaba escapar un siseo de placer.

—¡Dios! Por favor, mi ama. —Se aferró a los cojines del sofá con las manos temblorosas mientras yo cerraba la boca sobre su clítoris y succionaba, acariciándolo con la lengua.

Después de unos segundos, alcé la cabeza y le di de nuevo una palmada en cada muslo. Las marcas de mis dedos resaltaban sobre su cuerpo de una forma preciosa, y las besé una por una con devoción antes de volver a hundirme entre sus piernas.

—Joder, por favor… —suplicó entre gemidos, con los nervios a flor de piel. Se encontraba a punto de alcanzar el clímax, pero la mantuve temblando al borde del abismo, sin dejarla caer, deleitándome con la humedad de su coño como si fuera el mismísimo néctar de los dioses.

—¿Estás lista, cariño? —Me subí al sofá y le pasé el arnés por la entrada de su sexo.

Contoneó las caderas con ansia, restregándose contra la silicona a la par que me rogaba:

—Por favor… Fóllame el coño, te lo suplico… Métemelo hasta el fondo…

La agarré del cuello con una mano y del pelo con la otra. La empujé hasta que estuvo completamente tumbada y con las piernas

bien abiertas; me apoyé una encima del hombro y dejé la otra colgando sobre mi muslo, por fuera del sofá. Entonces le fui introduciendo el juguete despacio, hundiéndoselo más y más con cada embestida.

—¿Lo notas, cariño? —dije, observando su rostro y disfrutando de sus ligeros gemidos—. ¿Te das cuenta de hasta qué punto me perteneces? —Los sonidos que le arrancaba con cada acometida eran hermosos, desesperados y codiciosos—. Este coño es todo mío, así como tu cuerpo. Solo yo puedo complacerlo y follármelo. No me importa con quién hayas estado antes. Pienso borrarte cualquier rastro que quede de ellos. Voy a hacerte disfrutar como nunca lo han hecho. Soy. Tu. Puta. Dueña. —Acompañé cada palabra con una embestida para grabarle hasta la última sílaba en el cuerpo, y los ojos se le pusieron en blanco del placer.

Su entrega me devoraba por dentro; la forma en que se estremecía debajo de mí me hacía sentirme agradecida por cada chispa de vida en mi cuerpo, cada punzada de dolor y cada segundo de puro placer. Estaba tan húmeda que acogió hasta el último centímetro en su interior, gimiendo de éxtasis. Cada vez que me retiraba, captaba el brillo del consolador del arnés, empapado por su deseo, y volvía a hundirme en ella, cautivada y sin aliento.

Ver el juguete desaparecer en su interior me sobrepasaba por completo, y no podía evitar responder con gemidos a los pequeños suspiros de placer que se le escapaban. Se masajeaba el clítoris mientras me observaba con los ojos entrecerrados. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios separados, lista para gemir mi nombre.

Me eché sobre ella y le besé el cuello, salado por el sudor y dulce por su aroma. Me enredó los dedos en el pelo y tiró de él, suplicándome que siguiera. Ajusté las caderas hasta encontrar un ángulo que la hizo poner los ojos en blanco de nuevo.

—Respira —le recordé. Bajé el brazo y le aparté la mano temblorosa que se había colocado entre las piernas para poder tocarla.

Le froté el clítoris hasta que se arqueó con desesperación contra mi mano, hundiendo el arnés aún más en su interior. Se movía con torpeza, como si su cuerpo ya no le obedeciera y me hubiera cedido el control a mí por completo.

—Eso es, preciosa —murmuré, besándole de nuevo el cuello mientras se tensaba y los músculos le latían en oleadas de placer cada vez más intensas—. Entrégame cada centímetro de ese cuerpo tan perfecto que tienes. Córrete para mí.

Contemplar cómo se rendía ante el placer hasta quedarse temblando y sin fuerzas entre mis manos fue como tocar el cielo. Reduje el ritmo para prolongar su deleite, manteniendo el arnés profundamente enterrado en ella.

—Dios, Rayne, me encanta. —Tenía los ojos abiertos pero desenfocados, y se le dibujó una sonrisa aturdida en el rostro—. Quiero… Quiero sentirte… por favor.

Soltó un gemido ahogado al notar cómo le sacaba el arnés. Me lo quité a toda prisa y volví a colocarme encima de ella. Incapaz de resistirme, me incliné una vez más y la saboreé. Le chupé el clítoris y le presioné la lengua contra la entrada palpitante de su sexo. Empezó a gimotear a la vez que empujaba su cadera contra mi boca y murmuraba una cascada de palabras que apenas lograba entender.

Levanté la cabeza, agarré una almohada para acomodarla bajo la curva de su espalda y me senté a horcajadas sobre una de sus piernas. Me apoyó la otra en el hombro y comencé a moverme contra ella de un lado a otro, ascendiendo y descendiendo con lentitud.

No existía nada más placentero ni perfecto que la sensación de nuestros cuerpos uniéndose. Seguí meciéndome contra ella, piel con

piel, rozando su clítoris hinchado y tierno con el mío. Cada movimiento de cadera me provocaba una descarga de placer que me sacudía por dentro, como si un rayo recorriera cada fibra de mi cuerpo. Me dejé llevar por el ritmo, sintiendo cómo iba creciendo la tensión mientras su rostro se rendía al goce más puro. Notaba su sexo, resbaladizo y cálido, palpitando contra el mío.

—Vas a hacer que me corra, preciosa —dije con la voz tensa. La agarré por las caderas y la alcé un poco para que mi clítoris pudiera deslizarse contra el suyo.

No solía entregarme al placer, pero con ella todo era distinto. Me dejé arrastrar por un orgasmo indomable, sin pensar en nada más que en sus ojos mirándome, nuestros cuerpos fundidos y el hecho de que una mujer tan perfecta y hermosa como ella fuese completamente mía.

31

Salem

Fotografías macabras

Al amanecer del día siguiente, con los primeros rayos de sol colándose entre los árboles, Rayne me llevó en el *quad* a través de la nieve hasta la granja de Andy. Los copos recién caídos crujían bajo nuestras botas conforme avanzábamos por el camino de entrada hacia su casa de dos plantas, acompañadas por los cacareos de las gallinas y los balidos de las cabras que se encontraban en el establo de al lado.

—Buenos días, Rayne. Buenos días, señorita Lockard. —Andy parecía llevar un rato despierto. Nos saludó desde el porche con la mano enguantada y una taza humeante apoyada en la barandilla junto a él—. Hay café en la cafetera si os apetece. Puedo ayudarte con la mochila y…

—No te preocupes —lo interrumpió Rayne con una sonrisa. Acto seguido, se colgó mi mochila al hombro y me guio hacia la casa, con Loki siguiéndonos de cerca. En el interior reinaba una calidez realmente acogedora, y el perro no tardó en echarse junto a una estufa de leña cerca del sofá. Había libros y juguetes infantiles esparcidos por el suelo, además de un rompecabezas a medio terminar en la mesa de la cocina. La casa estaba tan silenciosa que supuse que Rebecca y Rachel seguían dormidas.

—¿Llevas todo lo que necesitas? —preguntó Andy cuando volvimos al exterior. Rayne le dio una palmadita a su enorme

mochila y asintió—. Habrás cogido un arma, ¿no? ¿Tienes munición?

—La suficiente para apañármelas —contestó, pero su respuesta no lo convenció y entró en la casa. Regresó al rato con una caja de munición del calibre 45.

—Con esto deberías estar servida. —Le dio una palmadita en el hombro—. Ten mucho cuidado ahí fuera.

—Intentaré estar de vuelta mañana por la noche —dijo. Había estado haciendo todo lo posible por controlar mis emociones, pero, en cuanto se giró hacia mí, el esfuerzo por contener las lágrimas me provocó un ataque de hipo.

Me envolvió en un abrazo, acomodando mi cabeza bajo su barbilla. Aunque intenté no llorar, unas lágrimas acabaron resbalando silenciosamente por mis mejillas.

—No me pasará nada. Te lo prometo. No te preocupes por mí.

—Te echaré de menos —respondí. Se separó de mí lo justo para poder apoyar su frente contra la mía.

—Y yo a ti. Solo serán un par de días. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta. —Me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído—: Tengo tus fotos en el bolsillo. Las guardaré junto a la cama y pensaré en ti.

Me apresuré a enjugarme las lágrimas que empezaban a congelarse en mis mejillas. Me besó en la boca, acunándome el rostro entre sus manos enguantadas.

Se dirigió al *quad* y desapareció entre los árboles en un abrir y cerrar de ojos.



Andy insistía en tratarme como a una invitada, pero le rogué que me dejara ayudarlo con sus tareas. Necesitaba mantener las manos

ocupadas y la mente distraída; de lo contrario, la ansiedad por la ausencia de Rayne terminaría consumiéndome.

Dimos de comer a las gallinas y les pusimos paja fresca a las cabras. Cuando las niñas se despertaron, llevé a Loki a dar un paseo por la propiedad mientras Andy les preparaba el desayuno. Rebecca y Rachel se mostraron encantadas de tener compañía, pero a mí me costaba estar de buen humor. Solo podía pensar en Rayne, viajando sola al extremo norte de la isla. Al menos, según me había dicho, disponía de una radio allí, así que podría hablar con ella.

Con aquel frío glacial, no iba a poder quedarme fuera para siempre. Al final, tuve que hacer de tripas corazón, poner mi mejor cara y entrar en la casa. Aunque los nervios me cerraban el estómago, me obligué a comerme el beicon y las tortitas que Andy había preparado. Rebecca y Rachel tenían muchas ganas de hablar: la pequeña no paraba de enseñarme juguetes y la mayor quería saberlo todo sobre el continente.

Eran unas niñas encantadoras, y lamentaba no tener la suficiente energía para dedicarles más atención, pero mi ansiedad no me daba tregua. Era como una picazón constante en el fondo de mi mente que se intensificaba cada vez que veía que el viento se levantaba y comenzaba a nevar.

El día transcurrió despacio. Le eché una mano a Andy en todo lo que pude, aunque él insistía en que no era necesario, ayudé a Rebecca con su ficha de vocabulario y le leí un cuento a Rachel cuando llegó la hora de su siesta. Mientras tanto, el viento y la nieve no dejaron de aullar en el exterior. Bien entrada la tarde, Loki se sentó frente a la puerta con aire expectante, a pesar de que ya había salido a hacer sus necesidades.

—No va a volver esta noche, chico —dije. Me observó durante unos instantes, lanzó una última mirada triste a la puerta y regresó a

su sitio junto al fuego.

Andy acompañó a las niñas arriba para su «rato de lectura en silencio» y me quedé sola en la planta baja. Habían convertido el mullido y acogedor sofá en una cama con cojines cómodos, y la chimenea mantenía el ambiente cálido. La casa crujía con el viento, pero no transmitía esa atmósfera inquietante que rodeaba a la mansión Balfour. No me daba la sensación de estar siendo vigilada.

En el exterior, el viento arrastraba la nieve en espirales, de modo que las ventanas se encontraban cubiertas de escarcha. El sol casi se había puesto, y la creciente oscuridad hacía que me latiera el corazón con fuerza. Rayne me había garantizado que Andy estaba bien armado; todas las ventanas tenían rejas y la puerta principal contaba con un cerrojo robusto, pero no era mi propia seguridad lo que me inquietaba.

Andy me había enseñado el lugar, así que sabía que su radio estaba al final del estrecho pasillo, en su oficina. Me dirigí hacia allí arrastrando los pies y dejé la puerta encajada para no molestar a las niñas. Los viejos muelles de la silla que había detrás del escritorio crujieron bajo mi peso al acurrucarme en ella. Loki se tumbó a mis pies; llevaba todo el día pegado a mí.

Sintonicé la radio en la frecuencia de la torre de vigilancia contra incendios del norte y cogí el micrófono.

—¿Rayne? —pregunté en voz baja—. ¿Estás ahí?

El corazón me latía a un ritmo frenético mientras esperaba una respuesta.

—Hola, preciosa.

El pulso se me desbocó aún más al escuchar esas palabras.

—Te echaba de menos. Quería asegurarme de que estabas bien.

Pude oír la sonrisa en su voz.

—Estoy bien. El fuego de la estufa mantiene esto calentito, y me he

arropado con mi manta de ganchillo favorita. Tengo hasta un poco de chocolate caliente.

Se me escapó una risita.

—¿Le has echado también nubecitas?

—Por supuesto. Estoy segura de que Andy también tiene por allí en su casa.

—El suelo está demasiado frío como para ir a la cocina —dije, suspirando dramáticamente.

—Te propongo algo: voy para allá corriendo y te lo preparo yo.

Empezaron a escocerme los ojos. Me sentía tan agotada que la simple idea de tenerla de vuelta a mi lado bastaba para hacerme llorar.

¿Y si nunca volvía? ¿Y si se caía de la torre, o la bestia la encontraba, o…?

—¿Salem? ¿Sigues ahí?

—¡Sí! Sí, estoy… —Me aclaré la garganta—. Perdona, estoy un poco cansada. ¿Qué tal fue el viaje?

—Nada mal. He pasado un poco de frío, pero todo estaba tranquilo —respondió—. Casi parecía un lugar pacífico. Me he encontrado un montón de nieve acumulada, aunque creo que el fallo se debe a que hay muchísimas ramas y restos del bosque enganchados en la torre. En cuanto los quite, se acabó el problema.

—Anda, qué bien. Eso es bueno…

De la planta de arriba llegaban risas infantiles acompañadas por las estruendosas carcajadas de Andy. Estaba rodeada del ambiente de un hogar feliz, y, aun así, la soledad me pesaba.

—¿Estás bien, Salem? —La tierna voz de Rayne me envolvió como un abrazo.

—Solo tengo un poco de ansiedad —dije—. Me noto un nudo en el estómago y estoy… asustada.

Ella corría mucho más peligro que yo. Me parecía una tontería quejarme, pero esos sentimientos me consumían por completo. La ansiedad era como un monstruo que aguardaba en cada rincón oscuro de mi mente, en cada incertidumbre, en cada recuerdo doloroso. Acechaba en peligros tanto reales como imaginarios. Sacaba a la luz todas y cada una de mis preocupaciones y las convertía en un letrero de neón imposible de ignorar.

—Te entiendo, cariño. No te culpo. Este mundo de mierda es terrorífico, pero me encargaré de protegerte. Puede que no esté contigo ahora mismo, pero te prometo que, si me necesitas, lo dejaré todo y volveré a tu lado.

Sus palabras me sorprendieron tanto que me quedé callada durante varios segundos. Una mezcla de culpa y alegría hizo que me brotaran las lágrimas, y me apresuré a secarme las mejillas.

—Ey, ¿me has oído?

—Sí —susurré para que no percibiera el temblor de mi voz—. Gracias.

—No me las des. Para mí es un placer, Salem. Quiero… —Se detuvo por un instante, y esperé a que continuara con el alma en vilo —. Quiero que puedas contar conmigo. Todo esto es un desastre, pero tenerte aquí… —Guardó silencio de nuevo—. Debería decírtelo en persona. Supongo que soy demasiado cobarde.

—No eres cobarde —repliqué. Me acerqué el micrófono al oído y cerré los ojos, imaginándome por un momento que se encontraba a mi lado.

—Tú me has devuelto la esperanza, Salem. No sé si las cosas cambiarán algún día, pero estuve sola durante tanto tiempo que acabé olvidando la razón que me impulsaba a seguir adelante.

—¿Y la has recordado? —pregunté— ¿Esa razón que te hacía seguir adelante?

—No, no la he recordado. La he encontrado por primera vez. Ahora sí tengo una razón por la que luchar.



Me quedé dormida acurrucada en la silla con la radio en la mano. En un momento dado, Andy entró y me tapó con una manta para que no me enfriara demasiado a lo largo de la noche.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, dejé que Loki saliera a hacer sus necesidades y lo vigilé desde la terraza. Una vasta y oscura masa de nubes se cernía sobre nosotros, aunque, al menos, la nieve parecía habernos dado una tregua. Se había formado un manto blanco y esponjoso de varios metros de grosor frente al establo, así que ayudé a Andy a despejar el camino y les dimos de comer a los animales.

Me tomé una pastilla para calmarme, a pesar de que sabía que luego iba a costarme mantener los ojos abiertos. Le eché de comer a Loki, desayuné unos huevos pasados por agua y unas tostadas, y entonces retomé mi misión de catalogar todos los trastos que habíamos sacado de la cabaña antes de prenderle fuego. Solo había logrado meter una caja pequeña en la mochila, pero con eso tenía más que suficiente para mantenerme ocupada.

Vacié su contenido sobre el escritorio de la oficina de Andy. Había cientos de fotos de Rayne de pequeña, aunque la mayoría estaban desgastadas, manchadas y descoloridas por haberse pasado tanto tiempo guardadas en un sitio tan desprotegido. En algunas de ellas salía con su madre, y en otras aparecía Melanie Balfour sola, como si se las hubiera sacado a sí misma.

No encontré ni una sola foto de Picard. Nada que sugiriera que alguna vez había formado parte de la vida de su esposa y su hija.

En el fondo de la caja había un sobre grande y mugriento adherido al cartón. Puse una mueca de asco y, tras despegarlo con un pañuelo, me percaté de que estaba lleno de manchas de moho negro. Dentro había aún más fotos.

Sin embargo, aquellas eran diferentes a las demás.

Las primeras eran tan oscuras que apenas podía distinguir lo que estaba viendo. Se me revolvió el estómago cuando empecé a fijarme en algunos detalles: sangre roja, grasa blanquecina, huesos astillados. No era capaz de reconocer lo que tenía delante, pero sabía con total seguridad que esas imágenes escondían algo muy turbio.

La primera foto nítida que encontré se me resbaló de las manos al cubrirme la boca, horrorizada. Cadáveres de animales, tan mutilados que ni siquiera podía determinar su especie, yacían extendidos sobre una mesa de madera que me resultaba demasiado familiar. Era la misma mesa de la cabaña de piedra.

—Dios mío… —Cogí una foto tras otra, examinándolas con creciente horror. Carne y hueso, sangre y órganos. Algunas eran tan asquerosas que me provocaron náuseas y tuve que dedicar todos mis esfuerzos a contener el vómito que me subía por la garganta.

Las últimas fotos fueron las peores. No salía ningún animal en ellas.

Era una persona. Había una foto de un ojo muy abierto y vidrioso, rodeado de sangre. Otra mostraba el cuerpo desnudo de una mujer, tendido como si fueran a diseccionarlo, pero no se le veía el rostro. Tenía un tajo profundo y brutal en la garganta. El torso estaba lleno de heridas abiertas.

En la última foto se veía una pila de huesos ensangrentados, algunos con pedazos de carne aún adheridos. Unas manos manchadas levantaban un fémur del montón, revelando una serie de símbolos diminutos tallados en el hueso.

Lo solté todo, me puse de pie y empecé a pasearme de un lado a otro de la habitación con las manos temblorosas. Tenía el horrible presentimiento de que sabía a quién pertenecía ese cuerpo.

Melanie debía estar enterrada; Rayne mencionó que su madre había recibido sepultura.

Sin embargo, en ese momento, algo me decía que no era cierto.



Rayne había prometido que me avisaría por radio antes de emprender el camino de vuelta, pero el tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Aquellas fotos me atormentaban tanto que tuve que volver a ojearlas solo para asegurarme de que no me había imaginado nada.

Quería convencerme de que no eran reales, pero mi instinto me gritaba lo contrario.

¿Cómo iba a contárselo a Rayne? ¿Qué podía decirle? Se me revolvía el estómago de pensar en enseñarle esas fotos.

—¿Te encuentras bien, Salem? —preguntó Andy, mirándome preocupado desde el otro lado de la mesa de la cocina. Apenas había podido probar la comida que había preparado—. No te preocupes por Rayne. Ha subido a esa vieja torre muchísimas veces. Es una mujer inteligente, se quedará allí arriba hasta que sea seguro volver.

Agradecí esas palabras de aliento. Estuve a punto de confesarle lo que había encontrado, desesperada por una segunda opinión, pero las niñas también estaban delante, así que me limité a remover la comida del plato y luego me acurruqué con una taza de té junto a la radio, esperando con ansias la llamada de Rayne.

Pero la tarde dio paso a la noche y seguí sin recibir noticias de ella.

Al rato, llamaron a la puerta del despacho y me sobresalté.

—Me voy a la cama —anunció Andy asomando la cabeza—. Deberías intentar dormir un poco. Ha hecho muy mal tiempo, seguro que se está retrasando por eso.

Quizá se debía solo a la ansiedad, pero, en ese instante, sus palabras dejaron de sonarme tan convincentes.

Unas horas después, el brusco ladrido de Loki me despertó del estado de duermevela en el que me había sumido.

Me había vuelto a quedar dormida en el escritorio. Me estiré, con el cuello resentido por la mala postura, y me estremecí al meter las manos en las mangas. Aunque estaba casi segura de que la radio me habría despertado si hubiera sonado, cogí el micrófono y dije en voz baja:

—¿Rayne? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Loki no se encontraba tumbado a mis pies; seguramente estaba sentado frente a la puerta, esperando a que lo dejaran salir para orinar. Hacía un frío que pelaba. Ahuequé las manos delante de la boca y exhalé para calentarlas; acto seguido, me dirigí a toda prisa hacia la puerta principal y cogí uno de los abrigos que colgaban junto a ella.

Loki estaba paseándose de un lado a otro entre gimoteos, así que me apresuré a abrirle la puerta antes de meter los brazos en las mangas del abrigo y ponerme las botas.

Salí al porche y contemplé la oscuridad del cielo nocturno. La nieve había empezado a caer de nuevo y los copos danzaban en remolinos arrastrados por intensas ráfagas de viento. Los focos bañaban el exterior de la casa con su luz, pero, aun así, no quería quedarme allí fuera más tiempo del necesario.

Al recorrer el patio con la mirada, me di cuenta de que Loki había desaparecido.

—¿Loki? —Esperaba verlo aparecer trotando por el lateral de la

casa; sin embargo, no acudió a mi llamada.

Seguí con los ojos sus huellas en la nieve. Atravesaban el patio y continuaban a lo lejos…

Hasta adentrarse en el bosque.

En la distancia, arrastrados por el viento helado, se oyeron los ladridos de un perro. Eran gruñidos frenéticos, impregnados de miedo. El pecho me retumbaba con cada latido y la garganta se me había cerrado por completo.

—¡Loki! —Mi voz se perdió entre los aullidos del viento, y sus ladridos parecieron alejarse aún más.

Corrí adentro, presa del pánico, y rebusqué en mi mochila hasta dar con el cuchillo de caza que Rayne me había prestado. Lo desenvainé y me lancé hacia la noche tormentosa.

La nieve fresca me pesaba en los pies como si arrastrara un ancla. El viento me azotaba la cara y los copos me nublaban la vista.

—¡Loki! —lo llamaba sin cesar, tratando de seguir sus pisadas entre la nieve. Se me estaban empezando a entumecer los labios y los dedos por el frío, pero no podía abandonar a su suerte al pobre perro allí fuera. ¿Por qué se habría escapado de esa forma?

Había dejado de oírlo. Tampoco veía la granja. Me encontraba rodeada por un laberinto de árboles altos y zarzas congeladas.

El corazón me dio un vuelco y el pánico se apoderó de cada fibra de mi ser. Necesitaba volver y despertar a Andy para que me ayudara, pero, al dar una vuelta sobre mí misma para escudriñar el entorno, me di cuenta de que quizá ni siquiera supiera encontrar el camino de vuelta a la granja. La nieve estaba cubriendo velozmente mis huellas y las de Loki.

La respiración se me aceleraba cada vez más y el frío me quemaba los pulmones. Maldita sea, ¿dónde se había metido el perro? No solía comportarse así. Me ahuequé las manos alrededor de la boca y

grité en vano contra el viento aullante.

Unos ladridos lejanos y apagados me respondieron. Corrí con desesperación tras el sonido, pero el pie se me quedó enganchado en algo oculto bajo la nieve y me di de bruces contra el suelo.

Cuando logré incorporarme, percibí un ligero brillo rojo frente a mí.

Largos mechones oscuros salpicados de sangre se mecían con las ráfagas de viento, enmarcando unos ojos huecos que me observaban. La inmaculada nieve a los pies de su figura se teñía por la sangre que goteaba de unas uñas demasiado largas. Contuve el aliento y, de repente, me sentí como si una fuerza invisible me sacudiera por dentro, arrebatándome la energía.

Me dolía todo el cuerpo. Apenas podía respirar.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la mujer desapareció.

El viento arrastraba susurros de voces desconocidas que se superponían. Un nudo invisible me atenazaba el pecho y la cabeza me daba vueltas. Debía encontrar un refugio, pero… ¿dónde…?, ¿cómo…?

Al girarme, la vi. Tenía el rostro desencajado, los brazos ensangrentados extendidos hacia mí y la boca abierta en un grito escalofriante.

Mi propio grito quedó engullido por el rugido del viento cuando fui lanzada al suelo. Caí en la nieve espesa y rodé cuesta abajo por una ladera empinada hasta un barranco.

Los pulmones se me vaciaron de golpe y noté una presión insoportable oprimiéndome por dentro.

Sentía que me faltaba el aire. No podía gritar ni levantarme. Era como si tuviera la garganta llena de un líquido que me ahogaba con su asqueroso sabor metálico. Una sombra se movía frente a mí, oscilando hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, aplastándome

con cada balanceo. Me golpeaba el pecho con tal fuerza que se formaron burbujas en el charco de sangre que me llenaba la boca.

Alguien gritaba a lo lejos. Un lamento desdichado y lastimoso. Aunque los susurros seguían presentes, envolviéndome e infectándome la mente.

«Los huesos, los huesos, a estos huesos yo te ato. Con carne, con carne, con esta carne yo te alimento. En sangre, en sangre, en esta sangre yo te invoco».

32

Rayne

A oscuras

Cuando me quité los guantes para meterlos en la caja junto a mi arnés de escalada, tenía las manos rígidas y frías. Las gélidas temperaturas habían cubierto el metal con una capa resbaladiza de hielo, de modo que me había llevado aún más tiempo del esperado subir a la torre de telefonía móvil. Una rama enorme se había enredado en el transceptor, pero, en cuanto la retiré, el fantasmagórico resplandor verde de las cámaras de rastreo volvió a iluminar la habitación cuadrada de la torre de vigilancia.

Los viejos monitores se encontraban apilados de forma precaria sobre el escritorio, con los cristales de las pantallas agrietados y las carcasas de plástico deterioradas. El presupuesto público de Blackridge era escaso; las herramientas de las que disponíamos las había financiado la comunidad, pero tenían sus años y estaban empezando a dar fallos. Cada invierno les suplicaba que resistieran un poquito más y, hasta ese entonces, seguían funcionando.

Me dolía todo el cuerpo de puro cansancio y me desplomé bocabajo en la cama. El sol había comenzado a ponerse, pero las nubes de tormenta oscurecían el cielo de tal forma que parecía ser de noche. No iba a poder volver a casa ese día. Ni la comida ni el descanso me importaban tanto como hablar con Salem. Necesitaba oír su voz, saber que se encontraba a salvo.

Por muy agotada que estuviera, no podía sacármela de la cabeza.

¿Qué me pasaba? ¿Se trataba solo de una obsesión o la calidez que me invadía al pensar en ella era algo completamente distinto? El recuerdo de su sonrisa me provocaba mariposas en el estómago. Al sacar las Polaroids que guardaba de ella bajo la almohada, se me encendió el rostro y esbocé una sonrisa bobalicona sin darme cuenta.

De repente, se oyó un clic y la habitación se sumió en la oscuridad. Me levanté de un salto de la cama, aturdida y confundida, y le di al interruptor de la luz, pero no respondía. Los monitores y la radio se habían apagado. Me subí la cremallera del abrigo, salí al balcón y me percaté de que el bosque se hallaba envuelto en una negrura absoluta.

Los focos que rodeaban la torre, cuya misión era mantener al ángel alejado de allí, también estaban apagados.

—Joder, se ha ido la luz —murmuré. Cogí mi linterna de la mesa y abrí la caja de fusibles que había al lado de la puerta—. Venga, vamos. —Subí y bajé el diferencial, pero no sirvió de nada. La única opción que me quedaba era el generador de emergencia situado al pie de la torre.

La nieve empezó a caer con fuerza. Descendí lentamente por las escaleras, con el arma cargada y lista. El suelo crujía a cada paso y la torre entera parecía quejarse bajo el embate de la tormenta. El viento helado me azotaba la cara y tuve que avanzar con la cabeza agachada, alumbrándome el camino con la linterna. Los rugidos del viento ahogaban cualquier otro sonido, de modo que, si había algo esperándome abajo, no iba a poder oírlo.

Ni tampoco verlo en la oscuridad.

El generador chisporroteó cuando intenté encenderlo. Solté una maldición y giré la linterna a mi alrededor, tratando de localizar el cobertizo de suministros donde, con suerte, habría combustible.

El repentino chasquido de una ramita me hizo darme la vuelta de

inmediato. Dirigí la linterna hacia el sonido, pero su halo de luz rebotó sobre la nieve centelleante, sin llegar a penetrar del todo en las sombras. Los árboles se mecían con el viento, y la oscuridad que se extendía bajo ellos era tan espesa que parecía un muro de piedra.

—¿Tesoro?

La tensión me agarrotó la espalda, pero no me atreví a mover ni un músculo. ¿Había oído a alguien? ¿O solo era el viento haciendo crujir los árboles?

—¿Dónde estás, tesoro? No puedo verte.

Aquella voz me atravesó el alma, hurgando en una herida que creía cerrada. Contuve la respiración. No respondí ni desvié la luz de la linterna.

—Ven con mamá, tesoro.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me sorprendió que no se partieran. Era la voz de mi madre, pero debía de estar soñando. No podía ser. Murió antes de que llegara la bestia, así que era imposible que supiera cómo sonaba su voz.

Y sin embargo…

—¿Rayne? No hagas enfadar a mamá.

Un brazo largo y de una palidez enfermiza emergió de entre las sombras, justo a la izquierda de donde apuntaba mi linterna. Luego, le siguió otro. Y después, dos más. Las articulaciones le crujieron de manera repulsiva al desencajarlas y volverlas a colocar en su sitio. Su cuerpo deformado se retorció, intentando erguirse, y las costillas se le ondularon de un modo antinatural, como si tuvieran vida propia. Alzó su rostro sin ojos, como si estuviera buscando el cielo tormentoso, y abrió su horrible boca de par en par, rasgando el aire con unos dientes en forma de tenazas.

Preparé el arma lentamente por si tenía que hacer uso de ella.

—Ay, Dios… —El miedo le quebró la voz. No era la típica

imitación monótona de la bestia. Esa vez parecía demasiado real—. ¿Dónde estás?

Solté la linterna, levanté la mano con rapidez para apuntalar el arma y disparé. Aunque no pudo haber pasado más de un segundo, la bala cruzó el aire sin dar en ningún blanco.

—¡Mierda! —Corrí a toda prisa hacia las escaleras, pero me detuve bruscamente antes de llegar. Solo había una forma de bajar, y la puerta de arriba no aguantaría para siempre. Con solo una linterna y unas pocas balas en un espacio tan reducido, volver a encerrarme en la torre equivalía a una sentencia de muerte.

Entonces sentí otro crujido.

El ángel trotó por la nieve con una facilidad aterradora y se abalanzó sobre mí. Se estrelló contra la barandilla de la escalera y astilló la madera al desgarrarme la parte trasera de la chaqueta. Rodé por el suelo, aferrándome desesperadamente al arma, y logré incorporarme justo a tiempo para disparar otra bala antes de que volviera a precipitarse hacia mí. Cuando el tiro le impactó en el pecho, emitió un chillido desgarrador y se tambaleó hacia atrás, arañándose con furia la herida.

No tenía tiempo para apuntar. La única opción que me quedaba era salir corriendo.

Fui directa hacia el *quad*. A pocos pasos por detrás, el ángel gritaba mi nombre. Giré la llave y pulsé el botón de arranque, rezando para que el viejo motor no me fallara. Cobró vida con un rugido y pisé el acelerador hasta el fondo. La nieve salió disparada de las ruedas conforme me adentraba a toda velocidad en la oscuridad.

33

Salem

Gritos en la oscuridad

Cuando recuperé la consciencia, estaba temblando sin control. Me dolía el cuerpo del frío y me costaba respirar. No podía moverme, y pasé varios segundos aterrorizada, preguntándome si me estaría muriendo.

Desconcertada, me percaté de que había un peso cálido descansando contra mi espalda. Solté un quejido y lo noté moverse. Entonces sentí algo frío y húmedo rozándome el cuello y luego la mejilla. Se oyó un resoplido y, acto seguido, una lengua tibia y mojada empezó a lamerme la oreja frenéticamente.

—Loki… —Se me nubló la vista al intentar enfocarlo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí tumbada en la nieve, pero estaba segura de que su calor me había mantenido con vida. Le rodeé el cuello peludo con los brazos y me aferré a su collar para incorporarme. Aguardó con paciencia mientras me apoyaba en él, incapaz de enderezarme.

El cuerpo me pesaba demasiado y tenía las extremidades entumecidas, así que acabé desplomándome sobre el lomo del perro. Me agarré con fuerza a su pelaje y Loki echó a andar, arrastrándome con él. Avanzaba con determinación y las orejas levantadas, moviéndonos a ambos cuidadosamente a través de la nieve. De repente, se detuvo, con una oreja hacia delante y la otra hacia atrás.

Aunque yo solo podía oír el rugido ensordecedor de la tormenta,

Loki miraba fijamente hacia la oscuridad, con la cola estirada y un gruñido grave reverberando en su pecho.

—¡Salem! ¡Ayúdame!

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. El pánico me revolvió el estómago. Era la voz de Rayne; aunque sonaba un poco apagada, resultaba inconfundible. La adrenalina se apoderó de mí al instante e intenté levantarme. En cuestión de segundos, pasé de estar aturdida a ponerme en alerta máxima; sin embargo, mi cuerpo se negaba a obedecerme. Después de caminar tan solo unos metros, me derrumbé de nuevo sobre la nieve.

Loki jadeaba y ladraba, sacudiéndose bruscamente para zafarse de mi agarre, pero me negaba a soltar su collar. Por mucho que aquella voz se pareciese a la de Rayne, los recuerdos del ángel y sus trucos sucios hicieron que me quedara anclada en el sitio.

—¡Salem! ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Su voz llegaba lejana y estaba cargada de dolor. El pánico se extendió por cada fibra de mi ser y me impulsó a gritar:

—¡Rayne! Rayne, ¿me oyes?

El viento se llevó mis palabras y las ahogó en la tormenta. Loki se impulsó hacia adelante con un gruñido furioso y me superó en fuerza. Su collar mojado se me resbaló de las manos y echó a correr entre los árboles hasta que lo perdí de vista y sus ladridos fueron desvaneciéndose en la distancia.

—¡Loki! ¡No! —No veía nada y solo contaba con un cuchillo para defenderme. No tenía ni idea de dónde estaba. La adrenalina era lo único que evitaba que me desplomara mientras avanzaba a trompicones.

—¡Salem!

—Ay, Dios, Rayne…

¿Qué podía hacer? Cada segundo de incertidumbre me parecía

una eternidad. Tenía que encontrar a Rayne de inmediato. Era una imprudencia aventurarme a buscarla sin ayuda, pero ni siquiera sabía si podría volver sobre mis pasos. No debería haber salido jamás de la casa, y mucho menos haberme adentrado en el bosque.

Era peligroso. Lo más probable era que entre los árboles solo me aguardara la muerte, pero si ignoraba su voz, si existía la más mínima posibilidad de que Rayne estuviera realmente allí fuera, no me perdonaría nunca haberla abandonado.

El frío me había calado los huesos de tal manera que me sentía como si estuviera caminando sobre agujas. Oía a Loki ladrar a lo lejos con ferocidad. Parecía que estaba persiguiendo algo. Rayne me llamaba cada pocos segundos, pero no me atrevía a responder. Seguí moviéndome en silencio, sin dejar de escudriñar mi alrededor.

No era la cazadora, sino la presa. Y cada paso que daba podía ser el último.

El haz escalofriante de mi linterna atravesaba la nieve que se arremolinaba en el aire, pero la oscuridad acechaba por todas partes. Mi mente me estaba jugando malas pasadas; veía sombras que no existían, como si hubiera figuras oscuras corriendo entre los árboles. Habría jurado que incluso continuaba percibiendo susurros en el viento y un llanto suave que me erizaba el vello de la nuca.

No lograba discernir entre lo real, lo imaginario y lo que pretendía matarme.

Mi luz parpadeó. Había algo moviéndose cerca, pero, por más que revisaba el entorno, no conseguía verlo. A pesar de que el pánico me atenazaba la garganta, dije en voz baja:

—¿Loki? ¿Rayne? ¿Estáis…? ¿Estáis ahí?

Noté un cosquilleo en el cuello, y tuve el terrible presentimiento de que me estaban observando.

Un susurro emergió de la oscuridad:

—Salem… Por favor… Ayúdame.

Una figura de contornos vagos se encontraba agazapada ante mí, y la luz de mi linterna parpadeaba sin cesar al apuntar hacia ella. Un olor a sangre y carne corrompida llenaba el aire, como el de una herida abierta y putrefacta.

Me quedé muda. No me atrevía a hablar. Tenía el cuchillo preparado, aun sabiendo que no sería suficiente para salvarme.

La figura se levantó poco a poco y el ángel giró su rostro sin ojos en mi dirección.

—Ay… Dios… No… —Retrocedí con los brazos temblorosos y las rodillas a punto de doblárseme. La cabeza del ángel se agitaba con impaciencia mientras se arrastraba hacia mí, formando nubes de vaho en el aire helado con su aliento fétido. Las fosas nasales se le dilataron y lanzó un alarido tan desgarrador que sentí cómo se me oprimía el pecho.

—Ayúdame, por favor… Ayúdame… —repitió, imitando a Rayne a la perfección.

Mis piernas no respondían, a pesar de que mi cerebro no dejaba de ordenarles que corriesen, rápido, sin mirar atrás. Quería gritar, pero la voz se me había atascado en la garganta. El miedo me había paralizado por completo. No podía moverme. Ni respirar. Ni siquiera pensar.

Las fauces de la criatura se abrieron de par en par, revelando su interior, profundo como una cueva y repleto de dientes. Me embistió con tal fuerza que me tiró al suelo. Blandí el cuchillo a ciegas, con la esperanza de hundírselo en la carne. Un hilo de saliva putrefacta me cayó encima mientras sus garras arañaban la nieve a mi alrededor. Cuando conseguí rasgar a la bestia con la hoja, un líquido caliente y pegajoso me salpicó la cara.

Sin embargo, el siguiente alarido que resonó en mitad de la noche

no provenía del ángel, sino de Loki.

Surgió de entre los árboles como una sombra veloz para abalanzarse sobre mi atacante y morderle una de sus largas extremidades con fiereza. Rodaron por el suelo de tal modo que resultaba imposible distinguir al perro de la bestia, ambos enredados en una ráfaga de nieve y bramidos espantosos.

Se oyó un disparo. Loki no había acudido en mi ayuda solo.

Rayne apareció bajo el haz de luz temblorosa de mi linterna, con la ropa empapada y el pelo alborotado. Tenía la cara salpicada de sangre y el abrigo totalmente impregnado de un manto carmesí, pero, aun así, se movió con rapidez y precisión para apuntar y disparar una vez más.

La bestia chilló, alzándose sobre sus extremidades traseras unguladas. Aunque tenía el pecho cubierto de heridas abiertas, rugió desafiante y arremetió con sus garras contra el perro, que giraba a su alrededor, gruñendo y mostrando los dientes. Estaba peligrosamente cerca de mí. Cuando se giró para volver a encararme, me arrojé contra él gritando y le clavé el cuchillo en el muslo.

El ángel se agitó con violencia, emitiendo unos alaridos tan desgarradores que sentí que iban a reventarme los tímpanos. Al darse la vuelta para huir, una de sus alargadas extremidades me alcanzó de lleno y me derribó al suelo. Aturdida, lo vi desaparecer entre las sombras, dejando tras de sí un rastro de sangre oscura.

Unos brazos fuertes me agarraron y me levantaron de nuevo.

—Salem, venga. Levántate. Tenemos que irnos. ¡Ya!

Rayne me sujetó con firmeza, rodeándome con un brazo y empuñando el arma con la mano que le quedaba libre. Lanzó un silbido corto y penetrante al aire y, un instante después, Loki llegó corriendo hacia nosotras.

Avanzamos a tientas a través de la oscuridad, tambaleándonos por

la nieve. Loki nos seguía de cerca, deteniéndose de vez en cuando para observar las sombras a su espalda. Los gritos escalofriantes de la bestia herida se oían demasiado cerca. No la habíamos derrotado; solo habíamos avivado su ira.

—Rayne… ¿Dónde estamos? —pregunté.

—No lo sé exactamente —respondió, apretando los dientes—. Pero tenemos que seguir moviéndonos. He estrellado el *quad*. No podía ver por dónde iba. —Intentó silbar otra vez, pero los labios se le habían agrietado por el viento y el frío—. ¡Loki! A casa. Vuelve a casa.

El perro ladeó la cabeza al escuchar su orden. Olfateó el viento, luego el suelo, y echó a andar con determinación a través del bosque.

—Vamos detrás —dijo Rayne—. Él sabrá encontrar el camino.

Seguimos adelante, abriéndonos paso con dificultad entre la nieve fresca mientras Loki nos guiaba. El brazo con el que Rayne me sostenía estaba empapado de sangre. Podía olerla y sentir su tacto pegajoso. Al bajar la vista, vi que tenía la mano manchada de un líquido fresco, brillante y rojo cereza.

—Rayne, estás sangrando… Estás herida…

—No te preocupes por eso. —Sus ojos reflejaban la expresión de un animal acorralado: despierto, desconfiado y salvaje—. ¿Y tú qué?

—Yo estoy bien. —Aunque no estaba del todo segura de que fuera cierto, mis propias heridas carecían de importancia en ese momento —. Dios, Rayne, hay demasiada sangre.

De repente, perdió el equilibrio, pero logró aferrarse a un árbol a duras penas. Me coloqué bajo su brazo y la sostuve mientras maldecía con los dientes apretados por el dolor.

—No podemos parar —insistió—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? No tendrías que… No tendrías que haber salido de la casa de Andy. —Las fuerzas se le estaban agotando con rapidez. Se le pusieron los

ojos en blanco y le flaquearon las piernas de tal modo que estuvo a punto de hacernos caer a ambas al suelo. Loki gimió y volvió junto a Rayne para acariciarle la mano inerte con el hocico.

—Ve a casa, Loki —repetí, ayudando a Rayne a levantarse.

El perro ladró y continuó trotando a la vez que miraba hacia atrás para asegurarse de no perdernos de vista. De no ser por su guía, no habría sabido ni siquiera qué camino tomar. Seguimos avanzando, arrastrando los pies con esfuerzo, paso a paso, hasta alcanzar la verja de la mansión Balfour.

—Buen chico —lo felicité, con la voz entrecortada. Quería desplomarme allí mismo, junto a la entrada.

Las escaleras parecían interminables, pero hice de tripas corazón y empecé a subirlas, a pesar de que estuve a punto de caerme innumerables veces sobre la piedra resbaladiza por el hielo. Rayne apenas se mantenía en pie. Llevaba un rato callada, y no tenía claro que estuviera consciente del todo.

Los dedos se me habían quedado tan fríos que me costó varios intentos sujetar la llave con firmeza para abrir la puerta de la casa. Entramos tambaleándonos y, al cruzar el umbral, Rayne se derrumbó sobre el suelo de manera instantánea, agarrándose el brazo herido.

Cerré la puerta de golpe, eché la llave y me arrodillé a su lado.

—Tiene que verte un médico.

Negó con la cabeza, apretando los ojos por el dolor.

—No podemos ir al pueblo sin el *quad*. En el norte de la isla… no hay electricidad. Se ha ido la luz… Por eso me pilló.

Me sentía al borde de un ataque de ansiedad, pero mi mente encontró de pronto una forma de anteponerse: podía dejar a un lado el pánico para concentrarme en ayudarla. Desconectada de la realidad, aunque de un modo extrañamente tranquilo, cerré los ojos durante unos segundos y me obligué a pensar con claridad en lo que

debía hacer a continuación.

—Hay que limpiar esa herida —dije al fin—. ¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? ¿Aguja e hilo? —Asintió—. Bien. También tenemos que hacer que entres en calor, así que… Vale, vamos allá.

Con las manos temblorosas y el estómago retorcido, la ayudé a incorporarse y la guie escaleras arriba. Le tiritaba todo el cuerpo sin parar, y cada paso le arrancaba un jadeo de dolor.

¿Y si se le infectaba la herida antes de que la doctora pudiera acudir a visitarla? ¿Y si no lograba limpiársela bien o me temblaban demasiado las manos al intentar clavarle la aguja en la piel?

Al llegar al último escalón, se tropezó y se aferró a mí con fuerza para no perder el equilibrio.

—Usó la voz de mi madre. La… imitó, joder. No… No entiendo… cómo ha sabido…

Tuve que llevarla a cuestas por el pasillo. La cabeza se le iba balanceando de un lado a otro conforme la arrastraba hasta el baño. Una vez allí, la apoyé contra la pared y aproveché mientras la bañera se llenaba de agua caliente para hurgar en los cajones en busca de algo que pudiera servirme.

—Tengo sed —gimió.

—Vamos a detener la hemorragia antes de recurrir al alcohol, ¿vale? —dije. Aunque no pretendía que sonara como una broma, dejó escapar una leve risa entrecortada por el dolor y los ojos se me llenaron de lágrimas al oírla—. Voy a tener que quitarte la ropa. ¿Puedo…?

—Creía que no ibas a preguntármelo nunca, cariño —me interrumpió, arrastrando las palabras y con la cabeza gacha, visiblemente agotada. Le quité el jersey y le desabroché la camisa que llevaba debajo. Un corte profundo e hinchado le recorría el hombro hasta el bíceps.

—Necesitas puntos —advertí, sacándole las botas. El barro salpicó el suelo al arrojarlas a un lado. A continuación, le bajé los pantalones. Tenía la piel helada cuando la ayudé a sumergirse en la bañera. Se recostó con los ojos cerrados, y la suciedad y la sangre procedieron a enturbiar el agua caliente.

—Puedo hacerlo yo —susurró—. No hace falta que me ayudes. Estoy… bien…

—No seas tonta —contesté. Le lavé el cuerpo con un paño suave y fui retirándole la suciedad y la sangre, prestando especial atención a la zona de alrededor de la herida. Vacié la bañera para volver a llenarla de agua limpia y luego rebusqué bajo el lavabo hasta dar con el botiquín.

Rayne mantuvo los ojos cerrados mientras respiraba lenta y profundamente. Por un instante, creí que se había quedado dormida, pero entonces me habló de nuevo.

—Fuiste a buscarme. Pensaste… Pensaste que podías salvarme.

—Y acabaste salvándome tú a mí —dije—. Loki se olió que algo iba mal. Salió corriendo a buscarte. —La herida seguía sangrando poco a poco, dejando un hilo escarlata en la bañera de porcelana blanca. Si no hacía algo al respecto de inmediato, tardaría poco en perder la consciencia. No iba a poder mantenerse despierta solo con su fuerza de voluntad durante mucho más tiempo.

—Rayne. —Me acerqué a gatas hasta ella y sus ojos se posaron en mí sin verme del todo—. Tengo que… Eh… —Tragué saliva, intentando contener las náuseas, y me obligué a pronunciar cada sílaba con calma—: Voy a coserte la herida para detener la hemorragia, así que tengo que sacarte del agua.

Se forzó a abrir más los ojos y respiró hondo.

—Vale.

Acto seguido, se aferró a tientas al borde de la bañera y le ofrecí las

manos para que se apoyara en ellas, pero se negó a mirarlas. Se puso de pie con firmeza, empapada de agua y sangre, como una diosa que regresaba del campo de batalla. Tragué saliva con dificultad y me quedé observando fijamente durante unos segundos el implacable brillo de determinación en su mirada.

Extendió el brazo y manifestó:

—Necesito ayuda para salir.

Clavó la vista al frente mientras lo decía, como si esas palabras fueran un puñal atravesándole las entrañas. La sujeté con cuidado, pero la rodilla se le dobló en cuanto pisó las baldosas; entonces, la agarré por debajo de los brazos y, tras asegurarme de que hubiera colocado ambos pies en el suelo, cogí a toda prisa unas toallas para envolverla y evitar que se enfriara.

Los ojos se le iban cerrando poco a poco, y su rostro no reflejaba emoción alguna.

—No debería haberme ido. ¿Qué haría yo…? ¿Qué cojones haría yo si…?

—No malgastes fuerzas, por favor. No hables.

Le desinfecté la zona alrededor de la herida, intentando no pensar en lo que debía hacer después. Había encontrado una aguja curva e hilo estéril en el botiquín, pero me temblaban las manos ante la simple idea de usarlos.

Rayne entreabrió los ojos, enrojecidos y vidriosos por el cansancio, y alzó la mano hacia mi rostro. Sus dedos me acariciaron la mejilla despacio y con ternura.

—No deberías haber ido a buscarme —dijo, y esas pocas palabras parecieron arrebatarle todo el aire que le quedaba. Cuando se dejó caer sobre mí, la enderecé con cuidado y la apoyé contra la bañera para que no se derrumbara.

—Deja de hacerte la mártir —le ordené—. Concéntrate en

mantenerte despierta para decirme cómo se hace esto.

Se me revolvió el estómago al enhebrar la aguja. Apreté los dientes con fuerza, esperando que así dejara de temblarme el pulso.

—Vale… Venga, yo puedo. No es que sea nueva en esto de coser. He dado alguna que otra puntada… a detallitos, sobre todo. Para los disfraces.

—Friki —murmuró, con los ojos casi cerrados de nuevo. Fruncí los labios, un poco más tranquila que antes—. Tú puedes. Yo te voy guiando.

34

Rayne

La paciente y la cuidadora

Salem no me cosió como yo lo habría hecho. Fue lenta y cuidadosa, y no dejaba de susurrar disculpas cada vez que me oía maldecir de dolor. Me trató con una delicadeza que yo nunca habría tenido conmigo misma, y no sabía cómo agradecérselo.

En realidad, no sabía cómo agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí.

Se sentó a mi lado con las piernas cruzadas y la mandíbula apretada, concentrada únicamente en su trabajo. Hundía la aguja y tiraba del hilo, hundía y tiraba, una y otra vez. A pesar del frío de las baldosas sobre las que me había sentado, estaba sudando a mares por el dolor. Por suerte o por desgracia, para ese entonces había perdido tanta sangre que me sentía eufórica, y el estado de shock me brindaba un poco de alivio.

—Te traeré algo de comer —dijo, lanzándome una mirada llena de preocupación. Estaba segura de que mi aspecto era un fiel reflejo de lo mal que me sentía—. En cuanto termine con esto.

—Necesito *whisky*, un ibuprofeno y un zolpidem —respondí—. ¡Ay! Joder.

—Perdón. —Puse una mueca cuando tiró del hilo—. No se me da muy bien esto.

—Lo estás haciendo genial —contesté, apretando los dientes. Loki entró en la habitación y se quedó observándome con las orejas

levantadas. Extendí la mano con las escasas fuerzas que fui capaz de reunir y le acaricié el hocico; luego, le rasqué la barbilla—. No deberías haber ido a por mí, tontorrón. Ni tú tampoco. —Volví la vista hacia Salem, pero se limitó a negar con la cabeza.

—Aun sabiendo que esa cosa estaba ahí fuera, cuando oí tu voz no… —Hizo una pausa y recorrió los puntos suavemente con el dedo antes de atar el extremo—. No pude ignorarla. No pude. ¿Qué habrías hecho tú si hubiera sido yo?

Sentí un nudo en el pecho y un dolor punzante detrás de los ojos tan solo de imaginármelo.

—Si hubieras sido tú, habría ido hasta el fin del mundo para traerte de vuelta, pero no merece la pena que arriesgues tu vida por mí, Salem.

—Eso no es cierto, joder. Mereces que te salven tanto como a mí —replicó con fiereza. Acto seguido, me agarró del brazo y me estremecí de dolor, pero estaba tan alterada que ni siquiera se dio cuenta de mi reacción—. ¡No mereces que te abandonen, Rayne! Nunca… —Respiró hondo y me preparé como si fuera a golpearme.

Me dio de lleno, pero no con las manos, sino con sus palabras.

—Lamento que te hicieran sentir así. No deberían haberte dejado sola cuando eras una niña y estabas asustada. Pero ahora me tienes a mí. Y te aseguro que no pienso irme a ninguna parte.

Una presión invisible me agrietó el pecho, como si la caja torácica que me protegía el corazón fuera igual de frágil que la cáscara de un huevo. Agradecí que Salem siguiera parloteando para calmarse mientras me vendaba la herida. Mencionó algo de que su madre era un poco bruja, como bien lo demostraba el nombre que le había puesto, y se lamentó por no haber prestado más atención a sus recetas de cataplasmas y tinturas. Iba perdiendo y recuperando la consciencia a ratos, pero su voz era una canción que me devolvía a la

realidad cuando me alejaba demasiado.

Me sentía como una cometa sobrevolando el mar, danzando con el viento. A un paso de la libertad.

Cuando me ayudó a meterme en la cama y apoyé la cabeza en la almohada, tuve la sensación de estar tocando el cielo con los dedos. La calidez de las mantas me envolvió el cuerpo de inmediato; las manos dejaron de temblarme y pude dejar la mente en blanco. Aunque me pesaban demasiado los párpados como para mantener los ojos abiertos, su voz, dulce y serena, no me abandonó ni por un segundo.

—Duerme todo lo que necesites. Estoy aquí contigo, y lo seguiré estando cuando te despiertes.



No podía ver hacia dónde me dirigía. La noche era fría y oscura.

La lluvia me golpeaba en la cara como aguijones fantasmales clavándoseme en la piel. La ropa fina que llevaba estaba completamente empapada, y mis manos se habían vuelto resbaladizas por el agua.

¿Dónde había dejado mis armas? ¿Y mi linterna?

Un escalofrío me recorrió la espalda a medida que avanzaba a tientas por aquel manto de sombras. Había algo moviéndose entre los árboles, acechando de cerca; aunque no podía verlo, oía sus pasos lentos y pesados, el crujido de la hierba, el chasquido de las ramas. Incluso percibía su respiración agitada.

—Salem… —pronuncié en un suspiro. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué no estaba conmigo? ¿Se habría perdido?

Su nombre me quemaba en la garganta, y quería gritarlo en la oscuridad, pero no me atrevía a romper el silencio de la noche.

—¡Salem! —susurré, un poco más alto de la cuenta, y el bosque a mi alrededor enmudeció de repente. Lo que fuera que merodease entre los árboles se había percatado de mi presencia.

—Salem… No, no. ¿Dónde estás? ¡Salem!

Eché a correr, sintiendo cómo el pánico se iba apoderando cada vez más de mí. Los árboles se extendían en todas direcciones, sumidos en una oscuridad abrumadora. Los pasos parecían estar aproximándose, acompañados por una respiración que se había vuelto frenética.

—¡Salem! —grité desesperada, corriendo a toda velocidad, esquivando árboles y saltando piedras—. Salem, ¿dónde…?



—Estoy aquí. Tranquila, Rayne.

Me desperté sobresaltada, jadeando, y tenía los dedos cerrados con fuerza alrededor de algo.

Cuando me di cuenta de que estaba apretando la mano de Salem, la solté de inmediato.

—Lo siento. —Me froté la cara, pero me notaba las extremidades temblorosas y débiles. La habitación se encontraba a oscuras, iluminada solo por el resplandor de las brasas de la chimenea. La cabeza me dio vueltas al intentar incorporarme y acabé desplomándome sobre la almohada. Las sábanas estaban empapadas de sudor y se me pegaban al cuerpo desnudo—. ¿Qué hora es? Tengo que… comprobar…

Salem me puso la mano en la frente y me ayudó a recostarme de nuevo.

—No tienes que hacer nada —murmuró con suavidad—. Todo va bien. He llamado a la doctora. Vendrá en cuanto amaine la tormenta.

No pasa nada. Estás a salvo.

Nada me garantizaba que estuviera a salvo. Ni las paredes ni las puertas bastaban para protegerme.

¿Cómo iba siquiera a albergar la esperanza de protegerla a ella?

Volví a apretarle la mano, pero esa vez no me sentía capaz de soltársela.

—No te vayas. —No sé por qué se me escaparon esas palabras. Las dije sin pensar; brotaron de lo más profundo de mi corazón y desembocaron en mis labios antes de que pudiera contenerlas.

—No me voy a ninguna parte. —Se tumbó a mi lado, apoyó la cabeza en la almohada y me acarició la mejilla. Llevaba puesta mi sudadera; se le arrugaba en las muñecas y le quedaba ancha por la parte del pecho—. Estoy aquí contigo. No pasa nada. Solo ha sido una pesadilla.

Estaba familiarizada con ellas; eran las únicas que me visitaban cada vez que cerraba los ojos.

Miré al techo y empecé a contar los latidos de mi corazón, esperando a que se calmaran. Salem no dejó de hablarme durante todo ese rato. Su voz era tan suave y delicada como su tacto.

Me rozó la mejilla con ternura, me recorrió la garganta con los dedos y luego trazó círculos en mi pecho desnudo. Sus caricias no escondían segundas intenciones; no exigían nada, tan solo entregaban.

—Estoy aquí contigo, Rayne. No tienes nada que temer.

Y eso fue lo último que escuché antes de dormirme de nuevo.

35

Salem

BUENA CHICA

Rayne estuvo durmiendo casi veinticuatro horas, pero se estremecía y se despertaba sobresaltada entre gritos cada poco rato, con el sudor corriéndole por la cara. Me buscaba con los ojos, medio dormida y asustada, y yo la calmaba, le sostenía las manos y le daba besos en las mejillas. Me partía el alma verla agitarse en sueños, sin poder descansar, aferrándose a las sábanas como si estuviera rodeada de enemigos.

No me separé de ella en ningún momento, salvo para atender a Loki y contestar la radio cuando Andy llamó preso del pánico.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo en cuanto respondí a su llamada frenética y le expliqué lo sucedido—. Casi me dio un infarto al despertarme y ver que habías desaparecido. ¿Necesitas algo? ¿Cómo se encuentra Rayne?

—Sigue durmiendo. La doctora Hale intentará venir hoy a la mansión cuando deje de nevar.

—Llámame si os hace falta lo que sea. Mientras tanto, iré a buscar el *quad*, a ver si puedo llevároslo a casa. No quiero dejaros sin ningún medio de transporte.

Saber que Andy estaba pendiente de nosotras me alivió un poco. Apenas había dormido desde que encontré a Rayne; ni siquiera había logrado ingerir un solo bocado. Una vez la hubiera examinado la doctora Hale, podría descansar tranquila.

Me pasé las siguientes horas a su lado. Las pesadillas que la atormentaban habían cesado por fin, así que reposaba inmóvil sobre la cama. La preocupación se le había borrado del rostro y tenía los labios relajados. Me acomodé junto a ella para darle un respiro a mi cuerpo agotado y me quedé mirándola; memoricé las sutiles líneas que le surcaban el contorno de los ojos y conté las pecas que le salpicaban las mejillas.

Se me encogió el pecho al pensar en lo frágil que parecía allí tumbada.

Ambas compartíamos esa vulnerabilidad.

La noche anterior podría haber sido muy diferente. Si Rayne o yo hubiéramos tardado en actuar un segundo de más, o si Loki no hubiera estado allí, una de nosotras habría acabado muerta. La mente empezó a darme vueltas al imaginarme todo lo que podría haber ocurrido. Solo teníamos dos opciones: o luchábamos por sobrevivir hasta que llegara la primavera… o matábamos a la bestia.

Pero a mí no se me daba bien cazar ni pelear. No me sentía capaz de hacerle daño ni a una mosca. Cuando me lancé hacia el ángel y le hundí el cuchillo, lo hice impulsada por el pánico y la adrenalina en estado puro. ¿Qué pretendía conseguir yo que Rayne no hubiera intentado ya?

Debíamos encontrar la manera de enfrentarnos a esa criatura. Juntas. Y quizás las fotos tan extrañas que había en la caja podían darnos alguna pista, aunque la idea de enseñárselas a Rayne me provocaba un nudo de hielo en el estómago.

Al cabo de un rato, el hambre me obligó a levantarme de la cama. Rayne había guardado muchas provisiones en la despensa, y aún más en el enorme congelador de la cocina, pero no me atreví a abrir la puerta por si me quedaba encerrada dentro. Al final me conformé con una rosquilla de pan untado en queso crema y una taza de

manzanilla. Tenía la ansiedad por las nubes, de modo que no quería arriesgarme a tomar cafeína.

Aun así, la adrenalina se me disparó por todo el cuerpo cuando oí un golpe lejano en la puerta. Acto seguido, el sonido del timbre retumbó a través de los altavoces de la cocina. Loki se incorporó al instante y salió trotando de la habitación entre gruñidos.

Agarré un cuchillo y me dirigí a la entrada. Loki ya se encontraba allí, olfateando la rendija de la puerta con el hocico y meneando la cola tranquilamente, pero no me relajé hasta que eché un vistazo por la mirilla y distinguí un rostro familiar.

Entreabrí la puerta y esbocé una sonrisa cansada al ver a Andy, bien abrigado y con la barba llena de nieve. Llevaba mi mochila en las manos.

—Pensé que a lo mejor querrías recuperar esto —dijo, entregándomela.

Loki se abrió paso con el hocico para ir al patio a hacer sus necesidades, y el corazón se me subió a la garganta. Aunque era de día y Andy iba armado con un rifle, me daba pánico dejar la puerta abierta.

—He encontrado el *quad* —me informó, cruzándose de brazos para protegerse del viento helado—. Tiene algunos abollones, pero todavía funciona. Le he cambiado una rueda que se le había reventado y le he llenado el depósito de gasolina.

—Gracias, Andy. —Suspiré, aliviada de poder contar con el vehículo de nuevo—. Es todo un detalle. No tenías por qué molestarte…

—Para eso están los vecinos —respondió, dándole una palmadita a Loki, que acababa de acercarse para volver a entrar en la casa—. Rayne siempre nos ha ayudado a las niñas y a mí cuando lo hemos necesitado.

Me observó en silencio durante unos instantes, con una expresión que no supe descifrar del todo.

—Nadie se ha preocupado nunca por ella, ¿sabes? —dijo de repente—. Al menos, desde que asesinaron a su madre. —Se frotó la cara con la mano, como si quisiera borrar un recuerdo desagradable —. La conozco desde hace mucho tiempo. De niña era muy seria y no le interesaban los juegos. Quería estar en el bosque o en el jardín. Le gustaba sentarse con los adultos y escucharlos hablar. Estaba muy sola. Nunca tuvo una infancia de verdad.

Para mi sorpresa, me abrazó y le devolví el gesto. Luego, me soltó y me dio una palmadita en el hombro.

—Eres una buena mujer, Salem. Se ha pasado años vagando como un alma en pena, hasta que llegaste tú.



La nieve dejó de caer al mediodía. A pesar de que seguía haciendo frío, la doctora Hale no tardó en llegar a la casa a lomos de su caballo.

—No hay que subestimar nunca el valor de una buena montura — dijo, pisando con fuerza para sacudirse la nieve de las botas antes de entrar. La yegua sobre la que había viajado descansaba al pie de la colina, bajo un techado unido al cobertizo—. ¡Ha atravesado conmigo temporales que ningún vehículo habría soportado!

Rayne apenas se inmutó cuando la doctora empezó a examinarle la herida con el ceño fruncido.

—Has hecho un buen trabajo —me felicitó al rato—. ¿Ha sido tu primera vez cosiendo a alguien? —Asentí, y preguntó con seriedad —: ¿Vomitaste intentándolo? —Se rio suavemente al verme negar con la cabeza—. Entonces ya lo has hecho mejor que yo en su día.

Antes tenía el estómago muy sensible. Por suerte, me fui endureciendo con los años.

Me entregó una pomada, vendas de repuesto y un frasco de antibióticos.

—Asegúrate de que descanse de verdad —me pidió mientras se subía la cremallera del abrigo y se preparaba para irse—. Sé que es muy cabezota, pero se le van a saltar los puntos si no guarda reposo. —Echó un vistazo alrededor con los ojos entrecerrados—. Veo que habéis tapiado las ventanas. Bien hecho. Dejad también las luces encendidas. Así mantendréis alejada a esa maldita cosa.

Una vez se fue, la casa se quedó en silencio. Me puse a deambular por el pasillo, sin saber qué hacer, hasta que Loki comenzó a gimotear para pedirme comida. Cuando estaba rellenándole el cuenco, oí un leve crujido de pasos que provenían de la parte de arriba. Se movían lentamente de un lado a otro, recorriendo el mismo tramo sin parar. Me pregunté si Rayne se habría visto con fuerzas para caminar tan pronto. Empecé a subir despacio las escaleras hacia la tercera planta, temiendo encontrarme con un resplandor rojo en cualquier momento.

Pero logré llegar a la habitación sin incidentes.

Rayne se había levantado de la cama. Llevaba una camisa blanca desabrochada y ropa interior gris de algodón. Estaba apoyada en su mueble bar con las piernas temblorosas, intentando ponerse una botella de *whisky* debajo del brazo para descorcharla. Cuando lo consiguió, tiró el corcho al suelo y contuvo la respiración, tratando de sujetar la botella con firmeza para servirse.

A pesar de sus esfuerzos, se le resbaló de las manos. El líquido ámbar se derramó y la botella estuvo a punto de estrellarse contra el suelo, pero conseguí atraparla justo a tiempo.

—¿Estás bien? —dije rápidamente al ver que se había dejado caer

en la silla a los pies de la cama, frotándose la cabeza—. Deberías haberme llamado. ¿Te duele algo? ¿Tienes sed? Los puntos…

—Tranquila, chica —respondió con dulzura—. Estoy bien. No pasa nada. ¿Puedes…? —Se aclaró la garganta—. *Whisky*. ¿Me traes *whisky*, por favor? No la mierda esa que tienes en la mano. Es la única botella que he podido alcanzar.

La solté y cogí otro vaso.

—¿Alguna preferencia? —pregunté.

—Me van las mujeres atrevidas y las castañas de pelo corto…

Fue un alivio verla sonreír con suficiencia cuando puse los ojos en blanco.

—Me refería al *whisky*, tonta.

—*Bourbon*. La botella redonda.

No había hielo, así que le eché la cantidad justa para un par de tragos. Al girarme, me di cuenta de que me estaba observando. Tenía la barbilla apoyada en la palma de la mano, el codo descansando sobre el brazo del sillón y las piernas bien abiertas. Incluso estando herida, irradiaba una confianza y una autoridad que me provocaban un cosquilleo en el estómago.

Me quitó el vaso de la mano, se lo llevó a los labios y le dio un sorbo lento, sin dejar de mirarme a los ojos ni por un segundo.

—¿Qué te parece tan interesante? —dijo, no en un tono de reproche, sino más bien de curiosidad genuina.

—Es solo que… Eh… Estás…

«Increíblemente sexy, aun con heridas, moratones y el cuerpo vendado».

Se recostó en el sillón poniendo una ligera mueca de dolor y removió el licor del vaso.

—Estoy fatal. Aunque me siento un poco mejor. Gracias a ti. —Dio otro sorbo, uno más largo esa vez.

Aunque se había pasado las últimas veinticuatro horas postrada en la cama, bastaba que me hablara para hacerme temblar como un ratón diminuto e indefenso… y, aun así, me encantaba.

—Me alegra verte despierta. Te he echado de menos.

—¿En serio? —preguntó en un susurro. Guardé silencio durante unos segundos, y luego asentí con sinceridad—. Yo también te he echado de menos. Joder, no te haces ni una idea de cuánto —dijo, con una voz grave y ronca que me erizó la piel.

Me atrajo hacia su regazo, pero yo ya había comenzado a acercarme. Me senté a horcajadas sobre ella y tuve que contenerme para no parecer demasiado brusca o desesperada. Solo quería tomarla entre mis brazos y estrecharla con fuerza para que no se fuera nunca más.

—Creí que te perdía —confesé, con un nudo en la garganta.

Me contempló fijamente y me acunó la cara con una mano. Entonces tragó saliva con dificultad y, para mi sorpresa, la emoción le empañó la mirada.

—Cuando vi a esa cosa encima de ti… —Dejó escapar un suspiro tembloroso y cerró los ojos por un instante, como si aún estuviera allí —. Joder, Salem, pensé que iba a matarte. Ni en mis peores pesadillas había sufrido de esa manera. No podía… —Se detuvo y respiró hondo varias veces—. No podía presenciarlo. Ni siquiera soy capaz de describir lo que sentí. Verte tirada en el suelo y saber que si no acertaba el tiro…

Emitió un sonido apenas audible y agachó la cabeza. Le sujeté la cara entre las manos con ternura y sus ojos brillaron al encontrarse con los míos.

—No puedo perderte —dijo—. He sobrevivido a muchas mierdas, pero eso no lo soportaría. No debiste haber salido a buscarme. No…

La besé para impedir que siguiera atormentándose a sí misma. Me

rodeó la cintura con los brazos, tocándome como si fuera la primera y la última vez.

—Siempre iré en tu busca. Cueste lo que cueste. —Apreté mi mejilla contra la suya, regodeándome en el calor de su cercanía—. Y sé que tu harías lo mismo por mí.

Esperaba que se sintiera débil, pero sus manos callosas me recorrieron el cuerpo con firmeza y un hambre voraz.

—Deberías comer —susurré mientras me besaba y me chupaba el cuello, haciendo que me estremeciera.

—No te preocupes —contestó—. Esa es mi intención.

Siguió besándome y dándome mordisquitos para encenderme hasta que emitió un leve gemido de dolor. Aun así, se mostró dispuesta a seguir, pero la obligué a reclinarse en el sillón.

—Déjame —le pedí. No pareció entender del todo a qué me refería hasta que me arrodillé a sus pies.

Me pasó los dedos por el pelo, agarró unos cuantos mechones cortos y me tiró de la cabeza hacia atrás.

—Qué ojos más bonitos tienes. A ver esa boquita. Ábrela bien para mí, saca la lengua. —Me lo ordenó con una voz sensual y autoritaria a la que me resultaba imposible resistirme. Una oleada de lujuria me recorrió la espalda al obedecerla, pero respiré hondo y me mantuve firme, con la boca abierta, la lengua fuera y los ojos fijos en la mujer que, en ese momento, se encontraba inclinada sobre mí.

—Eso es. Mírame. —Sus palabras me tenían completamente hechizada, y notaba un cosquilleo en el estómago cada vez que sonreía—. No pienso alejarme de ti nunca más. Mi dulce y obediente Salem.

Le dio un sorbo a su *whisky* y se acercó a mis labios, lenta y cuidadosamente. El licor fluyó de su boca a la mía, me abrasó la lengua y se deslizó por mi garganta con una calidez excitante.

Cuando volvió a incorporarse, me sentí como si un incendio se hubiera desatado en mi pecho y estuviera impulsando a mi corazón a latir con más fuerza.

—Prometo ser una buena chica —dije, buscando la cinturilla de su ropa interior. Se puso de pie y se apoyó en mis hombros para que pudiera bajársela del todo. Se quedó solo con una camisa blanca desabrochada que dejaba al descubierto su pecho. Los pezones se le endurecieron ante el roce de mis manos sobre su vientre mientras la besaba despacio y con ternura.

Empezó a temblarle el cuerpo, así que se recostó entre las grandes almohadas de la cama, con las piernas abiertas. Me detuve al pie del colchón y me quité el jersey bajo su atenta mirada. Me fui desnudando prenda por prenda para ella y, como broche final, le lancé las bragas a la cara con una sonrisa traviesa.

Las agarró y las sujetó con los dientes. Tenía una mano entre las piernas, y estaba trazando círculos con los dedos sobre su clítoris. Por un instante, permanecí inmóvil, admirándola. Perdida en su sensualidad, en cada curva, cada cicatriz y cada hoyuelo. Cada imperfección perfecta que ansiaba tocar, besar y memorizar.

Me arrastré por la cama y le besé los pies. Se le cortó la respiración al sentir mis labios recorriéndole con devoción el arco del pie hasta llegar al tobillo.

—No me digas que te gustan los pies —bromeó, y no pude evitar reírme. Me quedé allí, besándole cada dedo, masajeándole las plantas.

—Solo los tuyos —respondí—. Me gusta todo de ti.

Sonrió con picardía y me apoyó el pie contra la mejilla. Tiró de mí hacia la cama y me inmovilizó, hundiéndome el talón en la cara, sin dejar de observarme.

—Qué cara tan bonita —comentó, clavándome el talón un poco

más. La idea de ser aplastada por ella me resultaba embriagadora. Me generaba un hormigueo en el vientre que se volvía más intenso cuanta más presión ejercía—. Me muero por tenerla entre mis muslos.

Solté un gemido, extendiendo la mano para acariciar el suave y oscuro vello que le adornaba las piernas. Giré la cabeza lo justo para inhalar el aroma celestial de su piel y besarle la planta del pie. Cuando volví a alzar la vista, la vi mirándome con los ojos entrecerrados mientras se daba placer.

—Retuércete un poco para mí, cielo —dijo, y accedí a sus deseos. Empecé a forcejear bajo su talón, fingiendo que intentaba liberarme de su peso, y gemí al notar que me apoyaba el otro pie en la cara con la respiración entrecortada—. No puedes escapar, ¿a que no? Mírate, qué putita tan desesperada.

—Te necesito —murmuré con una voz apenas audible a la vez que me aplastaba—. Por favor… Necesito probarte ya…

—Ábrela —me ordenó, rozándome la boca con la almohadilla del pie. Obedecí de inmediato y le lamí y le chupé los dedos, deleitándome en sus jadeos. Mantuvo su agarre firme en todo momento, impidiéndome levantar la cabeza, y los soniditos que se le escapaban me encendieron tanto que iba a volverme loca. Se introdujo dos dedos en su sexo y gimió con fuerza, lo que me animó a forcejear aún más, mascullando una retahíla de súplicas incoherentes contra su pie.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No tienes suficiente, preciosa? ¿Quieres más?

—Mmm… —Presenciar cómo se tocaba solo contribuyó a avivar el fuego en mi interior. Sentí que el deseo me retorcía las entrañas y la tensión acumulada estaba a punto de hacerme explotar.

Al cabo de un rato, me permitió alzar la cabeza de nuevo.

—Súbete. Demuéstrame que sabes usar esa boca.

—Dios, cómo he echado de menos despertarme a tu lado —dije, gateando entre sus piernas—. He soñado contigo. —Le besé el vientre y le recorrí con la nariz el hueco de la cadera—. Me he pasado todo el día pensando en ti. —Seguí bajando y me detuve en su muslo, maravillada por las estrías que surcaban su hermosa piel dorada. Fui besándoselas una a una con delicadeza—. No pienso dejar que vuelvas a irte sin mí.

Apreté la cara contra el pelo rizado que le cubría el monte de Venus y los ojos se me pusieron en blanco en cuanto percibí el olor de su excitación. Extendí la lengua y le acaricié el clítoris con ella mientras se metía los dedos.

—Joder, eres perfecta —susurró con la voz ronca—. Te deseo tanto que me duele, Salem. No es suficiente.

—¿Y qué te satisfaría?

—Tú entera, para siempre. —Las palabras le salieron temblorosas y los ojos se le abrieron de par en par al pronunciarlas, como si le asustara lo que acababa de confesarme.

Retiró la mano de su entrepierna y levantó los dedos, húmedos y relucientes, para enseñármelos.

—¿Has visto lo que provocas en mí, cariño? —dijo, contemplando cómo le chupaba los dedos hasta dejárselos limpios. Cuando hundí la lengua en ella, me empujó la cabeza hacia abajo y me aprisionó entre sus muslos—. Eres increíble. Haces que me moje con solo verte.

Iba dándome instrucciones mientras me agarraba con firmeza del pelo.

—Justo ahí. Sigue así.

Parecía una reina entregada al placer, allí tumbada con las piernas abiertas. Le introduje dos dedos al mismo tiempo que le deslizaba la lengua por el clítoris, y estuve a punto de derretirme al oírla gemir.

Le acaricié las paredes internas, estremeciéndome cada vez que se tensaban a mi alrededor. Su sabor era un regalo para el paladar: toda ella combinaba de una manera única lo dulce y lo salado.

—Sigue así, cielo… ¡Hostia puta! —Se arqueó sobre la cama, gritando de dolor, y se dejó caer de nuevo—. Mierda, joder. Ni se te ocurra parar, Salem. —Hizo una pausa y aflojó los dedos que tenía aferrados a mi pelo por un momento—. Bueno, si necesitas parar, dame un toquecito en la pierna, ¿vale?

—Vale —respondí. Acto seguido, volvió a meterme la cabeza entre sus piernas y procedió a darse placer con mi boca. Se restregó contra mí hasta que los muslos empezaron a temblarle y los músculos se le contrajeron al correrse. Dios mío, sabía de maravilla. Su esencia me embriagó y despertó en mí un hambre insaciable.

A pesar de que aún le flaqueaban las piernas por las sacudidas del orgasmo, me dio la vuelta, me agarró las caderas y me atrajo hacia su boca.

—¡Vas a hacerte daño! —Se me escapó un gemido en cuanto me rozó el clítoris con la lengua. Me colocó una mano en la espalda y me empujó hacia abajo, enterrándome de nuevo entre sus piernas. Intenté no darle en las heridas por accidente, aunque a ella parecía no importarle.

Notaba sus gemidos de placer retumbándole en el pecho a medida que su lengua iba tejiendo poemas en mi piel. Volví a introducirle dos dedos, y un cosquilleo me recorrió el estómago al oírla jadear mientras me decía:

—Buena chica, joder, sigue así…

Me apretó los muslos alrededor de la cabeza y gemí contra ella. Me arrastró las uñas por la espalda, dejando ríos ardientes a su paso, grabándome su deseo en la piel.

Nos fundimos la una con la otra, y solo podía verla, sentirla y oírla

a ella, como si hubiera caído presa de un hechizo.

Sus paredes se estrecharon alrededor de mis dedos y me rodeó la cintura con los brazos para impedir que me moviera. Entonces me enroscó la lengua en el clítoris, provocando que un escalofrío me sacudiera por completo y que mi respiración se volviera errática.

—¡Ah! ¡Rayne! —escupí, a medio camino entre un grito y un gemido. Estuve a punto de perder el control de mi cuerpo cuando llegué al orgasmo, aunque seguí acariciándola con la lengua mientras las piernas me temblaban.

Me quité de encima para tumbarme a su lado. Tenía la piel pegajosa de sudor y los labios relucientes, impregnados de mi humedad. Se los relamió con calma, saboreándome.

—Prométeme que a partir de ahora estaremos juntas en esto —susurré.

Asintió, abrazándome con fuerza.

—Te lo prometo, Salem.

36

Rayne

La maldad de un padre

No recordaba la última vez que había descansado tanto. No había sido por voluntad propia; de hecho, estaba deseando levantarme, pero Salem me vigilaba con una determinación implacable y no me permitía salir de la cama ni siquiera para bajar a la cocina, así que me llevó a la habitación un plato lleno de huevos revueltos, salchichas y gofres.

Me había acostumbrado a hacerlo todo sola. Mi primer instinto (el único, en realidad) era rechazar cualquier ayuda y valerme por mí misma, pero Salem no dejaba de rondarme y, a veces, sabía lo que necesitaba incluso antes de que yo lo pidiera.

Cuando me puse a comer, el estómago le rugió con fuerza y la miré alarmada.

—¿Has desayunado?

—Eh… No pasa nada… No…

Aparté las mantas y le di una palmadita al colchón para que se acomodara a mi lado.

—Anda, ven aquí. No voy a dejar que te quedes ahí sentada muriéndote de hambre.

—Llevo unos días con el estómago sensible por la ansiedad —confesó con timidez tras acurrucarse junto a mí.

—Entonces iremos poco a poco —dije, cortándole un trocito de gofre con mantequilla.

Lo masticó despacio, pero, después de tragar, preguntó en un tono más animado:

—¿Puedo coger también una salchicha?

Al final, rebañamos el plato entre las dos y nos pasamos el resto del día en la cama, durmiendo la siesta y jugando a las cartas. Salem se levantaba de vez en cuando para ir a por más comida o dejar salir a Loki, aunque no me hacía mucha gracia la idea de que abriera la puerta sola, ni siquiera de día. El cielo estaba nublado y no me inspiraba confianza.

—¿Sabes por lo menos disparar un arma? —pregunté, ofreciéndole la mía, pero se limitó a observarla, visiblemente incómoda.

—Bueno… Eh… Una vez disparé una pistola de aire comprimido —respondió, y solté un suspiro.

—Espera, bajo contigo. Y no acepto discusiones. —Alcé la mano para silenciar sus protestas—. Necesito estirar las piernas de todos modos. Me quedaré quietecita, solo quiero vigilar por si acaso.

Me permitió que la acompañara, pero no paraba de lanzarme miradas llenas de preocupación cada vez que me notaba respirar con dificultad. Ese gesto me pareció… tierno. Encantador. Hizo que el corazón empezara a latirme de una forma completamente nueva para mí. Nunca me habían cuidado, así que no sabía cómo reaccionar.

A mi madre le habría encantado.

Sin embargo, no podíamos refugiarnos para siempre en aquella calma perezosa. Salem había encontrado algo que quería enseñarme, y, por la expresión de su rostro, intuí que no iba a gustarme.

A la mañana siguiente, me trajo un sobre de manila manchado de moho.

—Hay fotos dentro —murmuró—. No sé cómo describirlas.

La primera Polaroid que saqué me revolvió el estómago incluso

antes de entender lo que estaba mirando. Un escalofrío de repulsión me recorrió todo el cuerpo en cuanto la toqué. Pese a los círculos de moho negro y reseco que la cubrían, se había conservado sorprendentemente bien y aún se veía la imagen con nitidez.

Unas manos manchadas sostenían un hueso humano ensangrentado con extraños grabados. La sangre era fresca, de un rojo brillante. Como si la víctima acabara de morir y su cuerpo no hubiera tenido tiempo de enfriarse antes de que lo desollaran y lo descuartizaran.

—¿Rayne? —Salem me agarró el antebrazo, preocupada, y respiré hondo—. ¿Estás bien? Pareces…

—No pasa nada —la interrumpí.

Dejé la foto a un lado y cogí otra. Había muchísimas en el sobre. Una docena, por lo menos. Mostraban animales mutilados y vísceras en cuencos sobre una superficie rodeada de velas.

—¿Qué cojones es esto? —susurré, paseando la mirada de una brutalidad a otra—. ¿Por qué guardaría estas fotos?

Salem me escuchaba con atención, mordiéndose el labio inferior. Normalmente hablaba sola de mis problemas; mi único oyente era Loki, pero, en ese momento, se encontraba dormido junto al fuego, como si se sintiera aliviado de que lo hubieran relegado en su puesto.

Empecé a deambular por el salón, intentando armarme de valor para seguir con las fotos. Solo cuando cogí mi vaso de *whisky* y le di un buen sorbo me sentí de capaz de echarle un vistazo a aquella en la que salía el cadáver de una mujer desnuda sobre una mesa.

Era la mesa de la cabaña; la reconocí enseguida. El cuerpo, de un gris apagado y con aspecto ceroso, parecía irreal. En la delgada garganta había un corte tan profundo que rozaba la decapitación. No se le veía la cara, pero, aun así, un escalofrío me corrió por la

espalda.

—¿Cómo habría conseguido tu padre ese cuerpo? —preguntó Salem, aunque su voz me llegaba desde muy lejos, como si me gritara desde el otro lado de un campo extenso y oscuro—. ¿Y qué significarán los símbolos? Nunca había visto nada igual…

Tenía las manos finas y rígidas, y las uñas pintadas de un rojo desafiante. Se me formó un nudo en el estómago y sentí que me faltaba el aire. Me terminé de un trago el *whisky* que quedaba en el vaso, pero no sirvió para calmarme.

Solté las Polaroids en la mesa de centro.

—Lo siento, necesito pensar. No puedo… Estas… No puedo —murmuré.

No dijo ni una palabra cuando salí de la habitación. Sentía que el cuerpo me iba a explotar. Estaba apretando las manos y los dientes con tanta fuerza que me dolían. Ansiaba correr. Gritar.

No quería que me viera así.

En la tercera planta, al fondo del pasillo, se hallaba la puerta que conducía al ático, la antigua habitación de mi madre. Cada vez que metía la llave en aquella cerradura, el corazón se me desbocaba en el pecho. De pequeña, después de que falleciera, me escondía al pie de la escalera con los auriculares puestos y fingía que seguía arriba, canturreando en voz baja mientras se aplicaba colorete en las mejillas y se perfumaba. Fantaseaba con que bajaría en cualquier momento, me abrazaría y me colmaría de besos los mofletes.

«¿Qué te apetece hacer hoy, tesoro? ¿Quieres venirte al jardín conmigo?».

Me agarré a la barandilla y ahogué un sollozo que amenazaba con escapar de mi garganta. El polvo acumulado no había conseguido ocultar el aroma de su perfume; todavía podía percibirlo en el aire.

O quizás solo deseaba poder hacerlo. Quizás era mi propio dolor el

que transformaba el hedor a humedad y descomposición en el dulce aroma floral a lirios, mandarina y pomelo. Solía guardar el frasco lejos del alcance de mi padre y, cuando murió, yo también lo escondí para que no me arrebatara lo único que me quedaba de ella.

El ático estaba tal y como lo había dejado. Una manta verde y negra, tejida a ganchillo por una abuela que no llegué a conocer, se encontraba doblada con cuidado junto al pie de la cama. Unas cortinas de encaje enmarcaban la ventana redonda que daba al faro. Las estanterías albergaban montones de libros de poesía que acostumbraba a leerme, aunque la mayoría de ellos eran demasiado difíciles de entender para una niña. Me partía el alma pensar en lo mucho que la habría decepcionado saber que no había vuelto a coger ningún libro desde que se fue mi último tutor, a los quince años.

Mi padre había vaciado su tocador y había tirado a la basura todo el maquillaje y los pintauñas. Contemplé mi rostro, magullado y exhausto, en el espejo polvoriento. Mis ojos reflejaban una madurez que los suyos nunca llegaron a mostrar.

Allí, en la soledad de aquel cuarto, me derrumbé.

Me envolví el cuerpo con los brazos y rompí en sollozos. Acto seguido, me desplomé de rodillas y me doblé por el peso del dolor hasta pegar la frente al suelo. Odiaba el sonido de mi llanto y quise maldecirme por mi debilidad.

Me resultó curioso el hecho de que la voz que escuchaba maldiciéndome en mi mente por llorar se pareciera tanto a la de mi padre.

Siempre había sido un padre distante, pero veía cómo les mostraba afecto a los demás. A sus feligreses. A su rebaño. Los únicos que tenían la suerte de orar con él, ser guiados por él y sentir el calor de su amor. Llegué a odiarlos a todos por atreverse a quitármelo y acaparar su cariño. A mí apenas me miraba ni me hablaba; sin

embargo, a ellos les predicaba durante horas.

Me pregunté una y otra vez qué me pasaba.

Por qué no era suficiente para él.

—Te necesitaba aquí. —No reconocía mi propia voz—. Te necesitaba, mamá. Todavía te necesito. No sé qué hacer. No sé…

Por un segundo, habría jurado que noté una brisa helada rozándome la espalda, seguida de un susurro inquietante y casi imperceptible, pero, de repente, me arropó la calidez de los brazos de Salem, provocando que se desvaneciera cualquier rastro de aquella presencia fantasmal.

Ni siquiera la había oído subir. No dijo nada. Se limitó a arrodillarse conmigo y abrazarme por detrás. Me estrechó con fuerza contra ella y, al principio, deseé con desesperación recomponerme para demostrarle mi fortaleza.

Pero me fue imposible. Tenía el alma resquebrajada y no podía seguir ocultando las grietas.

Cuando reuní las fuerzas necesarias para alzar la cabeza y mirarla, me di cuenta de que sus mejillas estaban surcadas de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —dije, apresurándome a enjugarle la cara, preocupada por haberle hecho daño de alguna forma.

Me cogió las manos y las besó.

—Cuando tú sufres, yo también sufro. Y sé que duele muchísimo.

En sus brazos podía ser yo misma y me sentía más vulnerable que nunca. La culpa y el miedo libraban una batalla en mi interior, pero el dolor los venció a ambos. Normalmente era capaz de ignorarlo, enterrarlo en los rincones más oscuros de mi mente y fingir que no existía. Sin embargo, las heridas curadas dejaban cicatrices, y las mías nunca habían sanado.

Nos quedamos sentadas en el suelo durante un buen rato, cara a cara, agarradas de la mano. Le acaricié el esmalte de las uñas,

descascarillado tras todas las semanas que llevaba allí, pero, aun así, de un tono precioso de verde.

—A mi madre le habría gustado este color —susurré.

Sonrió.

—Yo también lo creo. Es el de tus ojos.

Le besé la frente y luego sus preciosos labios.

—Seguro que le habrías caído genial. Le alegraría que estuvieras aquí. —Respiré hondo y dejé que la tristeza me invadiera y siguiera su curso, permitiéndole que se acurrucara en mi corazón como una criatura agotada.

Salem se inclinó hacia mi mano cuando le acuné la cara.

—Tengo que contarte algo más —dijo—. Algo que pasó mientras estabas fuera.

Escuché en silencio cómo había salido a buscar a Loki en plena tormenta. A medida que describía al espectro, con su cabello largo y su rostro deformado, los susurros comenzaron de nuevo. Contuve el impulso de taparme los oídos, pero, al verla enmudecer de golpe y recorrer la estancia con la mirada, até todos los cabos de inmediato.

—¿Tú también lo oyes? —pregunté, y asintió rápidamente.

—He oído susurros, gritos y llantos —contestó—. Y Rayne… llegué a sentirlo. Me tocó.

A mí el espectro nunca me había atacado; durante mucho tiempo creí que solo era capaz de herirme a través de la locura que me provocaba. Sin embargo, me dolió mucho más escuchar a Salem describir la horrible sensación de asfixia que experimentó, el sabor a sangre que le invadió la boca y la certeza de que no saldría con vida.

¿Cómo iba a protegerla de algo contra lo que no podía luchar?

Le había susurrado las mismas palabras que me susurraba a mí desde hacía años.

«Sangre y huesos, sangre y huesos…».

—¿Qué significará? —dijo, aunque yo ya estaba intentando unir desesperadamente las piezas del rompecabezas en busca de alguna explicación que nos ayudara a entenderlo todo.

—Has dicho que la boca te sabía a sangre —repetí lentamente—. Que te sentiste como si te estuvieras ahogando… —Asintió—. A mi madre le cortaron la garganta. Seguramente murió ahogada en su propia sangre.

Salem abrió los ojos de par en par y se tapó la boca con incredulidad.

—Rayne… ¿Crees…? —titubeó—. ¿Crees que la mujer de las fotos es tu madre?

—No lo sé. Pero sí sé que mi padre hizo algo que mantuvo en secreto y que se llevó a la tumba. —Entonces recordé el verso que tantas veces había gritado desde el púlpito—: «Envió sobre ellos el ardor de su ira, un ejército de ángeles destructores». Mi padre siempre decía que la bestia era el juicio de Dios por la maldad de Blackridge y que el asesinato de mi madre había sido el detonante.

Los muertos seguían teniendo voz, y, en ese caso, guardaban las respuestas que necesitaba.

—Salem. —Me volví hacia ella con la mandíbula apretada por las infames palabras que estaba a punto de soltarle—. Tenemos que desenterrar a mi madre.

37

Salem

La exhumación

Un silencio inquietante acompañaba al sol rojo del atardecer a medida que se hundía lentamente en el horizonte. Iba aferrada a Rayne en la parte trasera de su *quad* mientras avanzábamos a toda velocidad por el sendero embarrado, esquivando baches y cúmulos de nieve congelada. Al caer la noche, las farolas se encendieron automáticamente y nos alumbraron el camino.

Las calles de Marihope se encontraban desiertas. Las tiendas tenían las persianas echadas y las puertas estaban cerradas a cal y canto. Había crucifijos colgados en casi todas las entradas, y los porches contaban con focos que se erigían como baluartes de feroz luminosidad contra la noche que se cernía sobre el pueblo.

Sin embargo, solo contribuían a hacer que el manto de oscuridad bajo los árboles pareciera aún más denso.

Rayne llevaba su arma y yo, las palas. Habíamos dejado a Loki en casa, a pesar de sus protestas, pero necesitábamos movernos con el mayor sigilo posible y sus ladridos podían alertar a los lugareños.

Al cruzar el arco de hierro oxidado que daba paso al cementerio, la temperatura descendió de golpe. Entre los árboles se extendía una multitud de lápidas cubiertas de musgo y maleza, ocultas por pilas de hojas en descomposición y montones de nieve sucia acumulados a lo largo de los años. Algunas eran tan viejas que los árboles habían crecido sobre ellas, engullendo con sus raíces cualquier rastro de los

difuntos que yacían debajo.

Había generaciones enteras de familias enterradas juntas en aquel lugar. Padres con sus descendientes. Parejas de ancianos. Hijas e hijos, tías y tíos. Parecían los vestigios de un pasado en el que Blackridge era una comunidad tranquila, cuyo aislamiento infundía calma en vez de terror.

De no ser por Rayne, jamás habría encontrado el camino entre los numerosos senderos estrechos que serpenteaban bajo los árboles nudosos. Avanzábamos la una pegada a la otra, y nuestros brazos se rozaban de vez en cuando. Íbamos en absoluto silencio, inspeccionando ambos lados, con todos los sentidos alerta.

Rayne se detuvo de pronto.

—Es aquí —anunció.

La tumba que se hallaba delante de nosotras no estaba tan marcada por el tiempo como el resto. Las enredaderas aún no la habían envuelto, y un musgo verde intenso salpicaba la fría lápida gris. Una estatua de un ángel llorando, con la cabeza cubierta por un largo velo y hundida entre los brazos, coronaba la piedra.

Por unos instantes, ninguna de las dos dijo nada. Nos quedamos de pie frente a la tumba, con las palas en la mano, sintiendo cómo nos aplastaba la gravedad de lo que estábamos a punto de hacer.

El sol no tardaría en ponerse por completo, y entonces tendríamos que enfrentarnos solas a cualquier peligro que acechara en la oscuridad. Se nos agotaba el tiempo.

—¿Deberíamos…? —Señalé la tumba.

Rayne asintió bruscamente.

—Son solo huesos dentro de un ataúd.

Una punzada de remordimiento me revolvió el estómago al clavar la pala en el barro. Aun así, continué cavando, y los minutos transcurrieron hasta convertirse en una hora. El único sonido que

rompía el silencio inquietante era el de nuestras palas atravesando la tierra y arrojándola a un lado. Rayne paraba con frecuencia; era evidente que le dolía, pero se empeñaba en disimularlo.

—Descansa un rato —sugerí al verla detenerse de nuevo y apoyarse en su pala. Aspiró una bocanada de aire y me fulminó con la mirada—. Está anocheciendo. Deberías hacer guardia—insistí.

Por suerte, aceptó mi razonamiento y se giró hacia el bosque con el arma en la mano mientras yo seguía cavando. Me dolían la espalda y los hombros, y me daba la impresión de que el agujero no tenía fin. Incluso me llegué a plantear si había siquiera un ataúd allí o si se trataba realmente de una tumba.

Entonces se oyó el ruido sordo de la pala golpeando madera.

La bilis se me subió de golpe a la garganta, y una sensación de malestar me recorrió el cuerpo.

—Rayne —la llamé en voz baja y se asomó de inmediato a la tumba—. Lo he encontrado.

Me ofreció la mano para ayudarme a salir y luego descendió ella misma. Se sentó a horcajadas sobre el ataúd, con la pala preparada, pero permaneció inmóvil.

—Lo mantuvieron cerrado durante todo el funeral —dijo al fin—. De niña, le tenía mucho miedo. Al pasar junto a él en la iglesia, me imaginé cosas horribles. Creía que vería la cara de mi madre completamente destrozada y ensangrentada si lo abría. No sabía lo que había dentro. No podía saberlo… —Hundió los hombros por un segundo y quise abrazarla, hacerle saber de alguna manera que no estaba sola.

Respiró hondo y encajó la pala bajo el borde de la tapa. La tierra se movió al abrirla.

La figura de Rayne se interponía en mi campo de visión, así que rodeé el agujero para comprender qué estaba mirando.

Nada. El ataúd se encontraba vacío.

Solo albergaba una cosa en su interior, y no era un cuerpo, sino un libro viejo y andrajoso.

38

Rayne

EL SANTUARIO

El libro estaba encuadernado en cuero resquebrajado y desprendía un extraño olor a humo, como si hubiera sobrevivido a un incendio. Detestaba sostenerlo entre las manos. Su peso era incómodo, tenía un tacto húmedo y se encontraba cubierto de moho. Me lo metí debajo del brazo para abrir la verja de hierro que custodiaba las puertas de la capilla mientras Salem me observaba, sorprendida.

—Son las llaves que usaba mi padre —le expliqué—. Me las guardé por si acaso. La capilla es uno de los lugares más seguros de Marihope. Podemos quedarnos aquí hasta que amanezca. La noche se nos ha echado encima y no quiero que nos pongamos en peligro en el camino de vuelta.

Las viejas bisagras de la verja chirriaron al empujarla, y, acto seguido, me dirigí a la robusta puerta de madera. La nave estaba fría y en penumbra; la única luz que se filtraba en el interior procedía de las ventanas altas y estrechas que se alineaban a lo largo de las paredes. Cerré la verja y la puerta a nuestra espalda para que nada ni nadie pudiera encontrarnos allí dentro.

Mientras Salem se encaminaba al almacén trasero en busca de leña para la caldera, dejé el libro sobre el púlpito y rebusqué en mi mochila hasta dar con un viejo frasco de analgésicos. Me tragué una pastilla con un sorbo de agua y me tomé un momento para recomponerme.

Era un dolor profundo y asfixiante. Intenté mantenerme de pie y respiré hondo, esperando a que la conmoción o la adrenalina me hicieran efecto y me protegieran.

—Tú puedes —me susurré—. Respira. Ya se te pasará. Solo es un poco de dolor.

Apreté los ojos con fuerza. Tras un par de minutos, reuní el valor necesario para abrirlos y enderezarme.

Cuando abrí el libro, el lomo crujió y me provocó un escalofrío. Las páginas, rígidas y gruesas, se habían amarilleado por el paso del tiempo. La letra del texto resultaba ilegible; al principio creí que se trataba de algo escrito en latín, pero, después de un rato mirándolo, me pareció que se asemejaba más al francés medieval. Reconocí la letra de mi padre junto a la de escritores mucho más antiguos en los márgenes, ampliando las glosas acumuladas a lo largo de los siglos con sus propias traducciones.

«Se debe invocar mediante las ofrendas adecuadas. Solo las ofrendas garantizan el éxito. ¿Qué se requiere?».

«El vínculo ha de sellarse sin demora».

«Es necesario usar todos y cada uno de los huesos, sin excusas».

Fui estirando poco a poco los dedos con los que me había aferrado al púlpito, los sacudí y me froté las palmas sudorosas en los pantalones. Mi padre nunca había mostrado interés por el ocultismo. Era un hombre devoto que anteponía a Dios sobre todas las cosas. Sin embargo, esas notas reflejaban más que una mera curiosidad; parecía haber tenido la intención de practicarlo.

En uno de sus apuntes, mencionaba a una «criatura celestial,

heraldo del juicio divino». La sangre se me había helado en las venas, pero no soportaba quedarme quieta. Empecé a caminar de un lado a otro detrás del púlpito; necesitaba seguir leyendo, aunque la simple idea me producía náuseas.

Mi padre había sido un hombre de Dios. Distante e insensible, sí, pero devoto. Consagró su vida a la Iglesia y amaba al Señor más de lo que jamás podría habernos amado a mi madre o a mí. Al menos, cuando ella murió, pude ver el cariño que le profesaba. Tras el asesinato, se quedó destrozado y convirtió su frialdad en un odio feroz que brotaba desde lo más profundo de su dolor. Una parte de mí incluso creía que, tal vez, a través de sus plegarias desesperadas pidiendo venganza, había atraído de algún modo a la bestia a Blackridge.

Sin embargo, mi padre llevaba interesado en aquella criatura desde mucho antes de que mi madre muriera. Solo las traducciones del libro representaban con certeza años de trabajo y estudio.

¿Dónde estaba su cuerpo? Si no lo había enterrado, ¿qué demonios había hecho con él?

Me daba pánico que esas notas contuvieran la respuesta con todo lujo de detalles.

Los huesos. Los símbolos. La referencia a una «ofrenda».

—¿Te mató él, mamá? —susurré, arrastrando cada palabra como si fuera una roca pesada.

Hundí la cabeza en las manos y me froté los ojos. Me encontraba demasiado cansada para pensar. El dolor me había calado hasta los huesos y la cabeza me daba vueltas. Me desequilibré y acabé sentada en un banco justo cuando Salem regresaba con un montón de leña. Cada bocanada de aire que aspiraba me recordaba la herida que tenía en el costado y lo frágil que me sentía.

—¿Rayne? ¿Estás bien?

Alcé la cabeza y la vi mirándome con unos ojos grandes y marrones que me hacían pensar en los días cálidos y seguros de verano, sin monstruos acechando en el bosque.

Quizás podríamos pasear juntas de la mano bajo los árboles en primavera. Incluso dejaría a un lado lo práctico y me quitaría los zapatos, y ella se pondría algún vestidito mono de verano. Nos reiríamos a carcajadas, cerraríamos los ojos y nos tumbaríamos en la hierba, sabiendo que nos encontrábamos a salvo.

—Sí —murmuré—. Solo estaba pensando.

Frunció el ceño. Se arrodilló frente a la caldera y abrió la vieja puerta de metal para meter la leña dentro sin apartar la vista de mí.

—¿Lo has leído? —preguntó, lanzando una mirada dubitativa hacia el libro abierto sobre el púlpito.

—Hasta donde he podido soportar. Son instrucciones… —Merecía saberlo, aunque ni siquiera yo comprendía aún del todo su significado—. Para invocar algo.

—¿Algo? —El viejo edificio crujió, provocando que Salem se estremeciera por completo. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja—: ¿A qué te refieres? ¿Algo como esa cosa de ahí fuera?

—No lo sé. Hay mucho texto, y no todo está traducido. —Me froté las manos; sin embargo, el frío era implacable—. Pero creo que sí, que la criatura de la que habla el libro y la de la isla son la misma.

Salem guardó silencio mientras terminaba de encender la caldera. Los troncos comenzaron a arder, y el viejo metal gimió en cuanto el calor se extendió en su interior.

—¿Crees que lo invocó tu padre?

Tenía miedo de que me hiciera esa pregunta. Y aún más miedo de mi respuesta.

—Eso parece.

Esas palabras me abrumaron. Demasiado. La situación era tan

oscura que temía no llegar a procesarla nunca. Me pasé los dedos por el pelo e intenté levantarme de golpe del banco…

—Mierda, ay. —Un dolor agudo me sacudió el hombro y me desplomé de nuevo sobre el asiento, sujetándome el brazo afectado. Salem se plantó a mi lado casi al instante.

—Ven, deja que te eche un vistazo —dijo, quitándome la chaqueta. Contuvo la respiración al percatarse de la mancha roja que se extendía bajo mi vendaje.

—Estoy bien —me apresuré a responder, aunque no era cierto. Se me había saltado por lo menos un punto, pero la pastilla que me había tomado por fin estaba empezando a hacerme efecto—. He pasado por cosas peores.

Me quedé embelesada con el batir de sus pestañas al mirarme.

—Ah, ¿sí? ¿En serio?

Me encogí de hombros, irritada por que hubiera descubierto mi mentira.

—El dolor es dolor, Salem. Siempre es lo mismo.

Chasqueó la lengua, alargando la mano hacia la bolsita que había llevado consigo. No me había parado a pensar en lo que podría haber metido dentro, así que me sorprendí al verla sacar unas vendas limpias, una pomada y una petaca.

—Es *bourbon*, de la botella redonda que te gusta —dijo, extendiéndome la petaca—, pero no te pases.

Dios, la forma en la que me miraba hacía que quisiera morir por ella; sin embargo, lo que me resultó más aterrador fue que, cuando se acercó para desenvolverme el vendaje sucio, me di cuenta de que también quería *vivir* por ella.

—Has pensado en todo, ¿eh? —comenté mientras ella arrojaba las vendas ensangrentadas a la caldera. Soltó una risita suave, y aquel sonido me despertó de repente una sensación desconocida en el

pecho. Se asemejaba a la adrenalina que precedía a un ataque de pánico, pero era mucho más suave. Estalló en chispas, oprimiéndome el corazón y llenándome de una calidez inesperada.

—Mi padre solía decirme que era un pelín de mente dispersa, como mi madre —contestó—, porque siempre me olvido de las cosas importantes, pero recuerdo los pequeños detalles. No he pensado en todo… —Se puso un poco de pomada en el dedo y me la aplicó suavemente sobre la herida—. Solo he pensado en ti.

La nave fue calentándose poco a poco mientras me enrollaba las vendas limpias alrededor del brazo, frunciendo el ceño en señal de concentración.

—Háblame de tu madre —dije de repente—. ¿Cómo es?

Se notaba el cariño que le tenía por la tierna sonrisa que le iluminó el rostro.

—Trabaja en una guardería en Colorado y dice que no quiere jubilarse nunca; le encanta estar rodeada de niños. Conoció a mi padre en la universidad y le propuso matrimonio. *Ella* a *él*. De pequeña, soñaba con tener un romance como el suyo. Siguen juntos. Mi padre está jubilado y pasa mucho tiempo pescando, así que ella aprendió taxidermia de forma autodidacta para poder conservar algunos de los peces que le lleva a casa. A veces hasta les cose ropita.

Solté una carcajada a pesar del dolor.

—Estás de coña, ¿no? ¿Aprendió taxidermia sola? Parece una mujer increíble.

—¡Sí que lo es! La… La echo mucho de menos. —Se aclaró la garganta; las palabras le salían un poco temblorosas—. En esta época del año suelo coger un vuelo para ir a verla. No se le da muy bien cocinar, siempre se distrae y acaba quemando cosas, así que es mi padre el que nos prepara la cena. —Me ajustó el vendaje y me acarició el hombro—. Les caerías bien.

—¿Tú crees? —Sentí un vuelco en el estómago y le di un pequeño sorbo a la petaca—. Me encantaría conocerlos algún día.

No sabía cómo interpretar su mirada y me preocupaba haber dado demasiadas cosas por sentado. Me posó la mano en la mejilla y se acercó a mí, embriagándome con su aliento cálido y suave mientras me rozaba los labios con los suyos, en una caricia que no llegó a ser un beso, sino algo mucho más profundo.

—A mí también me encantaría que los conocieras —contestó—. Te gustaría Colorado. Y también San Francisco. Hay tantos lugares que quiero enseñarte… —Se le llenaron los ojos de lágrimas y se estremeció al exhalar—. Espero… Espero que…

—Los visitaremos. —Besé sus delicados labios, y el corazón se me desbocó al oírla suspirar a la vez que se inclinaba hacia mí. Ella era mi refugio ante todas las sombras que me atormentaban. La salvación que nunca imaginé que encontraría—. Saldremos de esta. Tú y yo. Y podrás enseñarme todo lo que quieras.

39

Salem

La venida del juicio de Dios

Nos acurrucamos juntas cerca de la caldera. No teníamos mantas, pero Rayne me echó su abrigo por encima y me estrechó con fuerza, rodeándome con la calidez de sus brazos. Me tarareaba una melodía mientras yo contemplaba los copos de nieve cayendo a través de las ventanas y apilándose en montículos blancos contra el cristal. No reconocí la canción que entonaba, pero era suave y lenta. Iba marcando el ritmo con la mano a la vez que me recorría la espalda de arriba abajo.

Entre el calor del fuego y las tiernas caricias de Rayne, no tardé en quedarme dormida.

Al rato, se oyó el rumor de unas uñas clavándose y arrastrándose por el suelo.

Solté un quejido, medio inconsciente. Loki estaba cavando un agujero, y aquel sonido lento y persistente hizo que me estremeciera.

Entonces percibí un crujido.

Quizás Rayne se había levantado para ir a ordenarle que parara…

Abrí los ojos de golpe al recordar dónde me encontraba. El perro no estaba con nosotras. Era otra cosa.

Rayne me agarró del brazo. El resplandor naranja de la caldera le iluminaba el rostro: tenía los ojos muy abiertos y la vista fija en la ventana junto a nosotras.

—Hay algo ahí fuera —susurró. Se me erizó la piel al mirar hacia

la oscuridad que se extendía más allá del cristal cubierto de escarcha —. No te muevas. No hagas ruido.

Volvió a oírse un crujido, seguido del roce áspero de unas uñas rascando la superficie.

Me tapé la boca para reprimir el gemido de terror que me encendía la garganta. Había algo al otro lado de la ventana; el ruido parecía provenir de muy cerca. Merodeaba alrededor de la iglesia, olfateando y arañando las piedras.

De repente, el chirrido se hizo más intenso.

Rayne se sobresaltó y yo contuve el aliento al ver unos largos dedos con garras deslizándose por el vidrio, dejando surcos sobre la capa de escarcha. Mi corazón amenazaba con escapar de mi pecho. ¿Podría esa cosa percibir sus latidos desbocados? ¿Sería capaz de captar el olor de la sangre fluyendo por mis venas?

Rayne me dio un golpecito en el brazo y se llevó un dedo a los labios sigilosamente. Se puso de pie con una lentitud insoportable y cogió su arma. Luego, me miró y articuló sin emitir ningún sonido: «Quédate agachada».

La adrenalina me pedía aire a gritos, pero incluso las respiraciones superficiales retumbaban en el silencio. Un ruido agudo y vibrante, semejante al zumbido de una cigarra, empezó a resonar en el exterior. Me mordí el labio con fuerza y me concentré en el dolor para olvidarme del miedo mientras me estrechaba la chaqueta de Rayne contra el pecho.

Se oyeron pasos crujiendo en la nieve. Avanzaban y se detenían. Avanzaban de nuevo y volvían a detenerse.

De pronto, nos llegó el siniestro chasquido de la verja al abrirse.

—¿Sabe abrir puertas? —susurré, con la voz cargada de pánico.

El pomo comenzó a girar y Rayne clavó la vista en la robusta madera que nos había protegido hasta ese momento. Levantó su

arma rápidamente y apuntó.

—Cuando entre, corre hacia la puerta trasera —me indicó—. Corre y no te detengas. Pase lo que pase, ni se te ocurra parar.

El corazón se me subió a la garganta. Las bisagras chirriaron, acompañando el movimiento de la puerta. Una ráfaga de aire frío se coló en la nave y, acto seguido, Ruth Miller cruzó el umbral.

Rayne exhaló bruscamente y bajó el arma. Estuve a punto de llorar de alivio, pero Ruth lanzó un chillido al vernos y se apresuró a taparse la boca con las manos.

—¡Rayne! ¿Qué haces? ¿Qué está pasando aquí?

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —espetó Rayne—. ¡Cierra la puñetera puerta! Esa cosa está ahí fuera.

—¿Qué cosa? —Ruth obedeció; sin embargo, tuvo que ir Rayne, hecha una furia, a asegurarla con el cerrojo bajo la mirada recelosa de su vecina—. ¿Te refieres al ángel? No he visto nada.

—Entonces no estabas prestando atención —soltó Rayne—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Ruth frunció los labios mientras se quitaba el abrigo y se lo doblaba sobre el brazo—. Vengo temprano todos los domingos para encender la caldera antes de la misa. Aunque parece que hoy ya te has encargado tú. Hace calor aquí dentro.

—Llevamos aquí toda la noche. Se nos hizo tarde para volver a casa. —Rayne echó un vistazo a través de la ventana que se encontraba más cerca de la puerta—. Aún no ha amanecido. No deberías saltarte el toque de queda.

—No temeré mal alguno —contestó Ruth, esbozando una ligera sonrisa—. Tengo fe, Rayne. Dios protege a sus siervos más leales.

—Ya. Eso díselo a Job.

Ruth entrecerró los ojos y apretó los labios. Sus zapatos fueron

resonando en el suelo a medida que se adentraba aún más en la iglesia, escudriñando los bancos como si sospechara que hubiéramos vandalizado el lugar. Rayne regresó a mi lado y me ayudó a levantarme para llevarme lejos de las ventanas, vigilándolas con los ojos llenos de terror. Cuando me pasó el brazo por los hombros en actitud protectora, Ruth resopló con desdén.

—Mientras todos rezamos por nuestro perdón y suplicamos misericordia, tú vas y te traes a tu putita a la casa de Dios —murmuró—. Y todavía nos preguntaremos por qué sigue habiendo muertes. No puede haber piedad para quienes escupen en la cara del Señor.

—Venga, Rue —dijo Rayne, tranquila—. Este no es el momento.

—¡Ni se te ocurra volver a llamarme así! —respondió, con un bramido que me sobresaltó—. Largo de aquí. Marchaos a casa. No sois bienvenidas.

—Todavía no ha amanecido. —Aunque mantuvo la calma, su tono se había vuelto frío. Me abrazó con más fuerza—. Nos iremos en cuanto sea seguro salir.

Para mi sorpresa, Ruth sacó al instante un cuchillo de la funda que llevaba en el cinturón. Era una hoja pequeña pero afilada, y la sostenía con determinación. Rayne se tensó.

—He dicho que os larguéis —gruñó Ruth, mostrando los dientes, pero ni ella ni su cuchillo parecían muy amenazantes.

Al menos, no en comparación con la criatura que acababa de emerger a su espalda.

El ángel nos había alcanzado.

Se alzaba imponente al otro lado de la ventana, con sus delgadas extremidades pegadas a la fachada de la iglesia y su rostro sin ojos oscilando en nuestra dirección a través del cristal. Rayne se percató enseguida de su presencia y empezó a susurrar de forma frenética:

—Ruth, escúchame, tienes que…

La interrumpió un aterrador estruendo, seguido del estallido de los cristales de la ventana, que aterrizaron dentro de la iglesia.

Ruth profirió un chillido y, de repente, Rayne me ordenó a voces:

—¡Vámonos! ¡Corre, Salem! ¡Tenemos que salir de aquí cagando leches!

Me dirigí a toda prisa hacia la puerta e intenté abrirla, pero Ruth me tiró al suelo de un empujón. Quitó el cerrojo, abrió la puerta de golpe y echó a correr entre gritos hacia la luz gris que precedía al amanecer, dejando un rastro de sangre de un rojo vivo en la nieve.

El sonido de los disparos provocó que me estremeciera y me cubriera la cabeza. Rayne se situó sobre mí y apuntó de nuevo mientras la bestia se apretujaba entre el angosto hueco de la ventana rota y procedía a derribar los bancos que se interponían en su camino, haciendo resonar sus pezuñas en el suelo.

—¡Corre, Salem! —gritó, y lanzó otro disparo. Me levanté a toda prisa y hui hacia el cementerio. Rayne me seguía de cerca.

El aire de la mañana era frío y penetrante. Las gotas de rocío congelado se aferraban a las hojas, y el hielo crujía bajo nuestros pies. El sol aún no había llegado a su punto más álgido, de modo que los inmensos árboles que nos rodeaban cubrían el paisaje con sus sombras. Corrimos entre los débiles charcos de luz que nos proporcionaban las farolas, atraídas hacia ellos como insectos desesperados.

—¡Se está acercando! —chilló Rayne—. ¡Corre, ve a…!

La arrancaron de mi lado con un alarido.

—¡Rayne! ¡No! —La bestia se encontraba encima de ella, intentando alcanzarla con sus garras a la vez que Rayne rodaba para esquivar los zarpazos, con el rifle colgando inútilmente de la correa que llevaba alrededor del cuello. Cogí una piedra del suelo y se la

arrojé. Luego, hice lo mismo con otra, y otra más—. ¡Eh! ¡Ven a por mí, pedazo de mierda!

En cuanto las piedras impactaron y rebotaron inofensivamente en su macabro cuerpo, la bestia se detuvo durante unos segundos, los suficientes para que Rayne pudiera hundirle su cuchillo en el costado hasta la empuñadura y brotara una sangre oscura de la herida. El ángel se agitó y se retorció, sacudiendo sus extremidades como una araña empapada de veneno.

Dio un salto y se escabulló entre los árboles. Entonces, corrí hacia Rayne.

—Estoy bien, no pasa nada —respondió, jadeando mientras la ayudaba a ponerse de pie—. Tenemos que seguir moviéndonos, rápido.

Se había dejado su chaqueta en la iglesia, pero tenía la piel ardiendo. El vendaje que le cubría los puntos estaba impregnado de sangre. No me atreví a decirlo en voz alta, pero me preocupaba que ni siquiera pudiese llegar hasta el *quad*, que se encontraba aparcado a las afueras.

Los inquietantes ladridos y aullidos de los perros inundaban las calles, como si todos los caninos del pueblo hubieran percibido la presencia de la criatura. Rayne seguía alerta, con el arma preparada, pero había empezado a arrastrar los pies.

—Aguanta un poquito más —dije, para animarnos a ambas—. Ya casi llegamos, falta muy poco, estamos…

Al captar un movimiento repentino delante de nosotras, Rayne me agarró del jersey y me arrastró hacia un muro para ponernos a cubierto.

—Hostia puta —murmuró—. ¿Esa es Ruth?

La mujer iba arrastrándose a gatas por un lateral de la carretera. Aceleramos el paso para alcanzarla, pero, cuando oyó el sonido de

nuestras pisadas, se incorporó e intentó correr, gritando desesperadamente.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseó Rayne, agarrándola del brazo—. ¡Deja de gritar! Esa cosa todavía no se ha ido.

Sin embargo, al girarse hacia nosotras, su ojo solo reflejaba puro pánico.

El único ojo que le quedaba.

Un corte profundo le atravesaba la cara, y en la frente tenía una hendidura, como si el cráneo hubiera cedido ante un golpe. En las comisuras se le acumulaban espumarajos de sangre a medida que balbuceaba, y su cuenca ensangrentada parecía clavarse en mí, arrastrándome a un abismo directo al infierno.

Me tapé la boca con las manos, presa del horror.

Rayne empezó a temblar mientras la miraba. Seguía teniendo el brazo extendido hacia Ruth, pero había dejado de tocarla.

—Tenemos que buscar ayuda —dijo, acercándose con cautela a la mujer herida—. Te llevaremos con la doctora Hale…

Pero Ruth se puso a gritar una retahíla de palabras incomprensibles. No sabía si era capaz de reconocernos siquiera.

—¡No grites, por favor! —supliqué. Recorrí con la mirada las calles envueltas en niebla, convencida de haber escuchado algo más allá de su balbuceo. Un eco peculiar de su voz…

Rayne se echó hacia atrás cuando Ruth volvió a caer de rodillas.

—No está en sus cabales, va a conseguir que esa cosa venga a por nosotras de nuevo…

—Ya está aquí —susurré, apretándole la mano con fuerza.

El ángel trepó por el muro de piedra junto a la carretera, imitando la voz de Ruth con una cadencia espeluznante:

—Dios me protege… Dios me protege…

Sus fosas nasales hendidas se dilataron, y su rostro sin ojos parecía

perforarme el alma. Cuando abrió la boca de par en par, unos hilos de saliva espesa se le resbalaron de los dientes. Aún llevaba el cuchillo de Rayne clavado en el costado, pero daba la impresión de que ni siquiera notaba la herida. No cojeaba ni se protegía la zona.

Se alzó frente a nosotras, bloqueándonos el paso.

Rayne se colocó delante de mí y fuimos caminando hacia atrás con una lentitud dolorosa. A Ruth se le abrió la boca sin energía mientras observaba a la bestia avanzando como un depredador hacia ella.

—¡Ruth, reacciona! —siseó Rayne, desesperada. Empezó a andar más deprisa para alejarnos de allí cuanto antes, empujándome con la espalda, pero se negó a apartar la vista de la horrible escena que se desarrollaba ante nosotras.

La criatura observaba fijamente a Ruth, ladeando la cabeza de un lado a otro a la vez que murmuraba:

—Dios me protege. Dios me protege.

La gente descorrió las cortinas y entreabrió las puertas con el valor suficiente para echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo fuera.

Ruth, completamente debilitada, dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Cuando la bestia se lanzó contra ella, Rayne y yo comenzamos a correr.

El corazón me latía con fuerza en los oídos, ahogando casi en su totalidad los terribles sonidos que inundaban el aire detrás de nosotras. Sin embargo, cuando Rayne tiró de mí para bordear una esquina, volví la vista brevemente y comprendí lo que había oído.

Eran los sonidos del cuerpo de Ruth siendo despedazado. El ruido de la carne desgarrándose, los huesos quebrándose y los gritos agonizantes. Fue solo una fracción de segundo, pero la imagen se me quedó grabada en las retinas y en la mente.

De pronto, me noté las extremidades demasiado lentas y pesadas.

El mundo a mi alrededor se movía a cámara lenta, como si estuviera viviendo una pesadilla en la que mis piernas se hubieran convertido en plomo, y el aire, en arenas movedizas.

No me atreví a seguir mirando atrás. Mi campo de visión se estrechó hasta convertirse en un túnel, y la mano de Rayne agarrándome era lo único que me mantenía anclada a la realidad. No sabía a dónde nos dirigíamos ni cuánto tiempo más podríamos seguir huyendo.

—¡Por aquí!

Vimos una puerta abierta. Luego, una mano alzada que nos llamaba en la distancia y el rostro de un hombre mayor que nos instaba a ir hacia él.

—¡Corre! ¡Vamos!

El ángel chilló. El suelo parecía temblar mientras avanzábamos a toda velocidad hacia nuestra salvación.

Nos desplomamos dentro y la puerta se cerró de golpe, pero traqueteó en sus bisagras cuando la bestia se estrelló contra el otro lado.

40

Rayne

EL LIBRO DEL DIABLO

—¡Sujetad la puerta! ¡No dejéis que entre, joder!

Sentí una punzada en el hombro cuando la bestia volvió a estrellarse contra la puerta. El dolor me atravesó el pecho, pero la adrenalina me insensibilizó lo suficiente como para soportarlo. Al otro lado, unas garras arañaban y rasgaban la madera sin cesar, como si un perro colosal estuviera tratando de cavar un agujero en ella. Ni siquiera entre mis primos y yo lográbamos reunir la fuerza suficiente para mantenerla cerrada. Aquella criatura nos superaba a todos.

—¡Cuidado!

Mi tío colocó una viga de madera contra la puerta para atrancarla, y mis primos y yo retrocedimos de un salto. Gerard llevaba el pelo despeinado y un abrigo de lana sobre el pijama.

—¡Las luces! ¡Encendedlas todas! ¡James, trae el rifle!

Cuando él y mis primos fueron a encender los focos exteriores de la casa, vi a Salem de pie en el pasillo. Se había agarrado a la barandilla de la escalera con ambas manos y contemplaba la puerta con los ojos desorbitados de terror.

Los golpes cesaron en cuanto las luces bañaron la fachada. James abrió fuego contra el monstruo desde una ventana de la planta superior, y el estruendo de los disparos inundó también la parte de

abajo. La bestia huyó con un chillido agudo y un estrépito. Luego, la casa se sumió en una calma escalofriante.

En el silencio que siguió, los ojos de Salem se encontraron con los míos y se colmaron de lágrimas. Le temblaban las rodillas, pero la sujeté antes de que pudiera caerse.

—No pasa nada, tranquila. Estoy aquí. —La estreché con fuerza entre mis brazos mientras el cuerpo se le sacudía con violentos espasmos.

—Ruth estaba… Dios, ¿la has visto? Esa cosa… la ha despedazado. —Dio varias bocanadas de aire rápidas y entrecortadas. Le acaricié la espalda y la acuné lentamente—. ¿Ella…? Ay, Dios, ¿nadie puede hacer nada…?

—No pienses en eso, Salem. —Seguí frotándole la espalda, intentando fingir que los gritos de Ruth no me atormentaban a mí también. El olor a sangre me saturaba las fosas nasales. Por muchas muertes que hubiera presenciado, todas me parecían igual de crueles.

No era normal ver aquellas cosas. Nadie debería acostumbrarse a vivir de esa forma.

Le besé la coronilla y le tarareé la única nana que conocía: la que mi madre solía cantarme cuando era niña. Aunque no me sabía la letra, recordaba la melodía.

Acerqué los labios al oído de Salem y le susurré:

—Yo te protejo. Tal y como te prometí. No dejaré que nada te haga daño. No pasa nada. Ya casi ha salido el sol. Aquí estaremos a salvo.



El estallido de las armas de fuego resonaba por todo el pueblo. James estaba montando guardia desde la segunda planta. De vez en

cuando oía el crepitar de su *walkie-talkie*, seguido de la voz de otros vigías que le iban informando de los movimientos de la bestia.

Un poco más tarde, conseguí llevar a Salem a una de las habitaciones. Mi tía Verónica nos trajo agua y luego un par de tazas de té con un plato de galletas. Mis primos menores, Mark y Jacob, ambos de veintipocos años, permanecieron un rato en el pasillo, sin saber muy bien a dónde ir, antes de subir las escaleras para reunirse con James.

—Gracias, tita Vero. —Cogí una galleta y me la zampé en apenas dos bocados. Aunque no tenía hambre, necesitaba un poco de combustible para el cuerpo. Me estaba costando mantener los ojos abiertos.

Salem empezó a darle sorbitos a su té con los ojos vidriosos. La rodeé con un brazo y se dejó caer con todo su peso sobre mi costado. Ojalá hubiera podido borrarle esas imágenes de la cabeza, pero, a partir de ese momento, tendría que vivir con aquellos horrores para siempre, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

—Pobrecita —murmuró mi tía con preocupación desde el marco de la puerta. Salem no parecía del todo consciente de su presencia. Se limitó a sorber su té en silencio, temblando de vez en cuando, sin articular palabra.

—El *sheriff* Keatin y sus hombres vienen de camino desde Dowton —anunció mi tío, colocándose en la puerta, al lado de su esposa—. Ellos decidirán qué hacer con Ruth.

Salem emitió un leve sonido, aunque no supe reconocer si se trataba de hipo o de un sollozo. No había nada que deseara más que volver a casa con ella, a nuestra cama, donde nos encontrábamos a salvo tras esa fortaleza de muros de piedra encantados y ventanas tapiadas. Quería alejarla de todo aquello, ofrecerle un refugio ante los horrores que nos acechaban.

—¿Te has hecho mucho daño? —preguntó mi tía Verónica, conteniendo la respiración al percatarse de la creciente mancha de sangre que me impregnaba el hombro.

—Se me han saltado algunos puntos —contesté—. Me pondré bien…

—Tiene que verla un médico —me interrumpió Salem, en un tono firme y a la vez calmado—. Y a mí también. No sé si hay alguna farmacia en esta puñetera isla, pero necesito un diazepam. Por favor.

Mi tía asintió con determinación.

—Voy a llamar a la doctora Hale ahora mismo. Enseguida vuelvo, chicas.

Mi tío se sintió demasiado incómodo ante la idea de quedarse allí de pie y charlar conmigo sin su mujer presente, así que se excusó diciendo que tenía que revisar las cerraduras, o algo por el estilo, y la siguió por el pasillo.

Cuando por fin estuvimos solas, le acuné la cara a Salem con ambas manos. Tenía la piel helada y los ojos enrojecidos. Su mirada destilaba tanto cansancio que me partió el corazón.

—No se me va de la cabeza —susurró—. Es lo único en lo que puedo pensar.

Le besé las lágrimas que le rodaban por las mejillas, la atraje hacia mi regazo y la mecí para que pudiera llorar tranquila. Para mi sorpresa, a mí también empezaron a arderme los ojos. Su dolor me atravesó como si fuera mío.

Tras varios minutos, se enjugó las lágrimas. La sostuve entre mis brazos mientras se comía otra galleta despacio y se bebía los restos de su té frío.

—Esta era mi habitación cuando me quedaba a dormir aquí —le conté, pasando la mano por mi antigua colcha. Salem echó un vistazo alrededor, deteniéndose en las estrellitas fluorescentes de

plástico pegadas al techo y los juegos de mesa apilados en la vieja estantería—. Mis primos y yo solíamos traernos todas las sillas de la cocina y les poníamos mantas por encima para construir un fuerte. Yo jugaba a ser la reina guerrera, y ellos eran mis soldados. James siempre se quejaba porque no lo dejaba ser el rey.

Me alivió verla esbozar una sonrisa.

—Echo de menos los fuertes de mantas —confesó.

—Cuando volvamos a casa, construiremos el fuerte de mantas más épico del mundo. Cubriremos la mansión entera de mantas si hace falta.

—A casa —repitió las palabras con cariño y tristeza. Por un momento, guardó silencio mientras tiraba de un hilo suelto de su jersey, y luego preguntó—: ¿Le decías Rue a Ruth?

Oír su apodo me provocó una punzada inesperada de dolor en el pecho.

—Sip. Así la llamaba en el instituto.

—¿Erais amigas?

—Aunque no te lo creas, nos llevábamos muy bien. En el verano de nuestro segundo año de instituto íbamos juntas a todas partes. De niña, era completamente diferente… Ella fue… Bueno… —Joder. Normalmente, no permitía que el dolor se apoderara de mí. No tenía tiempo para mortificarme por mi pasado, pero pensé que tal vez a Salem le vendría bien hablar de ello. Y, en el fondo, a mí también—. Fue la primera chica a la que besé.

Salem soltó un grito ahogado.

—¿Qué? ¿Ruth? Pero… Con las cosas que dijo…

—Le inculcaron el odio —respondí.

En ese momento, solo conservaba un recuerdo difuso de aquel verano, como si hubiera sido un sueño extraño. Ruth y yo pasamos el invierno separadas y, cuando volví a verla en primavera, había

cambiado por completo. Esos interminables y fríos días encerrada en casa con su familia habían distorsionado su forma de ver el mundo.

—Ruth se perdió a sí misma hace mucho tiempo —continué—. Ya había visto morir una parte de ella, y hoy también he sido testigo de cómo se desvanecían los restos. —Mis palabras sonaron frívolas, pero tan solo eran un escudo ante el dolor que me martilleaba en el pecho—. Esta isla devora a la gente, Salem. Te mastica, te absorbe hasta el alma y luego escupe la cáscara. Y, cuando por fin mueres, pudre tu carne y desintegra tus huesos. Pero tú y yo… —Apoyé mi frente contra la suya—. No vamos a morir aquí. Te lo prometo. No permitiré que Blackridge se alimente de ti.



Cuando llegó la doctora Hale, Salem se había quedado dormida. Me senté en el viejo sofá con estampado floral del salón para que la doctora pudiera limpiarme bien la herida y volver a coserme el tajo que me atravesaba el pecho. Al acabar, también me desinfectó los numerosos cortes y rasguños que tenía repartidos por la piel. Por suerte, más allá de los puntos que se me habían saltado y algunos moratones nuevos, la bestia no me había hecho tanto daño esa vez.

—¿Quieres que la despierte? —dijo la doctora Hale, señalando con la cabeza la habitación donde se encontraba Salem.

—No. Déjala que descanse. Últimamente no pega ojo. ¿Tienes pastillas para ella?

Asintió. Acto seguido, sacó de su mochila un bote naranja de pastillas y me lo dio.

Empecé a darle vueltas en mis manos hasta que, al final, me atreví a preguntar:

—Cuando asesinaron a mi madre, ¿se le hizo autopsia?

—No. Tu padre se opuso tajantemente —contestó, quitándose los guantes de vinilo y dejando sus arrugadas manos al descubierto—. Me dejó claro desde el principio que iba a organizar un velatorio privado en su casa. Ni siquiera permitió que Eddie la tocara.

Eddie era el difunto esposo de la doctora Hale, el antiguo director de la única funeraria que había en Blackridge. No me acordaba mucho de él; había asistido al funeral de mi madre, pero aquel día se había convertido en una pesadilla borrosa en mi memoria.

—¿Un velatorio privado? —repetí, y asintió—. Entiendo. Gracias.

—Procura cuidarte —me ordenó, colgándose la mochila al hombro. El terror provocado por la muerte de Ruth estaba comenzando a propagarse en el exterior. Se oían llantos y gritos apagados, pero intenté ignorarlos—. No hagas esfuerzos. —Alzó la mano antes de que pudiera darle una respuesta sarcástica—. Ya, ya lo sé. Vas a decirme que estás bien. Aun así, no hagas esfuerzos, ¿de acuerdo? Tómate una de las pastillas que le he dejado a tu novia y relájate.

—Vale, vale, te haré caso. De todas formas, ya he llegado a mi cupo de palizas propinadas por el ángel esta semana.

Después de que se fuera, me quedé un buen rato en el sofá, sola con mis pensamientos y los ecos del dolor.

Mi tío anunció su presencia golpeando suavemente el marco de la puerta con los nudillos.

—¿Puedo hacerte compañía?

Asentí.

—Es tu casa.

Se sentó en el sillón verde frente a mí, dejando escapar un suspiro profundo. Se parecía mucho a mi padre, aunque tenía los rasgos más finos y la mirada menos dura. A pesar de que se mostraba algo distante, siempre había sido amable conmigo.

Llevaba puesta la ropa con la que daba misa, y parecía rígido e incómodo con el alzacuellos blanco.

—Iré a la iglesia en breve. La gente necesita consuelo, sobre todo ahora. Quizás a ti también…

—La iglesia está llena de cristales rotos —lo interrumpí—. Allí empezó todo. En la iglesia. Salem y yo pasamos la noche en la capilla y, cuando Ruth entró por la mañana para encender la caldera, el ángel la siguió.

Asintió despacio.

—Bueno, pues parece que me va a tocar hacer control de daños en lugar de predicar. No es propio de ti que te pille la noche fuera, Rayne. ¿Por qué te refugiaste en la iglesia?

Me levanté sin mediar palabra y fui directa hacia la bolsa que había tirado junto a la puerta cuando nos metimos a toda prisa en la casa. Solo me dio tiempo a coger un objeto antes de salir corriendo de la iglesia. Lo saqué y lo levanté para que mi tío lo viera.

El rostro se le tensó al fijarse en el libro que sostenía entre las manos.

—¿Dónde has encontrado eso? —susurró.

—En el ataúd que enterraste en la tumba de mi madre.

—Santo cielo. —La voz se le quebró—. ¿Has exhumado su cuerpo?

—No estaba allí. —A juzgar por la evidente expresión de horror en su rostro, mi revelación lo tomó por sorpresa. Empecé a caminar hacia él con el libro abierto, pero me detuve cuando lo vi tensarse y retroceder—. ¿Qué es esto? Hay cosas escritas con la letra de mi padre. La he reconocido. ¿Es magia? ¿Brujería?

Cerró los ojos durante un instante y respiró hondo.

—Me parece que se trata de una magia muy antigua.

Su confesión me dejó atónita. Una parte de mí había esperado que hubiera una explicación lógica e inofensiva detrás de todo aquello.

Mi tío se levantó del sillón y se dirigió a la pared donde había un crucifijo de madera. Lo descolgó y lo sostuvo en una mano mientras le pasaba el libro para que lo cogiera. Aspiró una bocanada de aire al sentirlo sobre sus palmas.

—Vaya, pesa más de lo que me había imaginado. Nunca he estudiado su contenido. Lo encontró tu bisabuelo durante la Primera Guerra Mundial. —Recorrió la tapa con una mano, pero me lo devolvió de inmediato sin llegar a abrirlo—. Cuando tu padre y yo éramos unos críos, nos contó que su batallón se había topado con una casa quemada en la campiña francesa, y allí descubrió el libro, debajo de las tablas del suelo. Creía que era un regalo para los temerosos de Dios y que debía ser protegido para que no cayera en las manos equivocadas, de modo que, al regresar a casa, siguió el camino de la fe y fundó una congregación. Basó toda su devoción en aquel libro. Era su milagro.

—¿Por qué? —No podía creerme que aquella cosa mugrienta y nauseabunda que sostenía en las manos le hubiera servido de inspiración a alguien.

—¿Quién sabe? —Mi tío se paseaba de un lado a otro, tirándose del alzacuellos—. Las secuelas del trastorno de estrés postraumático le pasaron factura. No se encontraba bien cuando volvió de la guerra. Nunca vimos el libro en casa; lo tenía guardado. Bien escondido. Pero, al parecer, tu padre se las ingenió para dar con él.

—¿Y lo usó? —pregunté.

Mi tío frunció aún más el ceño.

—No me ocultes lo que sabes —dije, furiosa. Me incliné hacia delante y señalé con el dedo la ventana enrejada—. Necesito saber cómo demonios acabó esa cosa aquí. Necesito saber qué fue lo que hizo mi padre.

—Rayne, te prometo que voy a contarte todo lo que sé, pero es tan

poco que no va a parecerte suficiente.

—Nada me lo parece. Suéltalo ya.

Colgó de nuevo el crucifijo en la pared con sumo cuidado.

—Cuatro meses después de que nacieras, tu padre vino a visitarme. Quería hablarme de una… «crisis de fe», parafraseando sus propias palabras. Le estaba costando adaptarse a la vida familiar. Ni el embarazo ni la boda habían sido planeados, pero tu padre creía que se sentiría mucho más satisfecho con su nueva familia, y, en realidad, estaba exhausto y amargado. —Sacudió la cabeza, como si todavía le horrorizara pensarlo—. En ese entonces, yo aún no tenía hijos, así que solo podía ofrecerle un hombro sobre el que apoyarse, pero me pareció extraño. Picard insistía en que Dios tenía otros planes mucho más grandes y significantes para él. Decía que había recibido su llamada.

—¿A qué se refería? —No podía dejar de mover la rodilla y de tamborilear con los dedos, como si fuera una olla a presión a punto de estallar.

—Ojalá lo supiera. Parecía nervioso cuando hablé con él, y se agitaba cada vez que la conversación giraba en torno a la iglesia o a su congregación, pero se mostraba calmado siempre que mencionaba a tu madre. Me dijo que temía que te abandonara.

—¿Abandonarme? —Me reí—. Nunca lo habría hecho. Nunca. ¿Por qué dijo eso?

No me respondió de inmediato. Se quedó un rato contemplando la vieja y descolorida foto en la que salían él y mi padre de pie en los escalones de la capilla, el uno al lado del otro.

—Picard lanzó acusaciones muy descabelladas sobre tu madre —continuó lentamente—. Demasiado descabelladas. No me creí ni la mitad de lo que me contó. Afirmó que la había visto deambular por el bosque de madrugada y que le daban ataques de ira en los que

destrozaba cosas y amenazaba con hacerse daño a ella misma o a ti.

La furia que se me acumuló en la garganta estuvo a punto de ahogar mis palabras, pero no lo consiguió.

—Y una mierda. Mi madre era una persona tranquila. Amable. ¡Fue la única que se preocupó por mí cuando era una puta niña! Me quería con toda su alma. Nunca me habría hecho daño. Nunca.

—Lo sé —contestó—. Te creo. Le sugerí que buscasen juntos un consejero matrimonial y me ofrecí a encargarme de la congregación para que así pudiera tomarse un poco de tiempo libre, ir al continente y centrarse en su familia.

—Seguro que le encantó la idea de pasar tiempo a solas con su familia —respondí con sarcasmo.

—Esa fue la última vez que vino a pedirme consejo. Cuando tu madre murió unos años después, tu padre se mostró tan afectado que creí de verdad que habían logrado limar sus asperezas.

—¿Y ahora? —inquirí—. ¿Qué es lo que crees?

Miró fijamente el infame libro que sostenía entre mis manos.

—No sé qué creer, Rayne. Si el cuerpo de tu madre no estaba en su tumba, entonces…

—Tenía fotos de su cadáver. En un sobre en su despacho. Viejas Polaroids en las que salía ella, desnuda, muerta.

Mi tío parecía estar a punto de vomitar.

—¿Por qué las tenía? —pregunté, desesperada—. ¿Por qué guardaba fotos de huesos con marcas grabadas en ellos? ¿Por qué enterró el libro en una tumba donde debería haber estado mi madre?

—Ojalá tuviera las respuestas que buscas. Sé… —Suspiró con pesar—. Sé que la iglesia te ha fallado…

—¡No necesitaba a la iglesia! Necesitaba una familia. Una madre viva y un padre al que no le importara una mierda…

Iba a estallar de ira, pero un ligero ruido me llamó la atención de

repente. Me dirigí a toda prisa hacia la habitación de invitados donde se encontraba Salem y entreabrí la puerta para asomarme. Estaba retorciéndose en la cama, con los ojos aún cerrados, emitiendo gemidos de angustia en sueños.

Me planté a su lado de inmediato y le acaricié el pelo hasta que se tranquilizó.

Cuando alcé la vista, vi a mi tío de pie en el marco de la puerta.

—Nunca has sido de tener amistades íntimas —dijo en voz baja—. Debe de ser una chica muy especial.

Al mirarla de nuevo, con sus dedos aferrados a los míos incluso estando dormida, volví a sentir un extraño vuelco en el estómago. Como si me tambaleara al borde de un precipicio, aterrorizada ante la idea de entregarme al vacío, aun sabiendo que debía aventurarme a dar ese salto.

Sin embargo, ya me había lanzado de cabeza.

—Lo ha cambiado todo —contesté—. Ella es la razón por la que necesito respuestas. Voy a matar a esa cosa. Encontraré la forma. Llevo dos décadas sin creer en Dios, pero en esto… —Levanté la mano de Salem y le besé los nudillos—. En esto sí creo.

41

Salem

Nuestro fuerte

Cuando me desperté de un sueño nada reparador, Rayne y yo nos fuimos de la casa de su tío. El corazón empezó a martillearme con fuerza en el pecho en cuanto puse un pie fuera. La ansiedad me provocaba arcadas que me obligaban a detenerme cada dos por tres, pero Rayne se mantuvo pegada a mi lado durante todo el camino, brindándome consuelo y animándome a seguir hasta que llegamos al *quad*.

A pesar de que el sol brillaba en lo alto del cielo, el aire seguía siendo frío y cortante, de modo que me temblaba todo el cuerpo. Me aferré a la espalda de Rayne mientras conducía, y solo pude sentir algo de alivio cuando cruzamos la verja de la mansión Balfour.

Aun así, rompí a llorar otra vez en cuanto Rayne cerró con llave las robustas puertas principales detrás de nosotras.

Me estrechó contra su pecho, allí en el suelo, en mitad del recibidor. No podía serenarme; todas mis emociones y todo mi miedo se habían desbordado. Nos habíamos encontrado de nuevo cara a cara con la muerte.

Rayne me subió en brazos hasta la cama y me arropó con sus cálidas mantas. Me dio una pastilla y se acostó a mi lado. Cuando me disculpé por haberme derrumbado, me respondió con dulzura:

—No pasa nada, cariño. Estoy aquí. No pienso irme a ninguna parte. No te disculpes, no has hecho nada malo.

Siguió abrazándome mientras me temblaba todo el cuerpo y el pánico iba apoderándose poco a poco de cada fibra de mi ser. Me dolía el pecho y notaba pequeños chutes de adrenalina recorriéndome el organismo sin cesar, como si mi mente no fuera capaz de entender que ya no nos perseguía ningún depredador.

Después de lo que pareció ser una eternidad, la pastilla comenzó a hacerme efecto y me invadió una sensación extraña e incómoda que me entumeció las emociones. Todavía tenía el estómago revuelto, pero al menos había dejado de temblar. Al cabo de un rato, el cansancio me venció y los párpados se me cerraron.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba sola en la cama.

Al ver la almohada vacía de Rayne y las mantas tiradas hacia atrás, el corazón se me subió a la garganta con tal rapidez que creí que iba a vomitar.

Aún medio dormida, intenté recuperar la claridad mental suficiente para volver al mundo real.

Tenía el recuerdo vago, como si hubiera sido un sueño, de Rayne levantándose de la cama aquella mañana y dándome un tierno beso en la mejilla antes de salir de la habitación. Solo se había despertado antes que yo; no había nada que temer. Sin embargo, su ausencia me atravesaba el pecho como un puñal helado. ¿Adónde había ido? ¿Qué estaba haciendo? ¿Se encontraba a salvo?

Cerré los ojos con fuerza, me acurruqué y me rodeé la cabeza con los brazos. Me sorprendí al descubrir que esa presión intensa y extraña me resultaba reconfortante. Cuanto más me concentraba en mi respiración, mayor era la sensación de que iba a perder el conocimiento. Aun así, intentaba tranquilizarme repitiéndome las mismas palabras, una y otra vez.

Estaba a salvo en la cama.

Rayne estaba a salvo abajo.

Ambas estábamos a salvo…

La imagen del ángel irrumpiendo en la iglesia a través de la ventana hizo añicos mis esfuerzos por recomponerme. No podíamos estar a salvo en aquel lugar. Quizás nunca volviéramos a estar a salvo en ninguna parte.

Oí un tintineo y, de pronto, noté un peso en la cama. Reconocí los olfateos de Loki incluso antes de abrir los ojos y encontrarme con su cabezota en las narices, mirándome fijamente.

—¿Dónde se ha metido tu mamá? —pregunté con ternura, rascándole el esponjoso pelaje del pecho.

Me lamió la mano y, para mi sorpresa, se tumbó a mi lado con un profundo suspiro. Solo lo había visto echarse en la cama cuando Rayne andaba cerca. El hecho de que se sintiera lo suficientemente seguro como para tenderse junto a mí alivió la presión que me oprimía los pulmones, y solté una bocanada de aire temblorosa.

—No sé cómo afrontar todo esto —susurré, hundiendo la cara en su pelaje—. Estoy aterrada. Me da miedo morir. No… Joder… —Ahogué un sollozo contra él, agradecida de poder aferrarme a su enorme y cálido cuerpo—. No soporto la idea de perderla.

Por un momento, me invadió la necesidad de dejar salir mis emociones y me permití sentir la desesperación y el miedo sin reservas.

Luego, respiré hondo, me incorporé y me enjugué la cara. Loki me apoyó la cabeza en el regazo y alzó la vista para mirarme con sus ojos marrón oscuro.

—Tendremos que ir sobreviviendo a cada día, ¿no te parece? —dije, obligando a mi voz a sonar firme mientras me levantaba de la cama. No paraba de temblar. Estaba hecha un trapo—. Nos lo tomaremos con calma, pasito a pasito.

Me di una ducha y me hidraté la cara. Después, me pasé los dedos

por el pelo y me lamenté por lo desgreñado que lo tenía. Loki permaneció a mi lado durante todo ese rato, cuidándome las espaldas tal y como solía hacer con Rayne. Cuando por fin puse un pie fuera de la habitación, bajamos juntos al comedor.

La luz del sol se colaba a través de las ventanas tapiadas. Los pájaros cantaban en el jardín. En la cocina flotaba un cálido aroma a mantequilla, vainilla, canela y café.

Se oía música a un volumen bajo en algún lugar cercano. Salí del comedor y seguí el sonido hasta el salón, pero me di de bruces con una estancia muy distinta a la que recordaba.

Había un mullido y resplandeciente castillo hecho de sillas, mantas y almohadas apiladas. La voz de Stevie Nicks sonaba a través de un altavoz inalámbrico colocado junto a la entrada de la que Rayne estaba emergiendo en ese momento.

Sonrió con timidez al verme, y ese gesto me provocó mariposas en el estómago.

—Buenos días —me saludó. La camiseta blanca y ancha que llevaba le marcaba el contorno de los pechos de un modo muy provocador. Estuve a punto de derretirme cuando me rodeó con los brazos y me besó—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien. —Me fundí en su abrazo. El simple hecho de tenerla a mi lado hacía que no me costara tanto respirar. Me besó la frente, las mejillas, la nariz… y, cuando llegó a los labios, ya me había echado a reír—. ¿Cuánto tiempo le has dedicado a esto? —pregunté, maravillada por el fuerte—. ¡Es increíble!

—Son solo unas cuantas mantas, almohadas y luces de Navidad —respondió, y, aunque apartó la mirada, pude percibir el orgullo en su voz—. No ha sido nada fácil sacar las cajas de Navidad del ático sin despertarte. Pero espera, espera. Aún falta lo mejor. —Alzó ambas manos, entusiasmada, e intentó contener una sonrisa a duras penas

—. Cierra los ojos.

Solté una carcajada, pero obedecí. Me cogió las manos y me guio unos pasos hacia adelante. Luego, me dio la vuelta y dijo:

—Vale, ya puedes abrirlos.

Enfrente del fuerte de almohadas, sobre una manta amplia de punto, nos aguardaba el desayuno, como si fuera un picnic. Había montañas de tortitas empapadas de mantequilla y sirope junto a tazones de frutas del bosque y nata montada. Loki miraba con ansia un plato de beicon crujiente y salchichas especiadas.

Casi se me desencajó la mandíbula cuando me puso una copa de mimosa burbujeante en la mano.

—Rayne… Esto es…

—¿Te gusta? —Me besó el cuello con calma y ternura. La camiseta y los vaqueros holgados que llevaba le daban un aspecto relajado, y había algo en su serenidad que hizo que se me hinchiera el corazón.

—Me encanta. No sé ni qué decir, yo…

—No tienes que decir nada, solo comer —me interrumpió, dejándose caer sobre una pila de almohadas—. Una de las ventajas de ser la dueña de un hostal con desayuno incluido es que cuento con todos los suministros necesarios para construir un fuerte de almohadas épico.

Lo decía en serio, y me dieron unas ganas tremendas de gatear al interior para echar un vistazo, pero el estómago me pedía a gritos que lo llenase de comida, así que ataqué mi plato sin más dilación. Eché fruta y nata por encima de las tortitas y las enrollé para comérmelas con las manos. Lo manché todo en el proceso, pero también le saqué unas cuantas carcajadas a Rayne, de modo que mereció la pena acabar con las manos pringosas.

—¿Has madrugado mucho? —insistí en saber, dándole golpecitos con el codo—. Dime la verdad. Te ha debido de llevar horas montar

todo esto.

Rayne se limitó a encogerse de hombros.

—Siempre he sido muy madrugadora. No he tardado tanto.

Por mucho que lo negara, yo sabía que le había dedicado horas a aquel fuerte. Estaba herida y, en lugar de haber empleado ese tiempo en descansar, se había puesto a…

—Salem.

Parpadeé rápidamente y, al levantar la vista de mi plato, me percaté de que Rayne se había inclinado hacia mí.

—Te mereces todo esto y más —dijo. Me tocó la cara, trazó el contorno de mi mandíbula con los dedos y luego me los deslizó por el pelo—. Ojalá pudiera darte más. Ojalá pudiera dártelo todo. Soy consciente de que lo hemos pasado mal, pero me… Una parte de mí… —Suspiró y me sostuvo el rostro entre ambas manos—. Me alegro de que estés aquí. Es tremendamente egoísta, pero no puedo evitarlo. He recuperado las ganas de levantarme cada día solo porque sé que veré tu cara a mi lado.

Por segunda vez esa mañana, me dejó sin palabras.

—Ojalá pudiera librarte de todos tus miedos —continuó. Sus labios se encontraban tan cerca de los míos que los rozaban al hablar y, aun así, ansiaba tenerlos todavía más cerca—. Ojalá pudiera prometerte seguridad. Te daré todo lo que esté en mi mano…

Sacudí la cabeza, soltando una risita por lo bajo.

—Tú eres todo lo que quiero. —Se le abrieron los ojos de par en par, y parecieron abrírsele aún más cuando la besé—. Solo te necesito a ti.

Olvidándose de los platos de comida, me empujó al interior de nuestro fuerte de mantas. Aterrizamos sobre un montón de almohadas envueltas en el cálido resplandor de los farolillos eléctricos. Me besó por todas partes y me subió la ropa para

acariciarme la piel desnuda. Seguía teniendo el pelo húmedo de la ducha que se había dado, y me estremecí y jadeé al notar sus fríos mechones rozándome la piel.

—Sabes a sirope —dijo tras besarme, lamiéndose los labios y sonriendo con aire triunfal, como una gata satisfecha con su botín—. Qué dulce. —Me recorrió los labios y la boca con la lengua. Estaba tumbada bocarriba y la tenía encima, de modo que le rodeé la cintura con las piernas. Se me entrecortó la respiración cuando empezó a frotarse contra mí, moviendo todo el cuerpo a un ritmo lento.

Me besó el cuello y dejó sus labios en vilo sobre mi piel, provocándome un cosquilleo con su aliento cálido. Entonces, me mordió el lóbulo de la oreja y una oleada de sensaciones se extendió por todo mi cuerpo. El suave roce de sus dedos me erizó el vello de los brazos. Me quitó la camiseta y se enderezó con una amplia sonrisa mientras nos mirábamos a los ojos.

El pelo alborotado le enmarcaba la cara. Su piel suave olía a jabón. Toda ella parecía sacada de un sueño. Era mi refugio en aquella pesadilla.

Para mi sorpresa, me apartó la mirada de golpe y empezó a frotarse la nuca. Le coloqué una mano en la mejilla y la obligué a girar la cabeza hacia mí de nuevo. El brillo de sus ojos se asemejaba al de la luz del amanecer colándose entre las hojas verdes de los árboles.

—Eres preciosa —murmuré. Las mejillas se le tiñeron de un tono de rosa increíblemente hermoso—. Desde la primera vez que te vi, no he podido dejar de pensar en ti. En tus ojos. En tu sonrisa. En tu voz.

—No me lo creo —susurró. La atraje hacia mí y le acuné el rostro con ambas manos. La besé despacio, tomándome mi tiempo para

disfrutar de cada una de sus respiraciones y saborear la dulce suavidad de sus labios.

—Tus ojos me recuerdan al bosque —dije, pronunciando las palabras entre beso y beso—. A ese momento en el que los primeros rayos de sol tocan los árboles y aún no se ha disipado el denso manto de sombras que los rodean, y la mañana parece tranquila y salvaje. Tu voz es como una canción que nunca me canso de escuchar. Tu boca… —Me besó apasionadamente y me reí con nerviosismo cuando me bajó los pantalones de un tirón y dejó la mano sobre mi muslo—. Tu boca es perversa en el mejor de los sentidos. Tu pelo…

—Ay, ¡deja de sacarme los colores! —Se echó a reír, lanzó mis pantalones a un lado y me recorrió las piernas con los dedos—. Nadie me había dicho nunca esas cosas, Salem. Nadie me había… mirado de verdad… como tú.

Jamás me había imaginado que unos besos pudieran llegar a cautivarme tanto como los de ella. La forma en que sus labios se cernían a escasos centímetros de los míos convertía el más leve roce de sus labios en una sensación electrizante. Me tocó los pechos, los estrujó con delicadeza, los acarició y me pasó los dedos por los pezones hasta que se endurecieron. Palpé el borde de su camiseta y tiré de ella hacia arriba hasta sacársela por la cabeza, interrumpiendo nuestro beso durante unos breves segundos que incitaron a su boca a volver a lanzarse sobre la mía con más hambre que nunca.

Me metió la lengua en la boca y me deslizó los dedos entre las piernas.

—Mm, veo que ya estás mojada —dijo, bordeando la entrada de mi sexo y pringándose los dedos a medida que extendía mi humedad—. ¿Quieres sentirme dentro de ti, cariño?

—Sí, por favor… —gemí, notando cómo se introducía en mí.

Acompasó los movimientos de sus dedos y de sus labios, encendiendo cada fibra de mi ser. En el momento en que su lengua se enredó con la mía, sus dedos profundizaron en mi interior. Al hundirse aún más en mí, me besó con un apetito insaciable.

Aún me encontraba aturdida y sin aliento cuando, de repente, cambió de posición. Se tumbó sobre las almohadas y me colocó encima de ella.

—Desnúdame, preciosa —ordenó, con una sonrisita malévola.

Le bajé los pantalones con impaciencia y los tiré a un lado.

—Madre mía —susurré—. ¿Te has puesto un tanga?

—Solo para ti —contestó, y se dio la vuelta, dejando su culo al descubierto. Me quedé totalmente en blanco y me convertí al instante en una descerebrada que solo podía salivar de imaginarse ese culo tan perfecto aplastándome la cara. Le agarré las nalgas con ambas manos, maravillada ante los recios músculos de sus muslos. Me incliné hacia delante para salpicarle la piel de tiernos besos y algún que otro mordisco. Arrastré las uñas por sus nalgas respingonas y le grabé un dibujo entre risitas.

Miró hacia atrás con una sonrisa.

—¿Qué haces?

Cogí mi móvil, le saqué una foto y se la enseñé. Había trazado nuestras siglas «S+R» dentro de un corazón mal hecho. Le brillaron los ojos al verlo.

—Vaya, vaya. Te has propuesto que me enamore de ti, ¿no?

Mi corazón se saltó un latido. Dejé el móvil, le metí el dedo por debajo del hilo del tanga enterrado entre las nalgas y se lo aparté.

—Mm, puede —respondí—. Creo que tú te has propuesto lo mismo.

Le separé las nalgas y tracé círculos con la lengua alrededor de su agujero fruncido. Sus ligeros gemidos me impulsaron a continuar. Le

pasé la lengua de arriba abajo, hundiendo la cara en la ternura de su carne. Entonces, estiró un brazo hacia atrás, me sujetó la cabeza contra ella y levantó las caderas.

—Joder, sí, sigue así —rogó. Los sonidos de placer que emitía me mandaron una descarga eléctrica directa al centro de mi sexo y provocaron que la excitación me pringara los muslos. Embestí la lengua contra su estrecho orificio mientras me deleitaba con sus ruiditos y permitía que me guiara con la mano.

Arqueó la espalda y se elevó un poco más para que pudiera llegar con mi lengua también a su clítoris.

—Dios, cariño, vas a hacer que me corra —dijo, y solté un gemido contra ella para alentarla.

Los músculos se le contrajeron al sentir mi lengua deslizándose en su interior. Dejé que se restregara contra mis labios, empapados de sus dulces fluidos, hasta que se deshizo en sacudidas y gritos de placer.

—¿Cómo puedes tener una cara tan inocente y una boca tan sucia? —inquirió, dándose la vuelta para mirarme. Me lamí los labios hasta dejarlos limpios y esbocé una sonrisa triunfal.

Aún tenía otra sorpresa más guardada para mí.

Metió la mano debajo de un montón de almohadas junto a su cabeza y sacó mi vibrador.

—¿Te acuerdas de esto? —preguntó en un tono burlón—. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuiste una chica muy mala y me rompiste el grifo mientras te masturbabas en mi bañera?

—Ay, Señor, no me lo recuerdes —respondí con un gruñido; sin embargo, no dudé en obedecer cuando me indicó con un dedo que me acercara a ella. Separó las piernas y me colocó a horcajadas sobre su muslo. En cuanto pulsó el botón, el vibrador comenzó a zumbar como una avispa. Se lo arrastró suavemente a lo largo de la cara

interna del muslo, estremeciéndose con cada vibración; luego, hizo el mismo recorrido en mi cuerpo y me lo pasó por el abdomen.

Me froté contra su muslo, sintiendo su piel aterciopelada y cálida debajo de mí. Acercó el vibrador a mis pechos y me rodeó los pezones con él, mandando una oleada de calor directa al centro de mi sexo y provocando que me palpitaran los músculos entre las piernas.

—Qué chica más traviesa. No te sacias con nada, ¿no? —Extendió la mano, me agarró de la nuca y me atrajo hacia ella para besarme. Siguió paseando el vibrador entre ambas, y se le tensaron los muslos en cuanto le rozó el clítoris—. Frótate contra mí, cariño. Justo así. Quiero ver cómo te corres.

No tuvo que decírmelo dos veces.

Al colocarme sobre el vibrador, lo presioné con fuerza contra ella, y se quedó sin aliento cuando empecé a moverme. Me llenó de halagos, y sus palabras actuaron en mí como el más dulce de los afrodisíacos. La besé con pasión, meciendo las caderas y restregándome desesperadamente contra el vibrador. Entonces, murmuró una sarta de maldiciones con la voz cada vez más entrecortada, me agarró del pelo y tiró con fuerza.

—Mírame —ordenó, y clavé mis ojos en los suyos, a punto de alcanzar el clímax—. Dime a quién perteneces.

—A ti, mi ama —jadeé. Al verla cerrar los párpados de placer, no pude resistirme. El orgasmo me sacudió en oleadas y la euforia me recorrió de los pies a la cabeza.

Durante unos momentos, toda mi existencia se redujo a ella y a nuestros cuerpos entrelazados en sintonía, entregados por completo a los instintos más primarios.

—Esto es lo único que quiero —susurré, acariciándole las mejillas enrojecidas—. Me basta con que estemos juntas y a salvo.

Puso su mano sobre la mía y se apoyó en mi palma con los ojos cerrados.

—Y a mí, preciosa. Y a mí.

42

Salem

Sigue la luz

Nos pasamos todo el día en nuestro fuerte. Comimos despacio y con avidez tras echarle un montón de sirope, mantequilla y mermelada a todo lo que se nos antojaba. Nos lamimos la crema de los dedos la una a la otra y nos tumbamos desnudas sobre las almohadas mientras nos colmábamos de besos y caricias.

Íbamos quedándonos dormidas a ratos, nos despertábamos cada vez que queríamos y nos arrastrábamos a la cocina envueltas en mantas para el almuerzo o la cena. La ansiedad fue apoderándose de mí a medida que las ventanas se oscurecían, pero me tomé otra de las pastillas que la doctora Hale me había dado y pude controlar el pánico.

Nos tendimos en el fuerte con las manos entrelazadas e intercambiamos historias en voz baja. Escuchamos canciones de Chelsea y de TV Girl, y apoyé la cabeza en el pecho de Rayne mientras cantaba, dejándome arrullar por el eco de su voz.

Al final, conseguí cerrar los ojos sin que me atormentaran las pesadillas, y me limité a flotar durante horas entre el sueño y la vigilia.

Pero debí de haber caído en un sueño más profundo del que creía.

Un escalofrío me despertó. Me quedé un rato quieta, sin abrir los ojos, intentando volver a sumergirme en ese apacible estado de duermevela; sin embargo, a pesar de que Rayne se encontraba

tumbada junto a mí, Loki se había acostado a mis pies y la manta me tapaba todo el cuerpo, tenía tanto frío que empecé a tiritar.

Cuando abrí los ojos, los colores se habían desvanecido. Todo a mi alrededor era blanco y negro, desde las mantas a las paredes. Incluso el rostro de Rayne, que yacía plácidamente dormida a mi lado, había adoptado una palidez extraña que provocó que me diera un vuelco el corazón.

—Rayne. Rayne, despierta. —Le sacudí el hombro con energía, pero no se inmutó. Seguía respirando a un ritmo lento y constante—. ¡Rayne!

Nada. Ni un solo movimiento. Salí gateando del fuerte e intenté despertar a Loki, pero, por más que lo sacudí, el perro también permaneció imperturbable.

—Estoy soñando —dije de repente, y el peso de aquellas palabras hizo que el mundo recuperara un poco de color.

Alguien había quitado las luces de Navidad que rodeaban nuestro fuerte y las había arrastrado fuera de la habitación. Su colorido resplandor era lo único que iluminaba el pasillo.

El cable se movía, como si algo estuviera tirando ligeramente del otro extremo. A pesar de la fría inquietud que me inundaba el pecho, la acuciante sensación de que debía seguir las luces me empujó a mover los pies. El pasillo se encontraba sumido en una negrura total: solo podía ver las coloridas luces marcando el camino hacia la oscuridad hasta desaparecer tras un recodo.

Notaba el suelo extrañamente húmedo bajo mis pies descalzos. Saqué el móvil del bolsillo y, al encender la linterna para echar un vistazo, me tambaleé hacia atrás, horrorizada. El pasillo estaba cubierto de una sustancia espesa y fangosa que hedía a podredumbre. El precioso papel tapiz con filigranas se desprendía de las paredes y se esparcía como ceniza al viento. Debajo, no había

madera, sino un metal de color blanco hueso cubierto de óxido.

Las olas del océano bramaban tan cerca que parecían estar impactando contra la casa. Una boya repicó como si se hallara en medio de una tormenta, y el estridente graznido de las gaviotas me atravesó los oídos. El agua me envolvía los pies, fría y pegajosa por la sal.

Al llegar al recibidor en ruinas, por fin pude ver lo que sostenía el otro extremo del cable. Logré reprimir un grito a duras penas.

El rastro de luces acababa en el puño débil y ensangrentado de una mujer, cuyo cuerpo, pálido como el de un cadáver, se encontraba enredado en algas y trozos de madera flotante. Estaba desnuda, empapada en la sangre que manaba del corte de su garganta. Tenía las extremidades rotas y retorcidas de un modo antinatural, como si se hubiera caído desde una gran altura y hubiera aterrizado de mala manera.

Me estaba mirando fijamente, con unos ojos que me recordaban de forma inquietante a los de Rayne.

—Melanie —susurré—. ¿Eres… Melanie Balfour?

Un gemido silbante le brotó de la garganta, y las luces comenzaron a parpadear.

—Ayuda… Ayúdame… —suplicó la mujer con voz ronca—. Los huesos… Mis huesos…

No solo había trozos de madera flotante apilados a su alrededor, sino también huesos. Deformes, resquebrajados y con extraños símbolos grabados en ellos. La rodeaban como una jaula y se le clavaban en la carne.

—Por favor… No puedo… parar… Ayúdame…

Cuando empecé a alejarme, presa del pánico, los gritos de la mujer se volvieron más frenéticos y los ojos se le abrieron de par en par.

—¡Ayúdame! ¡Por favor!

El sonido era tan lacerante que tuve que taparme los oídos, con el estómago revuelto y los ojos ardiendo. Se retorcía entre los huesos que la envolvían, chillando como si estuvieran quemándola viva.

—Él no deja que me vaya… Él no me deja… No… —La voz se le distorsionaba cada vez más con cada palabra que pronunciaba. Se tornó densa y grave, áspera y chirriante—. Encuéntrame… Él no me deja…

Con el repugnante sonido de la carne al desgarrarse y los huesos quebrándose, la mujer se transformó delante de mí. La piel se le abrió de golpe, y los tendones húmedos se ciñeron en torno a los huesos marcados. Le crecieron más extremidades y, de los dedos largos y nudosos, le salieron garras negras.

El ángel se elevó con la mandíbula desencajada, y unas fauces repletas de dientes horripilantes me devolvieron la mirada. Entonces, gritó, y su saliva podrida me salpicó la cara. La adrenalina me inundó las venas, pero me sentí como si tuviera las piernas hundidas en alquitrán hasta las rodillas. No podía moverme, no podía respirar.

La cabeza me daba vueltas y el mundo parecía derrumbarse a mis pies. La bestia se alzó sobre mí y me perforó el alma temblorosa con sus dos pozos vacíos de carne. La columna le crujió al agacharse para mirarme a la cara, y de su garganta oscura emergió una voz ahogada de mujer:

—Destrúyeme… antes… de que… la mate.

Cerré los ojos, sin aliento, convencida de que estaba a punto de morir. Me preparé para el dolor. Imaginé lo que Ruth debió de haber sentido en sus últimos instantes y me dio la impresión de que el miedo iba a hacerme vomitar de un momento a otro.

Pero solo hubo silencio.

—Salem, ¿qué estás haciendo?

Parpadeé rápidamente y miré hacia atrás. Me encontraba de pie en el salón, y Rayne estaba observándome medio dormida desde la entrada del fuerte. No había agua en el suelo ni paredes oxidadas. Cuando eché un vistazo alrededor, no vi rastro ni del ángel ni de la mujer.

Una caja de adornos navideños se había volcado en el suelo frente a mí y había dejado pedacitos de cristales rotos y rollos de luces esparcidos por todas partes. Rayne se acercó a mí y me frotó la espalda con suavidad.

—¿Estabas sonámbula? He oído algo romperse. Ten cuidado. Está todo lleno de cristales.

—He tenido una pesadilla horrible —respondí, jadeando—. Creo que he visto a tu madre. Me ha dicho…

Me quedé callada al verla abrir los ojos de par en par. Observamos la caja y nos dimos cuenta al mismo tiempo de lo que se había quedado enterrado al fondo, bajo todos aquellos viejos adornos.

Una cinta VHS-C con una etiqueta escueta que rezaba: «Para Rayne».

43

Rayne

La última cinta

En el vídeo, estaba nevando. El cielo parecía gris y frío, y los copos de nieve danzaban con delicadeza entre los árboles. Mi madre iba caminando por el bosque con su abrigo rojo intenso y una bufanda gruesa envuelta alrededor de su preciosa melena. Sujetaba la cámara con una mano temblorosa. Tenía los ojos enrojecidos y enmarcados por unas ojeras pronunciadas, como si llevara días sin dormir.

A pesar de su aspecto agotado y abatido, intentaba sonreírle a la cámara.

—Hola, tesoro. Soy mamá.

Se me partió el corazón al escucharla. Salem me apretó la mano.

—Si estás viendo esto, es muy probable que ya no esté a tu lado. —Le temblaba la voz y, por un instante, apartó la mirada—. Quizá hayan pasado unos cuantos años. A lo mejor eres toda una adulta. Pero no importa el tiempo que haya pasado, quiero que sepas lo mucho que te adoro. Te he amado con toda mi alma desde la primera vez que sostuve tu diminuta mano, Rayne. No hay nada que desee más en el mundo que verte feliz y a salvo. Haría cualquier cosa con tal de protegerte. —Esbozó una sonrisa cargada de tristeza—. Lo que fuera.

Se sobresaltó al percibir el graznido de unos cuervos por encima de ella, y la cámara se desenfocó por el movimiento. Durante unos segundos, solo se oyó su respiración profunda y agitada. Cuando

por fin volvió a alzar la cámara, había apoyado la espalda contra un árbol, y continuó hablando en un tono de voz apenas audible, como si temiera que alguien la estuviera escuchando.

—Esto es importante, tesoro. Préstame atención. Tienes que creerme. Si estoy muerta es porque tu padre me ha matado.

Esas palabras me atravesaron el pecho como un puñal. A Salem se le escapó un grito ahogado de terror, pero se acercó a mí y me rodeó con los brazos para ofrecerme refugio.

—Te prometo que he hecho todo lo que he podido. Estoy haciendo… —Su voz se fue apagando. Giró la cabeza y miró fijamente hacia el bosque. Tenía los ojos muy abiertos y la expresión de un animal siendo cazado—. Tu padre se ha involucrado en asuntos que no termina de comprender. Le pedí que te dejara al margen. Eres solo una niña… Su propia hija… —Cerró los ojos y exhaló con fuerza—. Cree que es Dios el que le habla, pero yo solo escucho al diablo en sus palabras.

Un escalofrío me recorrió los brazos. Echó a andar de nuevo, despacio, haciendo crujir la nieve recién caída bajo cada pisada.

—Está interceptando mis cartas —prosiguió—. Lleva meses haciéndolo. Me vigila cada vez que salgo de la casa. —No dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro. Nunca la había visto tan asustada. De pequeña, notaba la brecha que separaba a mis padres, pero nunca fui consciente de lo profunda que era.

Mi madre le tenía pánico. ¿Por qué nunca me había dado cuenta? ¿Por qué ni siquiera mi tío ni mi tía se percataron de lo que pasaba?

Entonces, me acordé de las historias «descabelladas» que mi padre le había contado a mi tío sobre mi madre. Estaba saboteándola, tendiéndole una trampa, sembrando las raíces venenosas que acabaron atándola a la isla.

La ira más intensa y fría que había experimentado en mi vida se

me asentó en el pecho.

—Voy a esconder esta cinta donde nunca pueda encontrarla. Te quiero, tesoro. No importa lo que te diga de mí, esa es la única verdad. Ojalá pudiera protegerte de todas las atrocidades de este mundo.

Me clavé las uñas con furia en la palma. Estaba mordiéndome el labio con tanta fuerza que percibí el sabor de la sangre.

Una sensación de asfixia me oprimió los pulmones en cuanto mi madre se aproximó a la cámara.

—No te creas nada de lo que te diga de mí. Nadie me cree, pero… *necesito* que tú sí lo hagas. No es el hombre devoto que parece, Rayne. No sé qué está tramando, pero te prometo que he intentado… Estoy *intentando* sacarnos de aquí. Va diciéndole a la gente que me he vuelto loca. —Las lágrimas se le acumularon en los ojos.

Las cintas. El libro. Las fotos y los susurros. El largo rastro de migas de pan inculpaba directamente a mi padre.

—No pienso irme sin ti —sentenció con fiereza—. Si desaparezco, quiero que sepas que nunca fue mi intención abandonarte.

Entonces, la pantalla se llenó de estática.

La había matado. El asesino que me la había arrebatado, llevándose consigo mis esperanzas, mis sueños y mi cariño… era mi propio padre.

Me quedé contemplando la nada, inmóvil, atrapada en un limbo entre la rabia y el dolor.

—Llevaba todo este tiempo intentando decírmelo —expresé en voz alta—. No quise escucharla. Me aislaba cada vez que la oía porque no me sentía capaz de mirarla. No podía soportar los susurros. Los ignoré hasta que se convirtieron en gritos. —Cerré los ojos, recordando todos los momentos en los que le subí el volumen a la música, me puse los auriculares o me limité a cerrar los ojos, como

en ese mismo instante. No poseía la fortaleza suficiente para no quebrarme ante el fantasma de su voz.

A pesar de haberse esforzado por engañar a tanta gente, mi padre acabó siendo asesinado por su propia arrogancia. Seguía sin entender cómo lo había logrado ni qué trato turbio había hecho para llevar al ángel a la isla. Pero aquella criatura estaba atada a mi madre y al libro que habíamos sacado de su tumba.

—No es culpa tuya, Rayne. —La voz de Salem irradiaba toda esa ternura que me había pasado la vida entera anhelando—. Enterraste tu infancia con ella. Llevas todo este tiempo intentando proteger a esa niña asustada que vive dentro ti porque no había nadie más que se preocupara de hacerlo.

Le apreté la mano mientras la culpa me arrasaba como un maremoto. Mi ira se había transformado en un remolino que amenazaba con ahogarme, pero Salem evitó que me hundiera.

—Mi propio miedo me impedía oírla, así que acudió a ti.

Cuando Salem me envolvió con sus brazos, no dudé en devolverle el gesto y estrecharla contra mí.

—Me he pasado todos estos años preguntándome quién la había matado. Mi padre me mintió. A mí… y a todo el mundo. —Por una vez, me dio igual llorar. Encontré alivio en esa tristeza que me embargaba y entendí el sentido de aquella agonía. Por fin sabía la verdad.

—Quiere protegerte —aseguró Salem—. Me lo dijo. Me pidió que la detuviéramos antes de que te hiciera daño. No sé cómo, pero creo que el ángel es una parte de ella. O ella es una parte de él.

Me secó las lágrimas que me humedecían la cara. No habría podido expresar con palabras el sentimiento tan bonito y doloroso que se apoderó de mí al mirarla.

—Tú me has protegido a mí —continuó Salem—. Yo también

pienso protegerte a ti.

Su promesa arrojó un rayo de luz en la oscuridad en la que me había sumido mi tormento. Había elegido estar conmigo, una y otra vez. Incluso después de todas las experiencias espantosas por las que habíamos pasado, seguía decidida a quedarse a mi lado. Se había enfrentado a sus propios miedos y arriesgado la vida… por mí.

—Te quiero —respondí, y observé cómo le centelleaban los ojos. Se le entrecortó la respiración y se aferró a mí con fuerza.

Me incliné hacia ella, y su aliento se mezcló con el mío. Un pequeño escalofrío le recorrió la piel cuando le alcé la barbilla y le susurré en la boca:

—Te adoro.

La suavidad de sus labios me volvía loca. Por no hablar de la forma en la que suspiraba o gemía, joder.

—Cada vez que te miro, comprendo por fin por qué he aguantado con vida. Me has abierto en canal y has encontrado algo que creí que había perdido para siempre. Cuando te dije que eras mía, iba en serio. Pero lo que debería haberte dicho en realidad… es que… todo mi ser te pertenece.

—Dios, yo también te quiero —confesó—. Te quiero muchísimo.

Me resultaba extraño sonreír, llorar y reírme a la vez. No estaba acostumbrada a sentir esperanza entre todo el miedo, ni alegría a pesar del dolor. Por primera vez en mucho tiempo, dejé de notar un vacío en el corazón.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó, acurrucada contra mí.

Sin el menor atisbo de duda, contesté:

—Salir de esta isla. Vivir.

44

Rayne

Dejad que los niños se acerquen a mí

Por la tarde, otra tormenta de nieve se cernió sobre la isla, pero ni siquiera el frío de fuera pudo arrebatarme la calidez con la que Salem me había arropado el corazón.

Me quería. Aquella mujer preciosa, inteligente, atrevida y extraordinaria me quería *a mí*. Me sorprendí mirándola varias veces durante el resto del día, preguntándome cómo era posible. ¿Qué había hecho yo para merecerla y que me escogiera?

Todos mis errores y defectos saltaban a la vista de manera descarada; sin embargo, ella los afrontaba como si no fueran nada más que unos simples baches y desniveles, semejantes a los que sobrevolaba sin esfuerzo con su bicicleta. Después de todos los horrores de los que había sido testigo por mi culpa, lo lógico habría sido que estuviera desesperada por huir de aquel lugar y poner la mayor distancia posible entre nosotras.

Siempre me había sentido como una carga. Cada bocanada de aire que inspiraba me parecía robada y cada latido simbolizaba un acto de desafío. Intentaba con todas mis fuerzas no necesitar nada ni depender de nadie.

Pero no podía evitar necesitarla a ella como los árboles al sol, como las mareas a la luna.

Una parte de mí creía que se desvanecería por la mañana, al igual que la niebla densa del amanecer, pero su presencia seguía siendo lo suficientemente corpórea como para besarla al despertarme y compartir unas risas con ella mientras desayunábamos. Me daba rodajas de manzana con la mano y chillaba cuando le aprisionaba el dedo entre los dientes.

Me abrazaba con fuerza y me decía que me quería. Después de pasarme tantos años en el infierno, parecía haber dado por fin con las escaleras hacia el cielo.

Sin embargo, aquellas escaleras se encontraban enrejadas y custodiadas por un ángel de la muerte.

Tenía que averiguar dónde se hallaba el cuerpo de mi madre. Algo la unía a esa criatura, y quizá sus restos guardaran la clave para destruirla.

Mi padre debió haberla enterrado en algún lugar donde creyera que jamás podrían descubrirla, tal y como hizo con las cintas y las fotografías. Solo faltaba localizar el sitio exacto. Blackridge no era una isla muy grande, pero estaba formada por terreno escarpado cubierto de un denso bosque. ¿Cuántas semanas, meses o años tardaría en ubicar su lugar de descanso?

Pensaba ponerle fin a todo aquello, aunque tuviera que buscar y cavar en todos los rincones de la isla hasta que me salieran canas. Terminaría descubriendo la forma de acabar con él. Los muertos no eran los únicos que clamaban justicia. Yo también la exigía.



Quitando los momentos en los que me encontraba en el salón, los siguientes días me pasé horas metida en la abarrotada biblioteca, analizando el contenido del libro viejo y malévolo de mi padre sobre

la mesa de madera. Me serví de varios diccionarios en francés y de la ayuda de internet para intentar traducirlo, pero la lectura nunca había sido mi punto fuerte. No tenía paciencia y me sentía inútil fijando la mirada en una página en blanco y negro en la que todas las letras parecían mezclarse las unas con las otras.

Sin embargo, la presencia de Salem me hizo mantener la calma durante aquellas frustrantes e interminables horas. Me rellenaba la taza de café incluso antes de que me diera cuenta de que me la había terminado y se aseguraba de que comiera cada vez que me empezaban a temblar las manos del hambre. Cuando se me cansaban los ojos y no podía enfocar la vista, me tomaba el relevo, se ponía a analizar el libro con el ceño fruncido de concentración e íbamos desentrañando juntas los misterios que contenía.

Estaba repleto de indicaciones detalladas para llevar a cabo rituales. A pesar de nuestras traducciones macarrónicas, resultaba evidente que no se trataba de un libro sagrado. No había ni mitos ni parábolas, solo instrucciones. La mayoría eran imposibles de descifrar, pero las notas que mi padre había dejado en los márgenes nos ahorraron bastante trabajo.

Los rituales requerían sacrificios horrorosos, además de la tortura de inocentes y el asesinato de niños.

Había notas esparcidas a lo largo de un capítulo en el que se exigía el sacrificio de un primogénito. Mi padre se planteaba cuestiones tan frías y calculadoras como la importancia del material de las velas, el tipo de leña usada para el fuego o el hecho de que la víctima del sacrificio estuviera consciente.

«La sangre lo atrae, la muerte le da poder», escribió. «La carne debe ser arrancada de los huesos y ofrecida para que la consuma».

Se me revolvió el estómago al leerlo, pero me obligué a continuar. Si constaba cómo invocar a la bestia, en alguna parte también debía

explicar cómo enviarla de vuelta.

Al final, encontré la respuesta garabateada en los márgenes con la letra de mi padre:

«Los huesos son su atadura a este mundo. Los símbolos deben permanecer intactos. Si los huesos se rompen o se queman, de tal modo que las runas grabadas sobre ellos se tornan indescifrables, la bestia será enviada de vuelta. Escóndelos bien en su nido. Ella se encargará de protegerlos».

Tuve que alejarme del libro y empezar a pasearme de un lado a otro por la biblioteca.

«Ella se encargará de protegerlos en su nido».

Mi libertad se hallaba en la boca del lobo.

Con la mente a mil por hora, me serví dos dedos de *whisky*. Necesitaba refuerzos, de eso no me cabía duda. El *sheriff* podría reunir una partida de búsqueda para adentrarnos armados en el bosque, hasta…

El suave crujido de la estática me sacó de mis pensamientos.

Un segundo después, Salem asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca.

—Creo que alguien está intentando llamarte por radio.

Al llegar al recibidor, capté un susurro a través de los altavoces. A pesar de lo bajo que se oía, reconocí enseguida de quién se trataba y fui corriendo a toda velocidad hacia el micro.

—Rebecca, necesito que repitas lo que has dicho —dije, manteniendo un tono de voz pausado y calmado, pero no recibí ninguna respuesta.

Volví a pulsar el botón con el ceño fruncido.

—Rebecca, ¿estás ahí? ¿Me oyes? —repetí.

Entonces, salió un leve ruido del altavoz. Al chisporroteo de la radio le siguieron respiraciones lentas y superficiales que transmitían

desesperación.

—¿Rayne? —La voz de la niña era apenas un sollozo—. Ayúdame.

La sangre se me heló en las venas. Estaba claro que tenía miedo de que la escucharan, por eso intentaba no alzar la voz. Por unos instantes, ni siquiera me atreví a usar el micro de nuevo.

—¿Dónde estás? —susurré. Me temblaba la mano, y di un respingo cuando Salem apareció por el recibidor. Se le ensombreció el rostro al ver mi expresión.

—En el cobertizo. Rachel y yo estábamos ayudando a papi a meter las gallinas dentro, pero oyó algo y me dijo que me quedara aquí, pero me asusté y… —sorbió por la nariz; la voz le temblaba de frío— me escondí en el cobertizo. Tengo su *walkie-talkie*. Rachel se fue con papi al establo, pero los animales están enfadados. Missy no paraba de gritar.

Missy. El amigable cerdo vietnamita que tenían. Una horrible sensación se apoderó de mí. Algo en mi interior me decía que no era el cerdo el que había gritado.

De repente, se coló otra voz aún más apagada que la de Rebecca, como si sonara desde el otro lado de una pared. Se parecía a la de Andy, y gritaba:

—¡Becca! ¿Dónde estás? ¡Becca! Ven aquí fuera.

—Ese no es papi —murmuró, nerviosa—. ¡Sé que ese no es mi papá!

—Quédate ahí. —Empecé a coger mis cosas. Mochila, arma, GPS… —. Oigas lo que oigas, no te muevas. ¿Entendido? Da igual lo que sea.

—Rayne, ¿qué ocurre? —La voz de Salem estaba cargada de preocupación. En cuanto me colgué la mochila del hombro, Loki se olió que pasaba algo y se puso a gimotear en la puerta.

Con el estómago revuelto y el corazón en un puño, me giré hacia

Salem y le dije:

—El ángel se ha llevado a Andy. Las niñas necesitan nuestra ayuda.

—Por favor, date prisa —imploró Rebecca—. No deja de llamarme. Sabe que estoy dentro.

—Quédate ahí, Águila Pescadora. Voy a por ti. Aguanta, por favor. Aguanta. —Seguí repitiendo esas mismas palabras incluso después de soltar el micro. Ella no necesitaba oír mis súplicas, pero esperaba que algo en aquel maldito mundo lo hiciera.

Si de verdad existía un Dios, era un desgraciado de mierda si no salvaba a esas pobres crías.

Me di la vuelta, preparada para salir corriendo por la puerta, pero Salem ya se encontraba allí, subiéndose la cremallera de la chaqueta. Tenía las botas, el gorro y los guantes puestos. Llevaba mi cuchillo de caza atado al cinturón, y debió de haberse dado mucha prisa, porque también había cogido una pequeña horca del cobertizo del jardín.

—Salem… —Me acerqué a ella sacudiendo la cabeza y le acuné la cara entre las manos—. Por favor, cariño, quédate aquí, no puedo…

—No pienso dejar que vayas sola —me interrumpió, decidida—. Necesitan nuestra ayuda. No hay tiempo que perder. —Abrió la puerta de golpe, y una ráfaga de aire frío y nevado inundó el recibidor—. Vamos juntas.



Subidas en el *quad*, nos dirigimos a toda velocidad hacia la tormenta.

Loki iba delante de nosotras, corriendo por encima de los montículos de nieve que el vehículo no podía atravesar. La luz intermitente de su collar nos fue indicando el camino a medida que

avanzábamos hacia el norte por la carretera.

Aparqué el *quad* junto a la valla de madera que rodeaba la granja de Andy. Desde la distancia, podía ver el sutil resplandor de la luz del porche delantero de la casa. El viento arrastraba los balidos aterrorizados de las cabras. Las vacas andaban sueltas bajo los árboles, y los ojos les brillaban de forma inquietante a la luz de los faros. A pesar de la tormenta, todas habían rehuido de la calidez del establo.

—Loki, pégate a mí. —El perro se colocó al instante a mi lado, aguardando la siguiente orden—. Salem, no te separes. Cuando entremos al patio, agáchate y no hagas ruido. Sígueme.

Asintió. Solo se le veían los ojos entre la capucha y la bufanda enrollada hasta la nariz. Confiaba en mí. Me habría seguido hasta el fin del mundo sin dudarlo.

Era la última oportunidad que tenía, así que la atraje hacia mí.

—Te quiero.

Se bajó la bufanda y me envolvió el cuello con los brazos para besarme.

—Yo también te quiero —susurró—. Saldremos de esta, Rayne.

El aullido del viento gélido que soplaba ahogó el crujido de nuestros pasos conforme nos agachábamos para pasar bajo la valla. Las puertas del establo estaban entreabiertas y me pareció atisbar un ligero resplandor dentro. A juzgar por el brillo cálido que se filtraba a través de las cortinas de las ventanas, las luces de la casa estaban encendidas. A unos cincuenta metros del porche delantero, se encontraba el cobertizo.

El viento cesó por unos instantes y todo se sumió en un inquietante silencio, interrumpido únicamente por el mugido agitado de las vacas y los crujidos de los árboles. Preparé el arma, incapaz de mantenerme quieta por los nervios. ¿Dónde se había

metido aquella maldita cosa? Se me revolvió el estómago de pensar en lo que podía haber ocurrido en el tiempo que habíamos tardado en llegar.

—Necesito que vayas al cobertizo —susurré, señalándole a Salem la pequeña construcción—. Coge a Rebecca y métela en la casa, ¿vale? Cuando estéis dentro, id directas al sótano y esperadme allí, ¿entendido?

Asintió despacio.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Iré al establo. —Ambas posamos la mirada en la entrada oscura y amenazante—. Si Rachel sigue viva, tengo que dar con ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, no supe si por el frío o por el dolor, y parpadeó rápidamente para secárselas.

Entonces, agarró la horca como si fuera una lanza y dijo con tristeza:

—Vamos de una puta vez.

Cuando llegamos al cobertizo, el corazón se me había subido a la garganta. No dejaba de moverme, girarme y mirar a todos lados, igual que Loki. Salem intentó abrir la puerta con suavidad, pero había una barricada al otro lado.

—Rebecca, soy yo, Salem. ¡Somos Salem y Rayne! —susurró, con los labios pegados a la rendija de la puerta.

Sin embargo, no recibió respuesta alguna, así que se dispuso a abrirla a la fuerza: apoyó el hombro contra la puerta y comenzó a ejercer presión. Los pies no paraban de resbalársele en la nieve mientras intentaba abrir una rendija que le permitiera echar un vistazo dentro. Tras un rato insistiendo, por fin pudo alumbrar el espacio con la linterna de su móvil, y, al hacerlo, soltó un pequeño suspiro de alivio.

El foco de luz nos mostró unos ojos muy abiertos y aterrorizados

debajo de una mesa de trabajo. Rebecca salió gateando de su escondite en cuanto nos reconoció, con la nariz y las mejillas rojas del frío y los párpados hinchados de llorar.

Salem le cogió la mano y la ayudó a trepar por encima de la montaña de cosas que había apilado frente a la puerta. Una vez fuera, inspeccionó el patio con una mezcla de confusión y miedo mientras temblaba de forma incontrolable.

—¿Dónde está papi? —susurró, pero le indiqué rápidamente que se callara.

—Venga, Salem. Ve —siseé, empujándola hacia la casa. Se agachó, agarró con fuerza la mano de Rebecca y salió corriendo a toda velocidad con la niña. Examiné los alrededores a través de la mira de mi arma para cubrirlas, pero Loki tenía toda su atención puesta detrás de mí… en el establo.

La presión que me oprimía el pecho disminuyó cuando Salem y Rebecca se metieron en la casa. A salvo. Estaban a salvo.

Loki iba caminando a mi lado con la cabeza gacha mientras me acercaba sigilosamente al establo. En la nieve había huellas de botas grandes y pequeñas acompañadas por otras de pezuñas.

—Despacio, con calma —susurré, aunque no sabía si pretendía tranquilizarlo a él o a mí misma.

Una única linterna eléctrica colgaba de un gancho justo a la entrada del establo, alumbrando los ojos asustados del caballo que se encontraba en la cuadra de al lado. La yegua sacudía la cabeza a la vez que relinchaba de miedo. Las gallinas cacareaban y batían las alas contra el gallinero, levantando nubes de polvo y plumas. Las cabras estaban inquietas, dando vueltas por su cuadra y balando con los ojos abiertos.

Ante mí, yacía bocabajo el cuerpo inmóvil de Andy. A su alrededor se extendía un gran charco de sangre que también impregnaba su

ropa, hecha jirones. Se me formó un nudo en el estómago y sentí que me faltaba el aire mientras lo miraba fijamente, esperando alguna señal que me indicase que seguía con vida.

El pecho no se le movía. Había demasiada sangre.

Mi instinto me gritaba que corriera a su lado e intentara despertarlo para llevarlo a un lugar seguro, pero me forcé a permanecer quieta, agachada junto a las puertas del establo. No había nada que pudiera hacer para ayudarlo en ese momento. El más mínimo error podía costarme la vida.

Estaba tumbado sobre los restos destrozados de la escalera que antes conducía al pajar. Lo habían arrojado al suelo mientras intentaba ponerse a salvo en un terreno más alto.

No… no, algo no encajaba…

Había un hacha tirada cerca de su mano derecha. A juzgar por los pedazos de la escalera que todavía colgaban en la parte superior, la había usado para cortarla.

No había muerto intentando huir. Había muerto intentando proteger a alguien.

Desenganché la linterna del mosquetón de mi mochila, la encendí y dirigí el haz de luz hacia las vigas.

Algo correteó cerca de la parte trasera del establo, y me quedé congelada en el sitio cuando Loki empezó a gruñir. No se movía, solo miraba al frente, con las orejas echadas hacia atrás y los dientes al descubierto. Las sombras eran demasiado densas para distinguir algo entre ellas. Las cadenas que pendían de las vigas se balanceaban lentamente, a pesar de que allí dentro no soplaba ninguna brisa que pudiera moverlas.

De repente, oí unas pisadas suaves por encima de mí y me encontré con el rostro aterrorizado de Rachel observándome a través de una grieta en el suelo del pajar. Tenía el pelo revuelto y enredado

con la paja, como si se hubiera escondido debajo de los montones de heno. Estaba llorando en silencio, y empezó a sollozar en cuanto me vio, pero me apresuré a llevarme un dedo a los labios.

Entonces, escuché algo que me heló la sangre.

—Ven aquí. *Ven*. *Aquí*.

El gruñido de Loki se intensificó. Aquella voz escalofriante era la de Andy, pero, al mismo tiempo, no lo era. Él nunca habría llamado a su propia hija con tanta frialdad.

—¿Dónde estás, cielo? Ven aquí.

Rachel apretó los ojos con fuerza y se tapó los oídos con sus diminutas manos. Confiaba en que Loki no se apartara de mi lado; nos agazapamos tras unos barriles de plástico llenos de pienso mientras la voz de la bestia brotaba de las sombras. Si lograba subirme a la puerta de la cuadra del caballo, podría poner una pierna sobre las vigas e impulsarme hacia el pajar.

Me asomé con cautela por detrás de los barriles y contemplé al ángel emergiendo de la oscuridad. Se arrastró sobre sus seis extremidades kilométricas hasta el cadáver de Andy y lo olfateó con avidez. Al abrir la mandíbula, empezó a gotearle sangre y saliva rosada de los dientes. Tras castañetearlos con entusiasmo, cernió sus fauces sobre el brazo inmóvil del pobre hombre y…

De pronto, el corral se abrió y las gallinas salieron volando despavoridas entre oleadas de cacareos, dejando una columna de plumas a su paso. Cuando Loki se puso a ladrar, la bestia se sobresaltó y movió la cabeza de un lado a otro, confundida por el ruido. Comenzó a golpear a las aves, pero, con una docena de ellas revoloteando a su alrededor, tenía trabajo para rato.

Era el momento perfecto.

Mientras me disponía a subir al pajar a toda prisa, atisbé la figura de Salem agachada junto al gallinero. Levantó el pulgar y me dedicó

una sonrisita pícara que provocó que se me acelerase el corazón, y no de miedo.

—Te quiero, preciosa. —Aunque no podía oírme, articulé las palabras igualmente, con la esperanza de que pudiera leerme los labios antes de que me adentrase en el pajar. Loki seguía escondido abajo, tal y como le había ordenado.

El ángel acechaba en círculos perezosos a las gallinas que huían, lanzándoles dentelladas poco entusiastas. Estaba claro que las aves no eran su presa predilecta. No veía a Salem desde donde me encontraba, pero esperaba que estuviera saliendo de allí.

La pequeña Rachel se había acurrucado detrás de un montón de fardos de heno, abrazada a un peluche andrajoso. Tenía los ojos como platos de la impresión y, cuando la levanté, le noté la piel preocupantemente fría. Entonces, el suelo de madera crujió bajo nuestro peso y el ángel centró toda su atención en nosotras. Me agaché y permanecí completamente inmóvil al oírlo castañetear, pero, aun así, pude ver la sombra de sus largos brazos intentando alcanzarnos, buscando la manera de subir hasta el pajar.

Agarré una pala de mano oxidada del suelo y la lancé a la esquina trasera del pajar. La bestia chilló y persiguió el sonido desde abajo, olfateando el aire con la cabeza levantada. Sosteniendo a Rachel firmemente entre mis brazos, me desplacé hacia la parte delantera del pajar con una lentitud exasperante para no hacer ruido.

Abrí la puerta con sumo cuidado por si chirriaba; sin embargo, Andy mantenía las bisagras bien engrasadas, así que pasó totalmente desapercibida para la bestia. El viento helado me golpeó la cara, arrastrando consigo ráfagas de nieve al interior. La caída era considerable, pero esperaba que la nieve amortiguara el impacto.

Al echar un vistazo, me percaté de que Salem estaba esperándonos abajo con los brazos extendidos, desplazando la mirada del establo a

nosotras para tener controlado al ángel. En cuanto nos hizo una señal con los brazos, estreché a Rachel con fuerza y le susurré al oído:

—Salem va a cogerte, ¿vale, pequeña? No tengas miedo, todo saldrá bien. Pero tienes que estar en silencio, ¿entendido?

Asintió ligera y tímidamente con la cabeza. Se mantuvo callada conforme la bajaba, y la solté cuando faltaban apenas unos metros para llegar al suelo. Salem se tambaleó al atraparla entre sus brazos, pero no se cayó. Después, empecé a bajar yo, hasta que me quedé colgada de los dedos; entonces, me arrojé y aterricé en cuclillas sobre el suelo.

—No mires, no pasa nada, cierra los ojos —dijo Salem, tapándole los ojos a Rachel para que no viera el cuerpo de su padre. La bestia se había escabullido del establo y, como no teníamos una visión clara de nuestros alrededores, podía sorprendernos desde cualquier ángulo.

Llamé a Loki entre susurros, y el perro acudió inmediatamente a mi lado; sin embargo, no paraba de observar los árboles que se encontraban detrás del establo, donde se había agrupado el ganado para protegerse de la nieve. Los ojos de los animales brillaron en la oscuridad al enfocarlos con la linterna, pero permanecieron inmóviles y en silencio.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Salem en voz baja. Loki estaba cada vez más nervioso. Me mordió la pernera del pantalón y comenzó a tirar de mí mientras gimoteaba.

No me atrevía a moverme. Me sentía como un ciervo ante los faros de un camión que se aproximaba a toda velocidad en su dirección. Allí de pie, en mitad del patio, sin ningún tipo de protección, éramos su presa. Si echábamos a correr, nos perseguiría. Pero si nos quedábamos quietas…

Acabaríamos muertas.

Seguí escudriñando la oscuridad que se extendía más allá del establo y mi haz de luz captó una gran figura acurrucada junto a los árboles. Esa vez, no había ojos que reflejaran el brillo de la linterna.

—Corre, Salem —susurré, sosteniendo el foco con la mano temblorosa mientras veía al ángel poniéndose de pie—. Meteos en la casa.

Se alejó a toda prisa y, en ese preciso instante, se oyó la voz de Andy.

—No te vayas, Rachel. Papá está aquí.

—¡Corre, corre, ve! —grité, levantando el rifle para disparar al ángel. Aunque la bala le pasó rozando la cabeza, no lo detuvo. Avanzaba hacia mí a una velocidad aterradora, impulsándose con sus largas extremidades a través de la nieve. Estaba a punto de echárseme encima, así que me agaché para prepararme, pero, de repente, una mancha oscura surcó el aire junto a mí.

Loki se enfrentó a la bestia de frente. Fue lanzándole gruñidos y dentelladas al mismo tiempo que esquivaba sus largas extremidades, hasta que logró morderle una de las patas traseras. Giró la cabeza de un lado a otro, clavándole los dientes, y le arrancó al ángel un chillido, pero, acto seguido, este lo golpeó con sus garras y lo hizo rodar por la nieve con un aullido.

Tenía las manos tan frías que me costaba disparar el arma. Le di en la espalda mientras se acercaba a mi perro, que se había incorporado a duras penas y le gruñía a la par que lanzaba dentelladas al aire. La bestia perdió el equilibrio y se agitó de forma violenta. Entonces, aproveché para recargar el arma con manos temblorosas y gritarle a Loki que regresara a mi lado.

Vino hacia mí despacio, cojeando por los golpes que había recibido. El ángel estaba limpiándose la herida de bala de la espalda

y pringando la nieve de sangre en el proceso, lo que me concedió el tiempo suficiente para abrir fuego de nuevo.

El estruendo del disparo retumbó en el aire y la bala se clavó entre los omóplatos de la bestia, que soltó un rugido, se tambaleó hacia delante y, luego, se giró para encararme.

No parecía sentirse intimidada, sino *furiosa*.

Loki se plantó delante de mí, ladrándole con rabia a la criatura que se abalanzaba sobre nosotros. No nos daba tiempo a huir; ni siquiera podía recargar el arma, de modo que me limité a cubrir a mi perro con el cuerpo y aferrarme a él con todas mis fuerzas, como si eso bastara para salvarlo.

Un objeto alargado me sobrevoló la cabeza y atravesó el pecho del ángel como una lanza.

Su sangre putrefacta salpicó la nieve, y la criatura emitió un grito espantoso mientras se tambaleaba hacia atrás, intentando sacarse la horca del torso. Agarré a Loki por el collar y salimos corriendo. Rachel se encontraba dentro de la casa, pero Salem estaba fuera, cerca del cobertizo, armada de nuevo con otra herramienta de jardinería. Había puesto a la niña a salvo y había vuelto a por mí.

—¡Vete, Loki! ¡A casa, venga! —grité, y el perro comenzó a cojear hacia allí a toda la velocidad que su cuerpo malherido le permitió. Arrastré las botas a través de la nieve blanda y profunda. No me atreví a mirar atrás, pero sentía los resuellos del ángel pisándome los talones.

Salem se puso a darle voces a la bestia.

—¡Eh! ¡Aquí! ¡Ven a por mí, cabronazo! —dijo, balanceando los brazos y dando saltos para captar toda su atención. Loki llegó al porche delantero de la casa y empezó a arañar la puerta, que se abrió lo justo para permitirle entrar y, acto seguido, volvió a cerrarse de un golpe. Yo había llegado inmediatamente detrás de él, pero, en lugar

de apresurarme al interior de la casa, me giré para asegurarme de que Salem me hubiera seguido.

No lo había hecho.

El ángel estaba bloqueándole el paso y se acercaba cada vez más a ella con una actitud terrorífica.

Intenté cargar el arma, pero no me notaba los dedos y la bala acabó cayéndoseme al suelo.

Salem continuó chillando con ganas para tratar de intimidarlo. Le apuntó con la pala y, por un momento, pareció dubitativo, como si no lograra comprender por qué un ser tan pequeño armaba tanto escándalo en vez de salir corriendo.

Durante un instante, tuve esperanza.

Pensé que, tal vez, podía ser lo suficientemente rápida como para alcanzarla.

Sin embargo, no pude.

En un abrir y cerrar de ojos, el ángel se colocó encima de ella. Le atrapó la pierna con la boca y comenzó a arrastrarla mientras Salem gritaba y palpaba el suelo con las manos, desesperada por encontrar algo a lo que aferrarse.

—¡Rayne! ¡Ayúdame!

Esas palabras se me quedarían grabadas a fuego en el alma. El terror que había en ellas. El dolor.

Se la llevó hacia los árboles. Seguí el eco de sus gritos en la oscuridad, con el pecho vacío y los pulmones como dos bloques de hielo sólido. No sentía el cansancio ni el entumecimiento que se había apoderado de mis extremidades. Solo era capaz de sentir los latidos aterrorizados de mi propio corazón.

Sus gritos se alejaban cada vez más. Había dejado de verla. Me guiaba únicamente por el terrible rastro de sangre roja y brillante que resaltaba contra la blancura de la nieve.

—¡Salem! Ay, Dios… Salem… ¡Salem!

Me ardía la garganta y no me notaba ni las manos ni los pies. Por mucha fuerza de voluntad que tuviera, no podía obligar a mis piernas a dar ni un paso más. Entonces, caí de rodillas y me di de bruces con la boca tenebrosa de una madriguera…

Al lado, abandonada sobre la nieve, yacía la bota rota y ensangrentada de Salem.

45

Rayne

EN LA MADRIGUERA

Apoyada sobre manos y rodillas, grité hasta dejarme la garganta en carne viva. Cuando me quedé sin aliento para seguir gritando, empecé a jadear, presa del pánico.

—Por favor… No, por favor… —grité otra vez, propinándole puñetazos a la nieve, como si así pudiese acabar con toda aquella pesadilla y traerla de vuelta.

Si hacía el ruido suficiente, llamaría la atención de la bestia y lograría que regresara.

La llamé a voces. Apoyé las manos contra la tierra amontonada alrededor de la madriguera y la maldije entre súplicas. Le grité mis plegarias a cualquier dios que quisiera atenderlas.

—¡No te la lleves a ella! ¡Me tienes a mí! ¿No es eso lo que quieres? Ven. A. Por. Mí. Joder. ¡Devuélvemela! Sal y enfréntate a mí. ¡Salem! Salem, por favor, Dios, no… No te la lleves, no me la arrebates…

La nieve caía a mi alrededor. En el bosque reinaba un frío despiadado y todo estaba sumido en un silencio absoluto. Mi voz se había apagado, silenciando con ella mis gritos.

Sabía lo que tenía que hacer.

Pensaba sacar de allí a mi chica, costase lo que costase.

La madriguera parecía un pozo directo al infierno y olía como tal. Saqué un pañuelo de mi mochila y me lo até por detrás de la cabeza, de forma que me cubriera la nariz y la boca. La abertura era

demasiado pequeña, así que decidí dejar atrás la mochila y el rifle para poder colarme sin problema a través de ella.

Una vez lista, procedí a adentrarme en la oscuridad, equipada únicamente con mi cuchillo, la linterna y un mechero en el bolsillo.

El túnel era tan estrecho que tuve que meterme en él casi bocabajo. La tierra estaba húmeda y pegajosa; aunque no llegaba a ser barro, saturaba el aire con su olor. Había raíces sobresaliendo por todas partes y acariciándome la cara como si fueran dedos. Fui arrastrándome sobre fragmentos de huesos rotos y masas de carne putrefacta.

—Ya voy, Salem. Aguanta. Por favor, aguanta.

No podía soportar la idea de que no sobreviviera. No podía concebir un mundo sin ella. Sin embargo, ¿acaso no eran esos, precisamente, los trucos rastreros que le encantaban al destino? Dármelo todo para después arrancármelo de las manos.

—Y una mierda —gruñí. No me importaba lo que el destino quisiera hacer conmigo. Siempre había creído que moriría en aquella isla y que su tierra me consumiría hasta los huesos. Si ese debía ser mi final para que ella se salvara, estaba dispuesta a ofrecerme encantada.

Dios no se llevaría otra alma que no fuera la mía. ¿Cómo demonios iba a vivir sin ella? ¿Qué luz me alumbraría el camino si la suya se apagaba?

Me negaba a convertirme en su maldición. No pensaba permitir que Blackridge se la llevara.

Esa bestia tendría que pasar por encima de mi cadáver para lograrlo.

46

Salem

EL NIDO

El ángel iba a devorarme viva.

Tenía sus dientes afilados clavados con fuerza en la pierna, y el dolor se fue apoderando de todo mi cuerpo a medida que me arrastraba a través de la oscuridad. La tierra se me metía en la boca al gritar. Me iba golpeando la cabeza con obstáculos que no podía ver conforme la criatura avanzaba a una velocidad sobrenatural por su estrecha madriguera. Los segundos me parecieron horas mientras me desgarraba y perforaba la carne, quebrándome los huesos e infligiéndome un dolor insoportable.

No sabía si había perdido el conocimiento o simplemente me había quedado en estado de shock. Durante un rato, solo fui capaz de percibir la oscuridad y el dolor.

El frío fue envolviéndome poco a poco y, de repente, me di cuenta, aterrada, de que me estaba congelando. Me sentía como si me hubiera tumbado sobre un bloque de hielo; el frío me quemaba la piel y hacía que me dolieran todos los músculos. Los temblores incontrolables que me sacudían el cuerpo me devolvieron de golpe a la realidad.

Sorprendentemente, seguía viva, pero no me atreví a abrir los ojos. Temía encontrarme cara a cara con mi propia muerte.

Respiré hondo y me entraron arcadas. Olía a putrefacción. El hedor era tan intenso que parecía haber una amalgama de cosas en distinto

estado de descomposición. Me inundó las fosas nasales y se me quedó atascado en la garganta como la bilis, impidiéndome tragar. Tosí de golpe, sin poder evitarlo, y me hice un ovillo, tapándome la boca desesperadamente ante mi incapacidad de detener aquel ataque de tos.

Los espasmos repentinos me provocaron una punzada de dolor agudo que me atravesó la pierna y el pie, como si tuviera los huesos hechos de agujas.

El dolor me hizo ver las estrellas y estuvo a punto de arrancarme un grito. Me quedé allí tumbada durante un buen rato, con la cabeza dándome vueltas y la energía drenada, flotando en una especie de limbo. Centré todos mis esfuerzos en permanecer en silencio y evadirme de aquella agonía.

Luego, entreabrí los ojos y eché un vistazo al entorno borroso a través de mis pestañas.

Rojo, negro y gris. La superficie sobre la que me encontraba era blanda y húmeda, y el hedor emanaba de ella. Contuve la respiración y agucé el oído para captar el más mínimo sonido.

El rugido de las olas del océano impactando contra las rocas resonaba a mi alrededor. Oía gotas de agua cayendo y el aullido del viento, pero no percibía la voz del ángel por ningún lado.

Los latidos del corazón se me estabilizaron un poco y empecé a notarme la cabeza más despejada. Aun así, al volver a la realidad, el dolor me golpeó de nuevo con fuerza.

Abrí los ojos por completo y moví la cabeza lo justo para examinar mi entorno. Parecía una torre sucia, fría, húmeda y oscura. Había una escalera de caracol oxidada, envuelta en un manto de musgo y restos del bosque. También distinguí unas cuantas cajas viejas de madera, barriles y maquinaria abandonada, todo cubierto por una gruesa capa de mugre.

Estaba tendida sobre una masa compacta de podredumbre que se extendía por toda la superficie, incluidas las paredes, como si las hubieran tapizado a propósito con esa cosa, del mismo modo que las golondrinas construían sus nidos de barro…

Pero aquel nido se había construido a partir de sangre y huesos. De una colección de cuerpos podridos de víctimas, tanto humanas como animales. Alcé las manos temblorosas y me percaté de que las tenía empapadas de esa misma sustancia: una mezcla de barro, baba y sangre.

Aunque el olor que desprendía era espantoso, me obligué a respirar lenta y profundamente. Necesitaba oxígeno para poder levantarme cuanto antes. El dolor me resultaba soportable, siempre y cuando no moviera de forma brusca el tobillo. Supuse que se debía al estado de shock en el que me encontraba. A pesar de que me sentía el cerebro entumecido, mi cuerpo rebosaba energía.

Me las ingenié para ponerme a gatas y luego me incorporé despacio. Apenas podía apoyar peso en la pierna sin que me entraran ganas de gritar.

Me faltaba la bota del pie dolorido, y, bajo la tenue luz, pude ver las heridas que la bestia me había infligido. Varios cortes profundos me rodeaban el tobillo, que estaba inflamado y había adoptado un color violáceo. Tenía el pie rígido y dos dedos torcidos en ángulos extraños.

Dios, me dolía tanto que quería llorar; sin embargo, hice de tripas corazón y me fui arrastrando lentamente hacia la escalera. Ni siquiera me había parado a pensar en la cantidad de bacterias que habría en aquel lugar. ¿Y si lograba salir de allí con vida, pero acababa muriéndome de una infección?

«Los putos problemas de uno en uno, Salem».

Me agaché con los dientes apretados y me escondí detrás de unos

barriles desgastados junto a las escaleras. ¿Adónde me había llevado la criatura? Se trataba, sin duda, de una construcción humana, pero el ángel había aprovechado que estaba abandonada para convertirla en su hogar. Había palos, ramitas, huesos y hojas amontonados en las esquinas y sobre los escalones.

Vislumbré algunos objetos extraños desparramados por la barandilla de la escalera y pegados en las paredes ensangrentadas. Joyas, sobre todo anillos de boda o colgantes de cruces. Chaquetas rotas y manchadas de sangre junto a retales de ropa sueltos. Incluso distinguí una vieja pistola oxidada y lo que parecían ser mechones de pelo enmarañados.

Como si fueran trofeos para decorar el nido.

Había una puerta vieja, pero se encontraba bloqueada por montañas de barro y sangre reseca. La tenue luz que alumbraba aquel agujero provenía de arriba. De repente, me di cuenta de dónde estaba.

El viejo faro de Blackridge.

Tenía que haber alguna forma de salir de allí. Con cautela, volví a emerger gateando desde detrás de los barriles. Hundí la mano en algo negro y viscoso que solo contribuyó a enturbiar aún más el aire y a provocarme arcadas.

No tuve que gatear mucho antes de llegar al filo irregular de un agujero en el suelo de hormigón: un túnel excavado hacia abajo en la tierra. Así me había metido el ángel allí. Si era lo suficientemente valiente, esa misma vía podría llevarme al exterior.

O directa a las fauces de la bestia.

Debía ir con cuidado y pensar bien en cuáles serían mis siguientes pasos, pero la mente me iba a mil por hora. El pánico se estaba apoderando de mí, y empecé a hiperventilar. Gateé otra vez hasta los barriles y me encogí en una esquina, intentando ocupar el menor

espacio posible. Tenía tanto miedo que no podía ni llorar, ni moverme, ni actuar.

Pero si me quedaba quieta, el ángel regresaría en cualquier momento para acabar conmigo e incluirme en la macabra colección de su nido. Mi familia se pasaría toda la vida preguntándose qué había sido de mí, y ni siquiera tendrían un cuerpo que enterrar.

Me acordé de Rayne, Rebecca y la pobre Rachel. Al menos, se encontraban a salvo. Me aliviaba que el ángel me hubiera atrapado a mí en lugar de a alguna de ellas. No me arrepentía. A pesar del miedo y del dolor que me incapacitaban, habría arriesgado la vida una y mil veces más por aquellas niñas y por la mujer a la que amaba.

Pensar en ellas me devolvió un poco de valor. Solo la muerte podía arrebatarme la voluntad de seguir luchando, y no iba a quedarme allí sentada esperándola.

Escondida detrás de los barriles, examiné la membrana carnosa que había debajo de las escaleras. Estaba aferrada a las paredes y formaba una especie de capullo. Cuando eché un vistazo a través de los finos huecos de aquella sustancia pegajosa y húmeda, divisé algo en su interior. Parecían las ramas o las raíces blanquecinas de un árbol. Desenvainé el cuchillo que llevaba en el cinturón y comencé a cortar la membrana, con la esperanza de hallar una salida al otro lado.

Pero me di de bruces con otra cosa muy diferente.

Era un esqueleto, conservado en su totalidad y rodeado por los restos derretidos de seis velas negras.

—Dios mío… —susurré—. Melanie…

Sus huesos se encontraban descarnados por completo y tenían talladas hileras de símbolos irreconocibles en su superficie. No podía ni imaginarme la cantidad de horas que debía haberse pasado su

marido inclinado sobre ellos, grabándoles aquellas marcas mientras aún olían al ácido que había empleado para limpiarlos.

Llevaba años allí, helada y expuesta, rodeada por el macabro nido del ángel al que habían invocado con sus restos. Abandonada en el mismo faro que contemplaba desde su ventana, sepultada bajo la luz a la que solía aferrarse en la oscuridad.

De repente, por encima del aullido del viento y de las olas, percibí el sonido de unos arañazos, como si algo se estuviera arrastrando. Acto seguido, un chasquido gutural y amenazante resonó por toda la torre.

Provenía de la madriguera.

En un arranque de pánico y sin saber a dónde ir, me tumbé bocabajo y repté hasta refugiarme debajo de las escaleras. La membrana elástica y pegajosa se extendía por todas partes, pero la atravesé con el cuchillo y me metí en el rincón más estrecho que encontré, con la espalda pegada a la pared. Me cubrí la boca con las manos en cuanto vi un par de extremidades largas y delgadas emergiendo del suelo.

El ángel chasqueó y castañeteó los dientes al entrar en la habitación. De su boca salían palabras aleatorias, todas pronunciadas con diferentes voces. Pasó cerca de las escaleras, con las pezuñas chapoteando en el lodo.

Se acercó al sitio donde yo había estado tumbada y pegó la nariz al suelo.

Emitió un chillido agudo que me hizo taparme los oídos y apretar los dientes. Luego, se alzó sobre sus patas traseras y olfateó el aire con la boca abierta. Entonces, empezó a moverse de manera frenética y se puso a trepar por montones de huesos y podredumbre.

Estaba buscándome. Era solo cuestión de tiempo que diera con mi escondite.

—Sal de ahí, cielo. —Usó la voz de Andy de nuevo, y el estómago se me revolvió de pensar en el cuerpo sin vida del pobre hombre en su establo—. ¿Dónde estás?

La bestia repetía una y otra vez las mismas frases, como un disco rayado. No sabía qué hacer. La única forma de salir de allí era a través del túnel, pero no habría sobrevivido arrastrándome por aquel diminuto espacio durante una distancia indeterminada con el ángel pisándome los talones. Me habría matado antes de llegar a ver la luz al otro lado.

«Piensa, Salem, piensa».

Tenía que encontrar otra salida, y solo podía ir hacia arriba.

El ángel continuó destrozándolo todo a su paso, hasta que al final se escabulló por una grieta estrecha en el suelo. Era la oportunidad perfecta. Quizás no se me volviera a presentar otra igual.

Me arrastré hacia las escaleras, sin quitarle un ojo de encima a la grieta. Intenté darme prisa; sin embargo, al apoyarme en un trozo de madera ennegrecido, se partió en dos.

Aquello no era madera en absoluto, sino un brazo humano.

La bilis se me subió a la garganta, pero me obligué a seguir moviéndome. Cuando llegué a los escalones y me apoyé con cautela sobre el primero, algo me rozó la pierna, y el corazón estuvo a punto de explotarme en el pecho.

Intenté seguir subiendo a gatas, pero entonces me agarraron la pierna buena y tiraron de mí hacia atrás para inmovilizarme con firmeza y suavidad.

—No grites, soy yo, estoy aquí —me susurró con desesperación una voz familiar al oído.

—¡Ay, Dios mío! ¡Rayne!

Me sostuvo entre sus brazos con el rostro surcado de lágrimas. Estaba cubierta de barro, igual de manchada y fría que yo, y ambas

nos abrazamos temblando. Me besó las manos y me palpó el cuerpo como si no se creyera del todo que me tenía delante.

—¿Cómo has…? —jadeé, con un hilo de voz.

—Me he arrastrado —articuló en silencio, señalando el túnel que se encontraba a su espalda.

Se había arrastrado a través de la oscuridad hacia un territorio desconocido y con un monstruo acechando, solo para encontrarme.

—Estás viva —susurró una y otra vez. Me besó la cara, sin importarle la suciedad. Luego, me sujetó la cabeza con una mano y me estrechó contra su pecho—. Saldremos de aquí. Te lo prometo, Salem.

Deseé que ese momento de alivio hubiera durado para siempre.

El ángel emitió un chillido agudo que resonó como un trueno impactando sobre la tierra y nos estremecimos al oírlo. Regresaría en cualquier momento para buscar a la presa que había perdido. Nos miramos con los ojos abiertos de par en par y leí una promesa silenciosa en sus ojos: viviéramos o muriéramos, nos enfrentaríamos juntas al destino.

Me llevé un dedo a los labios y le indiqué con un gesto que me siguiera. Nos arrastramos de nuevo por debajo de las escaleras, hacia el capullo, y le señalé lo que había dentro. Frunció el ceño y se sirvió de su cuchillo para abrir un agujero más grande.

La incredulidad le borró la expresión del rostro. Se le aceleró la respiración y lanzó una mirada de preocupación a la grieta por la que la bestia había desaparecido. La notábamos correteando por debajo de nosotras, arañando la superficie con sus garras y chasqueando las pezuñas.

Nos metimos en silencio dentro del capullo. Rayne se arrodilló junto a los huesos, con la mirada perdida y los ojos vidriosos. Alargó la mano despacio y la colocó con respeto sobre el cráneo, que, a

excepción de los grabados que lo adornaban, se encontraba intacto. Tocó las delicadas falanges e inclinó la cabeza sobre la caja torácica hueca.

—Mamá —susurró—. Lo siento muchísimo.

Me acerqué más a ella para rodearla por detrás con los brazos. Acto seguido, le apoyé la cabeza entre los omóplatos y me quedé escuchando los latidos de su corazón.

Entonces, me apretó los dedos y susurró:

—Acabemos con esto.

47

Rayne

POLVO ERES Y EN POLVO TE CONVERTIRÁS

Después de tanto tiempo, mi madre y yo estábamos juntas de nuevo. Creía que me daría miedo ver su cuerpo o sus huesos, pero me equivocaba. Incluso en un lugar tan horrible como aquel, sus restos seguían irradiando bondad, gentileza y cariño.

Se había pasado todos aquellos años esperando, escondida allí, custodiada por la bestia y enclaustrada entre su sangre, pero pronto volvería a ser libre. Pensaba destruir los huesos marcados que mantenían su espíritu cautivo y brindarle el descanso que se merecía.

La maldición de mi padre tenía las horas contadas. Me negaba a vivir con miedo más inviernos. No iba a permitir que un monstruo engendrado de su odio me arrebatara a la mujer que amaba.

Según el libro, los huesos eran el vínculo que ataba a la bestia a nuestro mundo. Debía destruir las runas que había grabadas sobre ellos. Pensé en partirlos, pero habría tardado demasiado y el ruido habría atraído al monstruo. Se me ocurrió que, tal vez, podía quemarlos con el mechero que llevaba en el bolsillo, pero, de todos modos, necesitaba algo combustible. Aunque consiguiese crear un fuego pequeño, no habría sido suficiente para hacer que ardieran.

Estaba segura de que el faro debía de haber usado algún

combustible para alimentar su luz en el pasado.

Me quité la chaqueta, se la di a Salem y le susurré al oído:

—Recoge todos los huesos aquí y hazle un nudo. Voy a buscar la caldera.

Asintió y se apresuró a extender la chaqueta para colocar los huesos encima. Entonces, salí gateando despacio de nuestro escondite y me dispuse a subir los escalones con cuidado.

Fui apoyando mi peso poco a poco, rezando en silencio por que el viejo metal oxidado resistiera. La estructura crujió y se quejó de manera inquietante, pero, como iba agachada, pude ocultarme casi por completo detrás del musgo y la sangre que cubría la barandilla. Aun así, era imposible huir del eco de la voz del ángel que resonaba por cada rincón de la torre.

Estaba buscando a Salem e intentando atraerla. Primero probó con la voz de Andy; luego, con la de Ruth. Utilizó como cebo las voces robadas de una docena de víctimas. Un escalofrío me recorrió la espalda al oír cómo imitaba mi propia voz.

Pronto acabaría todo. No dejaría que aquella maldita criatura viviera ni un día más.

Tras lo que pareció una eternidad gateando, llegué a la parte más alta debajo de la luz: la sala de vigilancia. Entre los viejos barriles y arcones polvorientos, encontré un gran tanque de metal que despedía un olor muy particular.

Queroseno.

No iba a ser capaz de crear un fuego que alcanzara la temperatura necesaria para reducir los huesos a cenizas, pero sí podíamos partirlos y ennegrecerlos de modo que las runas resultaran ilegibles. Si el viejo libro estaba en lo cierto, con eso bastaría para romper el vínculo que los unía al ángel.

Encontré un barril de metal vacío y me puse manos a la obra.

Recogí trozos de madera seca que había desperdigados por la habitación, restos de cajas viejas y leña, y lo metí todo en el barril para empaparlo de queroseno. Luego, vertí un poco de combustible en un cubo y me encaminé con él hacia las escaleras.

Cada paso que daba hacía que el metal crujiera de una forma espeluznante. El óxido se descascarillaba bajo mis pies y toda la estructura temblaba con mis movimientos. Una pequeña parte del líquido oleoso se me derramó, goteó sobre la rejilla y se escurrió por la pared.

De pronto, un chillido estridente me sobresaltó de tal manera que estuve a punto de soltar el cubo. Eché un vistazo abajo y vi a la criatura olfateando el líquido que se resbalaba por la pared. Con cuidado, incliné el cubo para derramar un poco más de queroseno y salpicarle la cabeza. La bestia se agitó y empezó a darse zarpazos en la piel, desesperada por deshacerse de la sustancia.

Esperaba que el olor del líquido camuflara mi propio aroma.

Cogí un hueso roto y lo arrojé por encima de la barandilla. Rebotó en la pared opuesta antes de repiquetear contra el suelo, y la bestia se abalanzó sobre él entre gruñidos y jadeos. Buscaba a su presa, moviéndose de forma cada vez más errática. Aproveché esos momentos de distracción para volver a meterme en el hueco bajo las escaleras.

Salem estaba esperándome allí. Había envuelto los huesos de mi madre con el abrigo y había atado bien las mangas alrededor para formar un saco improvisado.

—¿Puedes andar? —pregunté, fijándome en el pie que tenía herido. Me dolía hasta a mí de mirarlo, y era evidente que estaba evitando apoyar peso en esa pierna.

—Tengo que hacerlo. No me queda de otra —respondió, con la mandíbula apretada de aguantar el dolor.

—He encontrado queroseno arriba —dije, manteniendo la boca pegada a su oreja para hablar lo más bajo posible—. Si rompemos los huesos y les prendemos fuego, debería bastar para destruir las runas que hay grabadas en ellos.

Deslizó los ojos hacia el cubo que llevaba conmigo.

—¿Y eso?

—Para crear una distracción. —Me saqué el mechero del bolsillo—. Voy a prenderle fuego a ese cabronazo mientras tú subes las escaleras. ¿Te ves capaz?

Asintió con firmeza y valor.

—Sí. Aunque puede que vaya lenta.

Ambas respiramos hondo. El ángel se había quedado en silencio, como si estuviera tramando algo. Los aullidos del viento y el romper de las olas resonaban en el interior, provocando que la torre gimiera. La luz era tan tenue que apenas podía ver el rostro de Salem allí de pie, aferrada a los huesos de mi madre y preparándose para enfrentar su destino.

Me acerqué a ella y le besé la cara amoratada.

—Eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida. —Sacudió la cabeza, pero la besé de nuevo antes de que pudiera negármelo—. Pase lo que pase, me alegra haber tenido la oportunidad de amarte, Salem.

Su mirada me transmitió todo lo que ella no se atrevía a pronunciar. El labio le tembló por un instante.

—Acabemos con esto. Juntas —dijo, con la respiración entrecortada.

Se arrancó una manga de la camiseta y se la envolvió rápidamente alrededor del tobillo herido para poder aguantar el trayecto. Acto seguido, cogió su paquete de huesos y salimos del capullo.

Por un momento, creí que tendríamos suerte. Todo estaba en

silencio y no había ni rastro de la bestia. Salem avanzó cojeando deprisa hacia las escaleras, pero el viejo metal crujió bajo su peso en cuanto apoyó el pie en el primer escalón.

El ángel emergió desde detrás de un montón de podredumbre y huesos rotos. Caminaba sobre sus patas traseras, como un híbrido monstruoso de humano y bestia. Me miró de frente; luego, giró la cabeza hacia Salem, y habría jurado que la boca se le curvó en una mueca parecida a una sonrisa.

—Salem, ¡corre! ¡Vete!

Necesitaba ganar tiempo para que ella pudiera escapar. Cuando la bestia comenzó a acercarse, levanté el cubo de queroseno y arrojé el combustible sobre la criatura, cuya piel pálida y enfermiza quedó impregnada por completo. Durante un instante, pareció confundida y se detuvo para oler aquel líquido que le chorreaba por los brazos.

Los pasos frenéticos de Salem subiendo por las escaleras reverberaban por el metal. Alcé el mechero, dispuesta a prenderle fuego al ángel, pero, en ese momento, me percaté de que yo también tenía las manos y la camiseta empapadas de queroseno. Si lo encendía, ardería con él.

Ese segundo de vacilación fue suficiente para condenarme.

La bestia se abalanzó hacia delante y acortó la distancia que nos separaba antes de que pudiera moverme. Al estrellarse contra mí, el mechero salió volando y desapareció entre los montones de basura.

—¡Mierda! —Me cubrí la cabeza y grité en cuanto sentí sus garras clavándoseme profundamente en el antebrazo. Me golpeó en el costado y me hizo caer de espaldas al suelo. Un dolor agonizante me recorrió el cuerpo cuando me hundió los dientes en el hombro, perforándome los músculos y los tendones.

Saqué mi cuchillo de la funda y lo blandí con desesperación. La hoja dio con una parte blanda en la cara de la bestia y se hundió

hasta la empuñadura.

La criatura gritó y se echó hacia atrás, agitándose de forma descontrolada. Entonces, aproveché para salir corriendo.

Estaba experimentando unos niveles incalculables de dolor, pero la adrenalina me impulsaba a seguir avanzando. Subí a toda velocidad por las escaleras, sintiendo que me encontraba a punto de perder el equilibrio a cada paso que daba. Alcancé a Salem enseguida y le quité el fardo de huesos para que pudiera apoyarse en la barandilla.

Pero la bestia nos pisaba los talones, lanzando alaridos y lamentos desgarradores. Iba galopando sobre sus seis extremidades, haciendo retumbar toda la estructura conforme avanzaba.

De pronto, se oyó un estallido seco, seguido de un tintineo metálico a lo lejos, y observé con horror cómo los tornillos se soltaban del viejo yeso, provocando que la escalera se desprendiese de la pared. Salem empezó a subir a rastras, buscando desesperadamente algo a lo que agarrarse; en cambio, yo me tambaleé y me caí sobre la barandilla, aferrándome a los huesos a duras penas.

—¡Va a derrumbarse! —gritó Salem. Me giré justo a tiempo para verla saltar varios escalones en el momento exacto en el que una gran parte de la pared se estaba desplomando. El viento y la nieve entraron de golpe, y el viejo metal se rompió, ocasionando que la sección de la escalera sobre la que nos encontrábamos el ángel y yo se balanceara, a punto de desmoronarse.

Trepé como pude. Le lancé el fardo de huesos y lo atrapó en el aire antes de que se cayera. Las escaleras cedieron bajo mis pies y salté con todas mis fuerzas, extendiendo un brazo hacia ella.

Me agarró del brazo, y yo me aferré al suyo; el otro brazo lo tenía envuelto con firmeza alrededor de los restos de la barandilla que había a su lado. Estaba jadeando, con los ojos muy abiertos por el

pánico.

—Se está acercando —dijo—. ¡Está subiendo otra vez!

La nieve se coló a través del enorme hueco en la pared y el frío me caló hasta los huesos. La escalera inferior impactó contra el suelo con un gran estruendo, provocando que se desprendiesen unos cuantos ladrillos más de la pared en el proceso. Salem tiró de mí y conseguí agarrarme a la barandilla para impulsarme hacia arriba. Tenía la respiración entrecortada y los brazos y los hombros doloridos, pero no podía permitirme parar a descansar. Al echar un vistazo hacia abajo, me di cuenta de que el ángel había trepado hasta la mitad de la pared del faro, hundiendo las garras en la mugre para no caerse al vacío.

Cuando por fin llegamos a la sala de vigilancia, cerré la puerta de golpe y la atranqué con todo lo que encontré a mi alcance. Salem desenvolvió los huesos, se hizo con un antiguo mazo que había en un estante cercano y procedió a estrellarlo con fuerza contra ellos. Los huesos crujieron y se astillaron…

Al igual que la puerta. La bestia se lanzó contra ella y consiguió abrir una rendija a través de la que rasgaba el aire frenéticamente con las garras de una de sus delgadas extremidades.

Iba a entrar. No tenía forma de detenerla.

Cogí los huesos que Salem había roto y los tiré al barril, encima de la madera que había amontonado dentro.

—He perdido el mechero —anuncié con nerviosismo en la voz. Salem se sacó del bolsillo una caja húmeda de cerillas y me la tendió con una mano temblorosa mientras el ángel seguía arrancando astillas de madera de la puerta, sirviéndose de sus garras y sus dientes.

—¡Ve al mirador! Ahora te sigo. —Le señalé las escaleras estrechas que conducían al exterior del faro. Cuando empezó a subirlas

cojeando, me quité la camiseta y me limpié las manos con las partes de tela que no estaban empapadas de queroseno.

Luego, intenté encender una cerilla con desesperación.

—Vamos… Por favor, ¡préndete!

Conseguí encenderla y la arrojé al barril. Me invadió una sensación de alivio en cuanto vi que la madera impregnada de queroseno comenzaba a arder de inmediato. Antes de huir hacia las escaleras, abrí el grifo del barril que contenía el líquido inflamable y dejé que se derramara por el suelo. Eché un poco en otro cubo y me lo llevé conmigo al mirador.

—¡Rayne! —Salem me estaba esperando, rodeada de copos de nieve que danzaban a su alrededor. El mar se agitaba con fiereza debajo de nosotras y sus olas gigantescas rompían contra los acantilados rocosos de la península. Cerré la puerta de la sala justo cuando la bestia se aproximaba hacia ella a toda velocidad. Se estrelló repetidas veces contra el otro lado. Los tornillos que mantenían la puerta en su sitio se encontraban medio sacados de la pared—. Ay, Dios, Rayne, ¡estás herida!

—No pasa nada. —Vacié el cubo de queroseno sobre el mirador. Un repentino estallido sacudió el faro cuando el fuego de la sala de vigilancia se desató y las llamas empezaron a propagarse.

—No hay forma de bajar —dijo Salem, desesperada—. ¿Qué hacemos?

El humo iba colándose por la puerta agrietada a medida que la bestia la hacía pedazos. Salem se aferró a mí, y ambas nos pegamos a la barandilla. Enfrente, nos aguardaba una muerte atroz; a nuestros pies, el océano frío y despiadado.

Cuando los tornillos repiquetearon contra el suelo, aparecieron unos largos y delgados miembros. No teníamos escapatoria.

Tomé el rostro de Salem entre mis manos y la besé. Me puse

delante de ella para que no viera a la criatura acercándose. Me miraba con los ojos llenos de lágrimas y muy abiertos por el pánico.

—Salem, mi chica preciosa. —Esbocé una sonrisa solo para que no notara cómo se me rompía el corazón mientras encendía otra cerilla y la sostenía en alto—. Te amaré hasta el fin de los tiempos.

Entonces, la empujé con fuerza para lanzarla por encima de la barandilla, directa al océano que se extendía bajo nuestros pies. Cuando la oí gritar mi nombre, cerré los ojos y tiré la cerilla al suelo.

Lo último que vi antes de que el calor me engullera fue al ángel, consumido por las llamas. Sonreí de nuevo, pero esa vez no lo hice con tristeza.

Fue una sonrisa de victoria.

48

Salem

Desde las olas cenicientas

Me desmayé al impactar contra el agua.

La consciencia iba y venía, brindándome destellos aterradores de una realidad dolorosa. Las olas me golpeaban y me hacían rodar. El agua del mar se me metía en la boca y en la nariz mientras trataba de recuperar el control entre arcadas y manotazos. Tanto el cielo como las olas eran un pozo profundo de oscuridad, solo que uno albergaba el brillo de las estrellas y el otro reflejaba el titileo anaranjado de las llamas.

El frío estaba entumeciéndome los músculos. Solo disponía de unos minutos antes de que la hipotermia me arrastrara al lecho del mar. La mayor parte de la costa era un acantilado escarpado, pero alcancé a ver una delgada franja de playa rocosa entre las olas y nadé hacia ella.

Me arrastré sobre los guijarros pulidos por el mar y tosí hasta vomitar el agua de los pulmones. El aire me silbaba en el pecho mientras trataba de recuperar el aliento, pero con cada bocanada alzaba la voz:

—¡Rayne! Rayne, ¿dónde estás?

Las olas rompían sin descanso contra la orilla. El océano embravecido guardaba silencio ante mi desesperación. En lo alto del acantilado, las llamas del faro continuaban propagándose. Los ladrillos ardían con tal intensidad que resplandecían desde dentro.

La torre se había convertido en una gigantesca pira funeraria.

—¡Rayne! —grité su nombre hasta desgañitarme—. Rayne, por favor. Por favor… ¿Dónde estás?

Me levanté a duras penas y empecé a caminar con un dolor insoportable. Tenía el tobillo roto, sin lugar a duda, pero no me importaba. Estaba decidida a salvarla. Podía llegar hasta el faro. La encontraría… Averiguaría la forma de…

Entonces, se me dobló el tobillo y me caí al suelo. Me acurruqué en la arena, sollozando y sacudiendo la cabeza.

—No, no, no, por favor… Joder, no… Por favor…

No se merecía acabar así. Íbamos a huir de aquella isla juntas. Iba a visitar todos esos lugares que siempre había querido explorar. Conocería por fin algo más allá del aislamiento que le habían impuesto desde que nació.

Se había pasado años luchando por ser libre. Con todas sus fuerzas.

Observé cómo las llamas consumían el faro, incapaz de apartar la mirada. Me quedé contemplándolas hasta que me sentí como si el fuego también me estuviera consumiendo a mí.

Ella no quería morir allí. Siempre había temido que ese fuera su destino. Y al final…

Las lágrimas y los gritos no bastaban para consolarme. El dolor era demasiado grande; el vacío frío y oscuro que me había dejado en el pecho era demasiado profundo. Cada vez que susurraba su nombre, el corazón se me resquebrajaba un poco más. Pero su nombre era todo lo que me quedaba de ella.

Mientras observaba las llamas, un tenue resplandor rojo que provenía de otra parte me llamó la atención. Al principio pensé que se trataba solo de un reflejo sobre las olas, pero no. Era una figura envuelta en un halo de luz carmesí.

Melanie Balfour se encontraba de pie entre las olas, mirándome fijamente.

No se parecía en nada al espíritu demacrado y podrido que me había acechado en la mansión. En ese momento, tenía el aspecto de la mujer de expresión amable que salía en las fotos de Rayne, con la melena oscura y la piel del mismo tono de castaño dorado que la de su hija.

—Lo siento —susurré, con la voz quebrada y las mejillas surcadas de lágrimas—. Siento no haber podido salvarla.

Melanie alzó el brazo y apuntó hacia el sur con el dedo. Escudriñé entre la penumbra de la orilla y las olas que rompían con fuerza, en busca de aquello que estaba señalando, pero no alcanzaba a ver nada más que trozos de madera flotante y montones de algas enmarañadas.

No… También había…

—Dios mío. —Me puse de pie a duras penas e intenté correr, pero, con cada paso que daba, sentía como si hubiera mil cristales atravesándome la pierna, de modo que acabé tropezándome. Fui arrastrándome los últimos metros hasta el cuerpo empapado e inerte que yacía en la orilla, con el corazón latiéndome a tal velocidad que creí que iba a desplomarme en cualquier momento.

Rayne estaba bocabajo. Cuando le di la vuelta, tenía una palidez mortecina en el rostro y los labios azules. Me quedé en blanco, sin poder articular palabra. Debía de haberse lanzado al agua detrás de mí después de asegurarse de que las llamas hubieran alcanzado a la bestia.

—Por favor, despierta, por favor, por favor, respira… —le rogué una y otra vez al mismo tiempo que le hacía compresiones en el pecho.

De repente, Rayne tosió con fuerza y abrió los ojos.

Jadeó en busca de aire, atragantándose con el agua que se le había metido en los pulmones. Una grave quemadura le cubría la mitad de la cara hasta el cuero cabelludo. Tenía la piel llena de ampollas y el pelo chamuscado.

Pero estaba viva. El corazón le latía y el pecho se le alzaba con cada inspiración.

Cuando me miró, me sentí como si me hubiera despertado de un mal sueño y por fin viera la luz del sol.

—Lo siento —susurró—. Dios, Salem, no quería hacerlo, de verdad. Solo…

La rodeé con los brazos y me dejé caer a su lado sobre la arena. Nuestros cuerpos se entrelazaron y compartimos lágrimas de alegría mientras el frío de las olas nos acariciaba los pies.

—Tenía que asegurarme de que estabas a salvo —dijo—. Si hubiera conseguido matarlo a costa de perderte… habría preferido quemarme viva.

En cuanto me relajé, todos los músculos se me destensaron y parecieron convertirse en gelatina. A pesar de lo malherida que se encontraba, Rayne me sostuvo entre sus brazos.

Una parte del faro se derrumbó y despidió unas nubes de chispas hacia el cielo nocturno, como si fueran espíritus huyendo de aquel lugar maldito.

El ligero resplandor de luz carmesí iba desvaneciéndose poco a poco entre las olas. Rayne se incorporó, me abrazó con fuerza y nos quedamos mirándolo hasta que se fundió por completo con las llamas que se reflejaban en el agua.

—Ella sabía que acabarías salvándome —comentó—. Lo supo desde el principio.

En el fondo de mi corazón, yo también lo sabía. Besé sus fríos y ásperos dedos y le apoyé la cabeza contra el pecho. Sus latidos

resonaban como un tambor de guerra, pero aquella batalla había terminado por fin.

Nuestro amor había ganado.

Epílogo

Salem

Una pregunta importante

Tres años más tarde

—¡Venga, niñas! ¡El coche ya está cargado! —grité desde la parte baja de la escalera mientras me subía la cremallera de la chaqueta y me ajustaba los pantalones cortos de ciclismo—. ¡Rayne y Loki van a irse sin vosotras!

Justo en ese momento, desde el exterior, se oyó una voz a través de un megáfono:

—Atención, Águila Pescadora y Pollito: pienso irme en cinco minutos, tanto si estáis en el coche como si no. Las ruedas de vuestras bicis están hinchadas, así que podéis subir la montaña pedaleando con Salem.

Movidas por la horrorosa amenaza de recorrer varios kilómetros cuesta arriba, Rachel y Rebecca salieron pitando de sus cuartos con las bolsas de deporte en la mano y las mochilas colgadas a la espalda.

—¡Ni se te ocurra dejarnos atrás! —chilló Rachel de forma dramática al pasar junto a mí a la velocidad del rayo en dirección a la puerta.

—¡Eso! —Rebecca secundó la queja de su hermana mientras la seguía al jardín delantero. Fui hacia el porche y sonreí al ver a Rayne atando los bártulos de las niñas a la baca de nuestro Jeep, que estaba

lleno hasta los topes con todo el equipo de acampada.

Como de costumbre, Rayne se había empecinado en cargar el coche ella sola. Aquella mujer apenas me permitía mover un dedo desde que nos mudamos juntas. Una vez firmamos oficialmente los papeles de la adopción, empezamos a tener muchas más responsabilidades, pero, aun así, si había que construir, reparar, derribar, reemplazar, cocinar o limpiar algo, Rayne se encargaba de ello antes de que pudiera darme cuenta de que hacía falta hacerlo.

Me preocupaba que ese nuevo ritmo la abrumara, pero, cuando le saqué el tema, me aseguró lo contrario.

—Esto es lo que me da vida —respondió—. No hay nada que me haga más feliz que cuidar de ti y de las niñas.

Estuve a punto de derretirme, sin exagerar.

Al terminar de asegurar el equipaje, Rayne se acercó a mí con aire despreocupado, echó un vistazo atrás para asegurarse de que las niñas no estuvieran mirándonos y me dio una palmada en el culo.

—Capulla. —Me reí entre sus brazos—. Te recuerdo que tengo que pasarme unas cuantas horas sentada en el sillín de una bici. No te pases.

—También podrías sentarte en el coche y dejar que te lleve al *camping*, como una persona normal —dijo—. Así no habría problema en que te azotara más.

—Más te vale que controles ese calentón, o va a ser un fin de semana muy largo en una tienda de campaña muy pequeña —bromeé. Puso los ojos en blanco ante mi comentario y me besó.

En apenas cuestión de segundos, nos llegaron unas voces escandalizadas desde el Jeep:

—¡Puaaaaaj! Dejad de besaros.

—Tus pasajeras se están poniendo nerviosas —susurré, y le acaricié las cicatrices que le dejaron las llamas en la cara. Una zona

del pelo no volvió a crecerle, pero no intentaba ocultarlo. De hecho, empezó a afeitarse un lado de la cabeza y a recogerse el pelo largo para lucir con orgullo sus marcas.

—Sí, bueno, puede que les haya prometido un helado de camino —confesó Rayne—. Ya que íbamos a tener que esperarte de todas formas, se me ocurrió que podíamos ir con calma para allá.

—Todavía estáis a tiempo de veniros en bici conmigo —contesté, y solté una carcajada al escuchar las quejas insistentes de las niñas. Habrían estado más que encantadas de acompañarme por los senderos llanos, pero subir pedaleando durante horas por una pendiente pronunciada era harina de otro costal.

Rayne decía que se sentía como «la puta Mary Poppins» yendo en bici, aunque no me sonaba haber visto al personaje montado nunca en una.

—Me parece que vamos a seguir con nuestros planes. —Rayne me besó la frente y se despidió con la mano mientras se alejaba de camino al Jeep—. Te compraré una tarrina. Ten cuidado, ¿vale? ¿Te acordarás de llamarme?

—Sí —le prometí—. Nos vemos en unas horas.



Habían pasado unos seis meses desde que nos mudamos a Colorado. La nueva empresa de paisajismo de Rayne no dejaba de crecer y, además, tenía un puñado de clientes habituales. Cuando nos fuimos de Blackridge, se sentía completamente perdida y no sabía a qué dedicarse.

Estuvo trabajando cerca de un mes en una cafetería, hasta que un cliente le habló de malas formas y ella le lanzó una rosquilla a la cara en respuesta. Me preocupaba un poco el hecho de que en su nuevo

trabajo se pasara el día rodeada de herramientas de jardinería afiladas y puntiagudas, pero no había apuñalado a nadie por el momento.

Ambas habíamos dejado de oír los susurros. Al principio, a Rayne le aterraba la idea de no poder librarse de ellos jamás; sin embargo, los días en tierra firme se convirtieron en semanas y no percibimos ni rastro de la maldición que nos había acechado en la isla.

Lo único que seguía atormentándola eran las heridas de su pasado, y ese monstruo era muy distinto. Ir a terapia no le había servido de mucho, sobre todo porque había cosas que no podía compartir con nadie más.

Rayne mantenía el contacto con algunos de los vecinos de Blackridge. La doctora Hale organizaba videollamadas mensuales para los supervivientes, y contar con esa vía de escape la ayudó a sobrellevarlo, aunque no le resultaba fácil abrirse.

Trabajar la tierra la llenaba de felicidad, y también se sentía segura haciéndolo. Cuando nos mudamos, el jardín de nuestra nueva casa no era más que un terreno vacío infestado de maleza. Con el tiempo, lo convirtió en un jardín delantero precioso, repleto de especies nativas de arbustos, césped y flores, y transformó el jardín trasero en un huerto, cuyas hortalizas habían empezado a brotar recientemente.

Nuestra nueva vida hacía que lo sucedido tres años atrás pareciese una pesadilla lejana.

Sin embargo, por muy lejos que hubiera quedado todo aquello, resultaba difícil de olvidar.

Tardé bastante tiempo en volver a sentirme a salvo en el bosque. Durante casi un año entero, ni siquiera me atreví a tocar la bici, y mucho menos a salir de ruta.

Pero me encantaban las montañas, los senderos sinuosos, el aire puro y fresco, el canto de los pájaros y el susurro de las hojas

mecidas por el viento. Añoraba que todo aquello me transmitiera paz en vez de provocarme ansiedad.

El miedo fue apoderándose de mí poco a poco en cuanto dejé atrás la tranquila periferia y los árboles taparon el sol. Me concentré en el ligero ardor que me envolvía los muslos y en el aire frío que me entraba en los pulmones. Pero, aun así, me mantuve alerta todo el rato, esperando que los pájaros dejaran de cantar, que los árboles se quedaran en silencio o que me invadiera una repentina sensación de estar siendo observada.

Sin embargo, ninguno de mis temores se hizo realidad. Me crucé por el camino con otros ciclistas, senderistas animados y corredores matutinos. Gente que ignoraba por completo la clase de criaturas que acechaban más allá de las sombras de su imaginación.

Casi a mitad de trayecto, me detuve en una pequeña estación de servicio para estirarme y picar algo. Aunque no tenía muy buena cobertura en el móvil, pude llamar a Rayne y contarle cómo iba.

—Gracias por llamarme, preciosa —dijo nada más descolgar, con un evidente alivio en su tono de voz—. Estaba pensando en ti. No… Eh, Becca, ni se te ocurra encender esa cerilla, espera un momento…

Me reí al oír el móvil de Rayne estrellándose contra el suelo. Después de haber roto tres pantallas en lo que llevábamos de año, juró que, si rompía una más, iba a pasarse a uno de esos móviles antiguos que se cerraban con tapa.

—Lo siento. —Rayne retomó la llamada entre resoplidos—. Las niñas se han descontrolado desde que llegamos.

—Ve a jugar con ellas, divertíos —respondí—. Me queda un poco más de medio camino, así que calculo que estaré allí para el atardecer.

—¿Seguro que no quieres que te recoja? No me importa.

—No me pasará nada. Te lo prometo. —Hubo un silencio un poco

más largo de lo normal—. Me he traído el *spray* para osos. Y creo que me va a venir bien hacer esto.

—Sí, es verdad. —Podía imaginármela pasándose los dedos por el pelo mientras daba vueltas sin cesar alrededor del *camping* y observaba a las niñas como un halcón—. Sé que tienes razón.

—No puedes estar siempre preocupándote por mí, cariño.

—No me subestimes.

Su respuesta me sacó una sonrisa y estuve a punto de pedirle que me recogiera, a pesar de todo lo que habíamos hablado.

—Te quiero. Dales a las niñas un beso de mi parte. Nos vemos en un rato.



Los colores del atardecer teñían el cielo cuando llegué al *camping*. Quise darme prisa, pero la pendiente pronunciada que me encontré en el tramo final me ralentizó más de lo esperado. Todo estaba en calma; solo había unas cuantas familias dispersas entre los árboles, reunidas alrededor de sus respectivas tiendas y fogatas. Seguí el camino sinuoso hasta llegar al lugar que Rayne me había indicado.

Al doblar una curva caminando con la bici, vislumbré el que se suponía que era nuestro campamento y me paré en seco, impactada ante la imagen que apareció ante mí.

Había velas y farolillos eléctricos repartidos por toda la zona: unos cuantos colgaban de los árboles, otros estaban colocados en el capó del Jeep y el resto formaba un camino serpenteante que conducía al campamento. Dejé la bici a un lado y seguí las velas debajo de los árboles. Los brazos nudosos de los gigantescos pinos se arqueaban sobre el campamento, formando un dosel de ramas y hojas. De esas ramas, colgaban más farolillos que se mecían ligeramente con la

brisa.

De no haber sido por el inconfundible Jeep, habría pensado que me había equivocado de campamento. Entonces, vi a Loki tumbado cerca; el viejo perro alzó la cabeza y movió la cola al reconocerme.

—¿Qué está pasando aquí, chico? —dije, agachándome para acariciarlo.

Percibí los susurros de unas voces infantiles no muy lejos de donde yo me encontraba. De pronto, entre risitas mal disimuladas, Rebecca y Rachel salieron corriendo de sus escondites para saludarme con unos ramos de flores que me entregaron entusiasmadas.

—¡Bienvenida, mamá! —exclamó Rachel con una sonrisa, y tuve que hacer un esfuerzo por mantener la compostura. No solía llamarme así, y yo nunca se lo había pedido, pero a veces se le escapaba y me dejaba el corazón calentito.

—¡Estábamos esperándote! —Rebecca se puso a dar saltitos, incapaz de contener la emoción. No se le daba bien guardar secretos, así que no me explicaba cómo había podido callarse lo que fuera que se traían entre manos.

Aunque no sabía qué estaba pasando, me derretí de amor al levantar la vista de las niñas y encontrarme con Rayne de pie frente al fuego crepitante de la hoguera, con la melena suelta y alborotada alrededor de la cara.

Era tan preciosa que me preguntaba cómo demonios había tenido tanta suerte en la vida.

—Gracias, niñas —dijo en voz baja, y les hizo una señal con la cabeza, ante la que salieron corriendo otra vez entre risitas y cogidas de la mano. Acto seguido, se metieron gateando en la tienda y subieron la cremallera.

Rayne y yo nos quedamos solas en mitad del bosque, rodeadas de luces titilantes bajo la calidez reconfortante del fuego.

—Has debido de echarme mucho de menos hoy —respondí. Quise reírme, pero me había dejado sin aliento. Me tomó entre sus brazos y me besó lentamente. Dentro de la tienda, empezó a sonar *Say Yes to Heaven*, de Lana Del Rey.

Mecimos nuestros cuerpos al unísono, enfrascadas en un delicado baile en medio de la naturaleza.

—Sí que te he echado de menos —confirmó—. Te echo de menos cada segundo que no estás a mi lado. Cuando me despierto por las mañanas y veo tu cara, me olvido de cualquier pesadilla. Haces que se desvanezcan todas las sombras que me acechan.

Le coloqué la mano en la mejilla y la besé de nuevo con una sonrisa en los labios.

—¿A qué se debe tanto romanticismo esta noche?

Soltó una risita suave.

—Me ha inspirado una mujer hermosa, con una sonrisa radiante como la luz del sol y una risa que jamás me cansaré de escuchar. Una mujer que creyó en mí y que ha permanecido junto a mí a pesar de lo difícil que nos lo ha puesto la maldita vida. —Dejó de bailar y me pasó los dedos por el pelo—. Sé que no soy perfecta. Aún tengo un largo camino que recorrer y muchas heridas que sanar. Pero quiero hacerlo contigo a mi lado, Salem.

Se puso a buscar algo a tientas en su bolsillo. Cuando hincó una rodilla en el suelo, empecé a balbucear, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Entonces, abrió una cajita azul entre risas y me cogió la mano.

—Salem, ¿me concederías el honor de ser mi esposa? —Asentí incluso antes de que acabara la propuesta—. ¿Me aceptarías para siempre?

—¡Sí! Por supuesto que sí, Rayne. ¡Sí y mil veces sí!

Me deslizó el anillo en el dedo, y los diamantes refulgieron a la luz

de los farolillos. Luego, me besó y la levanté para estrecharla entre mis brazos, llorando y riendo al mismo tiempo.

Apenas unos segundos después, las niñas no pudieron contener más la emoción y nos llegaron gritos de alegría desde la tienda de campaña. Salieron disparadas y comenzaron a dar saltitos a nuestro alrededor mientras contaban a la vez lo orgullosas que se sentían de haber conseguido guardar el mayor secreto de la historia. Loki se acercó a nosotras ladrando y se unió a la celebración.

Rayne se secó los ojos rápidamente, pero, antes de que bajara las manos, se las atrapé y me puse de puntillas para besarla otra vez. Las niñas se apresuraron entre risitas a recoger agua del arroyo para mis ramos de flores. Cuando volví a posar los talones en el suelo, Rayne dejó que las lágrimas le resbalasen por las mejillas con una sonrisa.

Se las enjugué y le prometí:

—Para siempre, mi amor. Hasta el fin de los tiempos.

Me rodeó con los brazos y le apoyé la cabeza en el hombro. Más allá del campamento, la oscuridad se hacía cada vez más profunda y, por un breve instante, habría jurado distinguir un resplandor carmesí entre las sombras.

Agradecimientos

Esta historia es una de esas que *casi* parece que se escriben solas. No digo que haya sido un camino de rosas; de una forma u otra, siempre cuesta que un libro salga bien. No es fácil hacerles justicia a los personajes, a la trama y al público. Pero he de decir que esta historia surgió de manera natural, al igual que el romance de los personajes, y solo tuve que plasmarlo todo en las páginas.

Rayne y Salem irrumpieron un día en mis pensamientos y no tardaron en hacerse un hueco, como si llevaran toda la vida en mi cabeza. Ahora, por fin, puedo presentárselas al resto del mundo. Esta pareja me robó el corazón desde el principio, y me siento enormemente agradecida por todas aquellas personas que se entusiasmaron con mi idea de un «romance gótico y sáfico» en cuanto lo mencioné por primera vez. Vuestra emoción me impulsó a seguir incluso en esos momentos en los que no creía en mí misma. Sé que la espera se os ha debido hacer eterna, pero os agradezco que hayáis estado contando los días para tener en vuestras manos la historia de Rayne y Salem.

A mi marido, mi eterna musa y mi mayor apoyo, gracias por ser una fuente inagotable de ánimos, por ofrecerte a cocinar para mí y mantenerme alejada de los cuchillos de cocina, por hacer de recursos humanos, de informático y de terapeuta. Te amo.

A Liz y a todo el equipo editorial, gracias por aseguraros de que este libro alcanzase su máximo potencial. Gracias por evitar que le cambiase el color de ojos a Rayne cada dos por tres y por las sugerencias que me condujeron a pasarme cuatro horas investigando en profundidad sobre los combustibles que se usaban en los faros y

la incineración de restos humanos. Seguro que, a estas alturas, el agente del FBI que tengo asignado estará más que acostumbrado a mi historial de búsquedas.

A Bethany, gracias por tu dedicación y guía. No sé qué sería de mí sin ti.

A todas y cada una de las personas que me habéis leído, tanto si es la primera vez que os acercáis a una historia mía como si no, gracias por haber escogido este libro y por haber decidido pasar parte de vuestro tiempo con Rayne y Salem.

Nos vemos en la próxima aventura…

Harley